prácticas cOnstituyentes



DESARROLLO DESIGUAL

NATURALEZA, CAPITAL Y LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO

Neil Smith

traficantes de sueños

Publicado en lengua inglesa en los Estados Unidos de América por The University of Georgia Press Athens, Georgia 30602

Primera edición en castellano: Enero de 2020.
Título: Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y la producción del espacio
Autor: Neil Smith
Traducción: León Felipe Téllez Contreras
Maquetación y diseño de cubierta: Traficantes de Sueños
Edición:
Traficantes de Sueños
C/ Duque de Alba, 13. 28012, Madrid.
Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]
Impresión:
Cofás artes gráficas

ISBN: 978-84-121259-1-7
Depósito legal: M-1973-2020

DESARROLLO DESIGUAL

NATURALEZA, CAPITAL Y
LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO

NEIL SMITH

TRADUCCIÓN:
LEÓN FELIPE TÉLLEZ CONTRERAS

prácticas constituyentes

traficantes de sueños

ÍNDICE

Prólogo. David Harvey 9
Prefacio a la segunda edición 13
Prefacio a la primera edición 15
Introducción 17

1. La ideología de la naturaleza 25
2. La producción de la naturaleza 61
3. La producción del espacio 101
4. Hacia una teoría del desarrollo desigual I. La dialéctica de la diferenciación y la igualación geográfica 139
5. Hacia una teoría del desarrollo desigual II. La escala espacial y la fluctuación del capital 179
6. Conclusión. ¿La reestructuración del capital? 207

Epílogo a la segunda edición. El comienzo de la geografía 213
Epílogo a la tercera edición 237
Bibliografía 263

PRÓLOGO
DAVID HARVEY

La reedición de *Desarrollo desigual* de Neil Smith es objeto de una doble celebración. En primer lugar porque el libro fue pionero en una nueva aproximación al desarrollo geográfico desigual en un momento histórico donde el vínculo entre la teoría marxiana y el pensamiento geográfico estaba en una fase inicial, aunque también muy enriquecedora y reveladora. Fue el trabajo de Smith, con su profundo conocimiento y apasionado compromiso por las teorías marxianas y geográficas, lo que empujó con tal brío y visión la fusión de dos modos de pensar muy diferentes. De hecho, lo que Smith hizo fue, por un lado, tomar seriamente la afirmación de Lefebvre de que el capitalismo ha sobrevivido desde comienzos del siglo XX gracias, en gran parte, a la producción de espacio (mostrándonos teóricamente por qué ha sido y será así), y, por el otro, explorar los profundos y múltiples significados intelectuales y políticos de esta afirmación al aceptar la idea de Alfred North Whitehead de que «la determinación del significado de la naturaleza» —incluyendo la naturaleza humana— «se reduce principalmente a la discusión sobre los atributos del tiempo y del espacio». Aunque Smith no empezó trabajando con estas proposiciones, es innegable que llegó a ellas tras comprometerse de forma crítica con una serie de ideas contrastadas sobre el capital, el espacio y la naturaleza. Que muchos de nosotros continuemos trabajando sobre estos temas, desde entonces, es un tributo a su crucial aportación. Por eso, *Desarrollo desigual* fue y sigue siendo un texto fundacional de gran valor histórico y un trabajo sujeto a una constante reevaluación. El texto ofrece, como anota Edward Said en *Cultura e Imperialismo*, «una formulación brillante de cómo la producción de un tipo particular de naturaleza y espacio en el capitalismo ha sido fundamental para el desarrollo de un paisaje desigual que reúne pobreza y riqueza, urbanización industrial y declive agrícola».

El comentario de Said nos lleva a la segunda razón para aplaudir la reedición. Desde que este libro fue publicado por primera vez, hace un cuarto de siglo, el desarrollo desigual de la economía global, con sus extremos de riqueza y pobreza, y su asombroso ritmo de urbanización y degradación ambiental, se ha acelerado. Por eso, en tales condiciones, el

mensaje político del libro debería ser doblemente bienvenido, en tanto resulta más relevante que nunca a fin de diseccionar nuestras problemáticas actuales. No obstante, el gusto por la crítica dura en la academia se ha debilitado a lo largo de los años debido al hecho de que la reputación de la teoría marxiana, del análisis político-económico y de la teoría geográfica crítica y políticamente orientada, ha sido mermada tanto por acontecimientos como el fin del comunismo como por su sometimiento a la tibieza de las políticas de la identidad y la teorización cultural. Este pensamiento llamado radical no solo se transforma en una disculpa velada y endeble para no hacer nada o para ofrecer un apoyo superficial a una oposición comunitaria sin fortaleza alguna, sino, peor aún, a una neoliberalización encubierta.

Cuando la creencia ampliamente difundida sostiene —en parte promovida por instituciones hegemónicas sujetas a presiones neoliberales y determinaciones de mercado, como los medios de comunicación y las universidades— que las respuestas a la pobreza global y a la degradación ambiental recaen en la ampliación de lógicas de mercado y acuerdos de propiedad privada (desde los regímenes ridículamente ineficientes e inequitativos de los mercados de carbono hasta las instituciones de microcréditos que de forma desvergonzada acorralan a los pobres), entonces solo queda una pequeña pero muy valiosa base crítica para pelear por la construcción de un orden social global justo. La ambición de aliviar los peores abusos de la globalización y el imperialismo neoliberal por la vía del activismo de los derechos humanos termina, en el mejor y en el peor de los casos, por promover los ideales del individualismo neoliberal y la responsabilidad personal, los mismos que están en la base de nuestras actuales dificultades.

Por fortuna, hay movimientos sociales en marcha que insisten en que «otro mundo es posible». Estos movimientos han dejado clara su determinación de construir ese otro mundo. Aquí, sin embargo, también encontramos otro obstáculo a la política constructiva, un obstáculo que nació del fracaso de muchos de los movimientos tradicionales de izquierda para abandonar sus afirmaciones dogmáticas y sus análisis elaborados a fin de confrontar una época ya pasada. Quienes estamos preocupados por construir un mundo mejor necesitamos repensar la política y nuestras formas de conocer la compleja situación geográfica e histórica contemporánea, lo cual resulta difícil en un clima de desconfianza hacia todas las formas de abstracción intelectual y hacia el rigor de la teorización marxiana. A pesar de esta necesidad, los activistas olvidan, bajo su propio riesgo, el consejo proferido por el gran geógrafo Elisee Reclus a sus camaradas anarquistas cuando, hacia el final de una larga vida de lucha, escribió: «Un gran entusiasmo y una gran dedicación hasta el punto de arriesgar la propia vida no son los únicos caminos para servir

a una causa [...] El revolucionario consciente no es solo una persona de emociones, sino también de razón, para quien cada esfuerzo por promover la justicia y la solidaridad descansa en un conocimiento preciso [...] Esta persona puede incorporar sus ideales personales en el amplio contexto de las ciencias humanas, y así, apoyado en el inmenso poder obtenido por medio de este conocimiento, enfrentar la lucha».

El libro *Desarrollo desigual* de Neil Smith es un ensayo de empoderamiento y emancipación intelectual y política, una investigación no dogmática y de amplio espectro sobre aspectos cruciales de la condición humana, una que todavía puede inspirarnos y enseñarnos mucho sobre aquel otro mundo que es, de hecho, posible. Es por ello que merece una lectura y una relectura cuidadosa. No te decepcionará.

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

A principios del siglo xx, estudiantes de la Universidad de al-Azhar en Egipto iniciaron una huelga. Difícilmente se la puede considerar un movimiento progresista, pues se rebelaban en contra de la geografía debido a su carácter innovador y por representar una clara amenaza a la tradición. Y si bien sus temores podrían haber sido reales, al final resultaron infundados. A lo largo del siglo XX, tanto en contextos nacionales como internacionales, la «geografía» ha adoptado una amplia diversidad de agendas de la clase dominante; no obstante, en la recta final de la década de 1970, cuando la política global se inclinaba hacia la derecha, la geografía se movió hacia la izquierda. Más tarde, al final de la década de 1980, cuando las rebeliones crecían en Europa del Este, un funcionario del Departamento de Estado de los Estados Unidos acaparó los titulares de los periódicos al señalar, con apresurado optimismo, que estábamos presenciando «el final de la historia». El capitalismo estadounidense había triunfado. Al aislar ideológicamente su comprensión de los acontecimientos externos a la vida estadounidense, esta visión asumió también el fin de la geografía. Para el Imperio estadounidense, no así para los oprimidos y explotados alrededor del mundo, las noticias de este congelamiento del tiempo y el espacio parecían haber llegado justo a tiempo. Y con ello, presumiblemente podía obviarse la necesidad de confrontar con seriedad las razones y consecuencias del desvanecimiento del siglo norteamericano, así como la profunda crisis que afectaba la calidad de vida de cada vez más gente.

Desde un punto de vista distinto al de Washington, los acontecimientos de la década de 1980 sugieren otra interpretación. Lejos de tratarse del fin de la historia, es probable que estuviéramos atestiguando el «inicio de la geografía». La deconstrucción del estable capitalismo de posguerra en sus variadas formas de monopolio y Estado en combinación con las reestructuraciones sociales, políticas y económicas, ha provocado tal fragmentación, disociación y recombinación de lugares y acontecimientos en todas las escalas espaciales que la producción de nuevos paisajes ha puesto firmemente al espacio y a la naturaleza —los temas centrales de la investigación geográfica— en la agenda política actual. En definitiva, la geografía

está siendo reescrita como un activo proceso político, lo que es advertido en otros ámbitos académicos como una «reafirmación del espacio en la teoría social crítica», para usar la acertada expresión de Ed Soja.

Terminé el prólogo a la primera edición citando una idea que nos es ahora familiar: «Todo lo sólido se desvanece en el aire». Con la publicación del libro de Marshall Berman, del mismo título, este aforismo de Marx y Engels se convirtió en el símbolo de la fragmentación de la experiencia en la década de 1980, la misma que llevó a muchos a rechazar la visión global del marxismo en favor de distintos localismos. No obstante, parece que las geografías amorfas de la pasada década, así como de las anteriores, están siendo refundadas en la década de 1990, resolidificadas, rehechas como una nueva expresión de constelaciones de relaciones sociales restructuradas. En este libro argumento que el desarrollo desigual del capitalismo puede entenderse mejor como el resultado de tendencias contradictorias orientadas hacia la diferenciación y la igualación de niveles y condiciones de desarrollo. Aun siendo entendible, los procesos de diferenciación acapararon la mayor parte de nuestra atención en años recientes, pero fracasaremos a la hora de comprender la geografía del desarrollo desigual a menos que entendamos que la diferenciación y la igualación son inseparables y están mutuamente implicadas. De hecho solo así podría alcanzarse el potencial innovador, progresista y rebelde de la «ciencia geográfica» que tanto ofendió a los estudiantes de al-Azhar.

Muchos colegas me han ayudado a ampliar mis ideas sobre el desarrollo desigual en los últimos años, y aunque sus comentarios y críticas no han sido siempre incorporados, quisiera reconocerles su apoyo. David Harvey, Cindi Katz y Ed Soja han sido críticos sensibles y exigentes y me han enseñado, cada uno a su manera, otras formas de observar. Como estudiante, a menudo pensé que era condescendiente que los autores agradecieran a sus alumnos por su «estimulante» influencia, pero desde que me mudé a Rutgers he llegado a depender considerablemente del compromiso intelectual de un grupo excepcional de personas: Laura Reid, Leyla Vural, Tanya Steinberg, Andy Herod, Don Mitchell, Tamar Rothenberg y Julie Tuason han contribuido, de diferentes formas, con tiempo e ideas y yo espero que esto sea tan valioso para ellos como lo es para mí.

Mayo de 1990.

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

Ese libro representa el punto de encuentro entre dos tipos de investigación intelectual. La primera es una exploración, así como una crítica teórica y filosófica, de los conceptos en tanto medios para interrogar con mayor agudeza la realidad en la que vivimos. En consecuencia, los primeros dos capítulos giran en torno a la preocupación por renovar la muy arcaica concepción de la naturaleza que domina el pensamiento occidental. Esta arista del estudio la inicié en 1979. El segundo tipo de investigación surgió de mi fascinación por las ciudades estadounidenses. A mediados de la década de 1970 me parecía que su estructura espacial urbana desafiaba todos los modelos urbanos tradicionales, y no obstante tenía un patrón muy coherente, si bien dinámico. De manera muy superficial al principio, estaba convencido de que uno podía entender mucho de la estructura social de una sociedad a partir de sus inscripciones en el espacio geográfico urbano. En particular, estaba fascinado con el proceso de gentrificación y comencé a investigarlo. Mientras la investigación avanzaba, teniendo por fondo una gran familiaridad con los conceptos y la teoría marxista, llegué a convencerme de que la gentrificación era en sí misma el producto de fuerzas más universales, aunque muy específicas, que operaban espacialmente a diferentes escalas: el proceso general era el del *desarrollo desigual*.

Al mismo tiempo que el estudio sobre la estructura espacial se amplió hacia la investigación teórica, los vínculos con el estudio más filosófico se hicieron más claros. Por eso, el tercer capítulo sobre el espacio enlaza el trabajo más abstracto sobre la naturaleza con la investigación teórica del desarrollo desigual expuesta en los capítulos 4 y 5. El producto final, así lo espero, representa menos una investigación filosófica y más un puente entre la reflexión filosófica sobre los conceptos y su aplicación en la búsqueda de nuevas perspectivas teóricas. Pues, tal y como Marx insistió, no puede haber filosofía separada de la ciencia práctica. Este es, con toda seguridad, un intento por ir más allá de la filosofía.

La fortuna intelectual se logra por medio de la acumulación de deudas, y yo solo espero que en mi caso tal fortuna sea igual a las deudas.

David Harvey ha contribuido más a este trabajo de lo que puede decirse en palabras y en notas al pie de página. David combinó una motivación y crítica exigente con invitaciones a cenar y amistad. Creyó siempre en la importancia del proyecto y respondió con esa mezcla suya de motivación, *laissez-faire* e intervencionismo activo. Su propio trabajo me ha inspirado desde antes de que fuera a Baltimore, y hoy continúa haciéndolo. También leyó y criticó una versión temprana del manuscrito.

Pero yo no habría llegado a Baltimore si no fuera por Joe Doherty de la Universidad de St. Andrews, quien me animó a realizar una especulación filosófica responsable con la realidad. Joe insistió paciente y tranquilamente en que lidiara con los temas más problemáticos, y sin su compromiso sincero yo nunca habría concebido el presente trabajo, incluso en su forma embrionaria. Una vez en Baltimore, Reds Wolman me ofreció apoyo constante a un nivel inesperado, y aunque no siempre entendió qué estaba tratando de hacer, confió en mí.

En las primeras etapas de este trabajo, Nancy Gish me apoyó de muchas maneras, pero insistió en que si iba a escribir, debía hacerlo también con claridad. En las etapas posteriores contribuyó mucha gente, pero nadie tanto como Kathy Ogren, quien me permitía hablar de mi trabajo y me ofrecía el soporte de su profunda amistad. Otros fueron colegas y amigos inspiradores, quienes de diferentes formas toleraron mis horas y tendencias antisociales y aun así siguieron hablando conmigo. Se trata de Beatriz Nofal, Michele LeFaivre, Barri Brown, Phil O'Keefe, Barbara Koeppel, Donna Haraway, Jerry MacDonald y Lydia Herman. Mucha gente me ha apoyado transcribiendo partes del trabajo en distintas etapas (por lo general apresuradas): Karen Pekala, Jean Kelley, Katie Reininger, Peggy Newfield y Liza Cluggish. Y si Leon atacó sin límite el primer borrador en las madrugadas, Peon heredó felizmente esta responsabilidad cuando llegó el segundo borrador.

«Todo lo que es sólido», dijo Marx en una ocasión, «se desvanece en el aire», lo que es verdad no solo para la geografía del capitalismo. En un periodo como este, también es verdad para las luchas políticas contra la explotación y la opresión. Y de esta manera, por último, quiero reconocer la inspiración de Cal y Barbara Winslow, con quienes cuento los días en la esperanza de que volvamos a tener algo sólido.

INTRODUCCIÓN

Este libro trata sobre la geografía de la política y las políticas de la geografía; intenta por lo tanto reunir dos tradiciones intelectuales que hasta hace muy poco eran objeto de escasa fertilización mutua. Si el trabajo es teórico en sustancia y exposición, su motivación es en realidad más inmediata. Resulta difícil mirar al mundo en nuestros días sin percatarnos de que en las últimas dos décadas y a cargo del capitalismo hemos presenciado una de las reestructuraciones más dramáticas del espacio geográfico. La desindustrialización, el declive regional, la gentrificación, la expansión extrametropolitana, la industrialización del Tercer Mundo y la nueva división internacional del trabajo, han intensificado el nacionalismo y una nueva geopolítica de la guerra —que no son procesos separados, sino síntomas de una transformación más profunda en la geografía del capitalismo—. En su nivel más básico, el objeto de este trabajo consiste en desentrañar la lógica teórica que dirige esta reestructuración del espacio geográfico.

La primera tradición, la geografía académica, nos ofrece algunos conceptos ortodoxos del espacio geográfico y del medio ambiente, así como un análisis de las relaciones espaciales sobre la superficie de la Tierra. Comprendida durante mucho tiempo como una rama del historicismo neokantiano, la geografía académica abandonó por completo su garbo del siglo XVIII en favor de un positivismo antihistórico en la década de 1960. Aunque desafiada, la concepción abstracta del espacio absoluto domina ahora esta tradición. El espacio (junto con el tiempo) es una coordenada básica de la realidad, un campo, una caja infinita o un universal inmutable dentro del cual observamos acontecimientos de orden material. De acuerdo con esta tradición, la reestructuración del espacio solo tiene sentido en tanto producto de fuerzas y leyes físicas universales: así, la actividad humana no reestructura el espacio, solo reacomoda los objetos que están en él. Consideradas desde esta perspectiva filosófica, las manifestaciones de la reestructuración espacial aparecen como una diversidad de procesos aislados, en escalas separadas y sujetas a múltiples causas y explicaciones disociadas. Como este enfoque es muy rudimentario, el patrón real de reestructuración es refractado en múltiples fragmentos.

La segunda tradición es la del análisis político de la sociedad capitalista. En contraste con la tradición geográfica, la teoría marxista es explícitamente histórica, lo que constituye una de sus mayores fortalezas. La teoría marxista intenta explicar la estructura económica, política y social de una sociedad en un periodo dado, como el resultado de procesos históricos específicos y contingentes, y no de fuerzas asumidas como universales, por ejemplo, la naturaleza humana. No se trata solo de que la competencia, el mercado, el crecimiento económico y el afán de lucro sean contingentes en términos históricos, sino también de que su forma cambia y se desarrolla dentro de la misma historia del capitalismo. Otra fortaleza de la teoría marxista es su perspectiva relacional, que trata la sociedad capitalista como un todo coherente (aunque no siempre consistente), y no como una acumulación de fragmentos. Tales fortalezas hacen a esta tradición muy sensible a los procesos de reestructuración contemporánea del capitalismo. Sin embargo, lo que le sobra en sensibilidad histórica le falta en sensibilidad geográfica. Quizá esto se deba a que, a pesar de su enfoque holístico, los marxistas han tendido a aceptar la concepción tradicional burguesa del espacio como algo separado de la sociedad. Solo en los aislados casos de estudio de la división campo-ciudad y de la necesidad del internacionalismo, la tradición marxista trasciende esta adhesión a la concepción burguesa del espacio. Por eso, aunque posee los recursos teóricos para comprehender la reestructuración contemporánea del espacio geográfico, ha tendido a carecer de tan necesaria sensibilidad geográfica.

En un intento más integral por comprender la reestructuración del espacio geográfico, un grupo de investigadores ha comenzado a explorar la intersección entre la tradición geográfica y la tradición marxista.[1] De manera amplia, el tema central que desarrollan gira en torno a las preguntas: ¿qué es la geografía del capitalismo?, ¿qué patrones y procesos espaciales específicos caracterizan a la sociedad capitalista, y cómo se modifican con los desarrollos subsiguientes del capitalismo? En sí misma, esta intersección representa un avance significativo para ambas tradiciones. A la geografía le ofrece la posibilidad de integrar una mirada filosófica en el marco de un enfoque histórico, revelando así un mundo totalmente nuevo en el que las sociedades humanas crean su propia geografía. Al marxismo le ofrece la oportunidad de expandir la jurisdicción de su teoría hacia la esfera geográfica y de profundizar su contribución al ayudar a comprehender la subestructura natural y espacial del paisaje social.

[1] Para un ejemplo temprano, véase David Harvey, *Social Justice and the City* (Londres, 1973). También Henri Lefebvre, *The Survival of Capitalism,* Londres, 1976; David Harvey, *The Limits to Capital,* Oxford, 1982; Michel Aglietta, *A Theory of Capitalist Regulation,* Londres, 1979; Nigel Harris, *Of Bread and Guns,* Hamondsworth, 1983; J. Carney, R. Hudson y J. Lewis (eds), *Regions in Crisis. New Perspectives in European Regional Theory,* Londres, 1980; Michel Dunford y Diane Perrons, *The Arena of Capital,* Londres, 1983.

La mayor parte del emergente trabajo sobre la geografía del capitalismo examina con cierto detalle el proceso del desarrollo desigual, que en la última década se ha convertido en moda. Es tal la superficialidad de esta moda que, como muchas otras novedades, ha sido rápidamente trivializada. Uno puede ver, por ejemplo, cómo los geógrafos tratan el desarrollo desigual como un proceso ahistórico y universal, como poco menos que el resultado inevitable de la eterna imposibilidad del desarrollo *uniforme*: «*Todo* se desarrolla desigualmente». No hay nada más disruptivo que encontrar marxistas que, a pesar la agudeza histórica de su teoría, se someten a la misma trivialización. El desarrollo desigual resulta en extremo fundamental para el desenvolvimiento del capitalismo, hasta el punto de considerarlo un lugar común y añadirlo a la lista de palabras rimbombantes de los procesos que no merecen mayor importancia. La cuestión es que el desarrollo desigual es el emblema de la geografía del capitalismo. No es solo que el capitalismo fracase a la hora de desarrollarse de forma uniforme, ni que debido a factores accidentales y aleatorios el desarrollo geográfico del capitalismo represente una desviación estocástica de un proceso por lo general uniforme. El desarrollo desigual del capitalismo es estructural antes que estadístico. Los patrones geográficos resultantes son exhaustivamente determinados (no tanto «deterministas») y por ello son únicos del capitalismo. En su nivel más básico, como espero mostrar, el desarrollo desigual es una expresión geográfica sistemática de las contradicciones inherentes a la propia constitución y estructura del capital.

Planteada en un terreno común entre las tradiciones geográfica y política, la teoría del desarrollo desigual ofrece la pieza clave para dilucidar qué caracteriza a la geografía del capitalismo. La cuestión es, por lo tanto, esencialmente geográfica, pero no se puede ir más allá en la comprensión de la lógica del desarrollo desigual sin entender que está en juego algo mucho más profundo. No se trata de preguntarnos únicamente qué le hace el capitalismo a la geografía, sino también qué puede hacer la geografía por el capitalismo. Así, además de la pregunta esencialmente geográfica, la teoría del desarrollo desigual también plantea una pregunta *política*: ¿cómo la configuración geográfica del paisaje contribuye a la supervivencia del capitalismo? Desde el punto de vista marxista, no solo se trata de extender la profundidad y la jurisdicción de la teoría marxista, sino de impulsar toda una nueva vertiente de discusión sobre la supervivencia del capitalismo en el siglo XX. Desde la ventajosa mirada de la tradición geográfica, que especialmente en Estados Unidos está sostenida por toda clase de iniciativas empresariales, el resultado no resulta menos dramático. El saber geográfico más popularizado indica que vivimos en un mundo en contracción, que el transporte barato y sofisticado ha disminuido la importancia del espacio y la diferenciación geográfica, que las tradicionales identidades

regionales están siendo uniformadas —en definitiva, estamos de alguna manera más allá de la geografía—. Lo que argumento aquí al delimitar la teoría del desarrollo desigual es que cualesquiera que sean las verdades parciales de esta sabiduría popular, la verdad es lo contrario. El espacio geográfico ocupa la agenda económica y política como nunca antes, y la idea del «pivote geográfico de la historia» ha adquirido un significado más moderno y profundo que el que Mackinder pudo imaginar.[2]

La idea del desarrollo desigual es heredera de la teoría marxista, así que antes de avanzar en nuestro objetivo, resulta necesario aclarar en dónde se ubica el presente análisis dentro del contexto de la llamada ley del desarrollo desigual. Al reclamar el origen marxista de la idea del desarrollo desigual (y combinado), Ernest Mandel planteó que, con la excepción del propio trabajo de Marx, no hay otra idea de origen explícitamente marxista que haya llegado a ser tan influyente y estar tan extendida entre los círculos de la burguesía.[3] Hay en ello algo de verdad, incluso si tiende a la exageración. No obstante, en la tradición marxista esta concepción no ha sido bien desarrollada. Apareció de forma prominente en la batalla política entre Trotsky y Stalin en la década de 1920, especialmente en los debates sobre el internacionalismo y el «socialismo en un solo país». Se trataba, en este contexto, de un concepto político referido al desarrollo desigual de la lucha de clases y del combate frente al capitalismo mundial. Como con otras facetas del pensamiento marxista del siglo XX, el patrón de pensamiento establecido en el periodo emergente del estalinismo dominó los tratamientos subsiguientes del desarrollo desigual.

En realidad, como proceso singular y distintivo, el desarrollo desigual fue primero examinado en profundidad por Lenin, quien trató de delinear algunas de sus características económicas y geográficas. Aunque se refiere periódicamente a este concepto en sus análisis tardíos, esta sugerente aproximación no fue desarrollada más allá de su etapa temprana.[4] Después de la Revolución de 1905, la noción de desarrollo desigual fue interpretada en función del contexto político inmediato, en particular a partir de la cuestión de si la revolución socialista era posible en naciones económicamente menos avanzadas, donde el campesinado aún superaba al proletariado y la burguesía naciente era débil. Esta concepción fue la que recuperó y refinó Trotsky durante su lucha política contra el estalinismo, y por ello la «ley del desarrollo desigual y combinado» quedó asociada a la tradición trotskista. No obstante, con la derrota de Trotsky el concepto cayó en desgracia, pero no antes de que fuera despojado de su

---

[2] H.J. Mackinder, «The Geographical Pivot of History», *Geographical Journal,* núm. 23, 1904, pp. 421-437.
[3] Ernest Mandel, *Trotsky: A Study in the Dynamic of His Thought,* Londres, 1979, p. 34.
[4] V. I. Lenin, *The Development of Capitalism in Russia,* Moscú, 1977. Véase también *Imperialism, The Highest Stage of Capitalism,* Pekín, 1975.

contenido económico y geográfico. Aun así, el concepto quedó conectado a la teoría de la revolución permanente, lo que le permitió sobrevivir dentro del movimiento trotskista como un término político que explicaba el desarrollo de las relaciones de clase y la anatomía de la revolución.[5]

Si la atención prestada al desarrollo desigual en la última década le debe algo a esta herencia clásica marxista, su deuda es aún mayor con el resurgimiento general del interés en el marxismo que siguió a la década de 1960 y a la profundidad geográfica de este proceso. Si la importancia y estructura de este proceso no fue reconocida ochenta años atrás se debe a que el patrón geográfico de acumulación de capital ha cambiado abruptamente desde aquel periodo. El desarrollo desigual, en el sentido estricto en que se utiliza en este trabajo, es por completo un fenómeno del siglo XX. Por eso, la creación de una teoría (distinta de una ley) del desarrollo desigual implica un segundo diálogo que va más allá de aquel entre las tradiciones geográfica y política. Supone también un diálogo histórico entre el análisis teórico del capitalismo delineado en el siglo XIX y la realidad del capitalismo de finales del siglo XX.

La lógica del desarrollo desigual deriva específicamente de las tendencias opuestas, inherentes al capital, que se orientan de manera simultánea hacia la diferenciación y la igualación de los niveles y condiciones de producción. El capital es invertido de forma continua en el espacio construido para producir plusvalía y expandir las mismas bases del capital. De la misma manera, el capital es retirado continuamente del espacio construido para desplazarse a otro sitio donde pueda aprovechar la existencia de tasas de ganancia más elevadas. La inmovilización espacial del capital productivo en su forma material es una necesidad, que no resulta ni menor ni mayor, que la circulación perpetua del capital en tanto valor. Así, es posible observar el desarrollo desigual del capitalismo como la expresión geográfica de la más fundamental contradicción entre valor de uso y valor de cambio.

El patrón que resulta en el paisaje es bien conocido: desarrollo en un polo y subdesarrollo en el otro, lo que adquiere forma en diferentes escalas espaciales. La teoría de la dependencia, la teoría centro-periferia y otras teorías del subdesarrollo, capturan algo de este proceso, pero su atención tiende a situarse solo en la escala global, por lo que las dimensiones geográficas del desarrollo desigual son exploradas de manera limitada. En definitiva, estas no ofrecen un marco teórico bien desarrollado para entender la geografía del capitalismo. De manera sorprendente, la principal barrera para entender esta geografía proviene menos de nuestra ignorancia sobre las dinámicas del capital que de nuestros muy arraigados prejuicios

[5] Véase por ejemplo la recapitulación moderna de Michael Löwy de la idea política y la valoración comprensiva en *The Politics of Combined and Uneven Development,* Londres, 1981.

con relación al espacio. Una teoría del desarrollo desigual debe integrar espacio y proceso social a diferentes niveles, y sin embargo, nuestro sentido común sobre el espacio como un campo de actividad o como un contenedor hace difícil ir más allá de la integración, un tanto mecánica, del espacio y la sociedad, es decir, donde el espacio es visto como «reflejo» de la sociedad. Aquí es donde se vuelve necesario un cambio fundamental de perspectiva, pues mientras nosotros, como teóricos, tenemos problemas conceptuales para lograr la integración del espacio y la sociedad, observamos que, en cambio, el capital parece lograrlo todos los días en la práctica. Lo que de hecho realiza es la *producción de espacio,* que se realiza a su imagen y semejanza. La exploración de esta idea nos llevará a una más completa integración del espacio y la sociedad en la teoría del desarrollo desigual, en tanto el capital no solo produce el espacio en general, también produce las escalas espaciales que le otorgan su coherencia.

De hecho, la producción del espacio se basa en un proceso más básico, uno que parece quijotesco, irreal, y que sacude nuestra aceptación tradicional de lo que hasta ahora nos había parecido evidente. La *producción de la naturaleza* no solo proporciona un fundamento filosófico para discutir el desarrollo desigual del capitalismo, sino que también es un resultado muy real del desarrollo de este modo de producción. Lo que nos conmociona tanto sobre esta idea de la producción de la naturaleza es que desafía la separación convencional y sacrosanta entre naturaleza y sociedad, pues lo hace con abandono y sin ninguna vergüenza. Estamos acostumbrados a concebir la naturaleza como externa a la sociedad, prístina y prehumana, o como un imponente universal en el que los seres humanos son apenas pequeños y simples engranajes. Sin embargo, aquí nuestros conceptos han vuelto a fallar al intentar atrapar la realidad. Es el capitalismo el que de forma entusiasta desafía la separación heredada entre naturaleza y sociedad, y lo hace más con orgullo que con vergüenza.

Por la tendencia constante a acumular cada vez mayores cantidades de riqueza social, el capital modifica la forma del mundo entero. Ninguna piedra es dejada en su lugar, ninguna relación original con la naturaleza continúa inalterada y ninguna cosa viva queda intacta. Hasta ese punto el capital reune los problemas de la naturaleza, del espacio y del desarrollo desigual. El desarrollo desigual es el proceso y patrón concreto de producción de la naturaleza capitalista. Esto se hará más evidente en la discusión sobre la producción de la naturaleza que, en cierta manera, se reduce a la discusión del valor de uso, el valor y el valor de cambio. No puede haber una apología del antropomorfismo que caracteriza a esta perspectiva: con el desarrollo del capitalismo, la sociedad humana se coloca en el centro de la naturaleza. Solo seremos capaces de lidiar con los problemas que ello conlleva si reconocemos esta realidad.

La secuencia de este trabajo es sencilla. Después de considerar la ideología de la naturaleza (capítulo I), intentaré establecer los principios de una concepción alternativa de la relación con la naturaleza, centrándome en su producción (capítulo 2). Si estos primeros capítulos parecen un tanto abstractos y no completamente encauzados, se debe en parte a la habitual dicotomía naturaleza-sociedad, espero no obstante que ello no intimide al lector. En el capítulo 3 discutiré la relación entre naturaleza y espacio, y describiré el poderoso ímpetu del capital en la producción de este último. En el capítulo 4, el eje serán los procesos básicos de igualación y diferenciación y su relación con la acumulación y circulación del capital. Esto funcionará como soporte final para el capítulo 5, que presenta la teoría general del desarrollo desigual. Aquí me apoyo con amplitud en las conclusiones relativas al espacio y la naturaleza de los capítulos anteriores, pero también en el análisis del capitalismo realizado por Marx. Cuando uno delinea las implicaciones y dimensiones espaciales de su análisis, especialmente en *El capital*, las bases de la teoría del desarrollo desigual se ponen ya a nuestro alcance. El análisis empieza así con las categorías filosóficas generales, las mismas que deben ser renovadas antes de investigar el desarrollo desigual.

En el examen de la teoría del desarrollo desigual seguiré el procedimiento lógico-histórico empleado por Marx. En *El capital*, «presupone que las leyes de la producción capitalista operan de manera pura. En realidad solo existe una aproximación, pero tal aproximación es más ajustada en cuanto más desarrollado está el modo de producción capitalista». En otras palabras, la presuposición de la forma pura no es una abstracción arbitraria, sino una abstracción que realmente ocurre históricamente. Esta presuposición «expresa el límite [del proceso] y […] por lo tanto, se acerca de manera constante a una representación exacta de la realidad».[6] Sea que esto derive del complejo legado histórico del feudalismo o de un presunto plano ideal, lo que observamos es que el desarrollo desigual del capitalismo se profundiza en el paisaje geográfico y como necesidad intrínseca del capital. Este trabajo se propone realizar el análisis teórico de los procesos por los cuales esto ocurre.

[6] Karl Marx, *Capital*, 3 volúmenes, Nueva York, 1967, 3, p. 175; *Theories of Surplues Value*, 3 volúmenes, Londres, 1969, vol. 1, p. 410.

I
LA IDEOLOGÍA DE LA NATURALEZA

Más que a cualquier otra experiencia, es a la emergencia del capitalismo industrial a la que debemos el establecimiento de los enfoques y las visiones actuales sobre la naturaleza. Para apologistas y detractores por igual, la transformación general de la naturaleza en manos del capitalismo industrial domina su consumo tanto físico como intelectual. Esta experiencia depura viejas e incompatibles concepciones de la naturaleza y produce otras nuevas. Y sin importar si es percibida con asombro, como una medida del progreso humano o con temor, la dominación de la naturaleza es una realidad aceptada por lo general como la advertencia calamitosa de un inminente desastre. Donde algunos anticipan «que el control total de la naturaleza es posible en un futuro no muy distante», otros lamentan que la sociedad humana se está convirtiendo en no menos que «una carga enorme en la naturaleza».[1] Para todos ellos, no obstante, la dominación social de la naturaleza es un presupuesto, incluso si su magnitud está en debate y su moralidad es objeto de una amarga batalla.

Más allá de la centralidad de esta experiencia social relativamente reciente, tanto al nivel de la vida diaria individual como de la sociedad en su conjunto, nuestra concepción actual de la naturaleza no es ni sencilla ni resulta de su mero reflejo. El concepto social de naturaleza es, en cambio, más parecido a un árbol en crecimiento que suma cada año nuevos anillos a su tronco, en la medida en que acumula innumerables capas de significado en el curso de la historia. Y así como solo la tala expone los anillos del árbol antes de enviarlo al aserradero y transformarlo en un artefacto útil para los humanos, el capitalismo industrial ha recortado los significados de la naturaleza hasta ahora acumulados, para moldear otros que le sean apropiados en la era actual. Los viejos conceptos de naturaleza no son aniquilados sino cooptados en función de un nuevo propósito. Por eso, a pesar de la base común en torno a la experiencia de la naturaleza, el concepto de naturaleza es complejo en extremo y a veces contradictorio.

[1] Earl Finbar Murphy, *Governing Nature,* Chicago (IL), 1967, p. 11; M. Horkheimer y T. Adorno, *Dialectic of Enlightenment,* Nueva York, 1972.

La naturaleza es material, espiritual, nos viene dada, es producida y es pura e inmaculada, todo a la vez. La naturaleza es orden, es caos, es sublime y secular, está dominada y es victoriosa. Es una totalidad y un conjunto de partes, es mujer y es objeto, organismo y máquina. La naturaleza es un don de dios y es el producto de su propia evolución. Es un universal que está fuera de la historia y también un producto de la historia, un accidente y un designio, un sitio inhóspito y un jardín. En la gama de concepciones actuales de la naturaleza sobreviven todos estos significados, pero, incluso en su complejidad, están organizados dentro de un dualismo esencial.

Por un lado, la naturaleza es *externa*, una cosa, el reino de los objetos y procesos extrahumanos que existen fuera de la sociedad. Esta naturaleza externa es prístina, un don de dios, autónoma; es también la materia prima con la que se construye la sociedad, la frontera que el capitalismo industrial empuja continuamente hacia atrás. En tanto árboles, rocas, ríos y tempestades, se trata de una naturaleza externa que espera ser internalizada en el proceso de producción social. Por otro lado, la naturaleza es concebida como *universal.* Y puesto que además de la naturaleza externa tenemos una naturaleza humana, se sobreentiende que los seres humanos y nuestros comportamientos sociales son, en cada una de sus partes, tan naturales como los llamados aspectos externos de la naturaleza. Así, las aproximaciones ecológicas a la sociedad humana colocan a nuestra especie como una más entre las muchas que forman parte de la totalidad de la naturaleza. En contraposición al concepto externo, el concepto universal incluye lo humano y lo no humano en la naturaleza. Estas naturalezas externa y universal no son completamente conciliables, pues mientras la naturaleza es considerada externa a la existencia humana por un lado, es, por el otro, simultáneamente externa e interna.

Este dualismo conceptual de la naturaleza no es absoluto, ya que por contradictorias que puedan ser tales concepciones, son a menudo confundidas en la práctica y de ninguna manera están claramente separadas. Las raíces históricas de este dualismo pueden ser rastreadas hasta Kant, aunque con certeza aparece en diversos momentos de la tradición intelectual judeocristiana. Kant distingue entre varias «naturalezas», pero en particular entre una naturaleza externa y una interna (que es tal vez la más persistente y la más importante para nuestros propósitos). La naturaleza interna de los seres humanos englobaba sus bajas pasiones, mientras que la naturaleza externa se refería al entorno social y físico en el que vivían los seres humanos. Esta distinción vino, en cierto modo, impuesta a Kant como resultado del sistema epistemológico que desarrollara; y resulta significativo que en este dualismo, la mente humana no figurara de ninguna manera. Para Kant, la mente era el medio por el que en última instancia sería superado el dualismo: la mente cognoscente individual experimentaría la naturaleza en su interior como una unidad; y al nivel de las especies,

sería la función de la cultura superar este dualismo de la bestia interior y la naturaleza externa.[2] De esta manera, el dualismo inicial produce, o al menos implica, otros dualismos que nos siguen siendo familiares: mente y naturaleza, cultura y naturaleza. La ideología burguesa contemporánea de la naturaleza está construida sobre estas dicotomías filosóficas planteadas por Kant. La oposición entre naturalezas interna y externa aún nos resulta correcta, y en todo caso, posee un atractivo intuitivo más inmediato que el dualismo de las naturalezas externa y universal.

El tema de la naturaleza, real y conceptual, se extiende a través de todo el pensamiento occidental. Si de por sí es una tarea monumental sintetizar el desarrollo de los principales conceptos de naturaleza hasta Kant,[3] sería una tarea también descomunal hacerlo para las últimas dos décadas, pues durante este tiempo, la relación social con la naturaleza ha experimentado una transformación sin precedentes. De forma simultánea, muchas de las viejas concepciones han sido fosilizadas al convertirse en piezas de museo, y otros conceptos comparativamente oscuros han pasado, de forma acelerada, a ser prominentes. Es en este corto periodo de tiempo que el dualismo inherente a Kant se ha convertido en el eje troncal de la ideología burguesa de la naturaleza. Dada la inmensidad de la tarea, no podemos rastrear de forma detallada el desarrollo histórico de tal ideología en este capítulo, pero sí podemos ilustrarla al examinar dos modos de experimentar y conceptualizar a la naturaleza: la científica y la que aquí llamaremos, mientras encontramos una mejor descripción, la poética. No se tiene pretensión alguna de agotar la discusión, ya que el estudio es muy selectivo en cada caso; la cuestión es ilustrar más que explicar de forma concluyente la ideología burguesa de la naturaleza. Al final, examinaremos la perspectiva marxista de la naturaleza, que es la principal alternativa a la concepción burguesa.

I. La naturaleza en la ciencia

Se ha vuelto tradición ubicar el origen de la ciencia moderna en el siglo XVII y en la obra de Francis Bacon, en particular porque este último es conocido por haber promovido de manera entusiasta el dominio de la naturaleza. Tal dominio, así lo planteó, es una trayectoria autorizada por Dios que se tornó necesaria una vez expulsados del Jardín del Edén. Pero aun si se perdió para siempre la Inocencia, todavía podía recuperarse algo

---

[2] Yirmiahu Yovel, *Kant and the Philosophy of History,* Princeton, 1980, p. 181, passim; R. G. Collingwood, *The Idea of Nature,* Londres, 1946, pp. 116-120.

[3] Sobre este vínculo, ver el trabajo clave de Clarence Glacken, que aborda la historia de los conceptos de naturaleza desde la antigüedad hasta el siglo XVIII desde una perspectiva particularmente geográfica: *Traces of the Rhodian Shore,* Berkeley, 1967.

del equilibrio armonioso entre «hombre y naturaleza» por medio del beneficioso dominio del primero sobre la segunda. Un dominio que se logra por medio de la aplicación de las «artes mecánicas» que son desarrolladas, a su vez, mediante la «investigación de la naturaleza». Solo al «penetrar más y más en la perspectiva del conocimiento natural» el hombre podría generar los medios para dominar a la naturaleza. El hombre la gobierna obedeciéndola. De esta forma Bacon entregó su vida a la creación de los medios institucionales para la investigación científica sistemática; una visión que inmortalizó en *New Atlantis*, pero que en vida no alcanzó a ver puesta en práctica.[4]

Una gran parte del imaginario y las ideas de Bacon ha pasado a nuestro lenguaje y concepción de la ciencia de tal forma que, en retrospectiva, es difícil apreciar su originalidad. Aun así, su concepción de la naturaleza es externa a la sociedad humana, pues se trata de un objeto dispuesto para ser dominado y manipulado. En comparación con concepciones anteriores, la imagen de Bacon sobre la relación con la naturaleza es mecánica antes que orgánica. La sociedad es separada de la naturaleza en tanto dominio del hombre, y si cuenta con un gobierno visionario, entonces puede ser orientada hacia el dominio de la segunda. Los beneficios políticos de este dominio, por supuesto, no pasaron desapercibidos para Bacon, que entonces era Lord Canciller de Inglaterra, y por ello no solo afirmó la externalidad de la naturaleza, sino que consideró el potencial de su control social, inherente a la ciencia, y anticipó la distinción kantiana entre naturaleza externa y naturaleza interna:

> No es inferior ese mérito del aprendizaje que consiste en reprimir los inconvenientes que nacen entre un hombre y otro al de aliviar las necesidades que surgen de la naturaleza […] [Puesto que los hombres] todavía están llenos de deseos salvajes no dominados de ganancia, lujuria y venganza, la sociedad y la paz solo serán mantenidas en la medida en que ellos presten oído a los preceptos, las leyes y la religión, en la medida en que sean suavemente tocados con la elocuencia y la persuasión de los libros, los sermones y las arengas. Sin embargo, si estos instrumentos son silenciados, o si la sedición y el tumulto los hacen inaudibles, todas las cosas se disolverán en la anarquía y la confusión.[5]

Así, la investigación científica también podría proveer los medios para el dominio de la naturaleza humana, al ayudar a reprimir las consecuencias nocivas de la pasión, el egoísmo y los deseos.

---

[4] Benjamin Farrington, *Francis Bacon: Philosopher of Industrial Science,* Nueva York, 1961; Paulo Rossi, *Francis Bacon: From Magic to Science,* Londres, 1968; William Leiss, *The Domination of Nature,* Boston, 1974, cap. 3.

[5] «Of the Proficience and Advancement of Learning, Divine and Humane», citado en Leiss, *Domination of Nature*, pp. 56-57.

Desde la obra de Bacon, es un lugar común que la ciencia trate la naturaleza como un ente externo, en tanto el método y los procedimientos científicos separan de forma absoluta de su contexto social los acontecimientos y objetos bajo escrutinio, e, incluso, la actividad científica en sí misma. A pesar de que la mecánica de Newton permitió a Dios tener un lugar en el universo natural, la sociedad y el ser humano individual tuvieron que ser expulsados de ese mundo. Cuando vio caer la manzana, Newton no se preguntó por las fuerzas y acontecimientos sociales que determinaron la forma del fruto y el lugar exacto donde caería, como la domesticación de los árboles frutales, el proceso de plantado y el diseño del jardín. Se preguntó en cambio por el acontecimiento «natural», definido de forma separada de su contexto social. De manera similar, el objeto de la teoría de la relatividad de Einstein era un mundo de movimiento atómico y subatómico en el espacio-tiempo, un mundo en el que no existía la escala de la experiencia humana directa. Sus resultados, por supuesto, fueron aplicados a acontecimientos materiales de la dimensión social, al igual que la ley de la gravedad de Newton fue aplicada al cuerpo humano, aunque en ambos casos los acontecimientos y productos sociales sirvieron para ilustrar el principio científico no en tanto fenómenos sociales, sino naturales. La definición y el contexto social de un cuerpo (humano) que cae no tienen relevancia cuando está siendo usado para ilustrar la gravedad o la relatividad.

La consideración de la naturaleza como objeto externo no es arbitraria ni accidental. Aunque en nuestros días la conexión entre la industria y el método científico está un tanto velada, esta era muy evidente para Bacon. En el proceso de trabajo, los seres humanos tratan los materiales naturales como objetos externos que serán convertidos en mercancías. Los productores disponen las «artes mecánicas» entre ellos y los objetos de trabajo para incrementar la productividad del proceso, y por lo tanto, si la ciencia ha de funcionar como el medio para desarrollar las «artes mecánicas», estas también deben tratar a la naturaleza como un objeto externo. Una «ciencia» como esta puede tener algunos beneficios, pero al estar basada en la lógica moral de la religión protestante podría ser poco útil para desarrollar las artes mecánicas. Cerca de un siglo después, Newton proclamó la misma relación directa entre ciencia y «práctica mecánica».[6] En nuestros días no toda la ciencia se encuentra atada de forma tan directa a la actividad productiva y, al haber dejado de ser uno más de sus objetivos, ha llegado a convertirse en una importante institución social con vida y lógica propias. Si bien el capitalismo industrial ha usado a la ciencia como nunca antes

[6] Por ejemplo: «la geometría está fundada en la práctica mecánica, y ella no es sino la parte de la mecánica universal que formula y demuestra con exactitud el arte de medir». Citado en Marx Jammer, *Concepts of Space,* Cambridge (Mass), 1969, p. 96.

por medio de los laboratorios industriales, la ciencia ha ganado algo de independencia frente a las necesidades productivas directas por medio de los centros de investigación pura. No obstante, la cuestión aquí es que, sin importar cuán ligada esté la ciencia a la industria en la actualidad, ella todavía comparte con Bacon y Newton el presupuesto epistemológico de la naturaleza como entidad externa a la que objetiva en la teoría y en la práctica durante el proceso de trabajo.

En la tradición de la ciencia moderna, la naturaleza no es solo externa, también es universal. Y aunque ahora es secular, la fuente de esta unidad y universalidad fue religiosa en una versión temprana. Para Bacon, el ropaje religioso con el que se invistió a la ciencia no fue un elemento opcional políticamente motivado, sino uno integral de toda la empresa. Bacon aceptó la versión bíblica de la creación, y si la armoniosa unidad de la naturaleza se rompió con la expulsión de la humanidad del Jardín del Edén, la ruptura fue solo parcial y temporal. La ciencia era una empresa divina en la medida en que por medio de ella y del dominio de la naturaleza, los seres humanos podrían restaurar la armonía perdida e implementar así la voluntad de Dios. Ya sin importar cuánto separara a la naturaleza externa del mundo social, Bacon insistió en que los objetos «naturales» y «artificiales» poseían el mismo tipo de forma y esencia, difiriendo únicamente en sus causas directas.[7] Si la ecuación entre naturaleza y forma no ha sobrevivido, sí lo ha hecho la que vincula naturaleza y esencia, al punto de ser la piedra angular del lenguaje y el pensamiento contemporáneos. Por lo general entendemos que la «naturaleza» de un objeto o acontecimiento es su «esencia», lo que está por debajo de su apariencia; todo fenómeno, social o natural, tiene una esencia, y en ese sentido, la naturaleza es universal.

Para Newton, la universalidad de la naturaleza también tuvo una clara interpretación material bajo la universalidad de las leyes naturales, pero al igual que en la visión de Bacon, su naturaleza universal estuvo construida sobre preceptos religiosos. Newton se opuso a las concepciones anteriores de espacio y materia, y fue con su concepto de espacio absoluto, tan influyente hasta la fecha en nuestras nociones de sentido común, que abrió la posibilidad para que el espacio y el tiempo, no la materia, se convirtieran en los elementos básicos de la naturaleza. Bajo el asedio de críticas religiosas y filosóficas, Newton terminó por identificar cada vez más el espacio absoluto con Dios, e insistió, hacia el final de su vida, en que todos sus descubrimientos en el terreno de la física estaban subordinados a su concepción filosófica del espacio absoluto. Si el movimiento de los objetos estaba por completo determinado por leyes físicas, el espacio donde se

---

[7] Rossi, *Francis Bacon...*, p. 26.

movían era una manifestación de la omnipresencia de Dios. De este modo podemos especular que la ideología de la naturaleza estará conectada con la ideología del espacio.[8]

La ciencia contemporánea también emplea un concepto universal de naturaleza, pero su tono ha dejado de ser religioso. Desde Darwin se ha vuelto tradición considerar la biología de forma sistemática, más que accidental, como algo histórico. Y la biología humana fue solo una parte de este sistema. Así, Darwin brindó el fundamento científico para examinar ciertos fenómenos sociales bajo el mismo marco con el que se estudiaban los fenómenos químicos y, más tarde, físicos. Algunas de sus contribuciones clave a la biología, y esto hay que recordarlo, fueron tomadas de la política económica del siglo XIX. Y ahora, quienes usan y a veces abusan de Darwin han intentado extender de nuevo sus aportaciones al mundo social. El último y más sofisticado intento proviene de la sociobiología, cuyos autores dicen explicar las complejidades del comportamiento individual y social con referencia a la biología, transformando a la sociedad en un artefacto biológico.[9] El punto aquí no es que este reduccionismo biológico no sea respaldado por la mayoría de los biólogos, sino que la visión de una naturaleza universal tiene en la biología su principal punto de apoyo, la naturaleza humana es entendida como un subconjunto de la naturaleza biológica.

Más crédito otorgan la mayoría de los científicos a la aproximación material de la naturaleza universal. De acuerdo con esta concepción, es el mundo físico y no el biológico sobre el que descansa la naturaleza. El debate sobre si el espacio y el tiempo, o la materia, son los elementos básicos de los fenómenos físicos se abre con la refutación de Newton por parte de Einstein y con la emergencia de la teoría cuántica. No obstante, y sin importar cómo respondamos a esta pregunta, tal concepción reduce los fenómenos biológicos a fenómenos físicos, de forma directa o por la vía de la química. Es justo decir que este punto de vista sobre la universalidad de la naturaleza material es el más aceptado. En esencia, la sustancia de la naturaleza es la materia, su «naturaleza» es material. La búsqueda de explicaciones fisiológicas a los comportamientos fisiológicos, por ejemplo, implica esta perspectiva. El físico Carl Friedrich von Weizsäcker ha contribuido con una imagen programática optimista a la tesis de la «unidad de la naturaleza». La física, explica, es la «ciencia que tiene que expresar la unidad de la naturaleza», y para ello hay tres pasos básicos para comprender

---

[8] Para una interesante discusión sobre Newton, véase Jammer, *Concepts of Space*, cap. 4. El problema completo de la relación entre espacio y materia es retomado y abordado con gran detalle en el capítulo 3.

[9] Edward Wilson, *Sociobiology,* Cambridge (Mass.), 1975; *On Human Nature,* Cambridge (Mass.), 1978; Arthur Caplan, *The Sociobiology Debate,* Nueva York, 1978.

tal unidad: primero, los reinos de la naturaleza orgánica e inorgánica deben subordinarse a la física, suponiendo una teoría fisicalista de la biología; segundo, debe haber una «integración genética del hombre en la naturaleza por medio de la teoría de la evolución humana»; y tercero, una «teoría fisicalista del desempeño humano» iniciada por la cibernética.[10] Aunque Weizsäcker no es un positivista, le ha dado voz al amplio, aunque no siempre reconocido, proyecto positivista de la ciencia, ya que afirma al mismo tiempo la unidad y la división de la naturaleza, como cuando la contrasta con el hombre al describir la segunda fase. La naturaleza es, de alguna manera, externa al ser humano, aquello que no es ser humano y que es ser humano al mismo tiempo que naturaleza. Para Weizsäcker, por lo tanto, también hay dos naturalezas: la que está fuera de los seres humanos y la que los incluye.

II. Naturaleza poética. El paisaje estadounidense

En la conclusión de su influyente estudio sobre el paisaje estadounidense como símbolo y como mito, Henry Nash Smith escribió: «La principal dificultad de la tradición agraria estadounidense es que aceptó las ideas de naturaleza y civilización, complementarias y contradictorias a la vez, como principio general de interpretación histórica y social». La naturaleza, y en particular la naturaleza experimentada por medio del paisaje geográfico, fue lo que Smith llamó el símbolo maestro o imagen maestra de los Estados Unidos del siglo XIX. Ya fuese como región inhóspita o como jardín, primigenio o pastoral, la imagen del paisaje materializó la esperanza y la promesa del futuro estadounidense. Esta fusión poética de la geografía física y del mito cultural es lo que Leo Marx llama geografía moral decimonónica de los Estados Unidos. Esta geografía moral es especialmente estadounidense debido a que la contradicción entre naturaleza y «civilización» fue más abrupta que en el Viejo Mundo. En Estados Unidos, las aspiraciones progresistas fomentadas por el capitalismo temprano estuvieron menos limitadas por las formas sociales precedentes, no obstante, fueron resistidas por una naturaleza geográfica mucho más temible que el feudalismo en decadencia. En un contexto como aquel y dada la insuficiencia de instituciones establecidas, «la relación entre la humanidad y el entorno físico se torna más decisiva de lo normal».[11] Si los símbolos sociales dominantes del Viejo Mundo obtenían su fuerza y legitimidad de la historia, los símbolos del Nuevo Mundo lo hacían de la naturaleza.

---

[10] Carl Friedrich von Weizsacker, *The Unity of Nature,* Nueva York, 1980, pp. 6-7.

[11] Henry Nash Smith, *Virgin Land,* Cambridge (Mass.), 1950, p. 260; Leo Marx, *The Machine in the Garden,* Nueva York, 1964, p. 110.

Si la naturaleza es un símbolo social más definido y revelador en la tradición estadounidense, ello no debe tomarse como indicativo de simplicidad, ya que, dado su poder simbólico, su imagen continúa siendo indescriptiblemente compleja. Aun así, es posible hacer algunas generalizaciones relacionadas con la concepción de la naturaleza que ha producido el andar por las regiones inhóspitas norteamericanas. Esto es posible porque, junto a la experiencia científica de la naturaleza, la experiencia poética, aunque la demos por sentada, ha ejercido una influencia dominante en su concepción, lo que se observa en términos geográficos y culturales tanto en el Nuevo como en el Viejo Mundo. En primer lugar, no importa cuán abrupta haya sido, la confrontación con la naturaleza no fue un proceso exclusivo de Estados Unidos, sino el resultado del emergente capitalismo industrial, por eso mucho de esta experiencia fue compartida más allá de sus fronteras. En segundo lugar, la experiencia cultural estadounidense ha influido de formas diversas en el Viejo Mundo, es decir, en el sitio donde tuvo su origen. No cabe duda sobre el nacionalismo que inviste la imagen estadounidense de la naturaleza, pero esta no era una imagen que pudiera poseerse de forma privada como la tierra. Desde el comienzo, desde tiempos de Shakespeare, la imagen estadounidense de la naturaleza fue, en parte, un artefacto europeo. «La topografía de *The Tempest* [*La Tempestad*]», dice Leo Marx, «anticipa la geografía moral de la imaginación estadounidense». En un sentido más general, Roderick Nash apunta la «profunda resonancia de las regiones inhóspitas en el pensamiento occidental».[12] Tras un breve examen de este tratamiento de la «naturaleza», sería posible ilustrar el mismo dualismo conceptual que contrapone la naturaleza externa a la universal, como ya vimos a propósito de la visión científica. Comencemos con la naturaleza externa.

Tras haber visitado las regiones inhóspitas del Territorio de Míchigan en julio de 1831, en tanto parte de su viaje realizado desde Europa, el joven Alexis de Tocqueville tuvo a bien decir lo siguiente sobre la visión estadounidense de la naturaleza:

> Si admitiera de forma precipitada que los estadounidenses no tienen poetas, ello no supondría que no poseen ideas poéticas. En Europa la gente habla mucho de las regiones inhóspitas de Estados Unidos, pero los estadounidenses en realidad nunca piensan en ellas; ellos son insensibles a las maravillas de la naturaleza inanimada y se podría decir que no perciben lo imponente de los bosques que les rodean hasta que no caen bajo la fuerza de las hachas. Su atención está puesta en otra cosa:

---

[12] Marx, *Machine in the Garden*, p. 72; Roderick Nash, *Wilderness and the American Mind,* New Haven, 1967, p. 8. Sobre naturaleza y nacionalismo véase el estudio de Perry Miller *Nature's Nation,* Cambridge (Mass.), 1967, en especial el cap. 1 sobre «The Shaping of the American Character».

> los estadounidenses observan su propia marcha sobre lo inhóspito al drenar los pantanos, cambiar el curso de los ríos, poblar espacios inhabitados y someter a la naturaleza. Esta extraordinaria imagen de ellos mismos no se les presenta de frente, de forma ocasional, pues podría decirse que está presente tanto en sus menos como en sus más importantes acciones, como si siempre estuviera revoloteando en sus mentes.[13]

Los mismos temas se repiten a lo largo de la literatura de conquista desde los tiempos puritanos hasta bien entrado el siglo XIX, a veces de manera extremadamente gráfica. Los bosques de Massachusetts del Cotton Mather fueron las guaridas primigenias de dragones, demonios, brujas e «incandescentes serpientes voladoras» —seres míticos, sin duda, pero no el producto de la imaginación pura, sino de la imaginación puritana aplicada con libertad a acontecimientos reales—. Y aunque en la literatura de conquista del siglo XIX el lenguaje se fue refinando, la imaginación tuvo un papel menos activo y se enfatizó más la conquista que lo conquistado, esta refleja la misma aversión hacia la naturaleza salvaje.[14] Lo inhóspito es la antítesis de la civilización, es estéril, terrible, incluso siniestro, no solo es el hogar de lo salvaje, sino su hogar *por naturaleza*. Lo inhóspito y lo salvaje fueron como una misma cosa, eran obstáculos a superar por medio de la marcha del progreso y la civilización.

Esta tradición de hostilidad emana de forma directa de las fronteras donde la externalidad de la naturaleza se vive de manera más aguda, y resuena con fuerza suficiente, para usar las palabras de Nash, en las descripciones de lo «inhóspito urbano» o de la «frontera urbana», que cargan con las mismas connotaciones, deliberadas o no, de repugnancia.[15] No obstante, al haber sido domesticado lo inhóspito, la naturaleza externa adquirió una apariencia menos amenazadora. El trabajo en bruto que moldea a la naturaleza fue sustituido por una más cuidadosa disección a manos de la ciencia, y así la fascinación reemplazó al miedo. En términos de su representación artística, esta transición puede observarse en la aparición de un tipo particular de pintura de la naturaleza: los minuciosos y detallados estudios de especies botánicas o zoológicas, los llamados estudios de la naturaleza. Por igual, científicos y artistas —gente como Alexander Humboldt, Frederic Edwin Church y J. J. Audubon—, contribuyeron a

---

[13] Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, 2 volúmenes, Nueva York, 1945, vol. 2, p. 78.

[14] Nash, *Wilderness...*, pp. 28-43.

[15] Sam Bass Warner, *The Urban Wilderness,* Nueva York, 1972. «Frontera urbana» y «pionero urbano» son términos recientes que se refieren a la conquista de los barrios céntricos de la clase trabajadora por parte de la clase media profesional: los demonios y las guaridas oscuras de la «plaga» urbana son conquistados para instaurar la civilización en el nombre de un progreso social para todos. La metáfora es exacta.

esta tradición con dibujos, bosquejos y pinturas de plantas, flores y aves.[16] Estos estudios especializados de objetos naturales aportaron a su vez a un movimiento social más amplio, uno tan influyente como la experiencia de lo inhóspito, aunque en sustancia en sentido contrario. Mientras lo inhóspito de la frontera resultaba hostil, la naturaleza humanizada fue considerada amigable por excelencia y celebrada gracias al movimiento de «retorno a la naturaleza» de finales del siglo XIX. Hostil o amigable, la naturaleza continuaba siendo externa, era un mundo a conquistar o un sitio al cual regresar.

El movimiento de «retorno a la naturaleza» fue una respuesta de los urbanitas y no de los pioneros de la frontera: «La apreciación de lo inhóspito empezó en las ciudades. El caballero letrado que empuña un bolígrafo, no el pionero con su hacha, fue quien mostró los primeros gestos de resistencia a las fuertes corrientes de antipatía.»[17] Al escribir en revistas populares como *House and Garden*, *Ladies Home Journal*, *Nature-Study Review*, *Good Housekeeping*, entre otras, estos «caballeros letrados» devolvieron la naturaleza a las estancias suburbanas de finales del siglo XIX. Domesticada, desinfectada y distribuida en las mesas del desayuno, la naturaleza se volvió tan cercana como el gato de la familia. Por medio de múltiples actividades, muchas de ellas dirigidas a los niños, las clases medias, primero, convirtieron la adoración de la naturaleza en uno de sus insumos básicos, lo que luego, aunque de manera más limitada, se extendió al resto de las clases urbanas estadounidenses. Las vacaciones en espacios naturales se volvieron una moda, en especial cuando la fotografía posibilitó capturar de forma realista los paisajes, los deportes en lugares remotos se hicieron populares y los campamentos de verano llevaron a los niños urbanos en edad escolar a conocer las supuestas verdades de la naturaleza pura. El estudio de la naturaleza fue implantado en las escuelas y los reformadores sociales crearon fondos para ofrecer excursiones a los niños de barrios empobrecidos para que obtuvieran un poco de aire fresco. Los Boy Scouts resultaron un medio para inculcar valores cívicos por medio de la simplicidad y la combinación de la camaradería y el individualismo que acompañaban la experiencia en tales sitios remotos.[18] En la actualidad, la transformación del campo estadounidense en un patio de juegos para las ciudades se encuentra más avanzada, y sin embargo, aún existen los campamentos de verano, los Boy Scouts y las temporadas de caza. En todos lados, el ubicuo «alejarse» de la ciudad en fin de semana y la visión inherente al movimiento de «retorno a la naturaleza» encuentran su expresión contemporánea.

---

[16] Barbara Novak, *Nature and Culture: American Landscape and Paiting 1825-1875,* Nueva York, 1980, pp. 101-134.
[17] Nash, *Wilderness...*, p. 44.
[18] Peter Schmitt, *Back to Nature,* Nueva York, 1969.

Lo que se filtró en la cultura y en las actividades populares hacia el final del siglo, era en realidad ya evidente en los círculos intelectuales anteriores, solo que de forma más exclusiva. Un ejemplo es que entre los pintores del paisaje de mediados del siglo XIX, se acostumbraba a que hubiera una «oposición fundamental entre la naturaleza y la civilización, bajo el presupuesto de que toda virtud, reposo y dignidad estaban del lado de la «Naturaleza» —escrita con mayúscula y enunciada en femenino— y que la fealdad, la suciedad y la confusión estaban depositadas en la civilización, para la cual solo se ofrecía el pronombre «ella». Esta versión de la distinción entre naturaleza y sociedad fue dominante a mediados del siglo XIX, cuando la frontera que Tocqueville visitó caía palmo a palmo bajo la fuerza del hacha y se volvía más y más accesible por medio de los ferrocarriles. Y así como la visión de lo inhóspito hostil tuvo una función social —aquella de legitimar el ataque sobre la naturaleza—, la visión de la naturaleza virtuosa también tuvo la suya. De acuerdo con el historiador conservador George Mowry, el entusiasmo por la naturaleza y las actividades al aire libre representó una nostalgia ecológica que «fue conveniente en términos políticos para las clases económicamente dominantes norteamericanas» en tanto «fomentaban las virtudes rurales».[19]

Aunque estas tradiciones de hostilidad e idolatría comparten la visión de la naturaleza como ente externo, no hay un desarrollo lineal simple desde el tajante utilitarismo del hombre de frontera hasta el idealismo refinado del amante del retorno a la naturaleza. Esos letrados hombres urbanos devotos de este último punto de vista tenían una deuda sustancial con la generación previa de caballeros y artistas ilustres responsables de la tradición romántica del siglo XIX, pues es dentro de esta tradición que se torna más evidente la universalidad de la naturaleza y no su externalidad. Mucho se ha escrito desde diferentes puntos de vista sobre el romanticismo, lo que hace imposible analizarlo aquí de forma comprehensiva o siquiera representativa. Por ello sólo identificaremos unos pocos temas clave para ofrecer una ilustración sugestiva de la naturaleza universal.

Es un prejuicio contemporáneo mirar como simple realismo los bocetos de estudio de la naturaleza de aves y plantas específicas —cada uno tomado como un objeto en sí—, como si se tratara de algo menos interpretativo que las pinturas románticas del paisaje. No obstante, omitir o subestimar el contexto o los antecedentes en la elaboración de un boceto botánico es un acto interpretativo del artista, tanto como el uso de la luz para comunicar una presencia espiritual divina o la representación de figuras humanas pequeñas, a veces casi perdidas, a fin de restarles importancia

[19] Miller, *Nature's Nation*, p. 197; George Mowry, *The Urban Nation 1920-1960,* Nueva York, 1965, p. 2. Véase también Morton y Lucia White, *The Intellectual Versus the City* (Oxford, 1977) para una discusión sobre la «ideología antiurbana».

ante la imponente e inmensa naturaleza. Las convenciones anteriores son solo dos de las más corrientes utilizadas para tipificar los paisajes románticos de Cole, Church, Durand y otros innumerables artistas. El tema común a estos trabajos es Dios en la naturaleza. Esta se convierte en un texto sagrado que mantiene la impronta de su origen celestial y de la que la humanidad es solo una parte. En síntesis, existió una «Trinidad Dios, Hombre y Naturaleza». Si Dios estaba en la naturaleza, entonces el texto de la naturaleza era visto como el contenedor de todo tipo de verdades morales que eran pintadas en el paisaje de forma directa por los artistas románticos del siglo XIX. En este «naturalismo cristianizado», Dios y la naturaleza dejaban de ser distintos, y la naturaleza dejaba de ser solo el texto de Dios para ser Dios en sí: «La unidad de la naturaleza denotaba la unidad de Dios». E incluso cuando en ocasiones, en especial en Estados Unidos, este naturalismo cristianizado adquirió un fuerte toque nacionalista, aun así suponía la unidad de la humanidad como un todo junto con Dios y la naturaleza. La ideología del destino manifiesto, con su ambiciosa mezcla de nacionalismo y universalidad religiosa, fue construida sobre este fundamento.[20]

Muchos otros escritores contemporáneos plantean una versión similar de la unidad de la naturaleza. Un caso obvio es Emerson, quien considera la naturaleza solo como la forma fenoménica de un profundo sentido espiritual. «Cada hecho natural es un símbolo de algún hecho espiritual. Toda apariencia en la naturaleza se corresponde con algún estado de la mente, y ese estado solo puede ser descrito al presentarse la apariencia natural como su imagen […] todo proceso natural es una versión de una sentencia moral». Así de íntima es la «unidad de la naturaleza» que «reside bajo la capa más profunda de la naturaleza y traiciona su origen en el Espíritu Universal». El «más noble ministerio de la naturaleza es presentarse como la aparición de Dios. Es el medio por el que el espíritu universal le habla al individuo y lucha para llevarlo de vuelta a él». «El hombre» es «la cabeza y el corazón [de la naturaleza], y encuentra algo de sí mismo en cada cosa grande o pequeña, en cada estrato de la montaña, en cada nueva ley del color, en cada evento de la astronomía o en cada fuerza atmosférica que la observación o el análisis nos ofrecen».[21]

La unidad idealista de la naturaleza es diferente a la unidad materialista de la ciencia newtoniana, incluso si Dios es indispensable en ambas. No obstante, no son por completo diferentes, como sugiere el convincente pasaje de Leo Marx:

---

[20] Novak, *Nature and Culture*, p. 17; la frase «naturalismo cristianizado» es de Perry Miller. Véase también Albert K. Weinberg, *Manifest Destiny,* Gloucester (Mass.), 1958.
[21] Ralph Waldo Emerson, «Nature» en *Selected Writings,* Nueva York, 1965, pp. 186-223.

> Aunque el conocimiento científico pareció vaciar de peso y poder ciertos mitos religiosos tradicionales al punto de que ya no fue posible leer el Génesis como se hizo antes, fue este mismo conocimiento el que habilitó a los artistas para dotar al mundo natural de un nuevo valor mitopoético. Los movimientos de los cuerpos celestiales, el espacio (la asombrosa e inimaginable infinitud del espacio) y el paisaje en sí mismo se convirtieron en un repertorio de emociones que antes estuvieron solo reservadas a un Dios majestuoso. No fue suficiente con calificar hermoso a este mundo recién descubierto, se le denominó sublime.[22]

Por lo tanto, incluso para algunos de los trascendentalistas no hubo una contradicción necesaria entre el desarrollo industrial y lo sublime de la naturaleza. Si bien personajes como Thoreau fueron opositores a la expansión de la industria sobre el mundo rural, otros como Emerson celebraron innovaciones tales como los ferrocarriles, en cuanto servían como medios para producir una visión de la naturaleza perfecta y más completa. Así, de forma progresiva, la visión de la naturaleza edénica y centrada en Dios fue desplazada por una más antropocéntrica. Y si lo inhóspito original fue un jardín obsequiado por Dios, el nuevo jardín humanizado era, para algunos, un intento de la humanidad por pulir la naturaleza e integrarla a una unidad más armoniosa. La universalidad de la naturaleza fue preservada en el ideal pastoral, con sus figuras humanas y artefactos descansando sombrías en el paisaje mientras la luz divina era suavizada.

El potencial de contradicción no desaparece, pues el problema era que si el avance científico e industrial estaba sometiendo de manera progresiva a la naturaleza, entonces, por necesidad, también estaba subsumiendo al Dios que la habitaba —lo que resultaba una blasfemia inaceptable—. Fue la «conveniencia», de acuerdo con Novak, lo que «planteó con mayor fuerza que la naturaleza podría ser "humanizada" sin atentar contra la naturaleza entendida como Dios».[23] De esta forma fue humanizada y sus imágenes producidas bajo nuevos esquemas, y en la medida en que los estadounidenses compartieron una visión popular de su destino, se vieron a sí mismos como «creadores de una sociedad como si esta fuese un jardín». Y ahora que la máquina estaba firme sobre el jardín, entonces surgió la «retórica de lo sublime tecnológico»,[24] que ayudó a que la tecnología de las máquinas fuese vista como una parte aceptable del paisaje. Como anotara Mowry a propósito de la función ideológica de una naturaleza externa representada como virtuosa, Leo Marx lo hace a propósito de la base clasista del paisaje ajardinado. Refiriéndose en

---

[22] Marx, *Machine in the Garden...*, p. 96.
[23] Novak, *Nature and Culture*, p. 157. Tan afianzada estuvo esta contradicción que aún acosa a la proclama de Frederick Jackson Turner sobre el fin de la frontera. Véase *The Frontier in American History,* Nueva York, 1920; y Smith, *Virgin Land*, cap. 22.
[24] Marx, *Machine in the Garden...*, p. 195.

primer lugar al jardín inglés del siglo XVIII, explica que el «estilo formal del jardín, que [Addison] rechaza, encarna un ideal puramente aristocrático, de clase ociosa, de desperdicio flagrante, este separa la belleza de la utilidad y el trabajo». Marx supone que este análisis se extiende a «toda la escena rural», afirmando que así también lo hizo Addison.[25]

Llevada hasta ese punto, la burbuja de la contradicción tenía que reventar. A Darwin se le ha asociado con la rápida caída del romanticismo de la naturaleza, pero él fue más un detonador que un único caso aislado. Y sin embargo, el final del romanticismo no significó el final de la naturaleza universal, pues esta visión pervive en la ciencia, en el idealismo de la ideología contemporánea del «retorno a la naturaleza» o como una mezcla de ambas en el ala nostálgica del movimiento ecologista. Al final, la realidad de la producción industrial superó al romanticismo de la naturaleza, si no a todo el romanticismo, en tanto tradición artística e intelectual.

El dualismo de la naturaleza planteado aquí —la oposición entre naturaleza externa y universal— no ha recibido una atención explícita en la literatura filosófica. No obstante, ha sido utilizada en diversas ocasiones. Joshua Taylor, en su estudio *America as Art*, observa que «lo inhóspito entendido, por un lado, como unión trascendente con la realidad en la naturaleza, y lo salvaje, y, por el otro, como escape de las restricciones de la civilización, refiere a visiones que tienen algunas similitudes ambiguas a pesar de sus grandes diferencias». Emerson, por su parte, distingue dos significados de «Naturaleza» que guardan algunas similitudes con los conceptos de lo universal y externo en la introducción a su ensayo.[26] Al hacer explícito este dualismo hemos separado los dos conceptos, pero en realidad están íntimamente ligados, lo que es más claro en la relación de la naturaleza romántica con la naturaleza como objeto de la devastación del progreso industrial. En particular, el romanticismo estadounidense del siglo XIX fue la respuesta directa a la exitosa objetivación de la naturaleza en el proceso de trabajo. Esto es verdad en dos sentidos. Primero, la romantización de la naturaleza no fue posible sino hasta que esta fue sometida de manera considerable, ya que mientras los estadounidenses siguieran luchando contra la naturaleza para lograr su supervivencia, el romanticismo hubiera sido

---

[25] Ibid., p. 93. Para un mejor abordaje de los paisajes vaciados del trabajo que los esculpió, véase Raymond Williams, *The Country and the City,* St. Alban's, 1975.

[26] Joshua C. Taylor, *America as Art,* Washington (DC), 1976, p. 178; Emerson, *Selected Writings*, p. 187. Al interpretar este difícil pasaje de Emerson, Morton y Lucia White dicen: «Como señaló Emerson, la palabra "naturaleza" tiene dos sentidos clave. De acuerdo con uno, se refiere a la totalidad de las cosas, procesos y acontecimientos en el universo. De acuerdo con el otro, se refiere al universo como si este no hubiera sido tocado o como si ningún ser humano hubiera interferido con su comportamiento», *Intellectual Versus the City*, p, 233. No cabe duda de que esta es una reproducción precisa del dualismo de la naturaleza universal y externa, pero considero que su exactitud se debe en parte a la interpretación, no al texto original. Emerson no es tan claro sobre la existencia de estas dos «naturalezas».

demencial e incluso suicida. Uno no acaricia a una fiera hasta que no ha sido domesticada, solo entonces la saca a pasear para que todos puedan admirar su belleza natural.

Segundo, el romanticismo no solo fue una posibilidad sino también una necesidad ideológica. La conquista de lo inhóspito no fue tan rápida, tan brutal o tan osada como en la frontera estadounidense, y cuanto más profundo fue el corte de la civilización en el cuerpo de Dios y la naturaleza, más extremos fueron los intentos por legitimarlo. «La conquista más utilitaria de la historia hasta ahora conocida tuvo que ser vista no como algo inspirado en un cálculo cuyo objetivo era incrementar el valor de la tierra y las inversiones, sino como un gran ejercicio del espíritu (a pesar de las orgías especulativas)». O como lo enunció el historiador del arte, Novak, el «concepto de naturaleza religioso, moral y con frecuencia nacionalista» del romanticismo contribuyó «a construir el velo retórico bajo el cual podría realizarse la agresiva conquista de la tierra».[27]

Es un lugar común decir, ya hemos aludido a ello antes, que la naturaleza es a menudo visualizada como un ser femenino. El concepto de naturaleza es tan complejo y está tan lleno de metáforas, que probablemente no haya metáfora más extendida o tan arraigada como la de su femineidad. Es destacable que el trato a la mujer en la sociedad capitalista sea paralelo al que se otorga a la naturaleza. Al igual que la naturaleza externa, las mujeres son objetos que la humanidad intenta dominar, oprimir, violentar y romantizar. Ellas son objeto de conquista y penetración tanto como de idolatría y veneración. El lenguaje es exacto: las mujeres son puestas en un pedestal, pero solo una vez está asegurada su dominación social. Como sucede con la naturaleza, la romantización es una forma para controlarlas, sin embargo, las mujeres no pueden ser totalmente externas, pues en ellas residen la fertilidad y los medios para la reproducción biológica. En este sentido, son convertidas en elementos de la naturaleza universal, como madres y educadoras poseedoras de una «intuición femenina», etc. No obstante, este no es el lugar para desarrollar una historia o un tratamiento analítico de la metáfora femenina de la naturaleza, pues aunque se ha hecho poco trabajo sobre la cuestión, sin menospreciar las grandes contribuciones que estos estudios ofrecen —por ejemplo, con relación a la opresión de las mujeres o la ideología de la naturaleza y el desarrollo de la relación social con la naturaleza—,[28] el propósito aquí es solo señalar las similitudes de enfoque que hacen de la femineidad una metáfora «natural» de la naturaleza.

---

[27] Miller, *Nature's Nation...*, p. 199; Novak, *Nature and Culture...*, p. 38.
[28] Véase Annette Kolodny, *The Lay of the Land,* Chapel Hill, 1975; Carolyn Merchant, *The Death of Nature,* San Francisco, 1980; Sherry B. Ortner, «Is Female to Male as Nature is to Culture?» en Michelle Zimbalist Rosaldo y Louise Lamphere (eds.), *Woman, Culture and Society,* Stanford,

En última instancia, podemos hacer mucho más explícita la interrelación de los conceptos de externalidad y universalidad en el marco de la experiencia científica y poética de la naturaleza. Es ya una convención considerar la experiencia estadounidense del paisaje en el siglo XIX como un adentrarse en la naturaleza, aunque se termine nuevamente en la ciudad. Este último destino no sería, sin embargo, la vieja ciudad de la que se partió, sino, en palabras de Bernard Rosenthal, «la ciudad de la naturaleza».[29] Se trata de una travesía hacia lo inhóspito y del atravesar un panorama primigenio y pastoral. En este sentido, adentrarse en lo inhóspito puede ser entendido como un viaje continuo que parte de la naturaleza externa hacia la naturaleza universal, de la externalidad fáctica de la naturaleza hacia su animada universalidad espiritual. Cuando visitamos los parques nacionales, los refugios en las montañas o alguna casa de campo realizamos un viaje similar desde la externalidad de la naturaleza, tal y como es entendida desde la ciudad, hacia su universalidad, en la que intentamos internarnos. Aquí la externalidad es reemplazada por la universalidad, aunque sea por un fin de semana. Esta travesía poética por la naturaleza comienza donde la inmersión científica termina, y si la inmersión poética empieza en la externalidad de la naturaleza —la misma que intenta universalizar— la inmersión científica acepta su universalidad (como materia o como espacio y tiempo), a la que intenta convertir de manera constante en un objeto externo de trabajo. Es por lo anterior que la tradición romántica de la naturaleza fue una reacción al progreso industrial, en tanto las experiencias científica y poética están enlazadas por el proceso de producción, que es también el punto donde se encuentran las naturalezas externa y universal.

En síntesis, el concepto de naturaleza encierra un dualismo entre lo externo y lo universal, que son dos concepciones interrelacionadas y mutuamente contradictorias. De hecho, podemos sugerir incluso que cada una es dependiente de la otra en el sentido de que sin la externalidad de la naturaleza se vuelve innecesario enfatizar su universalidad. La concepción externa es el resultado directo de la objetivación de la naturaleza en el proceso de producción. Y no obstante, sin importar cuán eficiente sea este proceso de producción o cuán completo sea el de externalización —en síntesis, sin importar cuánto emancipen estos procesos a la sociedad humana de la naturaleza— los seres humanos, su sociedad y sus artefactos continúan estando sujetos a las leyes y procesos «naturales». Por lo tanto, la concepción externa solo nos muestra una parte de la fotografía, y aun así sigue siendo necesario un concepto de naturaleza que explique a las sociedades en la naturaleza.

1974, pp. 67-87; Frederick Engels, *The Origin of the Family, Private Property, and the State,* Nueva York, 1972.

[29] Bernard Rosenthal, The City of Nature, Newark (De.), 1980.

Este dualismo conceptual es problemático. ¿Hay dos naturalezas en la realidad? Si no, si el dualismo es solo «epistemológico y no ontológico», ¿podemos estar satisfechos con la concepción dual de una realidad única? Esto es insatisfactorio en términos filosóficos, y no es ni el único ni el principal problema. La concepción de la naturaleza es un producto social y, como vimos a propósito de la naturaleza en la frontera estadounidense, tuvo una clara función social y política. La hostilidad de la naturaleza externa justificó su dominación y la moralidad espiritual de la naturaleza universal generó un modelo de comportamiento social. Esto es lo que se entiende por «ideología» de la naturaleza. Yo concibo la ideología como «un reflejo invertido, truncado y distorsionado de la realidad». La ideología no es solo un conjunto de ideas erradas, sino un conjunto de ideas arraigadas en la experiencia práctica —la experiencia de una clase social dada que mira la realidad desde su propia perspectiva— y, por ello, su carácter errado es solo parcial. A pesar de la parcialidad de este reflejo, la clase social en cuestión intenta universalizar esta percepción del mundo.[30]

Ahora no es de gran importancia saber si uno está de acuerdo con esta definición de ideología o si, de hecho, se acepta el uso de la etiqueta «ideología» sobre este dualismo contradictorio. La sustancia es el objeto, y aunque este pueda parecer más indescifrable en nuestros días que el paisaje estadounidense hace cien años, el concepto de naturaleza actual cumple una función similar. Primero, la naturaleza ha sido domesticada lo suficiente, de tal manera que las connotaciones de hostilidad son reservadas para acontecimientos extremos e infrecuentes, como las mareas altas, las inundaciones y los huracanes. Más allá de si son hostiles o no, la externalidad de la naturaleza legitima su sujeción. De hecho, este proceso de subyugación ha llegado a ser tratado como «natural». Segundo, y más importante en la actualidad, la función ideológica de la concepción universal ha dejado de ser la de una «cortina retórica» que justifique la conquista de la naturaleza externa, o una visión moral que estimule un comportamiento social adecuado para la clase dominante. Estas funciones se han unificado, pero su efecto continúa siendo la conquista —o de manera más precisa, el control— y su objetivo el comportamiento social. La función predominante de la concepción universal en nuestros días es la de conferir a ciertos comportamientos sociales y sus características el estatus de hechos naturales, haciéndolos parecer normales o el producto de decisiones divinas inmodificables. La competencia, la ganancia, la guerra, la propiedad privada, el sexismo, el heterosexismo, el racismo, la existencia

[30] Henri Lefebvre, *The Sociology of Marx,* Nueva York, 1968, p. 64. Véase también Jorge Larrain, *The Concept of Ideology,* Athens (ga), 1979; y Bhikhu Parekh, *Marx's Theory of Ideology,* Baltimore, 1982.

de los que tienen y de los que no tienen o de «jefes e indios» —la lista es interminable—, todos son considerados naturales. La naturaleza humana, no la historia, es convertida en responsable; el capitalismo es tratado como un producto inevitable y universal de la naturaleza y no como una contingencia histórica, por lo que, aunque el capitalismo pudiera estar en su apogeo en la actualidad, algunos lo encuentran en la Roma antigua o en las bandas de monos merodeadores, cuya regla es la supervivencia del más fuerte. El capitalismo es naturalizado, y combatirlo es combatir la naturaleza humana.

El argumento de la naturaleza humana es de las invenciones más lucrativas del repertorio burgués. Es la joya de la corona de la naturaleza universal.[31] No obstante, es importante entender que este argumento se disuelve por completo si por cualquier razón se niega la externalidad de la naturaleza. Para que la «naturaleza humana» complete su función ideológica debe existir una naturaleza separada dotada con poderes propios e inviolables, pues es de esta naturaleza de donde obtiene su sustento el argumento de la naturaleza *humana*. Ahora bien, existe una omisión extraña y reveladora del concepto de naturaleza que permite mantener este poderoso concepto ideológico en toda su frágil contradicción. Por definición, la naturaleza externa excluye la actividad humana, y la naturaleza universal también lo hace excepto en el sentido mas abstracto que considera el trabajo como algo necesario y digno. La «retórica de lo sublime tecnológico» de Leo Marx y la imagen de la máquina en el jardín son las excepciones que confirman la regla. Así vemos que a pesar de la presencia de artefactos humanos, la idea presentada por el «paisaje intermedio» humanizado es que la tecnología de la máquina es constitutiva del paisaje, lo que se logró por medio de la exclusión del trabajo concreto real y de la naturalización de los artefactos, que de otra manera habrían invadido la naturaleza.[32] La exclusión del trabajo concreto de la universalidad de la naturaleza no es solo un mecanismo para negar al proletariado su historia, ni un privilegio ritual asociado a las sensibilidades de la clase ociosa, para quien la sola visión del trabajo —la confrontación con la verdadera fuente de su riqueza— es causa de desmayos. Esto es tanto como exorcizar la actividad social de la naturaleza universal con el fin de atenuar su contradicción con la naturaleza externa. La posibilidad de la socialización de la naturaleza universal es negada en última instancia por su contradicción con la naturaleza externa y no sobre la base de la experiencia histórica. Esto constituye la ideología de la naturaleza.

---

[31] Milton Fisk, «The Human-Nature Argument», *Social Praxis, núm.* 5, 1980, pp. 343-361.
[32] Marx, *Machine in the Garden...*, p. 32; y Williams, *Country and the City...*

III. Marx y la naturaleza

Si esta representación de la ideología de la naturaleza es correcta, no debería sorprender que la naturaleza sea ignorada con gran amplitud en las ciencias sociales: ella es el objeto de estudio de las ciencias naturales, la *sociedad* es el objeto de las ciencias sociales. Sin embargo, no siempre fue así. En la tradición de la economía política del siglo XVIII, los fisiócratas concibieron la «naturaleza» como una fuente directa de valor y al trabajo agrícola como el único medio de producción de valor. Con la teoría del valor-trabajo de Adam Smith, la prioridad de la producción agrícola, y con ello la de la naturaleza externa, fue desestimada. Desde entonces, la tradición clásica trató a la naturaleza cada vez más como una frontera limítrofe del desarrollo económico o, en sus vicisitudes, como la causa de crisis, pero nunca como un elemento central de la teoría económica. De Ricardo a Malthus y Mill, la naturaleza fue convertida en un factor externo, y este menosprecio de la naturaleza en la teoría igualó su desvalorización en la realidad, ya fuera en el campo o en el taller. Puesto que la economía política se desprendió de sus implicaciones políticas más incómodas para convertirse en simple economía, se impuso la división académica del trabajo, generando así una gran cantidad de ciencias sociales para que explicaran la fragmentación del conocimiento mismo, que alguna vez estuvo cubierto bajo el paraguas de la economía política. Este concepto dual fue reproducido desde la psicología hasta la antropología y desde la ciencia política hasta la geografía, donde incluso fue incluida la naturaleza. Y si bien el énfasis varió de disciplina en disciplina, la naturaleza tendió a aparecer ya fuese como naturaleza externa o como naturaleza humana.[33]

En nuestros días existe una tradición que sobresale por su oposición al tratamiento dualista de la naturaleza. A mediados del siglo XIX, Karl Marx buscó una reconciliación analítica entre la naturaleza y la historia, siendo consciente del sentido ideológico de la naturaleza universal. Marx observa que las fórmulas de la política económica del siglo XIX «se presentan al intelecto burgués como necesidades autoevidentes impuestas por la naturaleza de la misma forma que el trabajo productivo. Por lo tanto, formas de producción social que precedieron a la forma burguesa son tratadas por la burguesía casi de la misma manera que los Padres de la Iglesia trataron a la religiones precristianas.»[34] Marx insistió tanto en la unidad de la naturaleza

---

[33] Sobre la naturaleza en la teoría económica, véase Dieter Groh y Rolf-Peter Sieferle, «Experience of Nature in Bourgeois Society and Economic Theory: Outlines of an Interdisciplinary Research Project», *Social Research, núm.* 47, 1980, pp. 557-581. Sobre el desarrollo de las otras ciencias sociales en el siglo XIX, véase Martin Shaw, *Marxism and Social Science,* Londres, 1975, pp. 75-79.
[34] Marx, *Capital...*, vol. 1, p. 81.

y la historia que terminó por sugerir que prácticamente ya no existía naturaleza alguna que fuera anterior a la historia humana. Aun así, al considerar el tratamiento dado a la naturaleza, no sería inconcebible encontrar algo del dualismo conceptual en Marx. En sus trabajos tempranos, donde discutió de manera extensa la relación con la naturaleza, el énfasis se pone sobre el problema de la unidad, mientras que en sus trabajos tardíos —que son menos filosóficos, más analíticos, más concretos y concisos— la naturaleza aparece de forma más frecuente como un objeto de trabajo en el proceso de producción. La promesa de unificar la naturaleza y la historia se encuentra en sus primeros trabajos; sin embargo, en sus trabajos tardíos, Marx ya no estuvo tan interesado en desarrollar su concepción de la naturaleza.

Marx fue consciente de los problemas de una concepción dualista de la naturaleza, pero, aun sin examinar su trabajo detenidamente, no queda del todo claro si en la práctica evitó este escollo; y si por lo tanto su trabajo contribuye a construir una concepción de la naturaleza alternativa. Esta es la tarea que nos proponemos atender ahora. Para ello no es necesario explorar la totalidad de los trabajos de Marx y aislar sus diferentes aproximaciones a la naturaleza; este meticuloso y ambicioso proyecto ya lo realizó Alfred Schmidt en su complejo pero completo estudio *The Concept of Nature in Marx [El concepto de la naturaleza en Marx]*. El trabajo de Schmidt se inscribe en la Escuela de Fráncfort que, es justo decir, ha estado mucho más preocupada por elucidar la concepción de la naturaleza en Marx que cualquiera de las subsiguientes generaciones de marxistas. De alguna manera, el trabajo de Schmidt ha sido recibido por los marxistas de forma entusiasta pero acrítica, y al igual que el concepto de naturaleza de Marx, su trabajo merece algo mejor. Por eso aquí comenzamos a partir de la ventajosa perspectiva de Schmidt, que además de ser reconocida como una «contribución a la interpretación filosófica de Marx»[35] en el marco de la tradición de la Escuela de Fráncfort, ofrece una exposición excepcional al enfocarse de manera deliberada en los trabajos menos filosóficos del Marx tardío: *El capital* y los *Grundisse*.

Naturaleza y sociedad

A lo largo de su exposición sobre el concepto de naturaleza en Marx, Schmidt se concentra detenidamente en la relación entre sociedad y naturaleza en lugar de solo en esta última. Como señala citando a Marx, una naturaleza separada de la sociedad no tiene sentido, pues la «naturaleza que precedió a la historia humana […] no existe ya en nuestros días» (p. 33). La relación con la naturaleza es un producto histórico, y asegurar que

[35] Alfred Schmidt, *The Concept of Nature in Marx,* Londres, 1971, p. 15. Todos los números de página en el texto de este capítulo se refieren a este trabajo.

es externa a la sociedad —un axioma metodológico básico de la «ciencia» positivista, por ejemplo— es en realidad un absurdo por el solo hecho de que simplemente posicionarla como externa implica una cierta relación con la naturaleza. Sin importar cuán ideal pudiera ser esta relación, todavía se trata de una relación *con* la naturaleza. De principio a fin, Schmidt sostiene que «la prioridad de la naturaleza externa se mantiene intacta», pero que esta misma distinción entre una naturaleza precedente y una no precedente (por ejemplo, una «socialmente mediada») solo tiene sentido si se realiza antes otra distinción entre seres humanos y naturaleza. De acuerdo con Schmidt, esta distinción ocurre *dentro* de la naturaleza. Para mostrar la unidad diferenciada entre naturaleza y sociedad que resulta de esta concepción, Schmidt adopta el lenguaje filosófico del Sujeto-Objeto, sugiriendo que el concepto de naturaleza en Marx debería ser visto, de principio, como una dialéctica entre el Sujeto y el Objeto.

> Marx definió la naturaleza (la materia de la actividad humana) como aquella que no es particular al Sujeto […] Marx no sugirió que esta realidad extrahumana debería ser entendida ontológicamente en el sentido de un objetivismo directo […] Para Feuerbach, la naturaleza como un todo era un sustrato ahistórico homogéneo, mientras que la esencia de la crítica marxista era la disolución de esta homogeneidad en la dialéctica del Sujeto y el Objeto. Para Marx, la naturaleza era a la vez un elemento de la práctica humana y la totalidad de todo lo que existe. (p. 27)

Habiendo identificado el terreno de discusión general en este sentido, Schmidt procede a desentrañar algunas de las relaciones específicas que constituyen la dialéctica interna del concepto de naturaleza en Marx, este fin realiza una distinción útil entre «primera naturaleza» y «segunda naturaleza». Ambos conceptos fueron usados por Hegel, y aquí Schmidt tiene dificultades para distinguir a Marx de Hegel al tiempo que demuestra la deuda del primero con el segundo: «Hegel describe la primera naturaleza como un mundo de cosas externas al hombre, como un hecho incontrolado y sin definición. El mundo de los hombres, al tomar forma en el Estado, la ley, la sociedad y la economía, es para él una "segunda naturaleza", una razón manifiesta, el Espíritu objetivo». El análisis marxista, dice Schmidt, «opone a esta visión la idea de que la "segunda naturaleza" de Hegel debería ser descrita en los términos que él utilizó para la primera, es decir, como un área de indefinición donde coinciden una necesidad y una posibilidad ciegas. La "segunda naturaleza" es todavía la "primera". La humanidad no se ha movido aún más allá de la historia natural» (pp. 42-43). Para Marx, explica Schmidt, «la sociedad [la segunda naturaleza] fue un entorno natural» precisamente porque «los hombres aún no controlan sus propias fuerzas productivas *vis a vis con* la naturaleza» (p. 16).

La sociedad está incorporada en la naturaleza, enfatiza Schmidt, y sin embargo, de ninguna manera son idénticas. Mejor dicho, la naturaleza está mediada por la sociedad y la sociedad por la naturaleza. Marx expresa esta mediación de manera más precisa como un metabolismo o una interacción metabólica; un concepto que Schmidt considera crucial en la noción de naturaleza en Marx. «Con el concepto de "metabolismo", Marx introdujo una visión por completo nueva sobre la relación del hombre con la naturaleza [y] fue más lejos que todas las teorías burguesas de la naturaleza ofrecidas por la Ilustración» (pp. 78-79). Schmidt es sumamente perceptivo al identificar la fuente de la originalidad histórica de Marx: no es el concepto de metabolismo lo que es nuevo, sino el contexto en el que Marx lo usa. De manera específica, Marx consideró el proceso de trabajo como la fuerza motriz de la interacción metabólica. En el trabajo, explica Schmidt, «el hombre incorpora su propias fuerzas esenciales en los objetos naturales [y así] las cosas naturales obtienen una nueva condición social como valores de uso». Por lo tanto, «la naturaleza es humanizada mientras el hombre es naturalizado» (p. 78). Dentro de esta interacción metabólica, la naturaleza produce trabajo tanto con su Sujeto como con su Objeto —por un lado, el trabajador (con sus capacidades naturales y su intención deliberada), por el otro, el objeto de trabajo (que es el material a ser transformado)—.

La apropiación del conocimiento es también parte de este metabolismo entre seres humanos y naturaleza. Por eso, Schmidt insiste en que para «el Marx materialista […] la naturaleza y sus leyes subsisten independientemente de toda conciencia y voluntad humanas», pero que tales leyes solo pueden ser formuladas «con la ayuda de categorías sociales. El concepto de ley de la naturaleza es impensable sin las apuestas de los hombres por dominarla» (p. 70). Así como el objeto de conocimiento es la unidad de la primera y la segunda naturalezas, la ciencia (el proceso de apropiación del conocimiento) es una empresa unificada. En la medida en que el punto central de la metodología de Marx fue la dialéctica, aunque restringida a la ciencia de la sociedad, surge la pregunta de cómo es una ciencia dialéctica de la naturaleza. Engels intentó responder a esta pregunta considerando los procesos naturales como dialécticos en sí mismos; la crítica de Schmidt a la «dialéctica de la naturaleza» resultante es precisa y esclarecedora. Bajo el régimen de Stalin, la dialéctica de la naturaleza fue codificada como parte de la doctrina soviética oficial, que la elevó al nivel de la metafísica, lo que Schmidt considera, de manera correcta, como sintomático del estatus teórico original del concepto de Engels. Esto es así porque, en última instancia, «la dialéctica de la naturaleza de Engels permaneció externa a su sujeto-materia de manera inevitable» (p. 52). El intento por introducir la dialéctica en la naturaleza presupuso una naturaleza externa a la sociedad humana, como un Objeto separado de su Sujeto y, por ende, negó

la condición necesaria que permitiría operar a la dialéctica. «No puede siquiera concebirse la pregunta de un dialéctica de la naturaleza externa, independiente del hombre, pues todos los momentos clave de la dialéctica [del Sujeto en relación con el Objeto] estarían ausentes» (p. 59). En cambio, la «dialéctica de la naturaleza» surge nada menos que de la interacción metabólica de las sociedades humanas con la naturaleza:

> La naturaleza se torna dialéctica al hacer de los hombres Sujetos transformadores activos que confrontan de forma consciente a la naturaleza en tanto fuerzas de la naturaleza. El hombre forma el vínculo entre el instrumento y el objeto de trabajo. La naturaleza es el Sujeto-Objeto del trabajo. Su dialéctica consiste en lo siguiente: los hombres cambian su propia naturaleza en la medida en que despojan a la naturaleza externa de su extrañeza y externalidad, en que ellos mismos son mediadores de la naturaleza, y en que hacen que ella trabaje para sus propios fines. (p. 61)

Naturaleza y utopía

Una vez esbozada esta discusión, Schmidt desarrolla un postulado interpretativo del concepto de naturaleza en Marx que se centra en hacer más concreta la relación entre naturaleza e historia. El metabolismo de los humanos con la naturaleza, sugiere, es un absoluto en la obra de Marx que puede ser «transformado pero no eliminado» (p. 76). A partir del «concepto del metabolismo, Marx presentaba una imagen del proceso del trabajo social como un proceso de la naturaleza», con ello también intentaba mostrar que el proceso de trabajo, en su aspecto material esencial, es inmutable —una «necesidad eterna impuesta por la naturaleza»— (pp. 91-92). No obstante, la *forma* concreta que adquiere este metabolismo puede cambiar históricamente, y Schmidt diferencia las relaciones «preburguesa» y «burguesa» con la naturaleza. En la era preburguesa, «el hombre está tan unido a su existencia natural como lo está a su cuerpo», y por ende, existe una «identidad abstracta [...] original del hombre con la naturaleza». Con la aparición de las condiciones burguesas de producción, esta identidad se vuelve su opuesto abstracto: el divorcio radical del trabajo de sus condiciones naturales objetivas (pp. 81-82). Schmidt considera a la sociedad preburguesa como «naturalizada y ahistórica» (p. 171), en oposición a la sociedad burguesa, que es social e histórica en su totalidad. Al describir estos periodos como dos etapas históricas mundiales en el proceso de «dominación de la naturaleza por el hombre», Schmidt señala que el predominio temprano de la naturaleza sobre la historia y del Objeto sobre el Sujeto se invierte en la sociedad burguesa. En el capitalismo, la historia domina a la naturaleza y el Sujeto al Objeto (pp. 121, 177), y por lo tanto,

para Schmidt «solo hay, en sentido estricto, dos dialécticas históricas en la teoría marxista: la dialéctica de la transición entre las épocas clásica, feudal y burguesa [...] y la dialéctica de la transición catastrófica y liberadora entre la época burguesa y la del socialismo» (p. 180).

Como parte de la interacción metabólica, la apropiación del conocimiento debe representar la ahistoricidad abstracta del metabolismo y sus formas históricamente cambiantes, una distinción que se refleja en la epistemología de Marx. Así, Schmidt distingue las «categorías económicas» de las «categorías lógico-epistemológicas» en Marx. Mientras las categorías económicas son históricamente contingentes, las categorías lógico-epistemológicas «poseen una validez más general y comprehensiva» (pp. 123-124). Esta conclusión sobre la «epistemología» y la tesis del «metabolismo» en la que se basa, ofrecen el cimiento sobre el que Schmidt discute el utopismo de Marx. «Marx, precisamente porque coincidió con Hegel en el rechazo a la construcción de utopías abstractas, se convirtió en el más grande utopista en la historia de la filosofía» (p. 127).

Schmidt detecta en el concepto de metabolismo de Marx lo que califica como «ontología negativa», que resulta de la creencia de Marx en que el metabolismo es una «necesidad eterna impuesta por la naturaleza», lo que le lleva a complacerse con la «especulación de la naturaleza», en tanto su ontología negativa conlleva una cierta anticipación o especulación en torno a la relación futura con la naturaleza (pp. 80, 127). A pesar de lo anterior, Marx no fue ideológico en el sentido habitual, sino que «se limitó, en tanto materialista, a plantear lo que Hegel llamó la "perspectiva ideológica finita"» (p. 99). De acuerdo con este enfoque, los seres humanos median su actividad práctica en la naturaleza con una «voluntad intencionada»; por eso, «en *El capital*», dice Schmidt, «Marx discutió exhaustivamente la manera en la que la "voluntad intencionada" del hombre triunfa sobre la naturaleza» (p. 100). Puesto que esta voluntad intencionada contribuye con el componente activo de toda interacción metabólica, Schmidt concluye que «en la perspectiva de Marx (como en la de Nietzsche), la "voluntad de poder" del hombre sobre las cosas y sus semejantes subyace a su actividad intelectual» (p. 111).

El utopismo de Marx consistió en su «visión del futuro» (comunismo) en tanto tiempo en el que «hombre y naturaleza» viven en armonía y no en conflicto, en el que Sujeto y Objeto se reconcilian en una «síntesis superior» basada en un metabolismo entre hombre y naturaleza por completo desarrollado. Esta «conciencia utópica inconfesada» es bastante evidente en los trabajos tempranos de Marx y, de acuerdo con Schmidt, Marx mismo buscó suprimirla. No obstante, Schmidt plantea que tal conciencia se mantiene en sus trabajos tardíos y por ello acusa a Marx de predecir el fin de la ideología y de reducir el problema de la libertad al tiempo libre y, por

consiguiente, hacer de la cultura la «antítesis total del trabajo material» (pp. 142-144). De manera más fundamental, Schmidt afirma que la actitud de Marx hacia el desarrollo tecnológico fue positiva y que fungió como una fuerza emancipadora. Marx «tuvo en mente la *total automatización* de la industria, la cual conduciría el rol del trabajador hacia el de "*supervisor y regulador*" técnico». Por eso, Marx imaginó que el «desarrollo progresivo de la maquinaria» en el capitalismo resultaría «en la humanización del proceso de trabajo» (pp. 146-147) y llevaría, al fin, hacia el socialismo. La «transformación incesante de la naturaleza en industria también acontecería en el socialismo» (p. 147).

En contra de esta supuesta utopía, Schmidt defiende que el desarrollo tecnológico, en tanto parte del metabolismo con la naturaleza, es fuente de dominación y no de emancipación. Incluso en una sociedad sin clases, donde impere una solidaridad recién descubierta entre las personas, «el problema de la naturaleza, *como objeto a ser dominado*, continúa existiendo» (p. 136; mi énfasis). La batalla contra la naturaleza es una cuestión compartida por todas las formas de sociedad, incluido el socialismo, e incluso si una sociedad humana se emancipara de su propia naturaleza interna al abolir la dominación de una clase sobre otra, ello no supondría haber escapado a la dominación de la naturaleza externa. «La nueva sociedad solo beneficia al hombre, y no hay duda de que es así a expensas de la naturaleza externa [...] incluso en un mundo por completo humano no existe la total reconciliación del Sujeto y el Objeto» (pp. 155-158). Schmidt anticipa una destrucción tecnológicamente inducida de una magnitud que ni Marx habría previsto:

> Hoy, cuando las posibilidades técnicas de los hombres han sobrepasado con mucho los sueños de los viejos utopistas, parece que estas posibilidades, alcanzadas negativamente, se han transformado en fuerzas de destrucción, y por lo tanto, en lugar de traer la salvación —así sea humanamente limitada— nos conducen a una catástrofe total, hacia una parodia lúgubre de la transformación buscada por Marx, en la cual Sujeto y Objeto no son reconciliados, sino aniquilados. (p. 163)

Filosofía y Política. Una crítica a Schmidt

La exposición de Schmidt ha sido discutida con profundidad, citas y referencias de las fuentes originales salpican las páginas anteriores. Por su amplitud y detalle enciclopédico, la descripción de Schmidt del concepto de naturaleza en Marx es admirable y la más exhaustiva entre las que están disponibles. Sin embargo, no habría sido necesario empezar con un resumen tan detallado de su propuesta de haber recibido más atención crítica;

ante la ausencia de tal vigilancia es imperioso presentar los puntos clave, la lógica central y el tono de su exposición. En última instancia, el resultado de su excelente pedantería filosófica se transforma en una visión de la naturaleza muy distinta del espíritu y la intención práctica del trabajo tardío de Marx. Por eso, al leer a Schmidt, uno tiene la incómoda sensación de que su texto tiene dos niveles de significado coherentes que divergen conforme la exposición se desarrolla. Por una parte, somos llevados a través de un camino superficial en el que Marx y Schmidt son, en esencia, indistintos. Este análisis parece razonable hasta que llegamos al punto en el que Marx se torna en un utopista. Entonces, se nos presenta una segunda y más profunda lectura, que acumula interpretaciones originales en el marco de una visión fundamentalmente diferente de la de Marx. Es posible, incluso plausible, que un concepto un tanto utópico de naturaleza permanezca en los trabajos tardíos de Marx; sin embargo, y en vista de que el proyecto de Schmidt solo buscaba señalar «el contenido filosófico (o al menos el contenido filosóficamente relevante) del trabajo del Marx post-1850» (pp. 9-10), es también plausible que Schmidt, no Marx, sea la fuente de este utopismo.

Y esto, considero, es lo que ha pasado. Las acusaciones de utopismo no son arbitrarias, pero sí un resultado lógico de la filosofía de la naturaleza que presenta Schmidt, una filosofía que es toda ella schmidtiana. En ella hay dos conceptos de naturaleza, no uno, y es esta dualidad —al igual que la dualidad del concepto burgués— la que abre la puerta a un romanticismo y utopismo desbocados. Como se aclarará más adelante, esta dualidad es resultado del enfoque filosófico por medio del cual Schmidt interpreta a Marx, y es tal la afectación que, aunque suene increíble, Schmidt termina entregándonos una de las descripciones más elaboradas del concepto *burgués* de naturaleza. Hay también en él una concepción externa (como objeto del trabajo, externa a la sociedad) y una concepción universal de la naturaleza (como entidad unida a la sociedad). A pesar de todos sus intentos por mostrar la relación «dialéctica» entre estos conceptos, y a pesar de todas sus *afirmaciones* filosóficas en cuanto a su unidad, tales conceptos permanecieron *prácticamente* separados en la explicación de Schmidt.

Es posible extraer múltiples citas que demuestran el concepto de naturaleza dual de Schmidt, pero solo tres resultan suficientes a manera de ejemplo: «Mientras los procesos naturales independientes de los hombres [la concepción externa] son en esencia transformaciones de la materia y la energía, la producción humana en sí misma no cae fuera de la esfera de la naturaleza [concepción universal]» (p. 77); «la mutua interpenetración de la naturaleza [concepción externa] y la sociedad […] tiene lugar dentro de la naturaleza [concepción universal]» (p. 16); «el marcado carácter social [concepción universal] y el rol autónomo de la naturaleza

[concepción externa] constituyen la unidad» (p. 70). En síntesis, aunque Schmidt reconoce la necesidad de «desplegar la dialéctica concreta» entre estas concepciones o «momentos» (p. 67), nunca la completa. Al enfatizar siempre pero sin demostrar nunca tal unidad, nos ofrece lo que llama (en un contexto diferente) la «verdad expresada en una forma falsa» (p. 27). Esta concepción dual crea otras dualidades a lo largo del concepto de naturaleza de Schmidt, que al desplegarse aclaran que el dualismo no es solo la imperfección de una explicación precisa. Tomemos, por ejemplo, el intento de Schmidt por explicar en términos históricos el metabolismo con la naturaleza al dividir la historia mundial en dos épocas y al identificar dos dialécticas históricas. En la era preburguesa, afirma Schmidt, «la naturaleza es apropiada por medio de la agricultura y, por lo tanto, es por completo independiente de los hombres», en consecuencia, «los hombres» son «idénticos a la naturaleza en términos abstractos. Estos se funden, por así decir, en la existencia natural». En cambio, continúa Schmidt, en la era burguesa, «en la que los hombres triunfaron de manera universal al transformar a la naturaleza en un mundo de máquinas, al dominar técnica, económica y científicamente la naturaleza, esta deviene una abstracción externa a los hombres» (p. 82). Esto significa que la concepción universal de la naturaleza es apropiada en el periodo preburgués, mientras que la concepción externa representa mejor el «periodo burgués».

Esta distinción histórica es un preludio importante a la discusión final de Schmidt sobre la dominación de la naturaleza; sin embargo, es simplista y mecánica en términos teóricos. No es un accidente que a lo largo de su trabajo Schmidt solo se refiera a los *hombres*, pues no queda claro que estuviera preocupado de alguna manera por las mujeres. Él ve la historia preburguesa como «ahistórica y en apariencia natural», y describe la división fisiológica del trabajo (basada en el género y la edad) como una división natural del trabajo, opuesta a la división social desarrollada en el capitalismo (pp. 170-171). Las implicaciones políticas de comprimir las categorías históricas en una concepción dualista de la naturaleza son evidentes. En vista de que la opresión de las mujeres *en tanto* mujeres resulta de una división del trabajo que antecede al «periodo burgués», la opresión de las mujeres se convierte en algo «natural» para Schmidt. El autor se aleja del verdadero carácter social de la división fisiológica del trabajo.[36] Es destacable que si la distinción entre hombres y mujeres fuera clarificada y

---

[36] No hay duda de que Marx también describió la división fisiológica del trabajo como natural, en particular en sus primeros trabajos, pero ello no implica, como sí implica para Schmidt, una oposición y una separación de lo social. De ahí que, por ejemplo: «el núcleo, la primera forma» de la propiedad reside en «la division natural del trabajo en la familia», donde «la esposa y los hijos son los esclavos del marido. Esta esclavitud latente en la familia, a pesar de su crudeza, es la primera forma de la propiedad». Karl Marx y Frederick Engels, *German Ideology,* Nueva York, 1970, p. 52.

desarrollada en su trabajo, su filosofía solo tendría sentido si a las mujeres se les tratara como parte de la naturaleza. Así, Schmidt no solo tiene un concepto de naturaleza que es por igual externo y universal, sino también uno de «hombre» que a veces se refiere a hombres y mujeres por igual, y a veces solo a los hombres.

Es necesario atender dos cuestiones aquí: primero, precisar el proyecto filosófico particular que llevó a la concepción dual de naturaleza; y segundo, identificar la mala lectura de Marx que facilitó el error conceptual de Schmidt sobre la naturaleza y mostrar sus consecuencias políticas. Aunque mucho se ha reconocido de la deuda de Marx a Hegel —una deuda que Schmidt acepta y analiza—, no ha sucedido lo mismo con respecto a Kant, y por ello el trabajo de Schmidt trataría de ayudar a resarcir esta omisión.[37] En este se sugiere que Marx adoptó «una posición intermedia» entre Kant y Hegel y, si bien «toscamente bosquejada» en su libro, el objetivo de Schmidt era determinar con mayor exactitud tal posición (p. 12). Kant luchó contra la separación rígida del Sujeto y el Objeto, e intentó, a pesar de haber fallado en última instancia, reconciliar al Sujeto creativo y activo con el Objeto existente «en sí mismo». Hegel, siguiendo a Kant, tuvo éxito, pero solo al disolver el Objeto en el Sujeto, es decir, a la naturaleza en la historia —la historia según su definición—.[38] Es así que a Marx le fue dejada la tarea de reconstruir la dialéctica: separar la identidad última del Sujeto y el Objeto de Hegel sin, al mismo tiempo, hacerlos irreconciliables como en Kant.

A pesar de lo anterior, Schmidt obtuvo algo distinto de la reconstrucción de la dialéctica de Marx. De acuerdo con Schmidt (p. 121; énfasis propio):

> La crítica materialista [de Marx] a la identidad del Sujeto y el Objeto de Hegel *lo llevó de regreso a Kant*, aunque ello no significó que la condición de ser, en su no-identidad con el pensamiento, apareciera como una «cosa en sí misma» incognoscible […] Marx conservó la tesis de Kant de la no-identidad del Sujeto y el Objeto y adoptó la perspectiva poskantiana —entonces ya no una exclusividad de la historia— en la que tanto Sujeto como Objeto participaron en configuraciones cambiantes.

---

[37] «El problema de los "constituyentes" de los objetos de conocimiento de Kant fue así restaurado (objetivamente) por Marx, no en el sentido de un simple retorno a la filosofía trascendental, sino sobre la base construida por Hegel en su crítica a Kant» (p. 12).

[38] Hegel concluye así su *Filosofía de la naturaleza (*Londres, 1970): «En la Naturaleza el Concepto [*Begriff*] habla al Concepto y la […] forma verdadera del Concepto, que estaba escondida detrás de las formas dispersas y múltiples de la Naturaleza, se revelará a la razón» (p. 445). Para una lectura alternativa a la versión simplificada y ortodoxa de Kant ofrecida aquí, véase Richard Kroner, *Kant's Weltanschauung,* Chicago, 1956.

Estas «configuraciones cambiantes» del Sujeto y el Objeto son, por supuesto, lo que Schmidt trató de ilustrar con su explicación histórica del metabolismo con la naturaleza —una época preburguesa en la que la naturaleza domina a la historia y el Objeto domina al Sujeto, y una época burguesa en la que ocurre lo contrario—. Pero en vista de que el metabolismo con la naturaleza es un hecho ahistórico dado y que solo cambia su forma, lo que tenemos en Schmidt es una concepción dual de la relación entre Sujeto y Objeto. Este es el corazón *filosófico* de su concepción dual de la naturaleza. Por un lado, observa la unidad del Sujeto y el Objeto, y por el otro, insiste en la existencia de una «barrera indestructible» entre ellos (p. 159). Sostiene la unidad del Sujeto y el Objeto contra Kant, y su no-identidad absoluta contra Hegel. Estas dos concepciones permanecen separadas y nunca se vuelven una sola. No es un accidente que Schmidt considere el «materialismo marxista» como la realización de una «*dualidad* dialéctica» (p. 136) en lugar de una unidad dialéctica. Esta noción de la dialéctica preconcebida en el plano filosófico descansa en el fondo de su concepción dual de la naturaleza, que es menos una unidad diferenciada y más una diferenciación, por un lado, y una unidad, por el otro.[39] En su intento por definir el concepto de naturaleza en Marx en oposición tanto a Kant como a Hegel, Schmidt salta de Hegel a Kant y regresa a ellos sin superarlos, permaneciendo siempre firme en el marco de su problemática. De ello resultan las dos concepciones de naturaleza, una más kantiana y otra más hegeliana: «Separada en dos partes, hombre y materia en espera de ser manipulados, la naturaleza siempre está presente en esta división» (p. 79). En este sentido, Schmidt hizo exactamente lo que intentó: puso a Marx por completo entre Kant y Hegel, y no más allá de ellos. El resultado es que tenemos mucho de Kant, casi lo mismo de Hegel, y muy poco de la propuesta de Marx.[40]

En un estudio estimulante y revelador sobre el origen y la función social de la abstracción filosófica, Alfred Sohn-Rethel señala que aunque el dualismo conceptual es tan viejo como la propia filosofía, tienen una relevancia singular en el capitalismo: son el distintivo de la filosofía burguesa, cuyas raíces directas están en Kant. «En vista de que el inflexible dualismo de esta filosofía es el reflejo más exacto que podemos encontrar de las realidades

[39] En Schmidt hay muchos análisis del estilo «por una parte/por la otra» [on one hand/on another hand]. Ello es sintomático, y cuando pone ambas manos juntas [hands together] obtiene el resultado usual: una plegaria —por la unidad— [En castellano se pierde el juego de palabras en torno a la palabra *hand* (mano). N. de E.].

[40] De forma consistente con su proyecto inicial, Schmidt le debe más a Kant que a Hegel, de ahí que en última instancia triunfe una concepción dual de la naturaleza en su pensamiento. Al percatarse de una deficiencia en la teoría —que existe una «relación entre Marx y Kant que no ha sido todavía lo suficientemente analizada»— intenta rectificarla en la práctica poniendo a Marx en los zapatos de Kant: en la dialéctica de Hegel, dice Schmidt, «es la identidad idealista la que triunfa al final en el sistema. En la dialéctica marxista sucede lo opuesto: es la no-identidad la que sale victoriosa en última instancia» (p. 28).

del capitalismo, a pesar de los esfuerzos de los ilustres poskantianos por liberarse de él […] ¿Cómo puede la verdad del mundo burgués presentarse de otra manera que no sea por medio del dualismo?»[41] Aunque esta crítica no iba dirigida al concepto de naturaleza ni a Schmidt (de hecho, Sohn-Rethel lo califica como «excepcional»), se ajusta bien tanto al autor como al tratamiento burgués de la naturaleza.

En lo que respecta a la mala lectura de Schmidt sobre Marx, cabe decir que él se afianza en algo real, pero al perseguir su propio proyecto convierte la verdad en media verdad y en mentira. Empieza destacando que un examen de la naturaleza debe enfocarse en el reino de los valores de uso, que distingue con claridad de los valores de cambio. Así como Marx abstrae el valor de uso en el primer capítulo de *El capital*, Schmidt abstrae el valor de cambio: «El valor de cambio de una mercancía de ningún modo tiene un contenido natural», sostiene (p. 65). Esta distinción absoluta parece razonable, incluso reveladora, de principio, pero no lo es tanto tras considerar sus consecuencias. El proceso de trabajo, por ejemplo, es presentado por Schmidt como históricamente invariable, pero solo es así en su aspecto más abstracto y material (valor de uso). Al examinar la relación entre valor de uso y valor de cambio se pueden identificar modos de producción históricamente separados —de hecho, solo pueden ser diferenciados al considerarse las relaciones de valor de cambio—. No obstante, Schmidt se siente inclinado a discutir la dominación de la naturaleza como una necesidad histórica, a declarar que bajo el socialismo «la naturaleza [también] estará dominada» (p. 155), a acusar a Marx de no reconocerlo y, por lo tanto, de ser un utopista —todo esto lo pudo hacer Schmidt sin abandonar el reino abstracto del valor de uso puro—. Aquí Marx fue la víctima de tal abstracción filosófica. En *El capital*, Marx se refiere a los valores de uso cada vez que necesita reforzar su argumento económico, pero Schmidt no lo sabe porque no hay en *El capital* una sola cita que así se lo indique, que le diga cómo una concepción específica de los valores de uso está siendo desarrollada de forma implícita como un componente integral de los argumentos económicos en *El capital*. No obstante, Marx es claro en los *Grundisse*:

> La *naturaleza particular del valor de uso*, en la cual existe el valor, o que ahora aparece como el cuerpo del capital, aquí aparece como el *determinante* de la *forma* y de la acción del capital; […] por lo tanto, nada es más erróneo que sostener que la distinción entre valor de uso y valor de cambio, que cae fuera de la forma económica característica en la circulación simple […] cae fuera de ella en general.[42]

---

[41] Sohn-Rethel, *Intellectual and Manual Labour,* Londres, 1978, p. 15.

[42] Karl Marx, *Grundisse,* Londres, 1973, p. 646.

Si Schmidt hubiera entendido la importancia del valor de cambio para determinar la relación histórica con la naturaleza, su punto de vista sobre el proceso de trabajo, que coloca de forma correcta en el centro de su interpretación de la naturaleza en Marx, hubiera sido notablemente distinta. Sólo así su «concepto de naturaleza» podría reflejar el espíritu del trabajo de Marx. Al separar el valor de uso del valor de cambio, al enfocarse de manera exclusiva en el primero y al colocarse en el terreno filosófico premarxista (Kant y Hegel), Schmidt prepara todos los elementos para reproducir, desde su lectura de Marx, una concepción burguesa de la naturaleza. La reificación y mistificación que resultan de igualar la naturaleza con el valor de uso son sellos distintivos del concepto burgués.

Las implicaciones políticas del concepto de naturaleza de Schmidt son, como el trabajo mismo de las que surgen, amplias y diversas. Ya hemos visto que es improbable que el feminismo revolucionario sea uno de los movimientos favoritos de Schmidt. Y lo mismo aplica para el socialismo revolucionario, pues al alejarse por completo de las diferencias de clase,[43] da la impresión de que en la práctica son irrelevantes. Por lo tanto no sorprende que considere el socialismo como algo parecido al capitalismo, solo que peor: la dominación de la naturaleza es necesaria bajo el socialismo; la ideología y la división del trabajo permanecerán; y el socialismo, al igual que el capitalismo, tendrá «dos áreas de vida» —«trabajo y no-trabajo»—.[44] De hecho, Schmidt está poco interesado en la política, porque ¿de qué otra manera podría haber explicado la finalidad práctica detrás de la actividad humana, entendida (en palabras de Nietzsche) como «voluntad de poder?» Bertrand Russell no tuvo reparos en describirla como una filosofía «políticamente representada por nazis y fascistas».[45] Si fue su intención o no, la filosofía de Schmidt tiene implicaciones políticas de gran alcance. En el ensayo por construir una sociedad humanitaria, su política de la desesperanza es desoladora. Y aquí vemos la verdadera fuente del pensamiento ilusorio, el utopismo y la especulación sobre la naturaleza:

---

[43] «La investigación de la creación de los valores de uso por medio del proceso de trabajo no requiere de inicio una caracterización de las relaciones de producción dentro de las que ese proceso acontece» (p. 93). Schmidt no toma con seriedad a la clase, ni al principio ni al final. La evita de la misma manera en que evita al valor de cambio.

[44] Mientras la filosofía de Schmidt lo lleva a especular que el socialismo también dominará a la naturaleza, la filosofía de Althusser lo lleva a especular que la ideología continuará bajo el socialismo y el comunismo. *For Marx,* Londres, 1977, p. 223; *Essays in Self Criticism,* Londres, 1976, p. 121, passim. Este es un paralelismo muy interesante entre Althusser y la Escuela de Fráncfort, a quienes generalmente vemos como representantes de dos tradiciones esencialmente opuestas; sin embargo, comparten un sorprendente conjunto de conclusiones y puntos de vista. Lo que les une es un idealismo filosófico compartido.

[45] Bertrand Russell, *A History of Western Philosophy,* Nueva York, 1945, p. 790.

> Deberíamos […] preguntar si la sociedad futura no será una máquina colosal […] «un estorbo enorme en la naturaleza»" […] Queda, en el mejor de los casos, la vaga esperanza de que los hombres, habiéndose reconciliado los unos con los otros en el sentido de la filosofía de Schopenhauer, aprenderán en gran medida a practicar la solidaridad con el oprimido mundo animal. (p. 156)

IV. ¿La dominación de la naturaleza?

La «dominación de la naturaleza» ha sido un tema constante para la Escuela de Fráncfort. El argumento es que los seres humanos, al desarrollar sus capacidades tecnológicas, han expandido de forma implacable su dominio sobre la naturaleza. No obstante, la naturaleza toma venganza, pues el dominio de la «naturaleza externa» va acompañado de una creciente dominación de la «naturaleza interna» (la gente misma) y de una progresiva fragilidad de la existencia humana. Este argumento apareció en los trabajos tempranos de Horkheimer, Adorno y otros, pero se volvió una preocupación central después de Hiroshima. Marcuse fue el más persistente y, probablemente, el más sofisticado exponente de esta visión. Sin embargo, esta descansa, como hemos visto, en una concepción de la naturaleza dualista y contradictoria, que equivale, en última instancia, a un sutil fetichismo. La tesis de la Escuela de Fráncfort trata ciertas relaciones sociales como relaciones naturales, en el sentido de que son consideradas eternas e inevitables, y la aproximación a la tecnología ilustra de manera clara este fetichismo involuntario. A pesar de haber reconocido a la tecnología como un producto social, esta tradición tendió, incluso en Marcuse, a concentrarse en una necesidad filosófica abstracta de la tecnología como mediadora de las relaciones entre humanos y naturaleza. De este modo, la dominación de la naturaleza pareció surgir de esta necesidad abstracta y no de las relaciones sociales e históricas específicas dentro de las cuales la tecnología es producida y usada. Por supuesto, Marcuse mantuvo la esperanza de una nueva tecnología, de una dominación benigna de la naturaleza que fuera devota de la liberación y no de la represión; sin embargo, fue poco más que una esperanza. Para Habermas (como para Schmidt, el más prominente de la segunda generación de la Escuela de Fráncfort), fue muy fácil rechazar esta desdichada esperanza y declarar de manera categórica que: «la tecnología, si estuviera basada en algún proyecto, solo puede remontarse hasta el "proyecto" de la especie humana *como un todo*, y no hasta alguno otro que pudiera ser sobrepasado en términos históricos».[46] En el sentido más estricto posible, en contenido y en forma, la tecnología es vista como algo natural.

---

[46] Jürgen Habermas, *Toward a Rational Society,* Boston, 1970, p. 87. Sobre «The Revolt of Nature», ver Max Horkheimer, *Eclipse of Reason,* Nueva York, 1974, pp. 92-127. Cf. con la crítica a la tesis de la «dominación de la naturaleza» realizada por William Leiss, un estudiante de

Como con el fetichismo de las mercancías identificado por Marx, el fetichismo de la naturaleza de la Escuela de Fráncfort resulta de la estricta separación del valor de uso del valor de cambio. Esto es claro en Schmidt, pero de ningún modo es excepcional. La tradición de la Escuela de Fráncfort evolucionó como una reacción al economicismo vulgar, por lo que desde el principio desafiaron la supuesta «primacía de las economías», al tiempo que los miembros de la Escuela se sumergían en estudios culturales, psicológicos, sociales y políticos más amplios. Este distanciamiento del valor de cambio y su consecuente fetichismo de la naturaleza, llevó, en última instancia, hacia un análisis un tanto determinista de la ciencia y la tecnología. Esta tendencia es mucho más obvia en la segunda generación de teóricos; y así encontramos en Schmidt la siguiente joya de determinismo filosófico: «En la dialéctica marxista, como en la hegeliana, lo que es no-idéntico al Sujeto es superado etapa por etapa. Cada vez más espacios de la naturaleza caen bajo el control humano» (p. 136). No es de extrañar que Schmidt considere utópica la creencia de Marx de que es todavía *posible* liberarse de la «dominación». Las políticas de la desesperanza que subyacen a este determinismo son evidentes desde el principio. De entre los primeros teóricos, prácticamente solo Marcuse no renunció a la esperanza en la revolución, a pesar de sus inquietudes al respecto. Así, desde el principio, la última generación heredó una fuerte tradición antirrevolucionaria: creer en la revolución era simplemente engañoso.

En el marco de su teoría, Martin Jay observa que después de 1945, en el último tramo de su largo recorrido, «la Escuela de Fráncfort se movió lejos del marxismo ortodoxo. La más clara expresión de este cambio fue que el Instituto reemplazó el conflicto de clase, esa piedra angular de cualquier teoría marxista verdadera, por un nuevo motor de la historia. El énfasis estaba ahora en el conflicto más amplio entre los hombres y la naturaleza».[47] En la lucha contra la naturaleza, la relación social con la naturaleza en el capitalismo pasó a segundo plano, en tanto la lucha política dejó de tener como objetivo el uso y la producción capitalista de la naturaleza para centrarse en el abuso y la dominación que ejerce en general la especie humana sobre sí misma. La «condición humana», no el capitalismo, se convirtió en el villano histórico y en el blanco político. Así, la Escuela de Fráncfort no solo produjo una concepción de la naturaleza deficiente y dualista para el

---

Marcuse: «Si la idea de la *dominación* de la naturaleza tiene algún significado, este es que por tales medios —es decir, por medio de la posesión de habilidades tecnológicas superiores— algunos hombres intentan dominar y controlar a otros hombres. La idea de una dominación común de la raza humana sobre la naturaleza externa no tiene sentido. […] El "Hombre" como tal es una abstracción que […] solo esconde el hecho de que, en la lucha violenta entre los *hombres*, los instrumentos tecnológicos tienen un papel en la batalla». *Domination of Nature*, p. 122, 123. Véase tambien Jürgen Habermas, «Toward a Reconstruction of Historical Materialism», *Theory and Society, núm.* 2, 1975, pp. 287-300.

[47] Martin Jay, *The Dialectical Imagination,* Londres, 1973, p. 256.

movimiento medioambiental de izquierda de los años sesenta. Produjo, de forma directa e indirecta, una política esquizofrénica que hizo descansar la esperanza en la humanidad, en caso de que hubiera alguna, en la posibilidad de reformar el sistema actual (ya que el capitalismo, como tal, no era el culpable). Si no había esperanza —si la condición humana era tan determinante— entonces, en algún punto, la única alternativa era un repliegue místico más o menos desesperado sobre el ser.

Recientemente, Raymond Williams afirmó haber identificado en el marxismo una «versión triunfante de la conquista del hombre sobre la naturaleza». Williams considera de manera correcta lo que hemos analizado en la primera parte de este capítulo, que este triunfalismo es distintivo de todo un periodo del pensamiento burgués, y que es una visión coherente de la naturaleza y la sociedad solo en la medida en que ambos son tomados de forma separada desde el principio.[48] Esta es también una crítica acertada a la Escuela de Fráncfort, incluso si para ellos la necesidad inexorable de la dominación humana sobre la naturaleza es causa de desesperanza y no de celebración. En el mejor de los casos, se trata de un triunfalismo negativo que también es evidente en el tratamiento y en la ideología de la naturaleza en la Rusia del siglo XX.[49]

Los llamados marxistas occidentales también tuvieron problemas con el concepto de naturaleza. Por ejemplo, este es omitido por completo de los sistemas epistemológicos de Louis Althusser debido a las dificultades que representaba. Sebastiano Timpanaro, que al menos estaba preparado para lidiar con tales dificultades, intenta reinstaurar la prioridad biológica de la naturaleza argumentando que la «condición biológica» de la humanidad ha sido menospreciada por los marxistas. Timpanaro trata de invertir el problema al enfatizar la «opresión que la naturaleza ejerce sobre el hombre»,[50] pero al final, apenas logra poco más que una versión biológica de la ideología de la naturaleza externa y universal —una que deja abiertas algunas ambiguas similitudes con ciertos aspectos de la sociobiología—. Esto es también un triunfalismo negativo.

No obstante, no es cierto que este triunfalismo puede encontrarse en el corazón del marxismo, tal y como Williams nos habría hecho creer. La esencia de la crítica presentada en este capítulo es que ahora debemos considerar que hay una primacía social de la naturaleza, y que esta no es nada si no es social. Solo para aclarar, esta conclusión, al igual que la de Schmidt, no nos lleva más allá del tratamiento dualista de la naturaleza,

---

[48] Raymond Williams, «Problems of Materialism», *New Left Review,* núm. 109, 1978, pp. 3-17.
[49] Boris Komarov, *The Destruction of Nature in the Soviet Union,* Londres, 1980.
[50] Sebastiano Timpanaro, *On Materialism,* Londres, 1975, p. 52. Sobre Althuseer, véase Neil Smith, «Symptomatic Silence in Althusser: The Concept of Nature and the Unity of Science», *Science and Society, núm.* 44(1), 1980, pp 58-81.

pues lo que debe hacerse es mostrar la relación concreta por la cual la naturaleza es investida con esta cualidad social. En Marx se encuentran los inicios, si acaso apenas eso, de esta visión de la naturaleza, que resulta mucho más sofisticada y compleja en términos dialécticos que el triunfalismo de Williams. Al igual que el triunfalismo, el triunfalismo negativo de la idea de la «dominación de la naturaleza» empieza con la naturaleza y la sociedad como dos reinos separados que esta intenta unir. En Marx observamos un procedimiento opuesto. Empieza con la relación de la naturaleza y la sociedad en tanto unidad y de ella deriva, como resultado tanto histórico como lógico, cualquier separación que entre ellas pudiera existir. De esta manera, la primacía social de la naturaleza no es algo que deba ser implantado desde fuera, sino algo que ya existe en la relación social con la naturaleza. Por ello, en lugar de su dominación, debemos tomar en cuenta el proceso más complejo de la *producción de la naturaleza*. Mientras el argumento de la «dominación de la naturaleza» entraña un futuro desolador, unidimensional y libre de contradicción, la idea de la producción de la naturaleza implica un futuro histórico que está todavía por determinarse por medio de las fuerzas y los acontecimientos políticos, no por la necesidad técnica. Y son precisamente estas fuerzas y acontecimientos políticos los que determinan el carácter y la estructura del modo capitalista de producción. Así echamos un vistazo, pero solo un vistazo, a esta visión de la naturaleza en el trabajo de Marx. El siguiente capítulo está destinado a presentar esta visión de la producción de la naturaleza para ofrecer una alternativa a la ideología dualista, y así proporcionar una nueva base teórica sobre la cual fundamentar el estudio del tratamiento específico, si bien muy contradictorio, que ejerce el desarrollo capitalista sobre la naturaleza.

II
LA PRODUCCIÓN DE LA NATURALEZA

«La verdad científica», escribió Marx en un trabajo famoso, «es siempre paradójica si se juzga desde la experiencia cotidiana, la cual solo atrapa la apariencia engañosa de las cosas».[1] La idea de la producción de la naturaleza es, en efecto, paradójica, hasta el punto de sonar absurda si se le juzga desde la apariencia superficial de la naturaleza, incluso en la sociedad capitalista. La naturaleza es vista por lo general como eso que no puede producirse, es la antítesis de la actividad productiva humana. En su apariencia más inmediata, el paisaje natural se nos presenta como el sustrato material de la vida diaria, como el reino de los valores de uso y contrario al lugar de los valores de cambio. Como tal, está diferenciada a lo largo de un sinnúmero de ejes, pero con el progreso de la acumulación del capital y la expansión del desarrollo económico, esta base natural es cada vez más la obra de la producción social, y los ejes dominantes de la diferenciación son cada vez más de orden social en su origen. En definitiva, cuando esta apariencia inmediata de la naturaleza es puesta en su contexto histórico, el desarrollo del paisaje natural se nos presenta como un proceso de producción de la naturaleza, cuyos resultados diferenciados son síntomas materiales del desarrollo desigual. Por lo tanto, en el nivel más abstracto, es en la producción de la naturaleza donde el valor de uso y el valor de cambio, el espacio y la sociedad, se fusionan. El objetivo de este capítulo es renovar nuestra concepción de la naturaleza de tal forma que el mundo dualista de la ideología burguesa pueda ser reconstituido como un todo integrado. Esto nos permitirá entender los patrones reales del desarrollo desigual como el producto de la unidad del capital, en lugar de situar el proceso de manera ciega en el falso dualismo ideológico de sociedad y naturaleza. El problema entonces será separar los momentos esenciales de la producción de la naturaleza de sus apariencias.

Marx no habló de la producción de la naturaleza de forma explícita, pero en su trabajo está implícita una noción de la naturaleza que va con firmeza en esa dirección. De hecho, Marx no elaboró un único concepto

[1] Karl Marx, *Value, Price, and Profit,* Londres, 1899, p. 54.

coherente de «naturaleza», usó el término de distintas maneras. No obstante, estos diferentes usos no fueron aleatorios, y una lectura cuidadosa de su trabajo demuestra una progresión racional en su estudio de la naturaleza. Al final, Marx no nos deja un concepto totalmente definido, pero sí queda esbozado un marco sobre la concepción de naturaleza implícita en el análisis crítico del modo de producción capitalista.

Yo no acepto que haya una ruptura radical entre los así llamados Marx joven y Marx maduro.[2] Hay, en cambio, un desarrollo rico y complejo de su pensamiento, y ello se refleja en su tratamiento de la naturaleza. A lo largo de su trabajo, Marx entiende la naturaleza como una unidad diferenciada, pero en diferentes momentos varía el énfasis sobre la unidad y la diferenciación. En su trabajo temprano, en particular en los *Manuscritos económicos filosóficos,* Marx enfatiza la unidad del «hombre y la naturaleza». Aquí se encuentra influido por la tradición idealista hegeliana y por Kant, y no fue sino en *La ideología alemana* donde Marx (junto con Engels) desarrolló una visión más materialista de la naturaleza. En lugar de discutir los aspectos filosóficos de la supuesta unidad del «hombre y la naturaleza», Marx se mostró más preocupado por los procesos concretos con los cuales se alcanzaría esta unidad. Esto le llevó a discutir la función central del trabajo en la relación entre los seres humanos y la naturaleza. Además, empezó a tratar toda la cuestión de forma histórica y no como un rompecabezas filosófico abstracto. En los *Grundisse*, muchas de estas contribuciones fueron ampliadas y otras agregadas, en particular aquellas relacionadas con las dimensiones históricas de la relación humana con la naturaleza. En *El capital*, sobre todo en el primer volumen, que Marx completó para su publicación, el estudio de la naturaleza es todavía esporádico, pero allí, por primera vez, vemos una progresión lógica consistente en sus diferentes aproximaciones a la naturaleza. Esta discusión se produce de manera fragmentaria porque en esta obra no se planteó el objetivo de analizar la naturaleza, particularmente, bajo el capitalismo. En realidad se trató de una crítica a la producción capitalista y, como tal, requirió que Marx desarrollara, al menos de forma parcial, su concepción de naturaleza. No obstante, la concepción de la naturaleza progresa en la medida en que el análisis en el primer volumen presenta un avance lógico de los conceptos e ideas que fundan la crítica de Marx.

---

[2] La cuestión de si el trabajo de Marx debe ser considerado como una continuación o como una secuencia de periodos distintos no es nueva. Esta surgió con la publicación a principios del siglo XX de algunos de sus primeros trabajos, ninguno de los cuales había sido divulgado hasta entonces. Louis Althusser ha sido el más firme promotor del punto de vista de que el trabajo de Marx debe ser dividido en periodos diferentes. Véase Althusser, *For Marx*. Por su parte, un grupo de autores se ha opuesto a esta división del Marx joven y el Marx maduro. En particular Bertell Ollman, *Alienation: Marx's Concept of Man in Capitalist Society,* Cambridge, 1971. Y también William LeoGrander, «An Investigation into the "Young Marx" Controversy», *Science and Society,* núm. 41, 1977, pp. 129-151.

En la primera discusión sobre la naturaleza en *El capital* resuena algo del tono filosófico abstracto de los primeros trabajos, pero allí se logra algo más: de manera simultánea establece los fundamentos para un tratamiento más concreto y desarrollado de la relación con la naturaleza en el capitalismo. Así, en discusiones subsiguientes sobre la división del trabajo, la manufactura y la industria moderna, Marx retoma el tema de manera explícita para mostrar aquello en lo que se transforma la naturaleza en el contexto del capitalismo actual. En otras partes de *El capital*, por ejemplo en su discusión sobre la renta, ofrece más viñetas de esta concepción materialista, más concreta, de la naturaleza, pero no son agrupadas en ninguna parte ni discutidas de manera abierta. Esto es lo que intentaremos aquí, sin que ello suponga compilar tales referencias a la naturaleza o imponerles una coherencia filosófica propia. Por el contrario, aquí vamos a presentar una reflexión minuciosa sobre la dirección y el propósito del trabajo de Marx, así como un intento por expandir y precisar la concepción de naturaleza que, al menos en parte, ilustra este propósito. Dicho esto, este no es un ensayo sobre filosofía, sino uno sobre política y teoría.

En el primer volumen de *El capital*, Marx ejemplifica su propio precepto de que «ir de lo abstracto a lo concreto» es el método científico correcto. Al analizar la mercancía desarrolla algunas abstracciones teóricas: valor de cambio, valor de uso, plusvalía, trabajo abstracto, tiempo de trabajo socialmente necesario. Conforme avanza el análisis, estos conceptos son desarrollados de manera progresiva hasta que reproducen con exactitud lo concreto en el pensamiento. Su estudio de la relación con la naturaleza sigue este procedimiento. Pero integrado en este desarrollo lógico en el texto está el desarrollo histórico; la lógica del argumento de Marx refleja, aunque de manera general, el desarrollo histórico real.[3] Por eso, el estudio de la concepción de naturaleza revela esta metodología «lógico-histórica» que, incluso si no es presentada por completo o de manera sucinta, como lo es, por ejemplo, a propósito del análisis del dinero, es necesario reconstruirla a partir de las discusiones fragmentarias sobre la naturaleza. Estos destellos ocasionales del estudio lógico-histórico de la relación social con la naturaleza los encontramos en la primera parte de *La ideología alemana*, en pasajes aislados de *Grundisse* y, de forma más sistemática aunque menos obvia, en *El capital*. Nuestra primera gran tarea ha sido detectar estas pistas, la segunda establecer y completar el rompecabezas. Marx nos dejó cuatro esquinas y la mayor parte de los cuatro lados; también nos dejó la mayor parte de las piezas que necesitamos para completar el cuadro, pero estas piezas están presentes en análisis totalmente diferentes. Lo que tiene que hacerse para reconocer su importancia es voltear estas piezas para, por así decir, mostrar su lado natural.

---

[3] Marx, *Grundisse...*, p. 10. Para una interesante discussion sobre el método lógico-historico del cap. 1 de *El capital*, véase Harry Cleaver, *Reading Capital Politically,* Austin, 1979.

El punto de partida es la producción en general, esta es la relación material más básica entre los seres humanos y la naturaleza. «*La producción en general* es una abstracción, pero una abstracción racional en la medida que revela y fija el elemento común» a todas las épocas de la producción. «Algunas determinaciones pertenecen a todas las épocas, otras solo a unas pocas. [Algunas] determinaciones serán compartidas por la época más moderna y por la más antigua». Así, «los elementos que no son generales ni comunes deberán ser separados de las determinaciones válidas para la producción como tal, de manera que en su unidad —la cual emerge de la identidad del sujeto y del objeto, la humanidad y la naturaleza respectivamente—, su diferencia fundamental, no quede olvidada».[4] Con la producción para el intercambio, los determinantes generales de la relación entre las sociedades humanas y la naturaleza siguen siendo válidos, pero, como vimos en la crítica a Schmidt, la dialéctica del valor de uso y el valor de cambio agrega una nueva dimensión a la relación con la naturaleza, una dimensión que es específica de la producción para el intercambio y no de la producción en general. Por último, ha habido muchos modos de producción basados en el mercado de intercambio, pero con la victoria del capital en el mercado mundial, un conjunto de determinantes específicos entra en escena y la relación con la naturaleza se ve revolucionada una vez más.

De la producción en general a la producción para el intercambio y la producción capitalista, los aspectos lógicos e históricos del argumento implican y llevan a la misma conclusión observable en lo concreto: la producción de la naturaleza. Marx escribió en una parte de la crítica a Feuerbach la que quizá fue su reflexión más clara sobre la realidad de la producción de la naturaleza: «Es de tal magnitud este trabajo, esta actividad, esta creación incesante, esta producción de la base de todo el mundo sensible como ha existido hasta ahora, que si fuera interrumpida solo durante un año, Feuerbach no solo se encontraría con un cambio enorme en el mundo natural, sino que muy pronto se encontraría con que todo el mundo de los hombres y su propia facultad perceptiva, por no decir su propia existencia, habría desaparecido».[5] Es de tal envergadura la producción humana de la naturaleza que un cese del trabajo productivo causaría enormes cambios, incluyendo la extinción de la naturaleza humana.

[4] *Grundisse*..., p. 85. Cf. también la afirmación de Marx de que «debemos analizar primero la naturaleza humana en general, y después la naturaleza humana en tanto modificada en cada época humana», *Capital*..., vol. 1, p. 609n.
[5] Marx y Engels, *German Ideology*..., p. 63.

I. La producción en general

En su razonamiento inicial sobre los momentos abstractos de la mercancía, Marx presenta la producción como un proceso que altera la forma de la naturaleza. El productor «solo puede trabajar como lo hace la naturaleza, esto es, alterando la forma de la materia. Más aún, en este trabajo él es ayudado de manera constante por las fuerzas de la naturaleza». Con su esfuerzo, el productor «cambia las formas de los materiales suministrados por la naturaleza con la finalidad de que le sean útiles. La forma de la madera, por ejemplo, es alterada para producir una mesa; y a pesar de esto, la mesa continua siendo esa cosa común y corriente llamada madera». En la medida en que el trabajo produce cosas útiles que satisfacen las necesidades humanas, «es una necesidad sin fin impuesta por la naturaleza, sin la cual no habría intercambios materiales entre el hombre y la naturaleza, y, por lo tanto, no habría vida».[6] Pero el trabajo produce más que un simple cambio en la forma de la materia, también produce un efecto sobre el trabajador. «El trabajo es, en primer lugar, un proceso en el que participan hombre y naturaleza por igual, y en el que el hombre, por propia voluntad, comienza, regula y controla la reacciones materiales entre él y la naturaleza. El hombre se opone a la naturaleza en tanto una de sus propias fuerzas, poniendo en movimiento brazos y piernas, cabeza y manos, es decir, las fuerzas naturales de su propio cuerpo, para apropiarse de la producción de la naturaleza en una forma que se adapte a sus deseos. Así, el hombre cambia su propia naturaleza mientras actúa sobre el mundo externo y lo transforma».[7] El metabolismo del ser humano con la naturaleza es el proceso por el que los seres humanos se apropian de los medios para satisfacer sus necesidades y devuelven a la naturaleza otros valores de uso. En este nivel abstracto, la relación con la naturaleza (el intercambio material) es una relación de valor de uso; la naturaleza entra en relación con los seres humanos como valor de uso puro. Esta es la versión ampliada y desarrollada en lo concreto de la afirmación temprana y más abstracta de Marx acerca de que «la *industria* es la relación histórica *real* de la naturaleza […] con el hombre».[8]

Los seres humanos nacen con ciertas necesidades naturales —comida, sexo, calor, interacción social— y llegan a un mundo donde la naturaleza suministra, directa o indirectamente, los medios para satisfacer dichas

---

[6] *Capital…*, vol. 1, pp. 42-43, 71. En esta traducción de *El capital*, «naturaleza» es escrita a veces con mayúscula, pero de acuerdo con otras traducciones, y dado que en el original en alemán siempre es escrita con mayúscula, como sustantivo y no para otorgarle cualquier otro significado, he mantenido la minúscula a lo largo de las citas. Por su parte, Marx utiliza «hombre» u «hombres» para referirse a la humanidad o a los seres humanos. En aras de la simplicidad, más que para evadir el problema del lenguaje sexista, mantengo el original al citarlo.

[7] *Capital…*, vol. 1, p. 177.

[8] Karl Marx, *Early Writings,* Harmondsworth, 1975, p. 355.

necesidades. Los medios de subsistencia son esos prerrequisitos materiales consumidos directamente de la naturaleza para satisfacer las necesidades naturales. Donde los medios de subsistencia no están disponibles de manera natural en calidad o cantidad apropiadas, los medios de producción —los objetos de producción que hay que elaborar y los instrumentos con los que el trabajo es completado— son obtenidos de la naturaleza y empleados por el trabajo vivo para producir artículos consumibles. Al producir los medios para satisfacer sus necesidades, los seres humanos producen en forma colectiva su materialidad, y en el proceso crean nuevas necesidades humanas cuya satisfacción requiere de la continuación de la actividad productiva. Estas necesidades y sus modos de satisfacerlas son, en el nivel más general, los determinantes de la naturaleza *humana*, pues, a todo esto, las personas son seres naturales que transfieren a la producción sus habilidades naturales (físicas y mentales), que son ejercitadas sobre y por medio de los objetos e instrumentos de la producción. Hay así una identidad abstracta del ser social humano con la naturaleza: «El hombre es propiamente un ser natural […] equipado con poderes naturales [y que] posee objetos reales y sensibles como su propio ser y su expresión vital. […] Un ser que no tiene su naturaleza fuera de sí no es un ser natural y no participa en el sistema de la naturaleza».[9]

La producción de la conciencia es una parte integral de esta producción general de la vida material. En su forma más general, la conciencia es simplemente la conciencia de la práctica humana:

> La producción de ideas, concepciones y conciencias está interrelacionada de forma directa con la actividad y la relación material entre los hombres, que es el lenguaje de la vida real. En esta etapa, concebir y pensar la relación mental entre los hombres parece un resultado directo de su comportamiento material. […] Los hombres son productores de sus concepciones, ideas, etc.; hombres reales y activos que están condicionados por el desarrollo de las fuerzas productivas y su correspondiente relación social.[10]

La conciencia de las necesidades, de los medios para satisfacerlas y de las fuerzas que les afectan (por ejemplo, la ciencia, las religiones naturales tempranas) es central para la constitución de la conciencia humana. En este sentido, la conciencia como tal es un producto *natural* de la actividad productiva humana y de las relaciones que establecen los seres humanos entre sí para producir.

---

[9] Ibídem, pp. 389-390.
[10] *German Ideology...*, p. 47.

El panorama aquí dibujado sugiere una unidad general de la naturaleza con la sociedad. Una unidad en la que «la relación específica de los hombres con la naturaleza determina la relación específica [de los hombres] entre sí, y esta, a su vez, determina su relación específica con la naturaleza».[11] Esta no es la unidad de la naturaleza que preocupa a los físicos, ni la que es idolatrada por los defensores del «retorno a la naturaleza» del movimiento ecologista. Para el físico, la unidad de la naturaleza es el producto de una profunda abstracción conceptual, mientras que para el aficionado al «retorno a la naturaleza» se trata del producto de un pensamiento ilusorio. Ambas son abstracciones ideales. La unidad de la naturaleza en el trabajo de Marx resulta de la actividad concreta de los seres naturales y es producida en la práctica por medio del trabajo. Este trabajo de los seres naturales reúne las diferentes dimensiones de la naturaleza en un todo. Los seres humanos sobreviven y se desarrollan como seres sociales al trabajar en colaboración con la naturaleza; sin embargo, esta unidad de la naturaleza no está indiferenciada, pues se trata de una unidad —no de una identidad abstracta— y es necesario entender el rol que juega la actividad productiva humana en su diferenciación.

En primer lugar, hay una distinción crucial entre los seres humanos y los animales, y en ello el trabajo juega un papel central. Como señaló Marx, los seres humanos «pueden ser distinguidos de los animales por la conciencia, por la religión o por cualquier otra cosa. Los seres humanos se distinguen de los animales tan pronto como empiezan a *producir* sus medios de subsistencia».[12] Es la actividad productiva humana, no como un concepto general sino como acontecimiento histórico concreto desarrollado para crear los medios de subsistencia, lo que diferencia a los humanos de los animales. Engels plantea el mismo punto de manera más explícita en su ensayo inconcluso titulado «El papel del trabajo en la transición del mono al hombre». El trabajo, dice, es «la condición básica primordial de toda la existencia humana, y lo es en tal medida que, en cierto sentido, creó al hombre mismo». Desde el inicio, la naturaleza humana fue un producto humano, y esto es cierto no sólo para la conciencia, sino incluso para la fisiología humana. La evolución de la mano, que pasó de ser un medio de locomoción a una sofisticada extremidad que manipula herramientas, se logró de manera gradual a lo largo de miles de años de trabajo. O como escribe Donna Haraway: «La humanidad se hace a sí misma en el sentido más literal. Nuestros cuerpos son el producto de la adaptación al uso de las herramientas, que antecede al género *Homo*. Determinamos de forma activa nuestras

---

[11] Ibídem, p. 51.
[12] Ibídem, p. 42.

características por medio de herramientas que median el intercambio humano con la naturaleza».[13]

Además de la fisiología, la conciencia humana y los medios materiales de subsistencia, la producción y reproducción material de la vida implica la creación de trabajadores, es decir, la reproducción de la fuerza de trabajo. Algunas formas de relación social participan en este proceso reproductivo, siendo la más básica la división del trabajo entre los sexos. De hecho, esta es la primera división del trabajo, pero sus orígenes descansan en la organización social prehumana. Al ser heredada por la sociedad humana se torna natural y social de manera simultánea, lo que ilustra una vez más la unidad de la naturaleza. Así, una diferenciación biológica perteneciente a la naturaleza es reproducida como una división social del trabajo. Tal división es fundamental para el proceso de reproducción, pero también alcanza a la esfera de la producción. Entones la división sexual del trabajo se generaliza en la sociedad y, de esta manera, por medio de la actividad humana intencionada, la naturaleza humana empieza a diferenciarse. La división del trabajo produce una división sistemática de las experiencias sociales sobre las que la naturaleza humana es modelada y remodelada de manera incesante.

Este enfoque sobre la producción en general ofrece algunos indicios sobre la naturaleza, pero de forma limitada. En este enfoque hay un conjunto de presupuestos implícitos, en particular aquel sobre un armonioso equilibrio ecológico y social, en cuyo centro puede identificarse la idea de una correspondencia exacta y continua entre la producción y el consumo de los valores de uso. No obstante, año tras año, existe la posibilidad de que la producción y el consumo no coincidan, y que sobrevengan la escasez o el excedente social. Desde el comienzo, esta discordancia es totalmente accidental y un producto de causas naturales como la inclemencia del clima o la fertilidad de los suelos, y para prevenir los desastrosos efectos de un déficit de producción sobre el consumo, cada sociedad cultiva «para crear un fondo de cobertura social contra los desastres que podrían amenazar la producción anual». Donde el excedente fuera en primer lugar una posibilidad natural, se convierte en una necesidad social. La creación de este excedente social permanente permite no solo la más básica supervivencia de la sociedad, sino también la subsecuente división del trabajo y el eventual crecimiento de la población.[14] El excedente se vuelve necesario como un medio para combatir la crisis social en su nivel más elemental.

---

[13] Frederick Engels, *Origin...*, pp. 251-252; Donna Haraway, «Animal Sociology and a Natural Economy of the Body Politic, Part II: The Past is the Contested Zone: Human Nature and Theories of Production and Reproduction in Private Behavior Studies», *Signs*, núm. 4(1), 1978, p. 38. Véase también Gordon Childe, *Man Makes Himself,* Nueva York, 1939; y Charles Woolfson, *The Labour Theory of Culture,* Londres, 1982.

[14] Rosa Luxemburg, *The Accumulation of Capital,* Nueva York, 1968, p. 77; Ernest Mandel, *Marxist Economic Theory,* Londres, 1962, pp. 27-28. Para una síntesis del debate sobre el origen y función del excendente en el contexto del origen de lo urbano, ver David Harvey, *Social Justice...*, pp. 216-223.

No obstante, la producción de un excedente social permanente no es el resultado automático de su posibilidad, pues requiere de tipos específicos de organización social y económica que sean consistentes con la producción individual de algo más que solo los medios de subsistencia inmediatos. Esta producción incrementada y la división del trabajo ampliada que le acompaña crean nuevas posibilidades. En concreto, el excedente permanente se convierte en el fundamento de la división de la sociedad en clases. Esto se presenta en primer lugar como una posibilidad para que una parte de la sociedad deje de realizar, parcial o completamente, alguna actividad productiva y conquiste así el ocio a expensas de la población trabajadora. «Algo que es al principio voluntario e intermitente se convierte después en obligatorio y regular». Y de acuerdo con Engels, esta transformación en una sociedad caracterizada por la apropiación del excedente viene acompañada, necesariamente, por el desarrollo del Estado y la esclavitud, así como por la consolidación de la división en clases sociales, entre productores y consumidores de excedente: «La primera gran división social del trabajo estaba determinada, dentro de las condiciones históricas predominantes, a producir la esclavitud. De la primera gran división social del trabajo surgió la primera gran escisión de la sociedad en dos clases: amos y esclavos, explotadores y explotados». Pero este desarrollo también depende de una «revolución social capaz de disolver la sociedad igualitaria primitiva y de hacer surgir una sociedad dividida en clases».[15] El desarrollo social rompe el equilibrio armonioso de la naturaleza. De una u otra manera, el excedente es extraído de la naturaleza y se vuelven necesarias las instituciones sociales y las formas de organización específicas para acelerar su producción y distribución. Esto, a su vez, altera la relación social con la naturaleza, y el individuo natural abstracto («el hombre») deja de encajar en un entorno también natural, pues la relación con la naturaleza está ahora mediada por las instituciones sociales.

Por lo tanto, la producción de un excedente social permanente tiene un efecto en apariencia contradictorio: provee los medios por los cuales los seres humanos pueden desarrollar un mayor control sobre su relación con la naturaleza, ya que ahora pueden regular de forma más efectiva el suministro necesario de valores de uso para satisfacer sus necesidades naturales. En otras palabras, la producción de un excedente social permanente permite a la sociedad humana empezar el largo proceso de emancipación frente a las ataduras de la naturaleza. Por otro lado, este control creciente es en esencia un control social y aunque contribuya a la emancipación de la sociedad humana —como un todo— de la naturaleza, solo lo logra desarrollando las diferenciaciones internas de la sociedad y esclavizando a una amplia parte de la población. La forma precisa que toma esta relación

[15] Engels, *Origin...*, pp. 220; Mandel, *Marxist Economic Theory*, pp. 40, 44.

contradictoria depende del tipo específico de sociedad que desarrolla, y sobre ello reflexionaremos a continuación, pues como señaló Marx:

> En la medida en que el proceso de trabajo es solo un proceso entre el hombre y la naturaleza, sus elementos siguen siendo comunes a todas las formas sociales de desarrollo. No obstante, cada forma histórica específica de este proceso produce sus fundamentos y tipos sociales. Siempre que un cierto estado de desarrollo ha sido alcanzado, la forma histórica específica es relegada para dejar lugar a una forma superior.[16]

II. La producción para el intercambio

El excedente puede tomar muchas formas, dependiendo parcialmente de qué permitan o favorezcan las condiciones naturales con relación a las reservas de alimentos, el crecimiento poblacional, las ocupaciones improductivas, etc. El excedente es útil en algunas de estas formas, en otras no. Si se trata de una forma material que no es útil (por ejemplo, una provisión de trigo que esté por encima de lo que podemos consumir o almacenar), entonces el excedente puede ser intercambiado por otros valores de uso. La producción del excedente es una condición necesaria, o acaso suficiente, para que ocurra el intercambio periódico de valores de uso. En la producción para el intercambio, la relación con la naturaleza no es ya una relación de valor de uso exclusiva, pues los valores de uso no son producidos para su uso directo sino para el intercambio. En tanto valores de uso específicos son intercambiados por otros en cantidades específicas, ellos son socialmente transformados en mercancías, convirtiéndose de forma simultánea en valores de cambio y valores de uso. El valor de cambio de una mercancía expresa la relación cuantitativa en la que puede ser intercambiada por otras. En la producción para el intercambio, el valor de cambio, no el valor de uso, es la razón real de la producción. De hecho, para el propietario, el valor de uso de la mercancía reside en que esta es depositaria del valor de cambio. La producción de la vida material, por lo tanto, no es solo una actividad natural en la que la naturaleza proporciona el sujeto, el objeto y los instrumentos del trabajo. En una economía de intercambio, la apropiación de la naturaleza es regulada de manera progresiva por las formas y las instituciones sociales, y de esta manera, los seres humanos empiezan a producir mucho más que solo la naturaleza de su existencia.

Todo esto presupone el desarrollo y el aumento de la división del trabajo, pues la producción para el intercambio solo perdura de manera circunstancial donde tal división no existe. En primer lugar, hay una

---

[16] *Capital...*, vol. 3, p. 883.

división del trabajo entre aquellas actividades que están ligadas a la tierra y aquellas que no —una separación entre agricultura y comercio—. Con la generalización de la producción de mercancías, distintas actividades e instituciones comerciales se vuelven necesarias para facilitar el intercambio de productos. La función del mercado, en la medida que está separado de la producción, se desarrolla para simplificar y centralizar las complejas transacciones del intercambio. Para facilitar aún más estas transacciones, se desarrolla la mercancía-dinero, cuyo valor de uso es su capacidad para representar el «valor de cambio puro».[17] La creación de un mercado y de estas otras instituciones es sinónimo del desarrollo de lugares centrales y, en última instancia, de ciudades y otras muchas actividades complementarias que se concentran en ellas y contribuyen a tal desarrollo. De esta forma, la división entre agricultura y comercio implica la separación de la ciudad y el campo, que, a su vez, es «el fundamento de toda división del trabajo bien desarrollada y propiciada por el intercambio de mercancías».[18]

La producción de un excedente permanente y el aumento de la división del trabajo ofrecen las bases económicas necesarias (si las condiciones sociales más amplias son favorables) para el desarrollo de las clases sociales. La diferencia fundamental aquí es entre la clase que desempeña la totalidad del trabajo social y la clase o clases que no trabajan pero que se apropian del excedente social. Esta diferenciación de clase surge de la diferenciación previa entre trabajo productivo e improductivo, pero no necesariamente es sinónimo de ella. Muchas clases dominantes no desempeñan trabajo alguno, mientras otras pueden desarrollar funciones sociales necesarias que, no obstante, son improductivas en términos de su valor social. El punto es que con el desarrollo de las clases sociales, el acceso a la naturaleza es distribuido (tanto cualitativa como cuantitativamente) en forma desigual de acuerdo a la pertenencia de clase. La clase dominante, controle o no los medios sociales de producción de forma directa, controla el excedente extraído de la naturaleza por medio del trabajo humano de los otros, mientras que la clase trabajadora hace funcionar los medios de producción. Con la propiedad de la tierra, el acceso desigual a la naturaleza se torna visible y adquiere una dimensión espacial aún más evidente por la separación del campo y la ciudad.

Con la división de la sociedad en clases surge el Estado como medio de control político. Como lo planteó Engels, en «una etapa precisa del desarrollo económico, que implica de manera inevitable la división de la sociedad en clases, el Estado se convierte en una necesidad».[19] La función

[17] *Grundisse...*, p. 146.
[18] *Capital...*, vol. 1, p. 352.
[19] *Origin...*, p. 232. Véase también Lawrence Krader, *Formation of the State,* Englewood Cliffs (N. J.), 1968; Elman R. Service, *Origins of the State and Civilization,* Nueva York, 1975.

del Estado es administrar la sociedad de clases en representación de la clase dominante, y esto lo hace por medio de sus brazos militar, legal, ideológico y económico. El Estado también está encargado de regular la opresión de la mujer, pues la división del trabajo entre los sexos se convierte en una relación radicalmente diferente con la emergencia de la propiedad privada y la producción para el intercambio. No solo se trata de que surjan de manera simultánea la explotación de clase y la propiedad privada, sino que con ellas aparecen la esclavitud y la opresión de la mujer.

La división del trabajo dentro de la familia está subordinada a una división social del trabajo más amplia, que ahora está enraizada en lo más profundo de la estructura de clase y del proceso de producción. Lo que al principio solo era una «forma latente de la esclavitud» en la familia, se convierte en una esclavitud completa donde la esposa y los hijos se vuelven propiedad del esposo/padre. La unidad abstracta que se atribuía a la relación entre los sexos deviene su opuesto. En aquellos dominios, como la agricultura, donde la mujer tenía el control efectivo sobre el proceso de producción, es ahora desplazada por los hombres. Con la evolución de los modos de producción basados en el intercambio de mercancías, las mujeres fueron forzadas cada vez más a realizar todas las tareas de la reproducción social, que antes eran una responsabilidad compartida. Esto no significa que hayan dejado de trabajar. Es solo que mientras ellas fueron forzadas a aceptar la responsabilidad de todas las tareas del hogar asociadas a la crianza de los hijos y la producción de algunas mercancías, los hombres fueron especializándose más y más en la producción de mercancías para el intercambio. El fundamento de este desarrollo estaba ligado de manera íntima a los orígenes de la propiedad privada, pues su carácter hereditario solo podía asegurarse por la vía de las relaciones patrilineales, que es justo lo que se impuso con lo que Engels definió, al final del capítulo, como la derrota histórica mundial del sexo femenino: «El derrocamiento del derecho materno fue la *derrota histórica mundial del sexo femenino*. El hombre también tomó el control del hogar y la mujer fue degradada y reducida a la servidumbre. Ella se convirtió en la esclava de su lujuria y en un mero instrumento para la producción de hijos».[20] Engels continúa y demuestra la forma en que la familia privatizada se consolidó como respuesta a las relaciones sociales, políticas y económicas entre hombres y mujeres. Engels traza el movimiento desde el matrimonio grupal hasta el matrimonio entre pares y la monogamia en tanto formas predominantes de la familia, concluyendo que la monogamia, que en todo caso solo se aplicó para la mujer, es un mecanismo histórico finamente adaptado para la opresión de la mujer.

[20] *Origin...*, pp. 120-121. Véase también *German Ideology...*, p. 52.

Por medio de la producción de estas divisiones sociales sobre la base del sexo y la clase, las sociedades humanas provocaron una transformación posterior en la naturaleza humana. Como Marx dijo en la sexta tesis sobre Feuerbach: «La esencia humana no es una abstracción inherente a cada individuo. Es en realidad el ensamblaje de las relaciones sociales».[21] Y como tal ensamblaje cambia, también cambia la naturaleza humana.

Una de las divisiones del trabajo que se desarrolla a la par que la producción específica para el intercambio es la división entre el trabajo manual y el mental. Esta abre nuevas puertas a la producción humana de la conciencia pues, en lo sucesivo, ciertos aspectos de la naturaleza estarán disponibles solo para algunas clases en la forma de una abstracción conceptual y no como una aliada o contraparte física en el proceso de trabajo. De la misma manera en que el proceso de intercambio se separa en la práctica del valor de uso de las mercancías intercambiadas, la conciencia humana puede separarse de las condiciones materiales de la existencia. Este potencial del pensamiento abstracto emerge como resultado de la separación que acompaña en la práctica al proceso de intercambio, una «emanación directa» de conciencia del comportamiento material que se orienta hacia su propia negación. Es decir, tan pronto como el pensamiento abstracto y la conceptualización se desarrollan, y son socialmente institucionalizados con la división del trabajo mental y manual, deja de ser adecuado mirar a la conciencia solo como una «emanación directa» del comportamiento material. Por primera vez, la conciencia puede «admirarse a sí misma como algo diferente de la conciencia de la práctica existente».[22] Por supuesto, el trabajo mental se mantendría vinculado a la tarea de encontrar nuevos objetos de trabajo, como en el desarrollo de nuevos instrumentos y en la reorganización de los hábitos de los sujetos implicados en el trabajo. Incluso algunas formas de «trabajo» mental podrían dejar de ser trabajo, productivo o improductivo, pues en esta etapa la naturaleza pareciera asequible para algunos individuos o, de hecho, para clases enteras, sin que ellos tuvieran que desempeñar trabajo alguno y solo necesitaran dedicarse a la «contemplación pura».

Con la producción para el intercambio, surge primero la posibilidad y después la necesidad de la alienación del individuo. La producción del excedente y el consecuente incremento de la riqueza social no garantizaron una clase trabajadora más próspera debido a la emergencia de las distinciones

---

[21] *German Ideology...*, p. 122.

[22] Ibídem, p. 52. Marx es citado de manera usual como si dijera que la conciencia es el «resultado directo» de la práctica humana, de tal manera que se le pinta como un determinista, reduccionista y otros «-istas». Casi no se le cita cinco páginas después, donde refina de manera explícita esta afirmación general y provisional. Quienes malinterpretan a Marx de esta forma no entienden el carácter lógico-histórico del argumento.

de clase, y por lo tanto hay una alienación puramente cuantitativa del trabajo. La clase dominante se apropia del trabajo excedente de la clase obrera. En términos también cuantitativos, la relación de la clase trabajadora con la naturaleza queda alterada, en tanto se le aliena el producto de la relación directa que existe entre ellas gracias al uso de la fuerza de trabajo. Por otro lado, el dueño del producto se encuentra alienado de cualquier relación directa y práctica con la naturaleza porque ha sido privado de su propio trabajo. De esta manera, la alienación del trabajador no es solo una alienación del producto de su trabajo, sino también la alienación de sus compañeros trabajadores y de sí mismo debido al aumento de la especialización laboral. No obstante, de manera previsible, esta alienación invoca a sus antípodas. El incremento de la competencia y la especialización (o incluso el control) del proceso de trabajo conjura la necesidad de desarrollar los poderes naturales de la cooperación. Mientras los efectos perjudiciales de la alienación caen sin beneficio alguno sobre la clase trabajadora, las ventajas de la cooperación la alcanzan en muy raras ocasiones. Ella cede las mejoras cuantitativas del aumento de la cooperación en la forma de fuerza de trabajo excedente convertida en valor de cambio, y los beneficios materiales de la cooperación son aplicados principalmente al nivel de las fuerzas productivas antes que al del individuo trabajador. En suma, con el desarrollo de la producción para el intercambio, el individuo humano se convierte en un producto de la sociedad:

> El establecimiento y la circulación de precios, etc., se presentan como procesos superficiales bajo los que, en las profundidades, siguen aconteciendo otros procesos por completo diferentes que conllevan la desaparición de las aparentes igualdad y libertad individuales. Se olvida, por una parte, que la *premisa* del valor de cambio, en tanto base objetiva de todo el sistema de producción, implica en sí misma una coerción sobre el individuo, pues el producto directo de su trabajo no es para él —si acaso solo se *vuelve* suyo en el proceso social—, ya que *debe* tomar esta forma general y, a pesar de todo, externa. Se olvida también que el individuo tiene una existencia solo en tanto productor de valor de cambio y, por consiguiente, la negación total de su existencia natural queda ya implícita. Además, se olvida que la sociedad lo determina completamente; que esto presupone entonces una división del trabajo, etc., en la cual el individuo queda colocado en relaciones distintas a la de un mero *intercambiador*, etc. Así, se olvida que esta premisa no surge de ninguna manera de la voluntad individual o de la naturaleza inmediata del individuo, sino que es, en cambio, *histórica*, y sitúa al individuo como un ser *determinado* por la sociedad.[23]

[23] *Grundisse...*, pp. 247-248.

La alienación del trabajador implica, además de la alineación estrictamente material, una cierta alienación de la conciencia. De hecho, estas se desarrollan de manera conjunta. Si bien el pensamiento abstracto se inicia como el privilegio de unos pocos, rápidamente se convierte en propiedad de todo el mundo. Esta emancipación de la conciencia de la práctica humana es el acontecimiento por el cual surge la posibilidad de la conciencia ideológica. La conciencia directa de uno mismo puede ser sustituida por la ideología social. «Las ideas dominantes de cada época no han sido otras que las ideas de su clase dominante», escribieron Marx y Engels en el *El manifesto comunista*.[24] La clase trabajadora de cualquier modo de producción enfrenta una batalla constante al nivel del individuo y de la clase, entre la conciencia espontanea de la experiencia del trabajo diario y las ideas preponderantes diseminadas por la clase dominante, que, no obstante cuán exitosas o cuánto parezcan estar enraizadas en la experiencia inmediata, en realidad están siempre atravesadas por la ideología abstracta. El campesino feudal sabía que tres días por semana trabajaría gratis para el señor feudal, pero también debió haber entendido esta realidad como el producto de su justo y correcto lugar en el mundo de Dios.

Con la producción para el intercambio, la producción de la naturaleza se desarrolla a mayor escala. Los seres humanos no solo producen la naturaleza inmediata de su existencia, sino también la totalidad de la naturaleza social de su existencia. Desarrollan una compleja diferenciación en su relación con la naturaleza de acuerdo con el sexo y la clase, la actividad intelectual y la manual, las actividades de producción y distribución, etc. Dentro de la producción se observa una división del trabajo aún más compleja, pero esto no significa que la unidad que caracterizaba la relación con la naturaleza degenere en un azaroso caos. De hecho, la unidad es reproducida en una forma superior. Gracias a la generalización de la producción de mercancías y de las relaciones de intercambio, que antes estaban aisladas, diversos grupos de personas confinadas quedan ahora entrelazados en un todo social concreto. Están unidos como un todo social, pero ya no por medio de la unidad general de los individuos sociales, sino por medio de instituciones que se desarrollaron para el mercado y el Estado, el dinero y la clase, la propiedad privada y la familia. Así surge la sociedad como tal, distinguida con claridad de la naturaleza. Por medio de la agencia humana se crea una división entre naturaleza y sociedad, entre una primera y una segunda naturalezas. La última comprende esas instituciones sociales que facilitan y regulan el intercambio de mercancías, tanto directa como indirectamente. Las unidades locales aisladas dan lugar a una unidad social más amplia. La segunda naturaleza es un producto de la primera.

---

[24] Karl Marx y Frederick Engels, *The Communist Manifesto,* Nueva York, 1955, p. 30.

Pero, ¿qué se entiende por «segunda naturaleza»? No fue sino hasta que las economías de intercambio comenzaron a desarrollar las instituciones estatales que empezó a surgir la idea de la segunda naturaleza. Entre los antiguos griegos, Platón tuvo particular conciencia de la forma en que la actividad humana transforma la superficie de la Tierra. No obstante, no fue hasta Cicerón que se acuñó el concepto de segunda naturaleza, y que por esta se entendió la naturaleza producida por la actividad humana, en oposición a la naturaleza no humana heredada. Escribiendo en un tono que retiene un aire casi moderno, incluso dos mil años más tarde, Cicerón, en *De Natura Deorum*, hace que Balbo, El Estoico, observe lo siguiente:

> Entonces ahora vemos cómo la evidencia de nuestros sentidos lleva hacia las invenciones de la mente, que son luego materializadas por la mano del artesano para satisfacer todas nuestras necesidades y mantenernos resguardados y vestidos, para darnos ciudades, muros, casas y templos. Por medio de nuestras habilidades humanas encontramos comida en abundancia y variedad. La tierra ofrece muchas frutas a las manos que las buscan, que se pueden comer en el momento o guardarse para después. También nos alimentamos de los animales que habitan la tierra, el agua y el aire, y los podemos atrapar o arrear para tal propósito. Podemos forzar y montar animales de cuatro patas y apropiarnos de su fuerza y velocidad. Sobre algunos ponemos arreos y otros los usamos como bestias de carga. Explotamos para nuestros propios fines los agudos sentidos del elefante y la sagacidad del perro. De las profundidades de la tierra extraemos el hierro, que es tan necesario para la labranza. Y buscamos en las profundidades las vetas de cobre, plata y oro, tanto para su aprovechamiento como para nuestros ornamentos. Cortamos árboles para hacer fogatas que nos calienten y para construirnos un techo que nos mantenga alejados del calor y del frío. También usamos todo tipo de plantas salvajes y cultivadas para preparar nuestra comida. Usamos estos materiales para fabricar embarcaciones que naveguen en todas direcciones en busca de nuestros satisfactores. Solos nosotros podemos domar y controlar las fuerzas más violentas de la naturaleza, el mar y los vientos, por medio de nuestro conocimiento de la navegación, para así disfrutar de los beneficios de las riquezas del mar. También hemos tomado posesión de todos los frutos de la tierra. Las montañas y las planicies, al igual que los ríos y los lagos, son para nuestro disfrute. Sembramos maíz, plantamos árboles y fertilizamos el suelo por medio de la irrigación. Construimos presas en los ríos y nos llevamos el agua según nuestra voluntad. Uno puede pensar que con nuestras manos humanas tratamos de crear una segunda naturaleza en el mundo natural.[25]

[25] Cicerón, *De Natura Deorum*, II, 151-152. Véase *The Nature of the Gods*, Harmondsworth, 1972, pp. 184-185.

Esta concepción de la segunda naturaleza se mantiene prácticamente intacta hasta el siglo XVIII. El conde Buffon, el famoso científico francés que entre sus intereses tuvo las transformaciones de la naturaleza realizadas por seres humanos, escribió que una «nueva naturaleza puede ser creada con nuestras manos». A este proceso lo llama «el carácter secundario de la naturaleza».[26] No obstante, hacia el siglo XVIII ya había quedado claro que la segunda naturaleza no solo consistía en las creaciones materiales del trabajo humano, sino también de las instituciones, de las reglas jurídicas, económicas y políticas en función de las cuales operaba la sociedad.

Por lo tanto, con relación a la naturaleza, «el valor de cambio […] juega […] un papel de acompañamiento del valor de uso».[27] Y lo hace en dos sentidos: primero, el uso de materiales naturales es regulado por la cantidad del valor de cambio que implica su empleo, y esto es así tanto en el mercado de trabajo como en el mercado de materias primas. De igual manera, la naturaleza ha sido producida con un componente de valor de cambio, pues los aspectos materiales de la segunda naturaleza fueron producidos como mercancías. (En este caso no es la naturaleza externa abstracta la que ejerce un control opresivo sobre los seres humanos sino el peso del trabajo muerto.) Por supuesto, el valor de uso de la naturaleza continúa siendo importante, pues, por ejemplo, solo enfrentando grandes dificultades (y asumiendo un alto costo) puede un carnicero hacer el trabajo de un zapatero apoyado en las herramientas y materiales de un carpintero. Y sin embargo, ya no es la posibilidad o la imposibilidad de la producción la que dicta el uso de la naturaleza, pues lo que cuenta es el coste relativo bajo o alto de utilizar diversos valores de uso. El valor de uso es transformado en valor de cambio (en el cálculo y en la práctica) durante el proceso de producción. Entonces, así como «el valor entra en el reino de la economía política tan pronto es modificado por las relaciones modernas de producción, o tan pronto este interviene para modificar tales relaciones»,[28] lo mismo acontece con el valor de cambio y la naturaleza. El valor de cambio entra en el reino de la naturaleza tan pronto se crea una segunda naturaleza a partir de la primera por medio de la producción de mercancías. La relación con la naturaleza es mediada por el valor de cambio al igual que por las determinaciones del valor de uso.

Sin reconocer el valor de cambio en la naturaleza no puede entenderse de manera concreta la relación entre la primera y la segunda naturaleza. Sin ello sería difícil ir más allá de la afirmación limitada, ambigua e ideológica en potencia de que, por una parte, la naturaleza es social, mientras que, por

---

[26] Conde Buffon, citado en Glacken, *Rhodian Shore*, pp. 655, 663, 664. Para la discusión de Glacken sobre Cicerón, ver pp. 144-146.
[27] *Grundisse...*, p. 252.
[28] Ibídem, p. 881.

la otra, la sociedad es natural. De igual manera es limitada y problemática la afirmación de que ellas están «interrelacionadas» e «interactúan», pues la interacción no sustituye a la dialéctica, cuya pieza clave se encuentra en el proceso de producción. Los elementos de la primera naturaleza, intactos antes de la intervención de la actividad humana, quedan sujetos al proceso de trabajo y de él resurgen como la materia social de la segunda naturaleza. Aunque su forma ha sido alterada por la actividad humana, no cesan de ser naturales en el sentido de que ahora son, de alguna manera, inmunes a las fuerzas y procesos no humanos —la gravedad, la presión física, la transformación química o la interacción biológica—. Asimismo, también se vuelven sujetos de una nueva serie de fuerzas y procesos que son sociales en su origen. La relación con la naturaleza se despliega así junto con el desarrollo de las relaciones sociales, y en la medida en que estas últimas son contradictorias, también lo es la relación con la naturaleza.

Siempre que el trabajo excedente se materialice de manera predominante en las mercancías agrícolas, el poder económico y político estará íntimamente ligado a la propiedad de la tierra. El trabajo agrícola produce para el consumo directo o casi directo, pocos intermediarios participan en el proceso; sin embargo, con la continua división del trabajo, un número creciente de actividades y actores empiezan a intervenir. Entre ellos podemos distinguir a un grupo de trabajadores y a un grupo de mercaderes, a pesar de que ninguno de ellos está ligado a la tierra. La producción de una segunda naturaleza ha acelerado la emancipación de la sociedad de la primera naturaleza, y en el proceso ha acentuado una contradicción constitutiva de la segunda naturaleza, aquella entre la clase dominante que está ligada de forma directa a la segunda naturaleza primitiva de la tierra agrícola y la naciente burguesía cuya base política depende del control del mercado y la ciudad. Conforme esta contradicción se desarrolla, a la burguesía se le hace necesario extender el control tanto sobre el proceso de intercambio como el de producción. De esta manera, asegura el suministro continuo de mercancías para el intercambio. Por medio de este control combinado de la producción y la distribución, la burguesía logra garantizar, de mejor manera, la producción continua de la riqueza social. En general, la producción para el intercambio da paso específicamente a la producción capitalista, pero a diferencia del desarrollo inicial de la producción para el intercambio, esta no es una transformación gradual, inexorable o «natural». Como producto de la segunda naturaleza, la producción capitalista entraña una lucha política que culmina en la revolución burguesa. Esto implica la derrota de la clase dominante y el ascenso de otra, y con ello viene una nueva y más específica relación con la naturaleza.

III. La producción capitalista

La relación contemporánea con la naturaleza obtiene su carácter específico de las relaciones sociales capitalistas. El capitalismo difiere de otras economías de intercambio en lo siguiente: por una parte, crea una clase que posee los medios de producción de toda la sociedad aunque no trabaje y produzca; por otra, crea una clase que solo posee su propia fuerza de trabajo, que debe vender para sobrevivir. «La naturaleza no produce, por un lado, propietarios de dinero y mercancías y, por el otro, hombres que no poseen nada excepto su propia fuerza de trabajo», señala Marx: «Esta relación no tiene una base natural, ni su fundamento social es común a todos los periodos históricos. Es en realidad el resultado de un desarrollo histórico pasado, el producto de muchas revoluciones económicas, de la extinción de toda una serie de viejas formas de producción social.»[29]

La clase trabajadora en el capitalismo es despojada no solo de las mercancías que produce, sino de los mismos objetos e instrumentos necesarios para la producción. Solo con la generalización de la relación trabajo-salario, el valor de cambio se convierte en una expresión consistente de lo que le subyace —el *valor*—. El valor de la mercancía, expresado en el intercambio como valor de cambio, es una medida del tiempo de trabajo socialmente necesario requerido para la producción de tal mercancía. La fuerza de trabajo en tanto mercancía no es una excepción, pues el salario del trabajador es una medida del tiempo de trabajo socialmente necesario para su reproducción. Por lo tanto, en el capitalismo, el producto excedente aparece en la forma de *plusvalía*. El valor de la fuerza de trabajo representa solo una cierta fracción del valor producido durante un día de trabajo. Con la separación histórica del trabajador de los medios de producción, los trabajadores se vuelven por completo dependientes de la venta de su fuerza de trabajo. Por otra parte, el capitalista, liberado de la necesidad de trabajar, depende por completo de la reinversión de una parte de la plusvalía, al menos si desea crear más. Tanto la realización como la reinversión de la plusvalía tienen lugar en condiciones competitivas que resultan de la propiedad privada de los medios de producción, lo que fuerza a los capitales individuales, si es que han de reproducirse, a competir a gran escala. De esta manera, la estructura de clases del capitalismo hace de la acumulación de capital la condición necesaria para la reproducción de la vida material. Por primera vez, «la acumulación por la acumulación» se convierte en una necesidad socialmente impuesta. El proceso de acumulación es regulado por la ley del valor, que opera «solo como una ley interna, *vis a vis* con agentes individuales, como una ley ciega de la naturaleza».[30]

---

[29] *Capital...*, vol. 1, p. 169.
[30] Ibídem, vol. 3, p. 880.

Producto de relaciones de clase específicas, esta estructura de relaciones económicas es propia del capitalismo, e implica una relación en extremo diferente con la naturaleza. En cuanto a que la relación con la naturaleza está mediada socialmente, el capitalismo no difiere de otros modos de producción. Sin embargo, la sustancia de esta mediación social y la complejidad de su relación con la naturaleza son diferentes. La lógica de la mediación social no es una simple lógica que surge directamente de la necesidad de producir y consumir valores de uso o de la lógica de la producción para el intercambio. Es más bien la lógica abstracta adherida a la creación y acumulación del valor social la que determina la relación con la naturaleza en el capitalismo. Así, el movimiento de lo abstracto a lo concreto no es solo una bonita idea con la que soñara Marx, sino la forma incesante en la que se traduce la relación alcanzada con la naturaleza bajo el capitalismo; las determinaciones abstractas en el nivel del valor son traducidas de manera continua en actividades sociales concretas en relación con la naturaleza. Esto produce una determinación única, aunque muy compleja, en la relación con la naturaleza: la naturaleza como objeto de la producción, la naturaleza humana, el proceso de reproducción, la conciencia humana. Al igual que con la producción en general y la producción para el intercambio, debemos examinar la relación con la naturaleza en el capitalismo por medio de estos aspectos generales. Empezaremos con la naturaleza como objeto de la producción.

Bajo el dictado del proceso de acumulación, el modo de producción capitalista debe expandirse de forma continua para sobrevivir. La reproducción de la vida material es por completo dependiente de la producción y reproducción de la plusvalía. Con este fin, el capital se cierne sobre la tierra en busca de recursos materiales, y entonces la naturaleza se convierte en un *medio de producción universal* en el sentido de que no solo suministra los sujetos, los objetos y los instrumentos de producción, sino que también es, en su totalidad, un apéndice del proceso de producción. Por eso, «parece paradójico afirmar que los peces sin capturar son, por ejemplo, un medio de producción de la industria pesquera. Sin embargo, hasta ahora nadie ha descubierto el arte de capturar peces en aguas donde no habitan».[31]

En el capitalismo, la apropiación y la transformación de la naturaleza en medio de producción ocurren, por primera vez, a escala mundial. En el modo capitalista de producción se generalizan la búsqueda de materias primas, la reproducción de la fuerza de trabajo, la división sexual del trabajo, la relación trabajo-salario, la producción de mercancías y la conciencia burguesa. Bajo el emblema del colonialismo benevolente, el capitalismo arrasa con los otros modos de producción subordinándolos

[31] Ibídem, vol. 1, pp. 180, 181n.

por la fuerza a su propia lógica. En términos geográficos, el capitalismo trata de urbanizar el campo bajo la bandera del progreso. «La historia de la Antigüedad clásica es la historia de las ciudades, pero de las ciudades fundadas sobre la propiedad de la tierra y la agricultura [...] la Edad Media (el periodo germánico) empieza con la tierra como el asiento de la historia, cuyo desarrollo posterior se mueve hacia delante de forma contradictoria entre la ciudad y el campo; el [periodo] moderno supone la urbanización del campo, no la ruralización de la ciudad como en la Antigüedad».[32]

El desarrollo del Estado capitalista es crucial para esta expansión del capitalismo. Al igual que los Estados anteriores, su función central es el control social en nombre de la clase dominante, lo que significa que en la sociedad capitalista el Estado se convierte en el administrador de aquello que el capital privado está indispuesto o es incapaz de hacer. Por medio de instrumentos sociales represivos, ideológicos, económicos o de otro tipo, el Estado dirige la desarticulación de las sociedades precapitalistas en el extranjero y la represión de la clase obrera en casa, mientras intenta crear las condiciones económicas necesarias para la acumulación. En definitiva, el Estado facilita y media en la expansión estable del capitalismo.[33] Así es cómo el carácter contradictorio de la relación con la naturaleza, en toda su complejidad, empieza a surgir de manera más concreta. En el capitalismo, la segunda naturaleza es progresivamente arrancada de la primera como parte de un proceso por completo opuesto aunque recíproco: la generalización de la relación capitalista con la naturaleza y la unificación práctica de toda la naturaleza en el proceso de producción.

La división social del trabajo y el avance de las fuerzas productivas se desarrollan a un ritmo creciente y la segunda naturaleza experimenta una continua diferenciación interna. Aquí, el trabajo científico adquiere una importancia mayor y se destaca como una actividad en sí misma. Su función principal es facilitar la producción de la naturaleza en la forma de fuerzas productivas: «La naturaleza no construye máquinas, locomotoras, vías férreas, telégrafos eléctricos, telares automáticos, etc., estos son

[32] *Grundisse...*, p. 479.

[33] Sobre las complejidades y debates alrededor del análisis del Estado véase Colin Barker, «The State as Capital», *International Socialism,* núm. 2(1), 1978, pp. 16-42; J. Holloway y S. Picciotto, *State and Capital,* Londres, 1978; James O'Connor, *The Fiscal Crisis of the State,* Nueva York, 1973; Suzanne de Brunhoff, *The State, Capital and Economic Policy,* Londres, 1978. Sobre el debate Miliband-Poulantzas, que cristalizó mucho de la discusión sobre el Estado, véase Ralph Miliband, *The State in Capitalist Society,* Londres, 1969; Nicos Poulantzas, «The Problem of the Capitalist State», *New Left Review,* núm. 58, 1969, pp. 67-78; Ralph Miliband, «The Capitalist State: A Reply to Nicos Poulantzas», *New Left Review,* núm. 59, 1969, pp. 53-60; Ernesto Laclau, «The Specificity of the Political: The Poulantzas-Miliband Debate», *Economy and Society,* núm. 4, 1975, pp. 87-100; Ralph Miliband, «Poulantzas and the Capitalist State», *New Left Review,* núm. 82, 1973, pp. 83-93; Nicos Poulantzas, «The Capitalist State: A Reply to Miliband and Laclau», *New Left Review,* núm. 95, 1976, pp. 63-83.

productos de la industria humana, son materiales naturales transformados en instrumentos de la voluntad humana sobre la naturaleza o de la participación humana en la naturaleza. Son *órganos del cerebro humano creados por la mano humana*; son el poder del conocimiento objetivado». Así, el «adecuado cimiento técnico» de la industria capitalista solo se estableció con la construcción de «máquinas por máquinas».[34] La proliferación de divisiones y subdivisiones sociales del trabajo necesita del crecimiento paralelo de la cooperación social entre ellas, si es que el modo de producción ha de funcionar como un todo. Con el propósito de asegurar esta cooperación social surgió la especialización, con mayor renombre la variedad de las así llamadas actividades de servicio, como la banca y el transporte masivo. La cooperación abstracta con la naturaleza, que define la actividad humana productiva, toma un carácter bastante concreto bajo el capitalismo. Se desarrolla como un antídoto a la «anarquía en la división social del trabajo», una anarquía que es el resultado previsible de la competencia basada en la propiedad privada de los medios de producción.

Junto a la división social se desarrolla una división técnica del trabajo en el taller, y es aquí donde empiezan a observarse algunos elementos básicos de la producción de la naturaleza humana en el capitalismo. La producción de una sola mercancía es dividida en numerosas y detalladas operaciones, de tal manera que la actividad del trabajador individual queda restringida de forma creciente a unas cuantas funciones motoras. Esto también requiere del uso extensivo de «las capacidades naturales de cooperación» de los trabajadores, pero, bajo el control del capital, este ejercicio de cooperación no logra el desarrollo de las capacidades naturales individuales, sino su opuesto. Al igual que los otros componentes naturales del proceso de trabajo, las capacidades de cooperación del trabajador son alienadas; estas se le confrontan como lo hacen los poderes del capital. Este es el caso del capital fijo, que representa no solo una enorme inversión de habilidades científicas y manuales, sino también un enorme ejercicio de cooperación entre trabajadores. Al ser confrontado por la maquinaria capitalista, «el trabajador es puesto cara a cara frente a la fuerza intelectual del proceso material de producción» y frente a la impotencia intelectual de su naturaleza individual. La destreza manual, intelectual y cooperativa le hace frente al trabajador «en tanto propiedad de otro y poder dominante. [...] Para crear un trabajador colectivo rico en capacidades sociales productivas, y por medio de él al capital, cada trabajador debe empobrecerse en sus capacidades productivas individuales». De manera similar a la producción simple de valores de uso para el consumo directo, el individuo realiza su naturaleza mediante el proceso de trabajo; sin embargo, las condiciones del trabajo contemporáneo son tales que convierten al trabajador no en un

[34] *Grundisse...*, p. 706; *Capital...*, vol. 1, p. 384.

hombre de fama hollywoodiense, romántico y dignificado por su capacidad para construirse a sí mismo, sino en un «engendro mutilado» que «se somete a un mundo de capacidades e instintos productivos en detrimento de su afinada destreza». En lo que respecta al trabajador, el modo de producción basado en el desarrollo del capital hace de «la ausencia de todo desarrollo una especialidad»:

> Todos los medios para el desarrollo de la producción se transforman en medios de dominación y explotación de los productores. Por medio de ellos, el trabajador es convertido en un fragmento de hombre, es degradado a apéndice de la máquina, el remanente de encanto de su trabajo es destruido y este es finalmente convertido en una actividad odiosa. Al trabajador se le despoja de las potencialidades intelectuales inscritas en el proceso de trabajo en la misma medida en que la ciencia es incorporada como una fuerza independiente. Estos medios distorsionan las condiciones en las que trabaja, sujetándolo a un despotismo que es odiado por su mezquindad. Estos medios transforman el tiempo de vida en tiempo de trabajo, y arrastran a su esposa e hijos bajo las ruedas del Juggernaut del capital.[35]

Este es el destino de la naturaleza humana bajo el capitalismo.

Engels mostró que con el desarrollo de la economía de mercancías, «la familia» se convierte en la «unidad económica de la sociedad».[36] Con la victoria de la propiedad privada capitalista, la forma de la familia es revolucionada de manera más profunda. Aunque la familia continúa siendo una unidad económica, su función económica es muy especializada y deja de ser *la* unidad económica de la sociedad. La plusvalía no es producida en la familia, sino en la fábrica y en otros espacios de trabajo. Engels señaló que la familia solo dejaría de ser una unidad económica fundamental de la sociedad con la «transformación de los medios de producción en propiedad común», pero el capitalismo empieza a desarticular la familia al integrar cada vez más a las mujeres en la fuerza de trabajo y al transferir la producción de plusvalía de la familia a la fábrica y a los lugares públicos de trabajo.[37]

Como el trabajo asalariado es consignado al reino de la actividad pública fuera del hogar, un número de funciones conectadas con la reproducción de la fuerza de trabajo son privatizadas en la familia nuclear. Esta

---

[35] *Capital...*, vol. 1, pp. 350, 360-361, 645.

[36] Engels, *Origin...*, p. 223.

[37] Joan Smith, «Women and the Family», *International Socialism,* núm. 100 (1977), pp. 21-22. Para un estudio y crítica de los diferentes puntos de vista sobre el patriarcado y la clase, véase Joan Smith, «Women, Work, Familiy, and the Economic Recession», artículo presentado en el simposio «Feminism and the Critique of Capitalism», The Johns Hopkins University, 24-25 de abril de 1981. La conclusión de Marx y Engels de que la proletarización podría liberar a las mujeres de la opresión parece haber sido, a la luz del tiempo, un tanto optimista.

última es convertida en el dominio del «trabajo de las mujeres», aunque la mayoría de las mujeres de clase trabajadora también están empleadas fuera de casa. El modo de reproducción privado de la familia otorga algunas ventajas al capitalismo: los costes de la reproducción son asumidos por la familia privada, en particular por la mujer, a quien no se le paga por el trabajo realizado en la reproducción de la fuerza de trabajo; la familia privada socializa a la siguiente generación de trabajadores para que acepten la autoridad «natural»; y requiere del consumo privatizado, con todas sus consecuencias ideológicas y económicas. La estructura de clases del capitalismo impregna cada aspecto de la estructura social y la reproducción no es la excepción. La familia burguesa es en muchos sentidos diferente de la familia proletaria. La primera probablemente comprará la fuerza de trabajo («sirvienta», «niñera») que realizará las labores domesticas, mientras que la esposa de clase trabajadora además de realizar sus propias tareas domesticas, podría vender su fuerza de trabajo por un salario, al igual que su marido. De ahí la «doble carga» en la vida de las mujeres de familias trabajadoras. Con todo, que la familia sea privatizada no significa que toda la reproducción también lo esté, pues el Estado participa de manera profunda en su organización. No solo controla procesos cruciales como la educación, sino que por medio del sistema jurídico controla la forma misma de la familia y administra la opresión de las mujeres por medio del matrimonio y la legislación sobre el divorcio, el aborto, la herencia, entre otros.[38]

La producción de la fuerza de trabajo, como la de cualquier otra mercancía, es susceptible a las fluctuaciones periódicas del ciclo de acumulación. Y como con otras mercancías, ha habido intentos para regular estas fluctuaciones por medio de un amplio número de innovaciones tecnológicas —anticonceptivos, tecnología médica, ingeniería genética—. La mercancía producida es, en sí misma, un producto social. Considerados por lo general como el primer paso en la producción de la naturaleza, los bebés probeta son, en realidad, su última etapa. Lo que empezó, por un lado, con la producción no deliberada de la mano y, por el otro, de los más primitivos medios de regulación del embarazo, devino un proceso único: la producción de la vida misma.

Con la generalización de la relación trabajo-salario, la conciencia se desarrolla de manera acelerada. Y aunque las ideologías religiosas que enfatizaron el merecido lugar de los seres humanos en el universo de Dios pervivieron, fueron de un uso limitado en la justificación de esta relación. Así, el ascenso de la sociedad burguesa es complementado con el ascenso

---

[38] Sobre la necesidad de la familia para el capitalismo, véase Barbara Winslow, «Women's Alienation and Revolutionary Polities», *International Socialism,* núm. 2(4), 1979, pp. 1-14. Para un punto de vista diferente, véase Irene Bruegel, «What Keeps the Family Going?» *International Socialism,* núm. 2(1), 1978, pp. 2-15.

de la conciencia burguesa basada en las relaciones de intercambio y no en las de producción. Si las relaciones de producción bajo el capitalismo están caracterizadas por la explotación del trabajo en beneficio de la extracción de plusvalor, las relaciones de intercambio están basadas en los principios de la igualdad y la libertad. La ideología burguesa se deriva de los principios que caracterizan al intercambio, que son la libertad para intercambiar la propiedad y el intercambio de equivalentes. Por eso Marx señala con sarcasmo, refiriéndose a la esfera del intercambio, que «allí solo rigen la Libertad, la Igualdad, la Propiedad y Bentham».[39] La esclavitud salarial, las desigualdades y la base clasista de posesión de propiedades que definen el proceso de producción son disueltas en el mercado, donde el comprador y el vendedor se presentan como iguales. Todos somos consumidores. Con el consumo de masas, la publicidad, la televisión, el espectador de deportes, entre otros, la ideología burguesa establece la más exitosa separación entre la conciencia y el proceso de producción directo. Donde resulta más exitosa, como en los Estados Unidos, esta separación conduce a la conclusión de que las diferencias de clase ya no existen, pues en apariencia todos forman parte de la clase media.

Esta homogeneización de la conciencia recibe un impulso del desarrollo del propio sistema de producción. Para acumular, el capital debe perfeccionar de forma continua los medios técnicos de producción, y esto implica el avance continuo de la ciencia. Si la ciencia crece con la tarea inminente de mejorar las fuerzas productivas, entonces pronto adquiere una función ideológica, hasta el punto de que opera casi como una religión secular. Pero esta homogeneización de la conciencia es solo tendencial. Solo puede ocurrir en la medida en que la conciencia está separada del proceso de trabajo inmediato, y mientras este sea facilitado por la creciente división del trabajo y por el carácter abstracto del pensamiento científico, el modo de producción capitalista permanecerá fundado en la distinción fundamental entre la clase trabajadora y la clase que posee el capital. Esto conduce en la dirección opuesta, hacia la diferenciación de culturas en torno a las categorías de clase, y, por supuesto, hacia una mayor diferenciación sobre la base del género y la raza. La conciencia es todavía una emanación directa de la práctica material, si uno admite la función de la ideología, pero solo en cuanto la sociedad esté diferenciada también lo estará la conciencia. A más intensa sea la lucha de clases en la práctica, más intensa será la diferenciación de la conciencia. «El modo de producción de la vida material condiciona el proceso general de la vida social, política e intelectual. No es la conciencia de los hombres la que determina su existencia, sino su existencia social la que determina su conciencia».[40]

[39] *Capital...*, vol. 1, p. 176.
[40] Karl Marx, *A Contribution to the Critique of Political Economy,* Londres, 1971, pp. 20-21.

Esta capacidad del capitalismo para producir la naturaleza no le es exclusiva. La producción en general es la producción de la naturaleza:

> Los animales y las plantas, que estamos acostumbrados a considerar como productos de la naturaleza, son en su forma actual no solo los productos de, digamos, el trabajo del año anterior, sino también el resultado de una gradual transformación, continuada a lo largo de muchas generaciones, bajo la administración suprema del hombre y por medio de su trabajo. […] En la gran mayoría de los casos, los instrumentos de trabajo muestran, incluso al observador más distraído, los rastros del trabajo de épocas pasadas.[41]

Lo que es único al capitalismo es que, por primera vez, los seres humanos producen la naturaleza a gran escala. Por eso resulta brillante la observación de Marx planteada hace 120 años, de que «la naturaleza que precedió a la historia humana […] no existe más en nuestros días (excepto quizás en algunas islas coralinas australianas de origen reciente)».[42] En nuestros días, esta visión es un saber geográfico convencional, aunque por lo general no es interpretado en términos de la producción de la naturaleza.

No obstante, el desarrollo del capitalismo conlleva no solo un desarrollo cuantitativo en relación con la naturaleza, sino también uno cualitativo. No se trata de una mera expansión lineal del control humano sobre la naturaleza, o de una ampliación del dominio de la segunda naturaleza a expensas de la primera. Con la producción de la naturaleza a escala mundial, esta es producida de manera progresiva desde adentro y como parte de la llamada segunda naturaleza. En este contexto, la primera naturaleza es despojada de su condición primeriza, de su originalidad. La fuente de este cambio cualitativo en relación con la naturaleza está en la alteración de la relación entre valor de uso y valor de cambio. En «diferentes etapas del desarrollo de las relaciones económicas, el valor de cambio y el valor de uso fueron determinados por relaciones diferentes».[43] Bajo el capitalismo, pues, el papel del valor de cambio deja de ser solo el de acompañamiento del valor de uso. Con el desarrollo del capitalismo a escala mundial y la generalización de la relación trabajo-salario, el vínculo con la naturaleza se convierte, antes que nada, en una relación de valor de cambio. Por supuesto que el valor de uso de la naturaleza aún es fundamental, pero con el desarrollo avanzado de las fuerzas productivas, determinadas necesidades pueden ser satisfechas con un creciente número de valores de uso, al tiempo que mercancías específicas pueden ser ahora producidas utilizando una gran diversidad de materias primas. El capitalismo logra moverse hacia

---

[41] *Capital...*, vol. 1, p. 181.
[42] *German Ideology...*, p. 63.
[43] *Grundisse...*, p. 646.

una relación de valor de cambio en la práctica, y la producción capitalista (y la apropiación de la naturaleza) se realiza no para satisfacer las necesidades en general, sino una en particular: la de ganancia. En su búsqueda, el capital se cierne sobre toda la tierra y le adhiere un precio a todo lo que encuentra, y desde ese momento es el precio lo que determina el destino de la naturaleza.

Una vez que la relación con la naturaleza es determinada por la lógica del valor de cambio, y que la primera naturaleza es producida de manera interna y se convierte en parte de la segunda naturaleza, entonces son redefinidas la primera y la segunda naturalezas. Con la producción para el intercambio, la diferencia entre la primera y la segunda naturalezas es solo aquella entre los mundos no humano y el creado por los humanos. Esta distinción deja de tener un significado real una vez que la primera naturaleza también es producida. Y, en cambio, la distinción ahora se realiza entre la primera naturaleza que es concreta y material, la naturaleza de los valores de uso en general, y la segunda naturaleza que es abstracta en tanto derivada de la abstracción del valor de uso que es inherente al valor de cambio. La distinción conceptual temprana entre los mundos humano y no humano ha sido de gran influencia hasta nuestros días y, de hecho, se mantuvo indisputada hasta el siglo XIX. La nueva noción de segunda naturaleza fue desarrollada con mayor amplitud no en la Francia del conde Buffon, donde continuó dominando la vieja oposición, sino en la Alemania de Hegel, con su excepcional tradición filosófica. La de Hegel fue la segunda naturaleza idealista. Esta no consistía solo en el mundo material creado y transformado por la acción humana, sino en la manifestación del libre albedrío por medio de un sistema de derecho como el de las instituciones económicas y políticas de la sociedad moderna. No fueron las estructuras construidas las que conformaron la segunda naturaleza de Hegel, sino el sistema legal, las leyes del mercado y las reglas éticas de la sociedad moderna —«el reino de la libertad hecho realidad, el mundo de la mente materializado como si fuera una segunda naturaleza»—.[44]

La realidad de la que fue extraída la concepción idealista de la naturaleza de Hegel también produjo una concepción material de la segunda naturaleza más avanzada y más apropiada para la realidad del capitalismo emergente que las de Cicerón y Buffon. La mejor descripción de esta segunda naturaleza la provee Alfred Sohn-Rethel:

> En alemán, el mundo del «uso» es regularmente llamado «naturaleza primera o primaria», material en sustancia, mientras que la esfera del intercambio es denominada «naturaleza segunda, puramente social»,

---

[44] G. W. F. Hegel, *Philosophy of Right*, traducido por T. M. Knox, Londres, 1967, p. 20.

> enteramente abstracta en su composición. [...] [La primera naturaleza es] concreta y material, e incluye a las mercancías en tanto objetos de uso y nuestras propias actividades en tanto materiales e intercambios con la naturaleza; [la segunda naturaleza es] abstracta y puramente social, e incluye a las mercancías en tanto objetos de intercambio y cantidades de valor.[45]

La misma pieza de materia existe simultáneamente en ambas naturalezas; como mercancía material sujeta a las leyes de la gravedad y la física, existe en la primera naturaleza, pero como valor de cambio sujeto a las leyes del mercado, se mueve dentro de la segunda naturaleza. El trabajo humano produce la primera naturaleza, y las relaciones humanas la segunda.

Lo que resulta una posibilidad abstracta en el origen y un elemento fundamental del trabajo humano se hace realidad en el capitalismo por primera vez. No es solo la naturaleza de la existencia humana directa o específica la que es producida en el capitalismo, sino la naturaleza en su totalidad. El modo de producción basado en el capital persigue la «apropiación universal de la naturaleza y del vínculo social por parte de los miembros de la sociedad. De ahí la influencia civilizatoria del capital, que, dada su capacidad para producir un periodo histórico de la sociedad, hace parecer a todos los anteriores como meros *desarrollos locales* de la humanidad y como *idolatrías de la naturaleza*».[46] La naturaleza material es producida como una unidad en el proceso de trabajo, que, a su vez, es guiado por las necesidades, la lógica y las peculiaridades de la segunda naturaleza. Ya no hay parte de la superficie de la tierra, la atmósfera, los océanos, el sustrato geológico o el estrato superior biológico que sea inmune a las transformaciones del capital. En la forma de precios, todo valor de uso es invitado a asistir al proceso de trabajo, y el capital —en su carácter, por excelencia, de miembro de la alta sociedad— es convidado a hacer buen uso de cada uno de estos invitados.

Esta podría parecer la lógica del argumento de Marx, pero ¿no dejó este claro en *El capital* que en el proceso de trabajo todavía se emplean «muchos medios de producción provistos de forma directa por la naturaleza, los cuales no representan combinación alguna de sustancias naturales y trabajo humano»[47]? ¿Esto no vuelve dudosa la idea de que la naturaleza es producida? Es entonces necesario considerar dos tipos de casos. Primero, es bastante posible que en términos político-económicos la sustancia natural no encarne un valor de cambio, pero en términos de valor de uso sea, sin embargo, modificada por el trabajo humano, ya sea directa o indirectamente. Esto puede suceder, por ejemplo, con la tierra agrícola, donde las

[45] Sohn-Rethel, *Intellectual and Manual Labour*, pp. 28, 56-57.
[46] *Grundisse...*, pp. 409-410.
[47] *El capital...*, vol 1, p. 183.

mejorías que se le hicieran han devuelto todo su valor y, por lo tanto, se han desvalorizado, pero donde la fertilidad y la estructura física del suelo es alterada enormemente.[48] Este también puede ser el caso de productos del trabajo más visibles, como los edificios, de los que no se tiene mayor rastro económico en cuanto a sus orígenes en el proceso de producción, pero que de hecho retienen las características físicas de la actividad humana. Con mayor frecuencia, algunos aspectos de la naturaleza pueden haber sido alterados de forma dramática en su forma física por la actividad humana, sin que ello represente de alguna manera una inversión de tiempo de trabajo socialmente necesario. La producción del Síndrome Tóxico Infeccioso, el cáncer u otras enfermedades humanamente producidas, son ejemplos de ello junto con la alteración del clima. En tanto elementos de la primera naturaleza, todos ellos son producidos pero no son mercancías.

De hecho, hay un caso más palpable en el que la forma de la sustancia natural no ha sido alterada por la actividad humana. Aquí podrían contarse partes sustanciales de lo más profundo del sustrato geológico o de lo más lejano del sistema solar, es decir, más allá de la luna, de algunos de los planetas y de la diversidad de residuos que han sido arrojados al espacio exterior. Pero estos ejemplos bastante extremos apenas dan testimonio de la falsedad de la tesis de la «producción de la naturaleza», en especial cuando uno mira los ejemplos terrestres de naturaleza supuestamente no producida, como los parques de Yellowstone o Yosemite. De hecho, estos son entornos producidos en cualquier sentido concebible. El entorno material posee la marca del trabajo humano, desde el manejo de la fauna silvestre hasta la alteración del paisaje por la presencia humana con salones de belleza, restaurantes, áreas para acampar y las mismas postales del Oso Yogi. En este sentido, Yosemite y Yellowstone son experiencias culturales del entorno organizadas con sumo cuidado para obtener de ellas algunas ganancias sustanciales cada año. El punto aquí no es la nostalgia de una naturaleza preproducida, como quiera que ella haya sido, sino mostrar el tamaño de la alteración de la naturaleza por medio de la agencia humana. Aquella naturaleza que sobrevive prístina, muy por debajo de la superficie terrestre o a años luz de ella, lo hace en esas condiciones solo porque nos es aún inaccesible. Si lo necesitáramos, dejaríamos que esta naturaleza inaccesible sostuviera nuestras nociones edénicas, pero ella es siempre un ideal y una abstracción de la imaginación, una naturaleza que nunca conoceremos en la realidad. Es así como los seres humanos han producido toda aquella naturaleza que se les ha vuelto accesible.

---

[48] Marx escribe: «La tierra produce una renta después de la inversión de capital, pero no porque el capital sea invertido, sino porque el capital invertido hace más productiva esta tierra de lo que lo era antes. […] Esta renta también, que puede convertirse en interés, se transforma en la renta diferencial pura en cuanto el capital invertido es amortizado». *El capital*, vol. 3, p. 746. David Harvey desarrolla este punto en *Limits*, p. 337.

La unidad de la naturaleza a la que se dirige el capitalismo es una unidad materialista, pero no se trata de la unidad física o biológica del científico natural. Es, en cambio, una unidad social centrada en el proceso de producción. Sin embargo, esta unidad no debería entenderse como una naturaleza indiferenciada. Hay, como vimos, una distinción entre la primera y la segunda naturalezas, pero, a la luz de la producción capitalista y del impulso por hacer de este proceso universal, ¿cuán relevante es esta distinción frente a la unidad de la naturaleza? Es cierto que la estructura económica se presenta como una segunda naturaleza: «Las leyes de la economía en toda producción no planeada y desorganizada confrontan a los hombres como leyes objetivas frente a las que se encuentran indefensos, de ahí que las vean como *leyes naturales*». Por eso Marx entendió que su tarea en *El capital* era poner al desnudo «la ley económica del movimiento de la sociedad moderna». Su «perspectiva, que considera la evolución de la formación económica de la sociedad como un proceso de la historia natural, no puede menos que, a diferencia de otras, hacer responsable al individuo de las relaciones de las que él es solo una criatura, a pesar de cuánto pueda colocarse subjetivamente por encima de ellas». Sin duda, los seres humanos hacen su propia historia, pero no en las condiciones de su elección, sino bajo condiciones dadas y heredadas del pasado.[49]

Aquí surge un problema con relación a cómo considerar las leyes de la economía y la sociedad de manera naturalista; a este respecto Marx señaló lo siguiente en su famosa carta del 11 de julio de 1868 a Kugelmann: «Las leyes naturales no se pueden eliminar. Lo que se puede transformar, en circunstancias históricas cambiantes, es la *forma* en que operan estas leyes».[50] Si las leyes económicas del capitalismo son en realidad leyes naturales, entonces Marx parecería estar diciendo que estas, y en consecuencia el capitalismo, no pueden ser destruidas. Sin embargo, esto no tendría sentido viniendo de Marx, que fue un revolucionario comprometido y entregó su vida a la lucha por el socialismo. Tampoco se trató de un desliz por el que se vuelve a considerar a la naturaleza como algo externo a la sociedad, pues la ley natural no alude aquí a la gravedad o a las leyes de la física, sino a la distribución del trabajo social. (Fue esta aparente contradicción la que, de forma incidental, llevó a que Schmidt considerase en Marx una distinción entre categorías lógico-epistemológicas y económicas y que, con ella, preparase su acusación de utopista.)

La solución radica, como siempre, en la práctica, específicamente en la historia humana, no en distinciones filosóficas entre categorías. Al igual

---

[49] Friedrich Engels, *Anti-Duhring,* Londres, 1975, p. 425; *Capital*, vol. 1, p. 10; Karl Marx, *The Eighteen Brumaire of Louis Bonaparte,* Nueva York, 1963, p. 15.
[50] Marx a Kugelmann, 11 de julio de 1868, Marx-Engels, *Selected Correspondence,* Londres, 1934, p. 246.

que la gravedad, las leyes del mercado pueden ser obedecidas o confrontadas, y de esta manera podemos cambiar la forma en que operan y son experimentadas. Sin embargo, a diferencia de la gravedad, no hay nada natural en la ley del valor, y mientras ninguna sociedad ha dejado de experimentar la primera, muchas han existido sin la segunda. A pesar de que esta y otras leyes del mercado sean vistas como leyes naturales, no son equiparables a la gravedad. Este es justo el planteamiento de Marx cuando dice que la derrota del capitalismo hace posible el fin de la historia natural de los seres humanos y el inicio de la verdadera historia, es decir, hace posible acabar con la experiencia de las leyes sociales como leyes naturales y da inicio al verdadero control social sobre la historia. Con el desarrollo colosal de las fuerzas productivas, el capitalismo colocó en la agenda de discusión la pregunta sobre la producción de la naturaleza, pero se trata de una pregunta que el modo capitalista de producción en sí mismo es incapaz de responder. Puede decirse que el capitalismo ha unificado a la naturaleza para el futuro pero no lo puede hacer en el presente.

La distinción entre primera y segunda naturaleza se torna, por lo tanto, cada vez más obsoleta. Como distinción filosófica entre realidades equivalentes o incluso similares en términos abstractos u ontológicos, es obsoleta tan pronto como deja de referirse a la división entre los mundos humano y no humano. Como división entre materialidad y abstracción, la distinción entre primera y segunda naturaleza captura con certeza la complejidad de la organización social y su distancia con la primera naturaleza. Sin embargo, la capacidad del capital para producir el mundo material a «su propia imagen»[51] hace de esta distinción una víctima de sí misma —una abstracción que habría perdido su vínculo con la realidad cambiante y el potencial de la historia humana—. La producción de la primera naturaleza dentro y como parte de la segunda naturaleza hace de la producción de la naturaleza, no de la primera o de la segunda, una realidad dominante. Y sin embargo, aún queda por hacer una distinción importante.

Engels la sugiere cuando señala que nuestro «dominio» de la naturaleza «consiste en que tenemos la ventaja, sobre todas las otras criaturas, de aprender sus leyes y aplicarlas correctamente».[52] La producción de la naturaleza solo es posible con la identificación y aplicación de las leyes naturales, pero esta identificación implica de manera inevitable un conocimiento claro de sus límites, y por ello, la distinción entre las leyes que son en realidad naturales y aquellas que, bajo una forma específica de la sociedad, son hechas pasar por naturales. La diferencia entre la gravedad y la ley del valor no se refiere a lo que puede o no puede ser producido,

---

[51] *The Communist Manifesto...*, p. 14.
[52] Friedrich Engels, *Dialectics of Nature,* Moscú, 1954, p. 180.

ya que el efecto de la gravedad puede ser resistido y alterado con facilidad para así obtener su resultado opuesto, y para ello solo se necesita la simple identificación e implementación social de otras leyes de la naturaleza. Esto lo hacemos siempre que volamos en avión, por ejemplo. Por lo tanto, la distinción clave que debe hacerse es entre lo que puede y lo que no puede ser *destruido*. Esta distinción es realizada en el proceso práctico de la historia social y no como un proceso de especulación filosófica. Al mirar atrás en la historia, la evidencia es que la ley de la gravedad no puede ser destruida, sin importar cuánto se le resista o se determine socialmente la forma real de su funcionamiento; por el contrario, la «ley» del valor sí puede ser destruida. Al mirar hacia adelante en la historia, observamos que solo seremos capaces de distinguir y revelar las leyes naturales que subyacen a la naturaleza humana por medio del descubrimiento y la identificación de las leyes naturales. Esto solo puede lograrse por medio del desmantelamiento y la destrucción de las pirámides sociales que se presentan como leyes naturales. Quienes en la sociedad tienen la comprensión más exacta de la naturaleza humana no son los sumos sacerdotes que predican la naturalidad (en el sentido de inevitabilidad) de gran parte del comportamiento humano y social. En realidad, quienes tienen tal comprensión son aquellos que entienden con mayor agudeza nuestra capacidad para crear algo más humano y para destruir las monstruosidades sociales.[53]

En su avance incontrolable hacia la universalidad, el capitalismo levanta barreras a su propio futuro. Lo hace, por ejemplo, al crear las condiciones para la escasez de recursos necesarios, al empobrecer la calidad de los recursos que aún no devora, al engendrar enfermedades, al desarrollar

[53] Esto sin duda otorga un papel crucial a la ciencia, pero a una ciencia crítica, pues la función ideológica de la ciencia ha sido por lo general la de hacer aparecer relaciones sociales específicas como naturales, es decir, como inevitables. Como escribió Marx, las fórmulas de la economía política «se presentan al intelecto burgués como necesidades autoevidentes impuestas por la naturaleza al igual que el trabajo productivo» (*El capital*, vol. 1, p. 81). La distinción entre la ciencia natural y la social posibilita un fetichismo de la «naturaleza», la transforma en el objeto de la investigación científica natural, lo que permite a la ciencia social moldearse siguiendo este modelo y tomar a la sociedad como su objeto natural de investigación. De acuerdo con Marx y Engels hay una sola ciencia, no dos ciencias separadas, una de la naturaleza y otra de la sociedad. No obstante, la unidad de la ciencia es un proceso práctico, una unidad a ser creada. La ciencia debe ser revisada «hasta el punto en que pueda ser presentada dialécticamente», como escribió Marx a Engels (*Selected Correspondence*, p. 123). A propósito de las llamadas ciencias naturales, esto involucra recuperar una política que de derecho pertenece a la ciencia pero que le ha sido expropiada y excluida. Si estamos en lo correcto sobre la producción de la naturaleza, la política de la ciencia implica la distinción entre las leyes naturales y las creaciones sociales, no como una oposición entre ciencia natural y social, sino entre ciencia e ideología. Sobre esta conexión, véase la crítica de Valentine Gerratana al evolucionismo postdarwinista: científicos preocupados por la evolución, «que contribuyeron más que ningún otro a demostrar la historicidad de la naturaleza, terminaron por negar y excluir el proceso histórico de la parte de la historia natural que es la historia humana». Esto anunció una «inversión metodológica»: un paso «atrás en la afirmación de las leyes históricas del desarrollo social como leyes eternas de la naturaleza». Gerratana, «Marx and Darwin», *New Left Review,* núm. 82, 1973, pp. 60-82.

tecnología nuclear que amenaza el futuro de la humanidad, al contaminar todo el ambiente que necesitamos consumir para reproducirnos, y al amenazar, en el proceso cotidiano de trabajo, la existencia misma de aquellos que producen la riqueza social. Al mismo tiempo, el capitalismo se ve obligado a desarrollar, como uno de sus elementos constitutivos, la fuerza que revela cuán antinatural y vulnerable es como modo de producción y cuán temporal puede ser en términos históricos. No solo el carácter relativamente reciente del capitalismo indica que es temporal, la producción de sus propias contradicciones internas también garantiza esta temporalidad. En este contexto, la producción de la naturaleza es el medio por el que estas contradicciones son materializadas. En las sociedades tempranas, la relación contradictoria con la naturaleza se expresaba en crisis de escasez de efectos inmediatos, que eran tan centrales como el proceso de producción y marcaban los límites exteriores de la sociedad. Es decir, la escasez natural determinaba los límites del desarrollo social. En el capitalismo, las crisis sociales todavía se concentran en el proceso de producción, pero ahora yacen en el corazón del complejo sistema social. Y así como la producción de la naturaleza es universal, también lo son las contradicciones internas de este proceso. En la actualidad, la crisis no surge de la interacción entre sociedad y naturaleza externa, sino de las contradicciones que acontecen en el centro del proceso de producción social. Pero en la medida en que las crisis sociales actuales todavía son atribuidas a la escasez natural, es necesario decir que deberían verse como una escasez producida en la naturaleza.

La contradicción inscrita en la producción de la naturaleza surge de la estructura misma del capitalismo, ya sea en la forma de energía nuclear o de revueltas obreras. Por eso no debemos entender a Marx de manera metafórica cuando escribe que el capitalismo crea estas «barreras dada su propia naturaleza», la última de las cuales es la clase obrera, que se diferencia del resto de la humanidad por ser esclavos asalariados del capital. Estas «barreras», «en cierta etapa de su desarrollo, [permitirán al capitalismo] reconocerse como el principal obstáculo a [su propio impulso], desde donde avanzará hacia su propia abolición».[54] En la lucha contra el capital, es la clase obrera quien tendrá la verdadera oportunidad de definir la naturaleza humana. Con esto no pretendemos sugerir que la clase trabajadora es, de alguna manera y por definición, más natural que otras clases. De hecho, en tanto clase que no posee el control de la sociedad que la emplea, ella es en todo sentido antinatural y otro producto del capitalismo. Esto tampoco implica la inevitabilidad del socialismo, pero sí la de la revuelta. Es una ley de la naturaleza que el animal humano, privado de los medios para satisfacer sus necesidades, reaccione a tal carencia, a veces de manera violenta y a veces de manera socialmente organizada. La forma

[54] *Grundisse...*, p. 410.

de la revuelta no se rige por ley natural alguna, es más bien un producto social, y que ella resulte victoriosa traería consigo una oportunidad histórica única para que los seres humanos se convirtiesen en sujetos sociales con voluntad y no en los sujetos naturales de su propia historia.

IV. Conclusión

Cuando dio clases en Yale, el gran geógrafo imperial Isaiah Bowman solía decir «que uno podría construir una ciudad de cientos de miles en el Polo Sur y proveerla con energía eléctrica y ópera. La civilización podría asumir el coste.» Esto se dijo cuando la expedición de Peary había alcanzado el Polo Norte en 1909. Y aunque es probable que la idea del Polo Sur urbano representara un correctivo bastante extremo al interés temprano de Bowman por el determinismo ambiental, tenía razón. De manera similar, solía asegurar «que podríamos construir en el Sahara una cadena montañosa lo suficientemente alta como para provocar la lluvia». Veinte años después, en términos más generales, señaló con mayor precisión que «el hombre no puede mover montañas», al menos, no sin primero «hacer una emisión de bonos de inversión».[55]

De forma previsible, la producción de la naturaleza ha sido llevada más por el camino de la rentabilidad del hecho económico que por el de la imposibilidad de pensar los hechos físicos. Tal vez también de forma previsible, es en Estados Unidos donde encontramos algunos de los ejemplos más logrados de producción de la naturaleza, sobre todo por cómo abrió camino a la expansión del capitalismo mundial de 1918 a 1973. Por eso, Jean Gottmann en su iconoclasta análisis, *Megalopolis,* plantea que:

> Las empresas prometeicas, que durante mucho tiempo estuvieron confinadas a los sueños de europeos resignados a reproducir el statu quo de sus tierras natales, rompieron los viejos límites de la naturaleza. [...] Mientras la expansión de la tierra liberada tuvo una finalidad, las grandes ciudades de *Megalópolis* desarrollaron —por medio de una división del trabajo más fina, un mayor intercambio de servicios, más comercio y una mayor acumulación de capital y personas— un panorama sin fronteras y de recursos ilimitados para una sociedad ya enriquecida.
>
> La expansión de *Megalópolis* habría acontecido con mucha dificultad sin este extraordinario impulso prometeico. Al hacerse la frontera más urbana en su esencia, al cambiar lo inhóspito de los bosques y praderas por las calles de la ciudad y las multitudes, resulta más difícil mantener alejados a los buitres que amenazaron a Prometeo.[56]

[55] Isaiah Bowman, *Geography in Relation to the Social Sciences,* Nueva York, 1934.
[56] Jean Gottmann, *Megalopolis,* Nueva York, 1961, p. 79.

Esta mezcla potencialmente contradictoria de oportunidad y apocalipsis no es del todo diferente al tratamiento de la naturaleza en Marx. Por lo general, él y Engels consideraron el contenido de la relación con la naturaleza en términos de mayor control o dominación, aunque no en un sentido unidimensional: «La dominación de la naturaleza empezó con el desarrollo de la mano, con el trabajo, que a cada mejora fue ampliando el horizonte del hombre».[57] A medida que el sol fue iluminando el capitalismo, esta dominación progresiva de la naturaleza aumentó su velocidad. Por primera vez en la historia, el crecimiento económico en la forma de acumulación de capital se convirtió en una necesidad social absoluta, y la expansión continua de la dominación sobre la naturaleza también se tornó necesaria. El capital y la sociedad burguesa que alimentan al capitalismo abren paso a un cambio cuantitativo y cualitativo en la relación con la naturaleza. El capitalismo hereda un mercado común mundial —un sistema de intercambio y circulación de mercancías— que digiere y regurgita, como el sistema capitalista mundial, un sistema de producción. Para lograrlo, la fuerza de trabajo humana es convertida en una mercancía, producida como cualquier otra de acuerdo con las relaciones sociales capitalistas. Aquí el objetivo del capital es la producción de la naturaleza a escala global y no solo un mayor «dominio» sobre ella.

Esta es la conclusión lógica, aunque no explícita, de la concepción sobre la relación con la naturaleza de Marx y, en parte, de Engels, aunque la idea de una «dialéctica de la naturaleza» sin duda llevó a Engels a terrenos muy diferentes y que yo considero erróneos. La pregunta entonces es, ¿por qué conservaron el lenguaje y, en parte, las nociones de «dominio» y «dominación» de la naturaleza? En la práctica, esta relación progresó más allá del dominio y la dominación, tan pronto como fue considerada obsoleta la distinción entre primera naturaleza prehumana (dominada) y segunda naturaleza (dominante). El «dominio» de ninguna manera describe la relación entre las nuevas naturalezas primera y segunda, ni la distinción entre materialidad y abstracción, que heredó de la distinción anterior más simple. La materia no está dominada o controlada por un mundo de abstracciones —lo que llevaría rápidamente al idealismo— pero específicos componentes suyos son producidos en todas partes (es decir, su forma es transformada) de acuerdo con leyes, necesidades, fuerzas y accidentes abstractos de la sociedad capitalista. La realidad de la producción de la naturaleza es mucho más obvia en la etapa tardía del siglo XX que a mediados del siglo XIX, y esto explica más que cualquier otra cosa por qué Marx se mantuvo aferrado a la noción obsoleta de dominio. Un siglo más de desarrollo capitalista marcado por la búsqueda inexorable de la plusvalía relativa habría convertido la idea de la producción de la naturaleza en un

---

[57] *Origin...*, p. 253.

cliché atroz. Que no haya sido así, y que lejos de ser un cliché sea una novedad, incluso una idea quijotesca, es testimonio del poder de la ideología de la naturaleza.

La producción de la naturaleza no debería ser confundida con su *control*, pues aunque, por lo general, algo de control acompaña el proceso de producción, este no queda asegurado. La producción de la naturaleza no es la consumación de su dominio, sino algo bastante diferente en términos cualitativos. Incluso Engels fue cuidadoso al distinguir entre dominio (que tiene mucho mayores connotaciones de control que «producción») y control: «No nos […] elogiemos mucho por causa de nuestras victorias sobre la naturaleza», declara mientras agrega un párrafo con ejemplos que ilustran el coste de estas victorias y la «venganza» de la naturaleza. A cada paso, concluye:

> Se nos recuerda que de ningún modo regimos la naturaleza como un conquistador lo hace sobre otros pueblos, como alguien que se coloca por fuera de la naturaleza. Se nos recuerda, en cambio, que pertenecemos a ella en carne, sangre y mente, que existimos dentro de ella, y que todo nuestro dominio consiste en que tenemos ventajas sobre todas las otras criaturas al ser capaces de aprender las leyes de la naturaleza y aplicarlas de forma correcta.[58]

La idea de la venganza de la naturaleza posee algunas de las implicaciones dualistas inherentes a la noción de «dominio»; no obstante, el punto clave es la maravillosa comprensión, en aquel contexto, del triunfalismo científico del siglo XIX (al que Engels sucumbe en otras partes de ese trabajo). De este modo, la producción industrial del dióxido de carbono y el dióxido de azufre que son arrojados a la atmósfera han tenido efectos climáticos incontrolables: aunque este planteamiento todavía tiene algo de especulativo, un número creciente de científicos ha respaldado la posibilidad de un efecto invernadero y el consecuente derretimiento de los casquetes de hielo, y aunque muchos otros rechazan estas ideas, también anticipan un enfriamiento dramático. A ello podemos agregar que el aumento del dióxido de azufre en la atmósfera es el responsable de la lluvia ácida. Incluso, o muy en particular, la producción de la mano humana no fue un proceso controlado, y el sistema capitalista, la más completa y elaborada de las producciones humanas, es al mismo tiempo la más anárquica. Así como los contaminantes son productos integrales del proceso de producción aunque no sean su objetivo directo, mucho de la producción de la naturaleza no es deliberado. Por su parte, el proceso de producción es bastante deliberado, pero su objetivo directo, la ganancia, es solo reconocida en términos de valor de cambio y no de valor

[58] *Dialectics of Nature...*, p. 180.

de uso. Así pues, la cuestión del control es de vital importancia pero solo una vez que es considerada en su contexto. La primera pregunta no es si o en qué medida la naturaleza es controlada; esta es una pregunta enmarcada en el lenguaje dicotómico de las naturalezas primera y segunda, del dominio y el no dominio precapitalista sobre ellas. La pregunta en realidad es *cómo* producimos la naturaleza y *quién* controla esta producción.

El capitalismo desarrolla las fuerzas de producción hasta el punto de que la unidad de la naturaleza se convierte de nuevo en una posibilidad, pero esta unidad es siempre solo una tendencia, una promesa continua del impulso hacia la universalidad. El capitalismo crea los medios técnicos pero no puede cumplir su promesa. La opción, como dijo Marx, es socialismo o barbarie, donde cualquiera de los dos implica una unidad de la naturaleza. La cruel ironía de esta opción es más profunda en nuestros días, pues la barbarie unifica a la naturaleza solo por la vía de su aniquilamiento con la amenaza de la guerra nuclear. Y sin embargo, la sociedad de clases que amenaza con este salvaje fracaso final también ofrece el anhelo del socialismo. Este no es ni una utopía ni una certeza, es en cambio el lugar y el tiempo donde y cuando la unidad de la naturaleza se convierte en una posibilidad real. Es el campo de batalla donde desarrollar un verdadero control social sobre la producción de la naturaleza. Muy al comienzo, Marx definió al comunismo como la «solución genuina al conflicto entre los hombres y la naturaleza».[59] Si esto es verdad, aún está por verse, y por hacerse.

Lo que es una certeza es la lucha en torno a este conflicto, la revuelta contra el despojo. De muchas formas, se trata de una lucha por el control de lo que es «socialmente necesario». Al igual que la contaminación, mucho de la producción de la naturaleza es el resultado de un proceso no deliberado o controlado. Pueden ser un elemento constitutivo del proceso de trabajo, pero la contaminación y muchos otros aspectos producidos de la naturaleza no son portadores de «tiempo de trabajo socialmente necesario». La lucha por el socialismo es la lucha por el control social para determinar lo que es valioso y lo que no. En el capitalismo, estos valores se deciden en el mercado, que se presenta a sí mismo como un producto natural. El socialismo es la lucha para evaluar la necesidad con criterios humanos y no de acuerdo con el mercado y su lógica, es decir, de acuerdo al valor de uso y no al valor de cambio y la ganancia.

Más adelante en su vida, Marx fue menos especulativo con respecto a la relación con la naturaleza y más prudente sobre lo que el comunismo podía o no ser. El siguiente pasaje de *El capital* da cuenta de ello, aunque comparado con su escritura temprana es políticamente más concreto, sucinto y decidido:

---

[59] *Early Writings*, p. 348.

> El reino de la libertad solo comienza allí donde cesa el trabajo determinado por la necesidad y la adecuación a finalidades exteriores, con arreglo a la naturaleza de las cosas, por consiguiente está más allá de la esfera de la producción propiamente dicha. […] La libertad en este terreno solo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente este metabolismo suyo con la naturaleza, poniéndolo bajo su control colectivo, en vez de ser dominado por él como por un poder ciego; que lo lleven a cabo con el mínimo empleo de fuerzas y bajo las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana. Pero este sigue siendo un reino de la necesidad. Allende el mismo empieza el desarrollo de las fuerzas humanas, considerado como un fin en sí mismo, el reino de la libertad, que sin embargo solo puede florecer sobre aquel reino de la necesidad como su base. La reducción de la jornada laboral es su condición básica.[60]

La reducción de la jornada de trabajo es, por ponerlo así, una demanda transicional, pues aún está moldeada en términos del valor de cambio. A menor sea la jornada de trabajo, menor será el volumen del plusvalor que obtendrán los capitalistas en la forma de ganancia. La demanda fundamental consiste en el control de los trabajadores sobre el proceso de producción y, por lo tanto, el control sobre la producción de la naturaleza; es decir, el derrocamiento del capitalismo, así como su control sobre la sociedad por medio del gobierno del sistema de valor de cambio. Es así en aras del control sobre la esfera de los valores de uso. En este sentido, el concepto de «producción de la naturaleza» consigue lo que el «concepto de naturaleza» de Schmidt intentó pero no logró: «Transformarse en concepto de acción política».[61]

Habrá quien considere este análisis, de hecho la idea misma de producción de la naturaleza, como una insolencia sacrílega y una burda violación a la belleza, santidad y misterio inherentes a la naturaleza. Para ellos, el significado de la naturaleza no solo es sagrado, sino que trasciende las consideraciones vulgares que apelan a la producción por medio del trabajo verdadero, del sudor. Sobre la vulgaridad no están errados; simplemente escapan de ella para así negarla. Sin embargo, es real. El capitalismo industrial contemporáneo, y todo lo que este implica, es una vulgaridad del capitalismo, no una vulgaridad de la necesidades; es un producto de la realidad presente, no un fantasma de la teoría marxista. Otros señalarán que se trata de una teoría de la naturaleza todavía bastante antropocéntrica, pero al igual que la acusación romántica de vulgaridad, se trata también de un producto de la nostalgia. Tan pronto como los seres humanos se separaron de los animales al empezar a producir sus propios medios de subsistencia, comenzaron a moverse cada vez más hacia el centro de la naturaleza. Por

[60] *Capital...*, vol. 3, p. 820 [ed. cast.: *El capital,* vol. 3, Barcelona, RBA, 2003, pp. 854-858].
[61] Schmidt, *Nature in Marx...*, p. 196.

medio del trabajo humano y la producción de la naturaleza a escala global, la sociedad humana se colocó por completo en el centro de la naturaleza. Desear otra cosa es solo nostalgia. Es esta centralidad en particular la que alimenta el loco afán del capital por controlar a la naturaleza; sin embargo, esta idea de control es solo un sueño. Es el sueño que cada noche tienen el capital y su clase en el momento de prepararse para la jornada de trabajo del día siguiente. Y no obstante, un verdadero control humano y social sobre la *producción de la naturaleza* es el sueño realizable del socialismo.

III
LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO

A MENOS QUE EL ESPACIO sea conceptualizado como una realidad bastante separada de la naturaleza, la producción del espacio resulta un corolario lógico de la producción de la naturaleza. Aunque se requerirían muchas conjeturas a propósito del significado del espacio y su relación con la naturaleza, el argumento que demostraría la producción del espacio sería bastante directo. El problema, claro está, recae en los presupuestos, porque a diferencia del concepto de «naturaleza», el de espacio tiende a darse por sentado y su sentido pareciera indiscutible, cuando en realidad es un concepto vago con una multiplicidad, a veces contradictoria, de significados. Sin importar la postura crítica que adoptemos respecto del concepto, es difícil escapar de algunas de sus nociones básicas, en tanto campo, contenedor, simple vacío. En las sociedades occidentales contemporáneas, este enfoque sobre el espacio es prácticamente instintivo en el lenguaje coloquial. No obstante, «en beneficio de la ciencia», tal y como Albert Einstein escribió en una referencia explícita a los conceptos de espacio y tiempo, «es necesario realizar una y otra vez la crítica de estos conceptos fundamentales para evitar ser gobernados por ellos de manera inconsciente».[1] En lugar de apoyarnos únicamente en el planteamiento del capítulo anterior, intentaremos ahondar en el argumento de la producción del espacio en sí mismo, para en la última parte vincularlo con la problemática de la naturaleza. Esto no fortalecerá nuestro entendimiento de la producción del espacio, pero nos proporcionará la oportunidad de examinar de forma crítica el propio concepto de espacio. A su vez, nos ofrecerá un fundamento conceptual adecuado para examinar la geografía del capitalismo y, específicamente, la relación entre la producción de la naturaleza y la desigualdad del desarrollo capitalista.

Nuestra preocupación aquí es el espacio geográfico, que podemos entender en su sentido más general como el espacio de la actividad humana, desde el espacio arquitectónico en la escala más baja hasta la escala de toda la superficie de la tierra. Otra definición, más específica, del espacio

[1] Albert Einstein, «Foreword» en Jammer, *Concepts of Space…*, p. xii.

geográfico será desarrollada conforme se avance en el análisis, pero por ahora lo importante es distinguirlo de otros significados y tratamientos del espacio que no serán examinados aquí.[2] Desde principios de los años sesenta, la conceptualización del espacio geográfico ha sido objeto de una amplia discusión, en la que han destacado dos concepciones particulares: el espacio absoluto y el espacio relativo. Esta discusión surgió como una reacción a la llamada revolución cuantitativa en la geografía, que se materializó a principios de la década de 1960. Hasta entonces, los geógrafos habían tendido a depender casi exclusivamente de la concepción absoluta del espacio, pero una mirada más amplia del sujeto y de la materia acompañó las innovaciones técnicas de la «revolución cuantitativa».[3] En las diferentes concepciones del espacio están implícitas muy diferentes relaciones con la naturaleza y los eventos materiales. Al hablar de la producción del espacio trataremos de llevar la discusión un paso más lejos, pero para hacerlo es necesario tener en cuenta el origen y el significado de la distinción entre el espacio absoluto y el relativo. De hecho, estos conceptos se originan en las ciencias físicas y en la filosofía de la ciencia, y por eso vamos a examinar primero el tratamiento científico del espacio para entender el origen histórico y epistemológico más amplio de los conceptos que nos ayudan a entender en el presente la geografía del capitalismo.

I. Espacio y naturaleza

En 1920, apenas unos años después de la publicación de la teoría general de la relatividad, Alfred North Whitehead declaró: «No es más que una exageración perdonable decir que la determinación del significado de la naturaleza se reduce de manera prioritaria a la discusión sobre el carácter del tiempo y del espacio».[4] Al reconocer la íntima relación que existe entre espacio y naturaleza, Whitehead evocó la nueva concepción de espacio posnewtoniana que estaba implícita en la teoría de la relatividad. Sin

---

[2] No trataremos de discutir de forma particular el tratamiento del espacio en la literatura psicológica y antropológica, aunque ambas coinciden con los abordajes geográficos del espacio. Véase, por ejemplo, Edward Hall, *The Hidden Dimension,* Nueva York, 1966; Claude Levi-Strauss, *Structural Anthropology,* Nueva York, 1963; J. Piaget, *The Principles of Genetic Epistemology,* Londres, 1972; Carl Jung, *Man and His Symbols,* Londres, 1964.

[3] Fred Schaefer, «Exceptionalism in Geography: A Methodological Examination», *Annals of the Association of American Geographers,* núm. 43, 1953, pp. 226-240; William Bunge, *Theoretical Geography,* Lund, 1966, 2ª edición; Peter Haggett, *Locational Analysis,* Londres, 1965; Ian Burton, «The Quantitative Revolution and Theoretical Geography», *Canadian Geographer,* núm. 7, 1963, pp. 151-162. David Harvey fue el primero en discutir en el contexto geográfico los conceptos de espacio absoluto y espacio relativo de forma explícita en *Explanation in Geography,* Londres, 1969. En *Social Justice*, Harvey agrega un tercer concepto de espacio —el espacio relacional—, pero la distinción entre este y el relativo no es clarificada de forma suficiente.

[4] Alfred North Whitehead, *The Concept of Nature,* Cambridge, 1920, p. 33.

embargo, en la medida en que entendió el espacio como algo constitutivo de la naturaleza, mantuvo una visión sobre el mismo que se había convertido en parte de la ortodoxia popular y científica desde los tiempos de Newton. A lo largo de la historia, el espacio ha sido conceptualizado en relación con la naturaleza, pero la sustancia de esa relación ha sido considerada de diferentes maneras. La concepción newtoniana del espacio absoluto es la excepción que prueba la regla. Para poder considerar el espacio como una entidad por entero independiente, cuya existencia estaba separada de la materia (el espacio absoluto), Newton tuvo que teorizar sobre una concepción paralela, si no secundaria, de espacio relativo, que solo podía ser definida con relación a los acontecimientos materiales. Como Newton mismo aclaró, la definición del espacio absoluto representó una clara ruptura con las nociones previas de espacio, que, en mayor o menor medida, habían sido confundidas con acontecimientos materiales:

> Yo no defino el tiempo, el espacio, el lugar y el movimiento como lo hacen muchos otros. Basta observar que la gente común los concibe en función de la relación que establecen con los objetos sensibles y no con otras nociones. De esto surgen algunas preconcepciones, cuyo destierro requiere distinguir entre las absolutas y las relativas, las verdaderas y las aparentes, las matemáticas y las comunes. […]
>
> El espacio absoluto en sí mismo, sin relación con alguna cosa externa, permanece siempre idéntico e inamovible. El espacio relativo es una dimensión o medida móvil de los espacios absolutos, que nuestros sentidos determinan por su posición ante los cuerpos.[5]

Casi tres siglos después es el concepto absoluto de Newton y no el de sus adversarios el que influye de manera indirecta en el entendimiento común sobre el espacio. En el mundo capitalista avanzado contemporáneo concebimos el espacio como vacuidad, como un receptáculo universal donde existen los objetos y ocurren los acontecimientos, como un marco de referencia y un sistema de coordenadas (junto al tiempo) dentro del cual existe la realidad. Esta comprensión del espacio parece tan evidente que, a pesar de la vaguedad y ambigüedad de su uso metafórico, su uso cotidiano permanece casi acrítico. El espacio es solo un presupuesto universal de la existencia.

Antes de Newton, pero también inmediatamente después de él, las concepciones relativas del espacio tendieron a ser predominantes. De acuerdo con la concepción relativa, el espacio no es independiente de la materia. Las relaciones espaciales son, de hecho, relaciones entre partes específicas de la materia, y en consecuencia, solo relativas al movimiento, comportamiento y composición de la materia y los acontecimientos materiales.

---

[5] *Principia*, citado en Jammer, *Concepts of Space*..., p. 99.

Aunque los atomistas griegos pudieron haber tenido un concepto parcialmente desarrollado del espacio absoluto, no fue hasta Newton que se explicitó la distinción entre el espacio absoluto y el relativo. Si bien la teoría de la relatividad de Einstein pareció reinstalar la prioridad del espacio relativo, dejando al espacio absoluto solo como un caso especial del espacio relativo, el espacio relativo de la física del siglo XX resulta marcadamente diferente de la relatividad prenewtoniana del espacio. Ahora bien, aunque no hay una traducción automática de los conceptos espaciales de la física matemática a los de la ciencia social, la relatividad en la física fue una influencia poderosa que llevó a los geógrafos a reconsiderar sus concepciones de espacio. La historia de este concepto en la física es, sin embargo, más compleja que aquella sugerida por la concepción inicial del espacio absoluto y el relativo, y por lo mismo, el debate continúa en nuestros días tanto en la física como en la filosofía.[6] Hay tres vertientes de esta historia que son pertinentes en el marco de nuestro objetivo. Cada una trata algún aspecto de la relación entre espacio y naturaleza; las examinamos a continuación. En primer lugar, la historia del concepto está marcada por una abstracción progresiva del espacio frente a la materia. Esta distinción no aplica para las primeras sociedades, donde el espacio no estaba diferenciado de la materia ni de la fuerza o el poder, humanos o de otro tipo. La unidad de la naturaleza era completa: espacio, sustancia y significado eran uno solo. Este tratamiento primitivo del espacio es descrito de una bella manera por Robert Sack:

> En la visión primitiva, la tierra no es una cosa que pueda ser cortada en pedazos y vendida en parcelas. Tampoco es un pedazo de espacio dentro un sistema espacial más grande. Por el contrario, la tierra es considerada en términos de las relaciones sociales. La gente, en tanto parte de la naturaleza, está íntimamente ligada a la tierra, y pertenecer a un territorio o lugar es una concepción social que requiere ante todo de la pertenencia a una unidad social. La tierra en sí misma está en posesión del grupo como un todo, no es seccionada ni apropiada de forma privada. Es más, está viva gracias a los espíritus y la historia de la gente, y por ello los lugares en ella son sagrados.[7]

Lo que la gente experimenta en esta etapa es el lugar y no el espacio, pues la abstracción de los lugares específicos en el espacio en general

---

[6] Para una defensa del espacio relativo, véase Ian Hinckfuss, *The Existence of Space and Time,* Oxford, 1975. Para la llamada defensa newtoniana del absolutismo, rara en la medida en que preserva el concepto original de Newton, véase Graham Nerlich, *The Shape of Space,* Cambridge, 1976. Para un abordaje clásico que ayudó a reinstalar el concepto absoluto de espacio, sin al mismo tiempo rechazar el concepto relativo, véase Adolf Grunbaum, *Philosophical Problems of Space and Time,* Nueva York, 1963.

[7] Robert Sack, *Conceptions of Space in Social Thought,* Minneapolis, 1980, p. 22.

aún no ha acontecido. El espacio y su uso (mítico y material) son tan indistinguibles como lo son los espacios social y físico. La conciencia del espacio es un resultado directo de la actividad práctica. Cassirer lo ilustra en términos geográficos:

> La etnología muestra que por lo general las tribus primitivas están dotadas de una percepción del espacio extraordinariamente aguda. Un nativo de estas tribus posee un ojo capaz de percibir todos los detalles finos de su entorno, es sensitivo en extremo a los cambios de posición de los objetos comunes que le rodean. Incluso en circunstancias difíciles es capaz de encontrar su camino. Al remar, sigue con gran precisión su camino río arriba o río abajo. Y sin embargo, al examinar con detenimiento estas capacidades descubrimos, para nuestra sorpresa, que parece haber un extraño vacío en su comprensión del espacio. Si uno le pide que dé una descripción general del curso del río, no es capaz. Si se le pide que dibuje un mapa del río y sus meandros, pareciera que ni siquiera entiende la pregunta. En ello captamos la diferencia distintiva entre la concepción concreta y abstracta del espacio y las relaciones espaciales. El nativo está perfectamente familiarizado con el curso del río, pero esta familiaridad está muy lejos de lo que podríamos llamar, en un sentido abstracto y teórico, conocimiento.[8]

Como se ha señalado en otro lugar, es probable que el concepto de espacio, en tanto objeto de la conciencia identificable, precediera al de tiempo.[9] El desarrollo del concepto de espacio, distinto de cualquier espacio o lugar específico, coincidió con un hito de la historia humana —el origen de la filosofía, del pensamiento conceptual que no es ya el resultado directo de la actividad práctica inmediata—. Los primeros filósofos griegos continuaron confundiendo espacio con materia, pero, como es obvio en el caso de Pitágoras, también fueron capaces de considerar el espacio en términos conceptuales más abstractos. Las teorías posteriores de Aristóteles, Platón y los atomistas griegos lograron apreciar el espacio como algo separado de la materia, y cada vez más comenzaron a considerarlo en forma independiente. Para Platón, el espacio vacío es como un sustrato material indiferenciado, abriendo así el camino a la simplificación de la materia en el espacio; un tópico que sigue presente en nuestros días. Con una aproximación diferente, Aristóteles comparó el espacio con un campo de fuerza, que es otro tema también presente en la actualidad. Pero mientras para Platón el espacio era algo más básico que la materia, lo opuesto parece haber sido la regla para Aristóteles. Como plantea Jammer de manera clara,

---

[8] Ernst Cassirer, *An Essay on Man,* Londres, 1944, pp. 45-46.

[9] Jammer, *Concepts of Space*, pp. 3-4. Véase también John G. Gunnell, *Political Philosophy and Time,* Middleton (Conn.), 1968, p. 117.

para Aristóteles el espacio fue «un accidente de la materia».[10] No obstante, en función de nuestros propósitos, lo interesante aquí es el acuerdo entre Platón y Aristóteles acerca de la indivisibilidad del espacio y la materia y menos la diferencia entre sus nociones y las teorías que anticipan. Su vínculo clave es la geometría, pues tanto para Platón como para Aristóteles, se trata del pegamento que les adhiere. La geometría es una abstracción explícita de los cuerpos físicos reales que describe al mismo tiempo la estructura del espacio.

Lo anterior sugiere que no había uno sino numerosos conceptos prenewtonianos de espacio, que sobrevivían juntos, de forma más o menos conectada. Fue el éxito de Newton lo que los puso en un marco unificado de conceptualización. Con el concepto de espacio absoluto y su relación con el espacio relativo, Newton ofreció, por así decir, una sola abstracción de las abstracciones. El espacio se convirtió en una cosa en sí misma, pero lo que ganó generalidad, con el concepto de espacio absoluto, tenía un precio. En particular, los detalles de los espacios individuales solo podrían tratarse en relación con acontecimientos y objetos materiales, es decir como espacios relativos, que, aunque tuvieran que obedecer a las leyes universales de la física, podrían estar constituidos por cualquier número de procesos y relaciones específicos que no estuvieran determinados de forma inmediata por las leyes de la física. En un lenguaje menos exacto pero más accesible, esto significó que la separación completa del espacio físico de la materia creó la posibilidad de definir otros tipos de espacio distintos a este. Cuando el espacio físico se volvió absoluto dejó vacío un «espacio» conceptual que más tarde sería llenado por conceptos como el de «espacio social». Mientras, de alguna manera, el espacio y la materia estaban entremezclados, la actividad material humana no podía ser conceptualizada abstrayéndola del espacio físico. Sin embargo, en tanto el espacio de la actividad humana resultaba inseparable de los objetos y acontecimientos materiales que constituyen esa actividad, el concepto absoluto de espacio era incapaz de definir este «espacio» social, dado que él mismo estaba bastante separado de los fenómenos materiales. Para ser claros, la actividad social todavía podía parecerse a algo que ocurre «en» el espacio absoluto, pero en su carácter absoluto, este espacio permanece intocado por la especificidad de la actividad espacial humana. Así, la separación del espacio relativo del absoluto proporcionó los medios que separaron el espacio social del espacio físico, definiendo este espacio social con relación a una segunda naturaleza humanamente producida y no a una primera independiente y externa. En tanto el espacio relativo de Newton es un subconjunto del espacio absoluto, el espacio social emerge como un subconjunto diferenciado del espacio físico. Aunque la emergencia del espacio

[10] Jammer, *Concepts of Space...*, p. 22.

social como concepto diferenciado tuvo que esperar prácticamente hasta que el subconjunto del espacio relativo engulló el conjunto que alguna vez lo contuvo, este es el origen de su independencia.

Ahora puede parecernos que la llegada de la teoría de la relatividad y el retorno del espacio relativo produjeron un retroceso en el proceso de abstracción. Esto podría haber sido cierto en el sentido de que las relaciones espaciales fueron vistas de nuevo como constitutivas de las relaciones materiales, pero algo más sucedió con la teoría de la relatividad. Si bien la separación newtoniana del espacio físico absoluto de la materia no despojó a la geometría de su rol como elemento conector del espacio y la materia, lo que fue verificable de forma directa en la experiencia material, sí presentó problemas a la geometría euclidiana. Mientras espacio y materia estuvieron vinculadas, esta verificación experimental directa era una condición necesaria de la geometría, pero su separación significó que la descripción del espacio físico dejó de necesitar de ella. El siglo XIX vio el desarrollo de las geometrías no euclidianas, especialmente con Reimann, pero permanecieron como construcciones matemáticas abstractas desconectadas de la experiencia material hasta la llegada de la teoría de la relatividad. El espacio fue conceptualizado como algo multidimensional, y con Einstein, cuyo trabajo dependió de estas matemáticas, ganó en apariencia un referente material. Así como el significado de la naturaleza se redujo, como sugirió Whitehead, a la discusión del espacio y el tiempo, la forma y estructura de estos pareció reducirse también a relaciones matemáticas. El espacio tridimensional o el espacio-tiempo tetradimensional dieron lugar al espacio matemático multidimensional. Fue así como el espacio físico fue remplazado por el espacio matemático. Mientras el concepto del espacio físico siempre mantuvo alguna referencia de la experiencia práctica humana, el espacio matemático, en cambio, es una completa abstracción que la trasciende. La afirmación de que la estructura de la realidad es matemática solo puede verificarse por referencia a los fenómenos materiales cuyas escalas son el sistema planetario o la física subatómica, ya que incluso el físico matemático que de 9 a 17 imagina el universo multidimensional no se concebiría a sí mismo operando en él cuando solo necesita salir a la tienda de la esquina. En síntesis, si nuestro concepto de espacio es el producto de una abstracción continua, entonces la definición del espacio como un marco abstracto en el que existe la realidad debe, por lo menos, ser cuestionada. ¿Es el espacio «en sí mismo» un marco para la realidad, o es el concepto abstracto de espacio el que es el marco por el cual vemos la realidad?

Si la primera vertiente de la historia del concepto de espacio estuvo marcada por una abstracción constante, la segunda es la de su desarrollo dialéctico. Se observa tanto un movimiento cualitativo como uno cuantitativo. En su trabajo clásico sobre la filosofía del espacio y el tiempo, Hans

Reichenbach hace la siguiente observación sobre el desarrollo histórico desde el universo ptolemaico al copernicano y einsteiniano:

> La teoría de la relatividad no dice que la concepción de Ptolomeo es correcta, más bien disputa el significado absoluto de cualquier teoría. Tal teoría solo puede defender esta afirmación porque el desarrollo histórico atravesó a ambas, y porque la conquista copernicana de la cosmología ptolemaica permitió la emergencia de la nueva mecánica, que a su vez nos dio los medios para reconocer la unilateralidad de la visión copernicana del mundo. En este caso, el camino a la verdad ha seguido la forma más pura de la dialéctica, que Hegel consideró esencial para cada desarrollo histórico.[11]

Lo que sucedió con el universo sucedió con el espacio. La evolución de universos conceptuales también implicó un desarrollo dialéctico en el concepto de espacio. Así, el concepto de espacio relativo implícito en la teoría general de la relatividad es, por una parte, un retroceso y un desarrollo combinados que van más allá del espacio absoluto, y, por la otra, un avance claro que supera al espacio prenewtoniano. Estos cambios son cualitativos. El espacio prenewtoniano fue físico y social simultáneamente; el espacio poseinsteiniano es matemático.

La teoría general de la relatividad de Einstein ofreció la promesa de recombinar espacio y materia, pero de una forma más sofisticada que la confusión esencial que caracterizó al espacio prenewtoniano. Esta promesa la expresó mejor Ernst Mach muchas décadas antes del descubrimiento de Einstein. Mach intentó subordinar por completo la estructura espacial a la distribución y el movimiento de la materia, es decir, lograr la victoria del espacio relativo sobre el espacio absoluto probando la prioridad de la materia sobre el espacio. La teoría de la relatividad pareció proveer la evidencia experimental que consumaría esta victoria, y Einstein se propuso probar lo que denominó «el Principio de Mach». Pero ni Einstein ni quien viniera después de él ha tenido éxito en esta prueba. Si la razón directa de esto descansa en determinados resultados experimentales que parecen contradecir el Principio de Mach, también se puede señalar el papel del carácter abstracto del concepto de espacio que ellos han empleado.

Mientras el Principio de Mach implica la recombinación del espacio y la materia, el concepto matemático de espacio en la teoría de la relatividad supone su más completa separación. Cualquiera que sea la evidencia experimental (y con ello no se pretende menospreciar su importancia), es difícil ver cómo podría probar la relatividad del espacio en términos de la materia. En la medida en que la noción matemática del espacio se da por

---

[11] Hans Reichenbach, *The Philosophy of Space and Time,* Nueva York, 1958, p. 217.

supuesta en este contexto, es posible que Einstein mismo estuviera imposibilitado para escapar del peligro que él mismo identificó —el de ser regido por el concepto—. Por ello, incapaz de probar el Principio de Mach y sostener la teoría de la relatividad, Einstein se refugió en el terreno familiar de la filosofía y en la distinción entre ontología y epistemología. Así, el radicalismo de esta frontera científica fue remplazado, con bastante rapidez, por un renovado conservadurismo. «Aunque la materia podría proveer la base epistemológica para el campo métrico», escribió Jammer, sintetizando la posición que Einstein llegó a sostener, «no necesariamente posee una prioridad ontológica sobre el campo».[12] En la práctica, esta concepción ha significado la preservación de los presupuestos de Newton en torno a la prioridad del espacio sobre la materia, si bien Einstein luchó de manera continua para abrir nuevos senderos. De ahí la reducción de la naturaleza al espacio y el tiempo en Whitehead, en la que la materia está subordinada al espacio, y no viceversa, a pesar de la aceptación universal de la teoría de la relatividad. La recombinación potencialmente revolucionaria del espacio y la materia es dinamitada por las distinciones y los presupuestos filosóficos tradicionales, que son en sí mismos productos de abstracciones conceptuales. Así, la dialéctica identificada por Reichenbach se mantiene históricamente incompleta.

La tercera vertiente a examinar es la base material del desarrollo del concepto de espacio. Puesto que la dialéctica hegeliana de Reichenbach también tiene un fundamento material, el concepto de espacio es, después de todo, un producto social. Newton fue explícito al afirmar que «la geometría está fundada en la práctica mecánica, y no es sino la parte de la mecánica universal que formula y demuestra con exactitud el arte de medir».[13] La geometría de Euclides, a la que se adhirió Newton, fue en los primeros tiempos griegos el producto de la actividad práctica humana, como lo fue la geometría

[12] Jammer, *Concepts of Space...*, p. 198. Para una formulación casi idéntica de la posición de Einstein, véase Grunbaum, *Space and Time...*, p. 421. ¿Qué significa que la prioridad «epistemológica» y la «ontológica» son diferentes, incluso opuestas? ¿No solo significa que lo que conocemos como real puede ser por completo diferente de lo que es real en verdad (sea como sea que lo real pudiera ser conocido)?

[13] Citado en Jammer, *Concepts of Time...*, p. 96. La geometría es por lo general confundida con la estructura espacial, y por buenas razones. No obstante, existe una distinción entre ellas que debe aclararse. De acuerdo con la concepción moderna, la geometría no es un sistema conceptual independiente. Más bien representa una abstracción convenida de objetos y acontecimientos materiales reales, y por ello el lenguaje de la geometría se compone de líneas, puntos, sólidos y superficies. En tanto lenguaje para describir la estructura espacial, la geometría conserva alguna referencia a la materialidad, aunque de forma abstracta. Con una mayor abstracción, por supuesto, la exclusividad de la geometría euclidiana fue sustituida por una multiplicidad de geometrías aún más abstractas que operan en n-dimensiones. No obstante, la estructura espacial siempre se refiere al orden y la organización de los objetos y los acontecimientos materiales, mientras que la geometría es el lenguaje abstracto o un conjunto de lenguajes usados para describir tales estructuras. Véase Jammer, *Concepts of Space...*, pp. 162-176.

no euclidiana que sustentó la física posnewtoniana. Al examinar la influencia de Gauss en Riemann y en la noción moderna del espacio matemático, Jammer aclaró la importancia de este fundamento material. «Una vez más», dijo, «vemos que, históricamente, las teorías abstractas del espacio deben su existencia a la práctica del trabajo geodésico, de la misma manera que la geometría antigua se originó en la necesidad práctica de la agrimensura».[14]

No solo este desarrollo cualitativo del concepto, sino también su abstracción progresiva tienen un fundamento material. Alfred Sohn-Rethel argumentó que la conversión del espacio en un concepto separado de la práctica directa está íntimamente conectado al desarrollo del intercambio de mercancías. La abstracción del uso y del aspecto material de una mercancía, que es inherente al acto de intercambio, crea la posibilidad de separar el espacio de la existencia material inmediata:

> El tiempo y el espacio, que se vuelven abstractos bajo el impacto del intercambio de mercancías, están marcados por la homogeneidad, la continuidad y la vacuidad de todo contenido natural y material, visible o invisible (por ejemplo, el aire). La abstracción del intercambio excluye todo lo que compone la historia humana, e incluso la historia natural. [...] El tiempo y el espacio asumen así ese carácter de atemporalidad y universalidad histórica absoluta que define la abstracción del intercambio como un todo y en cada una de sus partes.[15]

Si Sohn-Rethel está en lo correcto con respecto al fundamento material del desarrollo de los conceptos de espacio, entonces su planteamiento ofrece elementos para pensar la prioridad histórica del espacio, como concepto, sobre el tiempo.[16] Aún más importante, su argumento sugiere no solo que

---

[14] Ibídem, p. 162.

[15] Sohn-Rethel, *Intellectual and Manual Labour...*, pp. 48-49. George Thomson ofrece una versión inicial de este argumento, que rastrea el concepto de espacio de forma más específica en las economías monetarias originales de la Grecia antigua. Véase *The First Philosophers,* Londres, 1972. No hay un acuerdo histórico definitivo sobre este punto, pero lo que es importante aquí es que quienes identifican un periodo diferente también señalan el intercambio entre sociedades como un catalizador de este tipo de abstracción. Véase, por ejemplo, el trabajo sobre Babilonia de Otto Neugebauer, «Vorgriechische Mathematik» en *Vorlesungen über die Geschichte der antiken Mathematischen Wissenschaften,* Berlín, 1934.

[16] De manera incidental, este análisis también ofrece pistas en lo que se refiere a la prioridad histórica del espacio como concepto sobre el tiempo. Aunque la transición de la producción para el uso a la producción para el intercambio no necesita incorporar un cambio en el régimen temporal de producción y circulación, sí incorpora un cambio claro en el régimen espacial. Los objetos que una vez fueron producidos y consumidos por una comunidad dentro de una localidad dada son, de ahora en adelante, intercambiados más allá de sus fronteras. La temporalidad del consumo bien puede permanecer intacta, pero su espacialidad es alterada de forma inevitable y bastante evidente. Así, la distinción social entre producción y consumo se convierte en una distinción espacial, y el espacio de producción es separado del espacio de consumo. Esta misma separación temporal tendrá lugar solo en un periodo posterior del intercambio de mercancías, cuando las relaciones de intercambio vuelvan a la esfera de la producción y menoscaben la organización temporal del proceso de trabajo.

nuestros conceptos de espacio cambian históricamente, sino que se desarrollan en función del tratamiento y la experiencia cambiante del espacio. Como la relación con la naturaleza se desarrolla en función de la historia, la dimensión espacial de la actividad humana es alterada, y con ella nuestras concepciones del espacio. Ahora debemos enfocarnos en la concepción del espacio como una mercancía del capitalismo, pero antes de reflexionar sobre esta cuestión central, es necesario completar el argumento y movernos del espacio físico de las ciencias al espacio geográfico en concreto.

Como lo ilustra el ejemplo del espacio absoluto, los conceptos científicos de espacio tienen una gran influencia sobre las concepciones sociales más amplias, al menos desde Newton. No obstante, las concepciones sociales contemporáneas no tienen parecido alguno con los espacios multidimensionales abstractos de la física matemática. Cualquiera que haya sido su relación histórica, el espacio social actual es muy diferente del espacio de las ciencias. Mientras este intenta abstraerse por completo de la actividad y los acontecimientos sociales, el espacio social es, por lo general, tratado como el campo de esa misma actividad. Como hemos sugerido antes, el fundamento conceptual para la emergencia de un espacio social distinguible descansa en la separación newtoniana de los espacios relativo y absoluto. Con el espacio absoluto de Newton, el mundo de los fenómenos físicos, biológicos y geográficos pudo ser tratado como la base natural del espacio *físico*. El espacio *social*, por otro lado, pudo ser tratado como un espacio puramente relativo que existe dentro del espacio absoluto. Es decir, la relatividad del espacio social es determinada por las relaciones sociales particulares que le otorga una sociedad dada.

La base material de la distinción entre los espacios físico y social está en la emergencia de la segunda naturaleza a partir de la primera. La sociedad tuvo que ser separada de forma práctica de la naturaleza antes de que el espacio social pudiera ser distinguido del espacio físico. Este espacio físico absoluto llegó a ser asociado con el espacio dado *natural* de la primera naturaleza, por lo que espacio físico y natural son indistinguibles en este punto. Por otro lado, el concepto de espacio social fue apartado cada vez más de cualquier referencia al espacio natural. Vemos que la filosofía naturalista se desarrolló como una rama de la filosofía, pero que la economía naturalista se movió en dirección opuesta hacia la economía política clásica de Adam Smith y otros autores. Sin embargo, el concepto de espacio social no fue planteado, no fue propiamente instituido, de forma explícita sino hasta el final del siglo XIX. La distinción filosófica entre espacio natural y social solo puede ser rastreada hasta Kant, y la economía política clásica del siglo XVIII e inicios del XIX solo representa sus primeros reconocimientos. Por lo general se reconoce a Emile Durkheim como el autor que acuñó el término de espacio social. En la década de 1890 Durkheim insistió de forma

meticulosa que el espacio social era bastante diferente y distinguible del espacio «real», que es el espacio físico.[17] Con ello, el espacio social parece ser espacial solo en un sentido metafórico. Así como el espacio matemático ha llegado a representar el campo abstracto de los acontecimientos naturales, el espacio social representa el campo abstracto humanamente constituido de los acontecimientos sociales, y puede ser definido en un sinnúmero de formas. Un objeto o relación puede ser suficientemente real —por ejemplo, la clase obrera o la relación trabajo-salario— pero localizarlos como puntos en el espacio social no implica en forma alguna su localización en el espacio físico o natural.

El espacio *geográfico* es ahora algo diferente, pues a pesar de cuán social pueda ser, es físico de forma manifiesta. Es el espacio físico de las ciudades, los campos, los caminos, los huracanes y las fábricas. El espacio natural, en el sentido de espacio absoluto heredado, no es ya sinónimo de espacio físico, en el sentido de que puede ser social por definición. Esta distinción surge en el debate sobre el espacio geográfico, en tanto los geógrafos tienen que lidiar con el espacio físico en general y no solo con el espacio natural de la primera naturaleza. Con sus objetos de estudio localizados de manera directa en el espacio social, muchas ciencias sociales podrían desentenderse del espacio físico, incorporándolo en el análisis, apenas como una cosa dada, externa y ocasional. Es obvio que la geografía no pudo darse ese lujo y, si acaso solo en los últimos años, ha tenido que enfrentar, con la cabeza erguida, la aparente contradicción entre el espacio físico y el social, así como la diferenciación interna entre el espacio natural y el físico en general. En la medida en que los geógrafos trataron de identificar los patrones y procesos socialmente relativos y determinados del espacio económico dentro del espacio natural absoluto, se volvió más problemática la relación entre el espacio natural y el social, al igual que se volvio más ambiguo el significado del espacio físico. Se hizo así más claro y evidente el dualismo incipiente entre espacio y sociedad. Para muchos de los involucrados en los primeros estudios de la geografía económica, este dualismo no resultaba problemático, pues su positivismo metodológico se levantó sobre dualismos filosóficos: objeto-sujeto, hecho-valor, naturaleza-sociedad, entre otros. Para ellos no había contradicción necesaria entre la existencia del espacio en términos absolutos y su uso social en función de criterios económicos: por un lado, el espacio está dado, por el otro, la sociedad lo utiliza. En el mejor de los casos existe una «interacción» entre reinos separados.[18]

---

[17] Emile Durkheim, *The Division of Labour in Society,* Glencoe, Ill., 1947. Véase también Anne Buttimer, «Social Space in Interdisciplinary Perspective», *Geographical Review,* núm. 59, 1969, pp. 417-426.
[18] Walter Christaller, *Central Places in Southern Germany,* Englewood Cliffs (N. J.), 1966; Bunge, *Theoretical Geography*; Haggett, *Locational Analysis*. El trabajo de August Losch, *The Economics of Location* (New Haven, 1954), es una excepción destacable dentro de esta tendencia general.

Aunque este trabajo, inscrito por completo en el paradigma positivista, anunció el debut del espacio relativo en la agenda geográfica, se trató de la consumación de las ideas de Newton y no de su derrocamiento. Nadie negó la prioridad ontológica del espacio absoluto; en cambio, el espacio económico fue visto como un subconjunto derivado y relativo del espacio absoluto. Para otros, empero, esta revitalización del espacio geográfico no fue lo suficientemente lejos. Las revueltas urbanas de la década de 1960 generaron mucho interés en la forma y el desarrollo del espacio social urbano y, de forma previsible, provocaron una serie de críticas radicales a las miradas dominantes de la sociedad urbana. Estas críticas tuvieron muchas vertientes, no obstante en el presente contexto destacan dos: ambas cuestionaron el dualismo espacio-sociedad y colocaron la crítica en el foco del amplio proyecto de desarrollo de una teoría geográfica pospositivista.

La primera vertiente es la geografía humanista, principal responsable de introducir el concepto de espacio social en la literatura geográfica. La tradición humanista, prominente por su empleo de la fenomenología como punto de apoyo, rechazó la exclusividad y las pretensiones de objetividad de la ciencia positivista, y propuso la importancia de las formas subjetivas de conocer. El espacio geográfico no era solo una estructura objetiva sino una experiencia social determinada por las capas de sentido social entrelazadas. Así, el espacio objetivo era solo uno entre un sinnúmero de concepciones sociales del espacio. En la geografía humanista, el «espacio social», no el espacio físico u objetivo, fue convertido en el principal objeto de investigación. El concepto original de Durkheim fue adoptado con la salvedad de que el espacio social era ahora visto como algo explícitamente geográfico. El «espacio social» fue usado para combatir el dualismo que él mismo ayudó a crear.[19]

La segunda vertiente crítica que abordó la cuestión del espacio y la sociedad fue la tradición política radical. Esta echó mano de los movimientos políticos de finales de los años sesenta y principios de los setenta, y después comenzó a basarse más y más en una variedad de tradiciones teóricas inspiradas en el marxismo. Su preocupación no fue negar la objetividad del espacio geográfico, sino explicarlo tanto en su objetividad como en su carácter de producto de fuerzas sociales. Diferentes sociedades utilizan y organizan el espacio de diferentes maneras, y los patrones geográficos que

---

[19] El más destacado entre aquellos que en años recientes han desarrollado una versión geográfica del espacio social es el geógrafo francés Maximiliam Sorre, cuyo trabajo ha sido introducido en el mundo angloparlante por Anne Buttimer, «Social Space». Véase también su artículo sobre geografía social en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, núm. 6, Nueva York, 1968, pp. 139-142. Sobre la tradición humanista, véase, entre otros, David Ley y Marwyn Samuels, *Humanistic Geography,* Chicago, 1978. Para una breve valoración crítica véase Neil Smith, «Geography, Science, and Post-Positivist Modes of Explanation», *Progress in Human Geography,* núm. 3, 1979, pp. 356-383.

de ello resultan cargan con la clara impronta de la sociedad que usa y organiza ese espacio. La forma espacial de la ciudad capitalista, por ejemplo, es muy diferente de la forma de la ciudad feudal. En una exquisita ilustración de la relatividad histórica del espacio físico urbano, Harvey señala que «no es accidental que Oxford, una ciudad creada en tiempos del poder eclesiástico, sea admirado por las torres de capillas e iglesias, ni que en la era del capitalismo monopolista, sea la isla de Manhattan donde aniden los edificios Chrysler y Chase-Manhattan».[20] No se trata solo de que espacio y sociedad «interactúen», sino que una lógica histórica específica (aquella de la acumulación de capital) guía la dialéctica histórica entre ellas.

La concepción de espacio geográfico en nuestros días es mucho más sofisticada gracias a estas tradiciones pospositivistas. Sin embargo, en realidad solo hemos dado el primer paso hacia la disolución del dualismo con el que comenzamos. Y aunque hemos llegado a entender y defender la unidad del espacio y la sociedad, es difícil pasar de la afirmación a la demostración sin alterar nuestra concepción de espacio en la práctica. La idea de que espacio y sociedad «interactúan» o de que los patrones espaciales «reflejan» la estructura social no es solo simple y mecánica en su construcción, sino que también limita una mejor comprensión del espacio geográfico. En esencia es así porque esta mirada sobre la relación entre espacio y sociedad permanece atada a la concepción absoluta del espacio. Solo dos cosas pueden interactuar o reflejarse si son definidas, en primer lugar, como cosas separadas. Y habiendo incluso dado el primer paso para su consumación, esto no quiere decir que nos hemos liberado de manera automática de nuestras herencias conceptuales. Sin importar nuestras intenciones, es difícil empezar con una concepción dualista implícita del espacio y la sociedad para concluir *demostrando* su unidad. Por eso, este dualismo sobrevive de diferentes formas en las tradiciones pospositivistas que tratan de exorcizarlo.[21] La concepción de la «producción del espacio» pretende seguir un camino que nos permita demostrar, más que solo afirmar, la unidad del espacio y la sociedad.

---

[20] Harvey, *Social Justice*, p. 32; «The Geography of Capitalist Accumulation: A Reconstruction of the Marxian Theory», *Antipode,* núm. 7(2), 1975, pp. 9-21; reimpresa en R. Peet (ed.), *Radical Geography,* Chicago, 1977, pp. 263-292; «The Urban Process Under Capitalism: A Framework for Analysis», *International Journal of Urban and Regional Research,* núm. 2, 1978, pp. 101-131.

[21] En la tradición humanista se pueden leer los tratamientos distintivos de Sack sobre los espacios «objetivo» y «subjetivo», así como la valoración más general de Richard Bernstein, *The Restructuring of Social and Political Theory,* Oxford, 1976, parte III y p. 232. Sobre la resiliencia del dualismo en los enfoques marxistas, véase el intento de Richard Peet de crear una «dialéctica espacial» en «Spatial Dialectics and Marxist Geography», *Progress in Human Geography,* núm. 5, 1981, pp. 105-110; para una crítica véase Neil Smith, «Degeneracy in Theory and Practice: Spatial Interactionism and Radical Eclecticism», *Progress in Human Geography,* núm. 5, 1981, pp. 111-118. De acuerdo con Sohn-Rethel tales «dualismos persistentes» son «uno de los más fieles reflejos de las realidades del capitalismo que pueden encontrarse en los esfuerzos de los ilustres poskantianos que luchan para librarse de ellos. […] ¿Cómo puede la verdad del mundo burgués presentarse de otra manera que no sea por medio del dualismo?» *Intellectual and Manual Labour*, p. 15. La función de la teoría es entonces la de integrar y entender esta realidad al tiempo que lucha por transformarla.

«Todos los misterios que empujan la teoría hacia el misticismo», escribió Marx, «encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esa práctica».[22] Con «la producción del espacio», la práctica humana y el espacio son integrados en el nivel del concepto de espacio «en sí mismo». El espacio geográfico es entonces visto como un producto social. En esta concepción, un espacio geográfico que es separado de la sociedad se encuentra mutilado filosóficamente. Además, la relatividad del espacio se convierte menos en un problema filosófico que en un producto de la práctica social e histórica. De igual modo, la unidad del espacio geográfico es un resultado social antes que uno filosófico.[23] Aunque aquí el énfasis está en la producción física directa del espacio, la concepción de la producción del espacio implica también la creación del sentido, los conceptos y la conciencia del espacio, que son, a su vez, inseparables de la producción física. La tesis de la producción del espacio empuja la dialéctica hegeliana de Reichenbach un paso adelante. La agencia necesaria para la abstracción conceptual del espacio —la práctica humana— es introducida en el concepto mismo. No solo Hegel es puesto de cabeza, también Aristóteles, pero como resultado de una evolución histórica más que de un error filosófico. El espacio no es ya un «accidente de la materia» sino un resultado directo de la producción material.

II. Espacio e historia

Ya hemos visto que las primeras sociedades humanas no diferenciaban entre lugar y sociedad. En la experiencia inmediata, todos los lugares estaban impregnados de un sentido social. No hay un espacio abstracto más allá del lugar y no hay un lugar más allá de la sociedad. Lugar y sociedad están fusionados como una unidad. Esto es lo que Robert Sack define como la concepción «primitiva» del espacio.[24] Dichas sociedades habitan el espacio natural, en el sentido literal del espacio producto de procesos, actividades y formas naturales, sociales o de otro tipo. El lugar es tratado en términos de relaciones sociales que en sí mismas no se han desarrollado más allá del estado natural.

---

[22] «Ocho tésis sobre Feuerbach», *German Ideology...*, p. 121.

[23] Marx insistió en la unidad de la ciencia: «Nosotros conocemos una sola ciencia, la ciencia de la historia. Uno puede observar la historia desde dos perspectivas y dividirla en historia de la naturaleza e historia de los hombres. Las dos perspectivas, sin embargo, son inseparables. La historia de la naturaleza y la historia de los hombres dependen la una de la otra mientras existan los hombres»; en Marx y Engels, *Feuerbach,* Londres, 1973, p. 15. Esta formulación a propósito de la relatividad del espacio geográfico es consistente con la relatividad del espacio de la física, de hecho, se trata de una de sus escalas. Esto deja abierta la posibilidad de una ciencia unificada basada en el espacio, sin duda, pero basada de forma aún más fundamental en la naturaleza. Esto no será desarrollado aquí. Para un abordaje de este problema con relación a la filosofía de Louis Althusser véase mi «Symptomatic Silence in Althusser».

[24] Sack, *Conceptions...*, p. 170. Él es cuidadoso al enfatizar que «primitivo» es usado no en su desafortunado sentido peyorativo, sino para sugerir su primacía histórica.

Una segunda naturaleza surge con el desarrollo de las economías sociales basadas en el intercambio de mercancías, y con ella se produce una escisión en la unidad del lugar y la naturaleza. Esto, como vimos antes, marca el origen de la concepción de espacio cada vez más abstracta que emplea la física. Esta abstracción es el sello de la concepción «civilizada» del espacio de Sack. Esta ya no está atada al lugar inmediato, sino que implica la posibilidad de separarse de él y de concebir la dimensión espacial más allá de la experiencia práctica. Como resultado, la fusión conceptual del espacio y la sociedad se rompe, y el primero despliega una existencia conceptual independiente. El desarrollo de una segunda naturaleza no solo plantea un avance conceptual, sino también el desarrollo de un espacio socialmente producido a partir del espacio natural y tan real en cada parte como él. Esto puede ilustrarse de varias formas, por ejemplo, la ciudad medieval. En términos euclidianos, la distancia del bajo al cuarto nivel de una vivienda urbana puede ser equivalente a la altura de un árbol en el bosque primitivo que está más allá de las murallas. Sin embargo, la misma distancia entre los pisos de la vivienda puede ser medida en función de rangos y clases sociales, mientras que el árbol no. Una primera forma de ilustrarlo es la separación inicial entre espacio público y privado. Esta división puede ser descrita en función de lugares específicos: el lugar donde se caza y se realizan las batallas, por oposición al lugar donde se cosecha y se cría a los niños. Los cuales también pueden ser descritos en términos de la división sexual del trabajo, pues los hombres generalmente controlan el primer espacio mientras las mujeres se hacen cargo del segundo.[25]

Con la emergencia de la segunda naturaleza se observa la separación conceptual de la sociedad y del espacio. Por primera vez, las reglas de la sociedad pueden desespacializarse, separarse de toda consideración espacial. En la medida en que la actividad productiva humana permanece atada a la tierra en la forma de producción agrícola, la producción social del espacio, como algo *separado* del espacio natural, está limitada en extensión. Sin embargo, la división del trabajo, que distingue entre actividades industriales y agrícolas, emancipa una parte del trabajo productivo de las limitantes espaciales inmediatas, lo que se manifiesta en la separación entre la ciudad y el campo. Y aunque las ciudades son espacialmente fijas, las actividades que acontecen en ellas y las normas que las ordenan no lo están de ninguna manera. Estas normas pueden generalizarse de una ciudad a otra o pueden perseguir diferentes actividades y operar bajo normas sociales muy diferentes dentro de la misma ciudad en diferentes periodos históricos. Aquí nace una primera contradicción. Con el fin de afianzar de

---

[25] Engels, *Origin...*, véase también la introducción de Eleanor Leacock, pp. 33-34. Sobre los límites de esta generalización, véase Nancy Tanner, *On Becoming Human,* Nueva York, 1981.

forma permanente sus raíces espaciales, es decir, de alcanzar una definición territorial fija, las primeras sociedades debieron desarrollarse hasta el punto en que pudieran empezar a emanciparse del espacio.

La contradicción es incluso más manifiesta con la emergencia del Estado, que, de acuerdo con Engels, estuvo marcado por dos características clave en sus primeras expresiones. Por una parte, los Estados «crearon una fuerza pública que dejó de estar indiferenciada frente a todo el conjunto de gente armada». Así, el Estado surgió como respuesta directa a las distinciones de clase y la esclavitud, la propiedad privada y la opresión de las mujeres. Su función fue mediar los conflictos resultantes en favor de la clase dominante al tiempo que se presentaba a sí mismo como una entidad «por encima» de la sociedad. Sin embargo, también «por primera vez, [el Estado] dividió a la gente con fines públicos, pero no por grupos de parentesco, sino *por su lugar común de residencia*. [...] En contraste con la vieja organización nobiliaria, el Estado se distinguió primero por agrupar a sus miembros *sobre una base territorial*». Los viejos cuerpos nobiliarios, basados en lazos de sangre, dejaron de ocupar un solo territorio. «El territorio aún estaba ahí, pero las personas comenzaron a desplazarse», entonces se necesitó una nueva división de la sociedad basada en el control del territorio. «Está organización de los ciudadanos en función del domicilio es común a todos los Estados. [...] Entonces solo el domicilio fue decisivo, no la pertenencia a un grupo de parentesco. El territorio es lo que fue dividido, no la gente: los habitantes se convirtieron en un apéndice político del territorio».[26] Por eso el nacionalismo, y cualquier otra forma de localismo, encuentra sus raíces históricas en la división de la sociedad por clase y género y en la formación de un Estado por medio del cual gobierna la clase dominante.

En este punto el Estado representa la cúspide de la separación social total de la naturaleza, la parte social más precisa de la segunda naturaleza, a pesar de que su jurisdicción es inequívocamente territorial. En un primer vistazo, esta definición territorial del Estado parece mostrar un reforzamiento del lazo entre el espacio geográfico y la sociedad, pero en realidad no es así. No hay duda de que ambos fueron incubados por medio de formidables instituciones estatales, ni de que hoy haya sociedades específicas vinculadas más que nunca a determinados espacios; sin embargo, el Estado solo puede justificar y definir su autoridad sobre la sociedad por medio de principios de interacción social abstractos como la democracia, la libertad, el derecho moral, etc. Tales principios son producto de sociedades de clase particulares; por eso, aunque puede que algunos Estados tengan una base territorial distinguible y limitada, los principios sociales que los fundamentan son fácilmente movibles. Un Estado dado, así como la sociedad a la

[26] Engels, *Origin...*, pp. 176, 179, 229.

que pertenece, se encuentra a la vez más anclado y más móvil en términos espaciales que antes. Armado con sus principios políticos y económicos —producto de la abstracción filosófica—, el Estado puede expandirse o contraerse sobre nuevos territorios, o puede incluso relocalizarse por completo. Un Estado ambicioso, por supuesto, debe también armarse con posesiones más concretas —armamento, comida y medios de transporte— que dependen de su nivel de desarrollo económico. El punto es claro, los primeros indicios de una concepción desespacializada de la sociedad, de una segunda naturaleza abstracta desespacializada (el espacio social), fue posible gracias a la definición espacial del Estado.

Por una parte, el espacio se convierte cada vez más en un fundamento crucial del desarrollo societario. Con la expansión de la segunda naturaleza y el desarrollo de los medios económicos, sociales y tecnológicos que la posibilitan, las pequeñas ciudades Estado crecen e incorporan territorios más amplios a su jurisdicción. No obstante, no hay nada definitivo en este proceso, en tanto se trata del producto del desarrollo interno y la competencia externa (económica y militar). Al final, la ciudad Estado da lugar al Estado regional —el ducado, la baronía, el reino— y, ya en tiempos más recientes, al Estado-Nación. Como plantea Sack, «la coordinación de las funciones económicas se logró al cambiar la función básica de la sociedad y el lugar a la escala geográfica más amplia del Estado absoluto y, posteriormente, del Estado-Nación».[27] Aunque empezó de forma modesta, el proceso de expansión societaria terminó dividiendo todo el espacio geográfico del globo terráqueo. Así, la diferenciación territorial y la universalización del mercado mundial continuaron como un proceso único. La expansión geográfica es sinónimo de expansión y desarrollo societarios; este último solo ocurre, en esta etapa, al expandir el campo geográfico en el que el espacio es producido en términos societarios. Entonces la geografía se coloca así a la vanguardia del progreso humano.

Por otra parte, sin embargo, el espacio es representado de manera creciente como algo irrelevante para la interacción social. Al igual que las relaciones económicas, tecnológicas, políticas y culturales se desarrollan y expanden, el marco institucional para manejar estas relaciones se complejiza y pierde progresivamente cualquier definición espacial intrínseca. Cuanto más se emancipa la sociedad del espacio, más se le puede transformar en una mercancía en su sentido más estricto. Si la emergencia del mercado mundial es lo que delinea las fronteras de este proyecto social, es el capitalismo el que intenta rellenar las formas. Antes de continuar con este asunto será necesario hacer algunas observaciones generales a propósito del espacio como mercancía.

---

[27] Sack, *Conceptions...*, p. 184.

III. Espacio y capital

El espacio como mercancía

Es erróneo creer que el análisis de Marx sobre el capitalismo está desespacializado. Esto no es correcto, y sería más acertado decir que las implicaciones espaciales de los análisis de Marx fueron poco desarrolladas. Lo cierto es que ni Marx ni los subsiguientes teóricos marxistas tuvieron éxito a la hora de proponer un fundamento conceptual apropiado para el tratamiento del espacio geográfico. Una visión mucho más compleja sobre el tema surge, sin embargo, cuando revisamos la obra de Marx. En *El capital*, Marx se preocupa en primer lugar por el valor: su medición por medio del tiempo de trabajo, el origen del plusvalor, la acumulación de valor en la forma de capital. Para argumentar lo anterior se asume, por lo general, que Marx puso a un lado el valor de uso de las mercancías y solo consideró importantes el valor y el valor de cambio. Esto también resulta equivocado. Marx regresa a la esfera de los valores de uso de manera periódica para desarrollar el análisis dialéctico del capital. Por tanto, ¿cómo define el valor de uso? Como las «propiedades geométricas, químicas [y] otras naturales» de una mercancía, que hacen de ella un valor de uso.[28] A partir de la discusión anterior sobre la concepción científica del espacio y la relación entre espacio y materia, tendría sentido incluir las propiedades espaciales de la mercancía como parte de sus propiedades naturales y, por lo tanto, como parte de su valor de uso. De hecho, cuando Marx se refiere al espacio, tiende a hacerlo en los puntos de argumentación donde el valor de uso es reincorporado al análisis.[29] Al menos en una parte Marx es explícito al considerar las propiedades espaciales como constitutivas del valor de uso. Al transportar personas o mercancías, dice, «ocurre un cambio material en el objeto del trabajo —un cambio *espacial*, un cambio de lugar—. […] Su existencia espacial es alterada, pues al cambiar su ubicación cambia su valor de uso, y su valor de cambio aumenta en la medida en que la variación en el valor de uso demanda trabajo».[30]

Si consideramos las relaciones espaciales de esta manera, como un atributo de los valores de uso, no solo pasamos de la producción de la naturaleza a la producción del espacio, sino que se vuelven identificables otras contribuciones clave a la discusión. En primer lugar, como Harvey ha mostrado, esta mirada nos ofrece un fundamento teórico robusto para atender la a veces endeble noción de integración espacial. Para que el valor se transforme en la forma universal del trabajo abstracto, como intenta

[28] *Capital...*, vol. 1, p. 37.
[29] Sobre el espacio como una mercancía, véase Harvey, *Limits...*, pp. 337-339, 375-380.
[30] *Surplus Value...*, vol. 1, p. 412.

bajo el modo capitalista de producción, deben unirse en el mercado diferentes procesos de trabajo concreto que ocurren en distintos lugares. El aislamiento social de procesos de trabajo particulares, que opera en detrimento de la universalización del valor, no puede ser superado sin vencer primero el aislamiento espacial que experimentan diferentes procesos. «La integración espacial, la vinculación de la producción de mercancías en diferentes ubicaciones por medio del intercambio», se torna una necesidad inexorable del capital.[31] Como sugiere Harvey, esto es lo que Marx pudo tener en mente en el siguiente pasaje:

> La riqueza, el valor y el dinero abstractos, y por lo tanto el *trabajo abstracto*, se desarrollan en la medida en que el trabajo concreto se transforma en una totalidad de diferentes modos de trabajo que se incorpora al mercado mundial. La producción capitalista descansa sobre el valor, en la transformación del trabajo incorporado en el producto en trabajo social. Pero esto solo es [posible] por la existencia del comercio internacional y del mercado mundial, que son, a la vez, la precondición y el resultado de la producción capitalista.[32]

Por eso no es un accidente que la inclusión más explícita del espacio en la obra de Marx, bajo la rúbrica de los valores de uso, sea a propósito de la discusión sobre el transporte de mercancías.

Si volvemos a los conceptos de espacio absoluto y relativo y los examinamos en el contexto de este planteamiento, surge otra cuestión importante. En la medida en que nos fijemos en el proceso concreto del trabajo, nuestra concepción del espacio será absoluta. La particularidad del trabajo implica la particularidad de sus atributos espaciales; no obstante, la situación con el trabajo abstracto es diferente. La materialización del trabajo abstracto en la forma de valor implica un sistema espacialmente integrado de intercambio de mercancías, relaciones monetarias, facilidades de crédito e, incluso, la movilidad de la fuerza de trabajo. Esto requiere la construcción de redes de transporte y comunicación entre lugares específicos de producción, que demandan que seamos capaces de concebir el espacio en términos tanto relativos como absolutos. La integración en la economía nacional o internacional de un lugar que antes estaba aislado no altera su localización absoluta, sin embargo, al modificar su ubicación relativa, el acto de integración espacial perfecciona la materialización del trabajo abstracto en la forma de valor.

Esta es una distinción histórica, y no solo conceptual, que ayuda a confirmar una conclusión antes señalada de manera un tanto abstracta.

---

[31] *Limits...*, pp. 375-376.
[32] *Surplus Value...*, vol. 3, p. 253.

Sabemos desde Marx que el desarrollo histórico del capitalismo conlleva la universalización progresiva del valor como una forma de trabajo abstracto. Esto implica, además de la producción de un espacio geográfico por medio del desarrollo de las redes de transporte, la integración y transformación progresiva de espacios absolutos en espacios relativos. Asimismo, considerado de manera histórica, los determinantes sociales de la relatividad del espacio geográfico se hacen evidentes. Al final, no son Einstein ni la física ni la filosofía los que determinan la relatividad del espacio geográfico, esto es obra del proceso de acumulación de capital.

Antes de embarcarnos en un examen más específico del espacio y el capital, es necesario clarificar lo que se entiende por propiedades espaciales, relaciones espaciales y espacio geográfico como un todo. La forma en que un valor de uso se produce —su existencia espacial en una, dos o tres dimensiones, y su forma resultante— comprende sus *propiedades espaciales*. Sin embargo, no es solo la sustancia intrínseca de una mercancía la que determina su valor de uso, también influye su utilidad con respecto de otros objetos, acontecimientos y actividades. El valor de uso es, en primera instancia, una relación y, dentro del universo de relaciones que determinan un valor de uso particular encontramos un conjunto de *relaciones espaciales*. Esto no solo es cierto para las mercancías individuales, pensemos, por ejemplo, en el valor de uso de una casa, que es determinado no solo por sus dimensiones en metros y centímetros, sino también por su diseño interno, su cercanía a las rutas de transporte, al drenaje, al trabajo, a los servicios, etc. Podemos hablar de relaciones espaciales particulares que ayudan a determinar la forma de mercancías compuestas, como la ciudad y la región. Son las relaciones espaciales, ya sean entendidas en términos de espacio absoluto o relativo, las que fundamentan nuestro análisis sobre la localización. En este sentido, la localización absoluta es solo un caso especial de localización relativa, uno en el que nos abstraemos de los determinantes sociales de la distancia. El *espacio geográfico* como un todo es diferente. Es la totalidad de las relaciones espaciales organizadas en mayor o menor medida dentro de patrones identificables, que son en sí mismos la expresión de la estructura y el desarrollo de un modo de producción. Como tal, el espacio geográfico es más que la simple suma de las relaciones separadas que constituyen sus partes. Así, la división del mundo entre regiones subdesarrolladas y desarrolladas, a pesar de su inexactitud, solo puede ser entendida en función del espacio geográfico como un todo. Esto involucra la modelación del espacio geográfico como una expresión de la relación entre capital y trabajo. De la misma manera, si dejamos de considerar relaciones espaciales específicas y entendemos el espacio geográfico como un todo, entonces la integración espacial puede ser vista como una expresión de la universalidad del valor.

La historia contemporánea del espacio

Como condición de su exitoso desarrollo, el capitalismo hereda un mercado para sus bienes que está organizado a escala mundial. Sin embargo, la escala de operación de este modo de circulación obliga al capitalismo a luchar para hacer del modo de producción un proceso igualmente universal. La acumulación por la acumulación y la inherente necesidad de crecimiento económico provocan la expansión y dominio espacial y social del trabajo asalariado. Las expediciones que ayudaron a constituir este mercado mundial fueron eclipsadas con cierta rapidez por el colonialismo, que no solo incorporó a las sociedades precapitalistas en el mercado mundial, sino que les introdujo en la relación específica trabajo-salario. Aunque hay excepciones significativas, entre otras la permanencia de la esclavitud y de relaciones precapitalistas de producción que quedaron al servicio del mercado mundial, el trabajo asalariado se volvió cada vez más universal. Esta universalidad de la relación trabajo-salario en el capitalismo libra a la clase trabajadora y también al capital de cualquier atadura al espacio absoluto. En las sociedades feudales tempranas, los siervos eran anclados a la tierra del señor feudal, por lo que la definición de las relaciones de clase incluyó una definición del espacio absoluto en función de su forma de trabajo. La liberación de la servidumbre solo podía obtenerse huyendo de la tierra del señor feudal y viviendo dentro de los muros de la ciudad por un año y un día. No ocurre así con el trabajador asalariado, quien es definido por una doble libertad: la de vender su fuerza de trabajo como una mercancía y la de carecer de cualquier medio de producción o subsistencia. Es, pues, libre de moverse, y de hecho, en muchos casos, debe dirigirse a la ciudad, en tanto ha sido despojado de cualquier medio para su supervivencia.

Estamos ahora ante la posibilidad de desdoblar y refinar la contradicción antes anotada en torno al desarrollo social, que, por un lado, conduce hacia una mayor emancipación del espacio y, por el otro, tiene uno de sus principales cimientos en el carácter fijo de este último. La universalización del trabajo asalariado y del valor —una tendencia inherente al capital— conduce de manera inexorable a que las relaciones e instituciones sociales se emancipen de cualquier espacio absoluto heredado, de lo que antes llamamos «espacio natural». La movilidad del capital, y en menor medida la del trabajo, es la más clara manifestación de esta necesidad. Con solo pulsar un botón en estos días, 500 millones de dólares pueden ser enviados de Singapur a las Bahamas vía Londres como si no existiera distancia física alguna entre ellos.[33] Sin embargo, la

---

[33] Para una discusión esclarecedora de la movilidad diferencial del capital en sus diferentes formas, véase Harvey, *Limits*..., pp. 376-395.

emancipación del espacio natural solo aumenta la necesidad de producir espacio relativo. Como condición de la universalización del valor, el coste de transporte y el tiempo necesario del mismo deben ser reducidos al mínimo. La localización relativa, es decir, la distancia relativa entre espacios de producción y consumo, así como los medios para superarla, crecen en importancia de forma proporcional a la acumulación de capital y a la multiplicación de las mercancías, las comunicaciones y el crédito que necesitan ser movilizados. De igual manera, que la escala del proceso de producción crezca con el desarrollo de las fuerzas productivas, hace que reunir más y más trabajadores en las proximidades de los centros de trabajo se torne un imperativo cada vez más importante. Junto a los evidentes beneficios políticos que otorga al capital, este arreglo también permite mantener en el nivel mínimo la distancia al trabajo, lo que posibilita mantener bajos los salarios. El capital puede lograr la emancipación social del espacio natural solo en la medida en que se involucra en la producción simultánea del espacio relativo.

Materializado en la forma de territorio, el espacio geográfico es convertido en un apéndice del desarrollo social. La idea de que las cosas acontecen «en el espacio» no solo es un hábito del pensamiento, sino también uno del lenguaje. No obstante, al apelar al absoluto, el espacio natural se muestra anacrónico, incluso nostálgico, y se convierte en una barrera al entendimiento crítico del espacio. Por medio de sus acciones y en vista de que lo produce, la sociedad deja de aceptar al espacio como un contenedor. No vivimos, actuamos y trabajamos «en» el espacio, en realidad lo producimos al vivir, actuar y trabajar.

Sin embargo, el capital no logra eliminar el espacio absoluto, de hecho, ni siquiera lo intenta. Lo que sí trata es de emanciparse del espacio natural, pero solo lo hace produciendo ciertos espacios absolutos en el marco de la producción más amplia del espacio relativo. En cierta forma, las prioridades se han invertido, como sucedió con el espacio newtoniano después de Einstein; el espacio absoluto se convierte en un caso especial de un universo más relativo. La cuestión es que en la actualidad, allí donde el espacio absoluto se expresa en términos geográficos, se trata de un producto de la actividad humana. El carácter absoluto de dichos espacios es un producto social, no una característica del espacio natural. En la transición hacia el capitalismo, el cercamiento de tierras [*enclousures*] representó una creación histórica destacable de espacios absolutos. En la medida en que el capital extiende su dominio, el planeta es dividido por completo en parcelas legalmente distinguibles separadas entre sí por grandes vallas blancas, reales o imaginarias. En una escala diferente, el mundo actual está dividido en 160 o más Estados nación, y esto es tanto una necesidad del capital como una partición geográfica de la propiedad privada. Dada su

tradicional preocupación por las fronteras y las habilidades cartográficas, los geógrafos estuvieron a la vanguardia de estos esfuerzos de división del mundo en espacios absolutos. Particularmente, la escuela británica de geografía le debe mucho de su desarrollo profesional a este tipo de actividad.

Aunque por lo general no se señala, existe un reconocimiento implícito de que el capitalismo produce espacios absolutos específicos, lo que se observa detrás del reciente intento de algunos marxistas por considerar el espacio como un medio de producción. Esta definición también tiene el mérito de intentar integrar el espacio en el cuerpo principal de la teoría marxista. El ejemplo más obvio donde el espacio geográfico funciona como un medio de producción es el de la industria del transporte. Aquí la distancia entre el origen y el destino funciona como un medio de producción. Si parafraseamos la idea de Marx sobre la naturaleza como un medio de producción universal, diríamos que hasta ahora nadie ha descubierto el arte de transportar mercancías y objetos de un lugar a otro sin cambiar su localización. Más allá de si es medida en términos absolutos o relativos, la distancia espacial pura entre origen y destino es uno de los medios de producción de la industria del transporte. Se trata específicamente de una materia prima. A mayor sea el desarrollo de los medios de producción y comunicación, el espacio geográfico será incorporado cada vez más como uno de estos medios en la economía.

A pesar de esta especificidad, el espacio funciona como un medio de producción general en toda la producción industrial. En sentido estricto, la tierra solo es un medio de producción en la agricultura (en tanto el trabajo agrícola explota el suelo) y en algunas actividades relacionadas con la extracción de minerales, pero en otras industrias solo es una condición del proceso de producción. Aun así, la dimensión espacial en general, e incluso la forma cualitativa de la tierra empleada en la producción directa, puede ser considerada como un componente integral de los medios de producción. Algo de esto es sugerido por Marx en el siguiente pasaje:

> En un sentido amplio, deberíamos incluir entre los instrumentos de trabajo todos aquellos objetos que son necesarios para desarrollar el proceso de trabajo, que se sumarían a aquellas cosas que son usadas para transferir trabajo directamente al sujeto, y que por lo tanto sirven, de una forma u otra, como guías de la actividad. Estos objetos no participan de forma directa en dicho proceso, pero sin ellos es imposible que este tenga lugar o solo lo tiene parcialmente. Una vez más encontramos que la Tierra es un instrumento universal de este tipo, pues proporciona un *locus standi* para el trabajador y un área para el desarrollo de su actividad.[34]

[34] *Capital...*, vol. 1, p. 180.

Esta área incluye, además del espacio inmediato ocupado por los sujetos, objetos e instrumentos de trabajo, otros requisitos materiales como el de almacenaje. La importancia del espacio geográfico como un medio de producción puede ilustrarse de forma concreta al comparar el espacio consumido por una fábrica de acero o de ensamblaje de automóviles con aquel consumido por una panadería o una planta generadora de energía. No se trata solo de que diferentes procesos de producción tienen diferentes «requisitos espaciales»; se trata también de que, en el proceso de establecer las fuerzas productivas en entornos específicos, el espacio es producido de acuerdo a las propiedades espaciales de este conjunto de fuerzas.

No obstante, no debemos tratar de manera rígida y unívoca, como sucede a menudo, el hecho de que el espacio geográfico pueda funcionar como un medio de producción.[35] Una cosa es entender que, a escala global, el espacio puede ser puesto al servicio del capital como un medio de producción, y otra bastante diferente negarle cualquier otra función. Lo que se pierde con este reduccionismo conceptual es la relatividad del espacio geográfico y la relación entre los espacios absoluto y relativo en tanto productos del capitalismo. El espacio puede funcionar como un medio de producción, pero también de muchas otras maneras. Lo que se oculta tras esta cuestión es, de hecho, el problema de la escala, que abordaremos con mayor detalle en el capítulo 5. Por ahora, es suficiente decir que la identificación de distintas escalas espaciales equivale a asumir que algunos espacios dados o rangos de espacios pueden ser tratados como espacios absolutos. Estos espacios, por ejemplo el «espacio urbano» o el «espacio de producción», los consideramos fijos a fin de poder examinar, a esa escala, la relación entre espacios concretos o entre procesos y patrones internos de una actividad. En síntesis, la identificación de escalas espaciales contiene un presupuesto implícito acerca de la relación entre el espacio relativo y el espacio absoluto; en el capítulo 5, mostraremos como esto no constituye una cuestión teórica arbitraria, sino integral a la producción de espacio, el capital produce distintas escalas espaciales de organización social. Estas pueden visualizarse como islas de espacio absoluto en un mar de espacio relativo. Será necesario *extraer* así las escalas espaciales del análisis del desarrollo y la estructura capitalista antes de asumir como dadas solo ciertas escalas que nos son habituales.[36]

---

[35] Para un excelente ejemplo de los peligros que acompañan la equiparación rígida del espacio con los medios de producción —en particular la reificación de «espacios» y el espacio como un objeto o como objetos independientes— véase G. A. Cohen, *Karl Marx's Theory of History,* Princeton, 1978, pp. 50-55. El problema aquí es, de hecho, más básico, pues ilustra en general los problemas de una aproximación filosófica a Marx, ya que el estudio de Cohen es en esencia un ejercicio de filosofía analítica en el que la «teoría» de la historia de Marx es casi contingente. Aquí la teoría de la historia se convierte en un gimnasio conceptual bien equipado, en el que la filosofía analítica es solo puesta a hacer unas demostraciones.

[36] Peter Taylor plantea lo mismo en «A Materialist Framework for Political Geography», *Transactions of the Institute of British Geographers,* núm. 7, 1982, pp. 15-34.

Antes sugerimos que el desarrollo capitalista supuso una transformación continua del espacio natural —un espacio absoluto heredado— en espacio relativo producido. Ahora tenemos la posibilidad de ampliar esta cuestión para demostrar cómo el espacio geográfico se ha convertido en una preocupación central a propósito de la supervivencia del capitalismo. En un periodo temprano del modo de producción capitalista, la expansión y el desarrollo social y geográfico fueron simultáneos. La expansión social se logró por medio de la expansión geográfica: los pueblos se expandieron como centros urbanos, los Estados precapitalistas se expandieron en la forma de Estados-Nación modernos, y estos se expandieron hacia donde pudieron como imperios coloniales. Si la geografía del capitalismo se desarrolló por medio de la producción del espacio relativo, esto en un principio supuso que se expandiera sobre el espacio absoluto. En tanto la relación trabajo-salario se implanta en cada esquina del planeta, el mercado mundial heredado por el capital es transformado en el mercado mundial específicamente capitalista, que se caracteriza cada vez más por la universalidad del valor en la forma del trabajo abstracto. En la medida en que esta expansión absoluta expresa el progreso del capital, el concepto absoluto de espacio no solo es útil sino necesario para entender la producción del espacio. No obstante, desde el final del siglo XIX, la expansión social y económica ya no se lograba de manera predominante por medio de la expansión geográfica. Tal y como mostró el destino de las escuelas de geografía establecidas después de la Primera Guerra Mundial, la geografía dejó de estar a la vanguardia de la expansión capitalista. La expansión absoluta de los Estados-Nación y de sus colonias llegó a su fin con la división de África en la década de 1880.[37] Es cierto que quedaron algunos enclaves sin ser desarrollados, y, de hecho, a escala urbana el proceso de desarrollo no fue total; no obstante, incluso absorberlos no sería suficiente para mantener la necesaria expansión económica del capitalismo. En otras palabras, el absolutismo geográfico y la necesidad económica tomaron caminos diferentes. En 1916, Lenin sintetizó y amplificó las conclusiones del geógrafo alemán Alexander Supan, su contemporáneo, a la luz de la experiencia de la Primera Guerra Mundial:

> Lo que caracteriza el periodo bajo revisión es la división definitiva del globo. Definitiva no en el sentido de que una *nueva repartición* sea imposible, pues estas son posibles e inevitables, sino en el sentido de que la política colonial de los países capitalistas ha *completado* la captura de los territorios desocupados de nuestro planeta. Por primera vez, el mundo está dividido por completo, de tal manera que en el futuro *solo*

[37] J. Scott-Keltie, *The Partitioning of Africa,* Londres, 1893; S. E. Crowe, *The Berlin West African Conference* 1884-1885, Londres, 1942.

> será posible repetir el acto de división, esto quiere decir que los territorios solo pueden pasar de un «propietario» a otro y no pueden ser vistos ya como territorios sin dueño que pasan a un «propietario».[38]

Los últimos cien años del desarrollo capitalista se han caracterizado por la producción de espacio a niveles sin precedente. Sin embargo, esto no se ha logrado por medio de la expansión absoluta en un espacio dado, sino por medio de la diferenciación interna del espacio global, es decir, por medio de la producción de espacios absolutos diferenciados dentro del contexto más amplio del espacio relativo.

La diferenciación del espacio geográfico en el último siglo es el resultado directo de la necesidad inherente al capital de inmovilizarse en el paisaje. Está muy bien que 500 millones de dólares viajen alrededor del mundo con tan solo apretar un botón, pero deben venir de algún lugar y estar en ruta hacia otro. Este lugar es el proceso de producción, que necesita, para producir plusvalía, que vastas cantidades de capital productivo sean inmovilizadas en el espacio por periodos de tiempo relativamente largos en la forma de fábricas, maquinaria, rutas de transporte, bodegas y otro conjunto de instalaciones.[39] La inmovilización espacial del capital en este formato, o como capitales nacionales delimitados por las fronteras del Estado nación, implica la producción de un espacio geográfico diferenciado. En la medida en que este proceso de inmovilización coincide con la movilidad del capital, estas tendencias contrapuestas crean una diferenciación interna estandarizada del espacio mundial, no una aleatoria. Como la producción del espacio avanza con el desarrollo del capitalismo, la contradicción abstracta entre el espacio absoluto y el relativo es internalizada cada vez más por la propia «economía del espacio capitalista». En la medida en que la expansión geográfica absoluta del capital continúa, las contradicciones que explican el tejido social del capital pueden ser representadas de forma desespacializada, de tal manera que el espacio puede ser tratado como algo externo. Cuando el desarrollo económico es considerado desde la profunda diferenciación interna del espacio geográfico que produce, la dimensión espacial de esta contradicción no solo se hace más evidente, sino que se torna más real en el sentido de que el espacio es puesto en el centro del capital. En consecuencia, las crisis en el sistema general de producción se manifiestan de manera más directa (y visible) en la geografía del capitalismo.

Esto es lo queremos decir cuando afirmamos que el espacio se ha puesto en la agenda de discusión como nunca antes. De hecho, podríamos haber previsto el resultado anterior a partir del concepto de plusvalor relativo en

---

[38] Lenin, *Imperialism...*, p. 90.

[39] La importancia de la inmovilización espacial del capital ha sido consistentemente enfatizada por Harvey desde *Social Justice*.

Marx, pero habría sido de una forma abstracta. Cuanto más se desarrolla, más llega a depender el capitalismo de la apropiación de plusvalor relativo. Marx consideró a esta lucha por el plusvalor relativo como el emblema del capitalismo industrial, «y como el personaje histórico distintivo del modo de producción fundado en el capital». En términos históricos, «se alcanza un punto en el que el desarrollo de la productividad del trabajo social se convierte en la palanca más poderosa de la acumulación».[40] Un conjunto de cuestiones surgen de lo anterior, de las cuales Marx examinó algunas. En una famosa sección de los *Grundisse*, Marx nos invita a prestar atención a la necesidad del capital por incentivar, e incluso conducir, el desarrollo de la ciencia con el fin de alimentar la revolución continua del capital fijo. Y en *El capital*, señala la ampliación en la escala de las fuerzas productivas y la concentración y centralización del capital que acompañan este proceso. La última tiene claras implicaciones espaciales, y aunque Marx apenas se refiere a ellas, es posible desarrollar un argumento espacial más general. Si ampliamos la metáfora de Marx, podemos decir que si el plusvalor relativo se convierte en la palanca más poderosa de la acumulación, entonces el capital fijo es el eje sobre el que esta palanca se apoya. Si el capital fijo, en tanto valor, solo conserva el trabajo abstracto incorporado en los objetos, como valor de uso, facilita la conversión del poder del trabajo concreto en una nueva mercancía, que materializa la plusvalía relativa. Por eso, el valor de uso del capital fijo es crucial, y en la medida en que se vuelve clave para la producción de plusvalía relativa, también lo hacen sus propiedades espaciales. Aunque el capital fijo no necesariamente se encuentra sujeto al espacio por definición, en la práctica se trata del elemento más fijo del capital productivo en tanto permanece en el proceso de producción durante más de un periodo. Al adquirir mayor relevancia como catalizador en la producción de plusvalía relativa, el capital fijo arrastra consigo al espacio geográfico, que queda así ligado a la lucha de los capitalistas por asegurar la supervivencia de su modo de producción.

Esta importancia renovada que se otorga al espacio geográfico se refleja en la mayor atención que se presta a problemas como la centralización y la descentralización de la industria, la industrialización selectiva del Tercer Mundo, la fuga de empresas, el declive regional, la desindustrialización, el nacionalismo, la renovación urbana, la gentrificación, u otros temas más generales de la reestructuración espacial en tiempos de crisis. Sin embargo, si bien hay un consenso sobre la importancia de estas cuestiones, no sucede lo mismo con respecto a lo que estas significan. Por cada autor que enfatiza la igualación de las diferencias espaciales, hay otro con información distinta que enfatiza las divergencias.[41] El punto es, por supuesto, que estos patrones geográficos son el

[40] *Grundisse...*, p. 769; *Capital...*, vol. 1, p. 621.

[41] Con relación al espacio urbano, Melvin Webber ha argumentado en favor del proceso de nivelación en «The Urban Place and the Non-Place Urban Realm», en *Explorations into Urban*

producto de tendencias contradictorias: primero, al tiempo que el desarrollo social emancipa cada vez más a la sociedad del espacio, más importante se vuelve el carácter fijo de este último; y segundo, aún más relevante, es que las tendencias hacia la diferenciación y la universalización o igualación surgen de manera conjunta desde las entrañas del capitalismo. En vista de que esta dinámica contradictoria se juega en la realidad, la producción del espacio adquiere un patrón muy particular. El patrón que resulta es el *desarrollo desigual*, pero no en un sentido general, sino como el producto específico de la dinámica contradictoria que guía la producción del espacio. En definitiva, el espacio no es igualado por completo ni diferenciado indefinidamente. El desarrollo desigual es la manifestación concreta de la producción del espacio en el capitalismo. Los siguientes dos capítulos estarán dedicados a explicar el proceso de desarrollo desigual y ayudarán a aclarar cómo la producción del espacio geográfico tiene un rol creciente en la evolución y la supervivencia del capitalismo. Pero antes de pasar a esto, vamos a concluir este capítulo planteando el presente análisis de la «producción del espacio» en el contexto de la tradición marxista.

IV. La producción del espacio y la teoría marxista

Lefebvre

La idea de la producción del espacio no es nueva. En el marxismo angloamericano, David Harvey ha sido el pionero en el estudio del «*espacio creado* […] como principio preeminente de la organización geográfica», de la misma forma que Castells lo ha sido para la tradición francesa.[42] No obstante, es Henri Lefebvre el proponente más sólido, imaginativo y explícito de «la producción del espacio», y hasta donde sé, fue él quien acuñó la frase. El interés de Lefebvre es menor con respecto al proceso de producción y mayor frente a la reproducción de las relaciones sociales de producción que, explica, «constituyen el proceso central y oculto» de la sociedad capitalista, un proceso que es, en su esencia, espacial. De acuerdo con él, la reproducción de las relaciones sociales de producción se produce no solo en la fábrica o en la sociedad como un todo, «sino en el espacio

Structure, Filadelfia, 1944. Contra esta perspectiva, Harvey destacó la diferenciacion del espacio urbano en «Class Structure in a Capitalist Society and the Theory of Residential Differentiation» en R. Peel, M. Chisholm y P. Haggett (eds.), *Processes in Physical and Human Geography,* Edimburgo, 1975. Con respecto al desarrollo regional, Kenneth Fox ha defendido la tesis de la convergencia en *Capital Versus the Regions,* Londres, 1976. Y en la escala internacional, Bill Warren ha defendido la tesis de la convergencia en *Imperialism: Pioneer of Capitalism,* Londres, 1980, mientras que Samir Amin defiende la divergencia en *Unequal Development,* Nueva York, 1976. Estos son solo unos ejemplos, pueden darse muchas más referencias en relación con esta postura.

[42] Harvey, *Social Justice...*, p. 309; Manuel Castells, *The Urban Question,* Londres, 1977, pp. 437-471.

como un todo»; «el espacio como un todo se ha convertido en el lugar donde se localiza la reproducción de las relaciones de producción». Las relaciones espaciales son creadas de manera «lógica», sin embargo, se vuelven «dialécticas» por medio de la actividad humana en y sobre el espacio. Es «este espacio dialéctico y conflictivo […] lo que origina la reproducción, al introducirle múltiples contradicciones». Por otra parte, la emergencia de la problemática espacial también marca una nueva fase del desarrollo capitalista. «El capitalismo ha sido capaz de atenuar (cuando no resolver) sus contradicciones internas a lo largo de un siglo; en consecuencia, en los cien años que han pasado desde la escritura de *El capital*, ha triunfado y logrado el "crecimiento". No podemos calcular a qué precio, pero sí por qué medios: *ocupando el espacio, produciendo el espacio*». Para Lefebvre, el espacio es el espacio donde son representados los últimos episodios del drama capitalista. «El espacio, ocupado por el neocapitalismo, seccionado, reducido a una homogeneidad fragmentada, se convierte en el asiento del poder». Esto crea un periodo transicional del desarrollo capitalista —«neocapitalismo»—, en el que la «contradicción espacial» entre «el Estado capitalista y el Estado socialista» evita la estabilización y victoria total del capitalismo. Su argumento afirma que ha tenido lugar un «vasto movimiento de contradicciones»; concretamente, «hoy las necesidades sociales son, por encima de todo, necesidades urbanas» y la revolución social contra el capitalismo debe ser una revolución espacial, la revolución urbana.[43]

Hay muchas cuestiones aquí: Lefebvre es en verdad un pensador original. Y además de ser el responsable de la idea de la producción del espacio, intentó dotarla de un fundamento teórico igualmente original, cuyos intereses se sitúan tanto en el terreno del desarrollo histórico del capitalismo como en la resolución del dualismo espacio-sociedad. Al hablar de «dialéctica socioespacial», Ed Soja apoyó, refinó y desarrolló las ideas básicas de la visión de Lefebvre, y al mismo tiempo intentó corregir lo que vio como una sistemática mala interpretación de su obra en la tradición anglosajona, y que concluyó en la construcción de un valioso puente entre las dos tradiciones.[44] Este no es el lugar para una crítica elaborada a Lefebvre, y aunque esta sea una tarea especialmente urgente, lo que deseo hacer aquí es sugerir que algunas de sus contribuciones básicas pueden ser desarrolladas de manera diferente para que nos lleven hacia conclusiones más agudas a propósito de la producción del espacio, dado que con esta idea abrió la puerta a una comprensión práctica del espacio en el capitalismo. Lefebvre se tomó en serio el «espacio» y le aplicó la advertencia de Marx en la octava tesis sobre Feuerbach donde dice que «todos los misterios que llevan la teoría hacia el misticismo

---

[43] Lefebvre, *Survival of Capitalism...; La Revolution Urbaine,* París, 1970.
[44] Ed Soja, «The Socio-Spatial Dialectic», *Annals of the Association of American Geographers,* núm. 70, 1980, pp. 207-225.

encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esa práctica». No obstante, aunque Lefebvre fue capaz de dar un salto intelectual al considerar el espacio como producto de la actividad humana, no desechó, ni siquiera matizó, el concepto absoluto del espacio. En realidad usa el concepto de muchas maneras —como espacio social separado del espacio físico, como espacio teórico, entre otros— y parece hacer poca o ninguna distinción entre ellos, mezclando de forma indiscriminada la metáfora con la realidad. Esta indeterminación conceptual se vuelve especialmente problemática cuando llega a las conclusiones políticas de su análisis, en tanto el espacio parece quedar fuera de la fotografía y el meollo de la política de la «crisis de la reproducción» actual parece tener poco o nada que ver con él. O como dice Castells, a propósito del análisis de Lefebvre, «el espacio, en última instancia, ocupa un lugar relativamente modesto y subordinado en todo el análisis».[45] En términos conceptuales y teóricos, el espacio es colocado en el centro del tablero, pero en la práctica, cuando el juego empieza, no se le ve por ninguna parte. Así, persiste el dualismo espacio-sociedad.

Lefebvre entiende la importancia del espacio geográfico en el capitalismo tardío, pero es incapaz de aprehender la completa relevancia de esta cuestión. La razón de esto no reside únicamente en la indeterminación conceptual relacionada con el espacio, sino también en el intento por vincular la importancia del espacio al proyecto político más amplio que desplaza la problemática de la producción en favor de la reproducción. Esta tesis de la reproducción surge de la experiencia del capitalismo de posguerra, cuando, de hecho, la sociedad capitalista alcanza un nivel notable en el consumo de mercancías y logra integrar, de forma más completa, el proceso de reproducción en la estructura económica. En esto también participa el hecho de que las luchas de la década de 1960 se centraron significativamente en los temas comunitarios y no en las huelgas en los espacios de trabajo. No obstante, aún queda por ver si esto significa, como sugiere Lefebvre, que la reproducción de las relaciones de producción se vuelve la función más determinante, y si la lucha de clases gira más en torno a los problemas de la reproducción que a los del centro de trabajo. En su aspecto más superficial, los cambios que identifica Lefebvre pueden ser lo suficientemente reales, pero no está claro que estos den cuenta de tal regresión estructural profunda, tal y como él propone. La década de 1980 bien puede servir como prueba histórica definitiva para mandar la teoría de la reproducción a la papelera de la historia.

La contribución más valiosa de Lefebvre es su reconocimiento de la renovada importancia del espacio y su forma de condensarlo en la idea de la producción del espacio. Considero, sin embargo, que su insistencia en

[45] *Urban Question...*, p. 92.

atarla a la teoría de la reproducción ha mermado el valor de su contribución y los medios para continuar desarrollándola, sobre todo por el hecho de que la teoría de la producción del espacio no representa una ruptura radical con la teoría clásica marxista ni, si estamos en lo correcto, con los planteamientos de la producción de la naturaleza y la relación entre naturaleza y espacio.[46] Como hemos dicho, se trata de una extraordinaria y original idea que va más lejos que otras apuestas dentro de esta tradición; no obstante, se pueden detectar fragmentos incipientes de esta idea en Marx, Luxemburgo y Lenin. De este último destaca su capacidad para identificar de forma implícita la contradicción central entre diferenciación e igualación. Por medio de la mirada selectiva que nos aporta esta contradicción, examinaremos ahora estos antecedentes históricos de nuestra discusión actual.

Marx, Luxemburgo y Lenin

Marx no se preocupó por elaborar una concepción específica del espacio, tendió a considerar el espacio geográfico como espacio absoluto. No obstante, fue consciente de su relatividad, lo que resulta bastante claro en su discusión sobre la «aniquilación del espacio por el tiempo». Aunque Marx no es el autor original de la frase, convirtió esta pieza de la terminología idealista, y sus alusiones místicas, en una aguda herramienta de la crítica materialista.[47] El deseo de reducir el tiempo y los costes de circulación es inherente al capital, en la medida en que busca que el capital ampliado retorne más rápido a la esfera de la producción y, de esa manera, aumente la velocidad de la acumulación. Sin embargo, la circulación del valor

[46] Es importante señalar que Lefebvre mantiene el presupuesto tradicional con respecto a la prioridad del espacio sobre la naturaleza. Por ello considera los «problemas ambientales» como el origen de los problemas espaciales y no al revés, *Survival of Capitalism*, p. 27. De manera curiosa, la perspectiva de Lefebvre tiende a llevar hacia una conclusión contraria a la de Marx en términos de la relación entre tiempo y espacio. La versión reproductivista de la producción del espacio no conduce a la «aniquilación del espacio por el tiempo», sino a algo más parecido a la aniquilación del tiempo por el espacio.

[47] Alexander Pope parece haber sido el verdadero autor. Un siglo y medio antes de que Marx usara la frase, Pope escribió en uno de sus poemas: «¡Dioses! Aniquilen el espacio y el tiempo / Y hagan a dos amantes felices». La frase fue retomada en el siglo XIX para describir el efecto dramático de la introducción de los ferrocarriles en el paisaje estadounidense. Y de hecho, de acuerdo con Leo Marx, «No hay otra frase cliché que aparezca tan seguido en todo el lenguaje sobre el progreso como la de la "aniquilación del espacio y el tiempo"». «La extravagancia de este sentimiento», continúa, «es en apariencia equiparado con el carácter sublime del progreso tecnológico», *Machine in the Garden*, p. 194. En el contexto de la suburbanización de clase media alta en 1848, Andrew Jackson Downing escribe en la revista *Horticulture* sobre «las viejas nociones de tiempo y espacio que están siendo medio aniquiladas», «Hints to Rural Improvers», *Horticulture* (julio de 1848), reimpreso en su *Rural Essays,* Nueva York, 1857, p. 111. De manera presumible, es aquí donde el otro Marx encontró la idea por supuesto, la de la «aniquilación del espacio *por* el tiempo», y no la de la «aniquilación del espacio y el tiempo», lo que produjo un sentido totalmente nuevo.

requiere también de la circulación física de los objetos materiales en los que está incorporado o representado. Todas las formas del capital —capital productivo, capital mercantil, capital dinero— deben ser transportadas, y de esa manera, mientras las fuerzas productivas avanzan, parte de su desarrollo se destina a mejorar los medios de transporte y comunicación, tanto dentro como fuera de la esfera de la producción. Esto conduce, como dice Marx, al intento continuo de superar todas las barreras espaciales y a la aniquilación del espacio por el tiempo:

> Cuanto más descansa la producción en el valor de cambio, es decir, en el intercambio, más importantes se vuelven las condiciones físicas del intercambio—los medios de comunicación y transporte— para los costes de circulación. Debido a su naturaleza, el capital trata de superar las barreras espaciales. Por eso, la creación de las condiciones físicas del intercambio —de los medios de comunicación y transporte—, la aniquilación del espacio en el tiempo, se convierte en una necesidad fundamental. […] Es así que el capital, de una parte, debe luchar para derribar cada barrera que le impida relacionarse, intercambiar y conquistar todo el planeta para su mercado; de otra, debe luchar para aniquilar el espacio en el tiempo, es decir, reducir al mínimo el tiempo empleado para moverse entre un lugar y otro. A más desarrollo del capital y, en consecuencia, más amplio sea el mercado sobre el que circula —la órbita espacial de su circulación—, más se esforzará por ampliar las dimensiones del mercado y por aumentar la aniquilación del espacio en el tiempo. […] Es aquí donde aparece la tendencia universalizante del capital, que lo distingue de todas las etapas previas de la producción.[48]

La tendencia histórica de la sociedad, por la cual trata de emanciparse del espacio, se profundiza en el capitalismo. Esta adquiere una forma que expresa la lógica interna del capital: la emancipación por medio de la aniquilación. En este contexto, la «tendencia universalizante del capital» representa un impulso inherente orientado hacia la desespacialización o, en otras palabras, hacia la igualación de las condiciones y niveles de producción. Esta misma tendencia la reconocemos en el dicho popular impresionista que describe el «empequeñecimiento del mundo». Lo que Marx ofrece es una explicación histórica específica de la necesidad de este empequeñecimiento geográfico. El desarrollo espacial es entendido como un momento constitutivo de todo desarrollo societario antes que como una de sus consecuencias. El llamado empequeñecimiento del mundo no es solo un efecto del proceso generalizado de modernización, sino una necesidad específica del modo de producción basado en la relación capital-trabajo.

---

[48] *Grundisse...*, pp. 524, 539-540.

Marx era consciente de las implicaciones espaciales más concretas de esta «tendencia universalizante» del capital. Tenía el ojo puesto no solo en el desarrollo de los ferrocarriles y en la igualación del espacio económico en naciones específicas, sino también en la economía mundial. Por eso parece haber esperado un desarrollo forzado de la economía india sobre la base del capital como uno de los resultados del gobierno colonial británico, y que ello llevaría muy rápido a la India a tener un nivel de desarrollo superior al alcanzado por Gran Bretaña.[49] Además de estas implicaciones espaciales, Marx era consciente del otro lado de la moneda —la función de la expansión espacial del capital—. Por eso termina el primer volumen de *El capital* con un capítulo sobre la colonización, en parte porque la realidad de la explotación se escribe en las colonias y en las teorías burguesas de la colonización para que todos la vean, y en parte porque las colonias cumplen un papel especial para el capital. Por medio de las relaciones del comercio internacional y la expansión económica y geográfica, las contradicciones en el corazón del capital pueden ser desplazadas, en mayor o menor medida, hacia la periferia del sistema, al tiempo que los límites del capital también son ampliados.[50]

Marx se centró en la tendencia igualadora del capital y la observó en el contexto de un mercado mundial en expansión. Fue este proceso más que cualquier otra cosa lo que delineó su concepción del espacio en el capitalismo. Su interés, relativamente estrecho, en la diferenciación del espacio geográfico es, sin duda, un producto del tiempo en que vivió, cuando el desarrollo de los ferrocarriles y la colonización europea fueron la vanguardia de la producción del espacio. Es así que en *El capital*, distingue de manera deliberada al menos una fuente de diferenciación geográfica: «Para examinar el objeto de nuestra investigación de forma integral», escribió, «libre de toda circunstancia subsidiaria e innecesaria, debemos tratar al mundo entero como una nación, y asumir que la producción capitalista está establecida en todos lados y se ha apropiado de cada rama de la industria».[51] Este presupuesto no es un planteamiento arbitrario para hacer más sencilla la tarea, pues de hecho, al ser consistente en la aplicación de su método lógico-histórico, Marx refleja su creencia en que el capital nivelaría progresivamente las diferencias geográficas. Así pues, no se trata de que Marx no fuera consciente de la diferenciación geográfica, como veremos en el capítulo 4, sino de que le otorgó una importancia secundaria en comparación con la «tendencia universalizante» del capital y su consecuente avance hacia la igualación.

[49] Karl Marx, «The Future Results of the British Rule in India» en *Surveys from Exile,* Nueva York, 1974, pp. 319-325.
[50] Harvey, *Limits...*, cap. 13.
[51] *Capital...*, vol. 1, p. 581n.

Medio siglo más tarde, Rosa Luxemburgo criticó a Marx por presuponer la dominación universal de la producción capitalista. No obstante, también sostuvo la conclusión lógica de la posición del autor de *El capital*. El capitalismo, dice ella, no puede sobrevivir sin la existencia de sociedades no capitalistas que funcionen como mercados y fuentes de materias primas, trabajo, etc.: «El capitalismo en su madurez plena también depende en todos sus aspectos de la existencia simultánea de estratos y organizaciones sociales no capitalistas».[52] Así, para Rosa Luxemburgo el imperialismo solo era el proceso de incorporación de las sociedades no capitalistas y, por definición, la fase final del capitalismo. Cuando la expansión geográfica absoluta del capital llegara a su fin, también lo haría el capitalismo. Al llevar el análisis mucho más lejos que Marx, Luxemburgo trata la diferenciación geográfica más como un legado del pasado, que es destruido de forma inexorable por la marcha hacia delante del capital y menos como una tendencia interna del capital. Para ella se trata de una cuestión temporal en la articulación de los modos de producción.

Lenin también consideró el imperialismo como el estado superior del capitalismo, pero tuvo una comprensión más aguda de las consecuencias geográficas del primero y del desarrollo general del segundo. En sus escritos tempranos, como *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, publicado en 1899, Lenin fue consciente de la diferenciación interna del espacio que acompañaba a la expansión del capital. Discutió la división territorial del trabajo en función de regiones diferenciadas por su especialización industrial, lo que vinculó a la división social del trabajo que generaba la expansión del capital. Otra de las más importantes aportaciones de Lenin en este sentido fue la diferenciación territorial entre campo y ciudad, que ocupó gran parte de su atención. También dedicó una sección a la diferenciación del espacio urbano entre la ciudad y los suburbios, y una vez más la relacionó con la división social del trabajo.[53] Sobre estas cuestiones Lenin ahondó en escritos posteriores. Destaca que su tratamiento del imperialismo es explícitamente geográfico y observó que a pesar de que el globo estaba dividido en naciones y corporaciones mundiales, las naciones «atrasadas» todavía resultaban destinos rentables para el capital de exportación. Al igual que Marx y Luxemburgo, Lenin entiende la geografía del imperialismo como un factor en la supervivencia del capitalismo, pero justo porque considera las raíces de esta diferenciación geográfica en el propio capital, no equipara inmediatamente el progreso del capital con la eliminación de dichas diferencias. De hecho, Lenin insiste en que con el imperialismo la diferenciación entre naciones «atrasadas» y avanzadas no decrece, se incrementa.

---

52 Luxemburg, *Accumulation of Capital...*, p. 365.
53 Lenin, *Capitalism in Russia*. Véase también «New Data on the Laws of Governing the Development of Capitalism in U.S. Agriculture», *Collected Works*, 22, pp. 12-102.

Por eso acusa a Kautsky (y a su noción de ultraimperialismo) de promover aquella «idea profundamente errónea que solo ayuda a los apologetas del imperialismo, por la que se indica que el triunfo del capital financiero *disminuye* la desigualdad y las contradicciones inherentes a la economía mundial, cuando en realidad las incrementa».[54]

No obstante, en el mismo trabajo, Lenin reconoce las fuerzas inherentes al capitalismo y al capital financiero que tratan de «eliminar la desigual distribución del capital entre localidades y ramas de la industria».[55] La misma contradicción que vimos en la sección anterior, entre la creciente diferenciación del espacio y la tendencia igualadora del capital, que apunta hacia la emancipación del espacio, se encuentra implícita en el análisis de Lenin sobre el imperialismo. Este carácter implícito lo comparte también el reconocimiento de que, en la práctica, tal contradicción dirige la producción específica del espacio capitalista. Estos límites en la aproximación de Lenin a la nueva importancia del espacio geográfico son claros y aún más obvios en sus escritos filosóficos. Es estos, a pesar de que defendió el «espacio físico objetivo» en contra de lo que entendió como idealismo en Marx, mantiene una concepción absoluta del espacio y no relaciona en sitio alguno su discusión filosófica abstracta con la estructura espacial concreta del capitalismo, que analiza en otros trabajos.[56] Aun así, Lenin logró identificar, por primera vez, los dos lados de la contradicción básica, dejando pendiente únicamente la explicitación de la contradicción y el desarrollo de un análisis teórico del espacio.

Sin embargo, esto no sucedió. En el mismo periodo, Nikolái Bujarin reconoció la contradicción al escribir que la internacionalización del capital solo podría suceder por medio del desarrollo simultáneo de los capitales nacionales.[57] Aunque el problema de la internacionalización es un punto sólido en la escritura económica marxista de nuestros días, la agudeza de

---

[54] *Imperialism...*, p. 113.

[55] Ibídem, p. 48, citado en Jeidels.

[56] Lenin se preguntó: «¿Son el espacio y el tiempo reales o ideales, y son nuestras concepciones relativas del espacio y el tiempo *aproximaciones* a las formas objetivamente reales del ser; o son solo productos de una mente humana en desarrollo, organizadora y armonizadora?» Su respuesta fue rotunda: «El materialismo debe […] de manera ineludible, identificar la realidad objetiva del tiempo y el espacio, en sentido contrario a todo el kantianismo, que en esta cuestión se pone del lado del idealismo y no considera al tiempo y al espacio como realidades objetivas, sino como formas del entendimiento humano. […] No hay otra cosa en el mundo que materia en movimiento, y esta materia en movimiento no puede sino moverse en el espacio y el tiempo»; en *Materialism and Empirio-Criticism,* Nueva York, 1972, pp. 176-189. En su tratamiento del espacio y de otros problemas en esta obra, Lenin profundiza en la filosofía y no es capaz de liberarse de ella. Es entonces cuando impulsa la expansión de una filosofía marxista, distinta del marxismo en tanto ciencia, a pesar de la clara advertencia de Marx de que una filosofía separada de la ciencia es una abstracción insostenible. Véase Z. A. Jordan, *The Evolution of Dialectical Materialism,* Londres, 1967.

[57] Nikolái Bujarin, *Imperialism and the World Economy,* Londres, 1972.

la contradicción geográfica sugerida por Bujarin no fue suficientemente recuperada. Lo mismo ocurrió con el análisis de otras escalas espaciales, pues es ahora cuando las cuestiones del desarrollo regional y urbano están siendo objeto de una atención sustancial creciente.[58] El análisis de la producción del espacio, esta profunda noción contemporánea, nos lleva en la misma dirección que Lenin a propósito del análisis de la geografía del imperialismo. Es sobre este fundamento común, sobre el carácter contradictorio de la producción del espacio, sobre el que empezaremos a estudiar el desarrollo desigual. Lo que estamos buscando ahora no es solo una comprensión de los orígenes y patrones de esta geografía particular, también estamos intentando entender cómo, en palabras de Lefebvre, la producción del espacio es un elemento constitutivo de la supervivencia del capitalismo.

---

[58] Tal y como plantea este trabajo relativamente reciente, las excepciones a la tendencia general van en aumento. Véase el análisis de la diferenciación espacial en Richard Walker, «A Theory of Suburbanization: Capitalism and the Construction of Urban Space in the United States», en Michael Dear y Alien Scott (eds.), *Urbanization and Urban Planning in Capitalist Society*, Londres, 1981, pp. 383-429. Véase también el ensayo conciso e innovador, aunque muchas veces olvidado, «Geography» de David Harvey.

IV
HACIA UNA TEORÍA DEL DESARROLLO DESIGUAL I
LA DIALÉCTICA DE LA DIFERENCIACIÓN Y LA IGUALACIÓN GEOGRÁFICA

En poco menos de una década, el desarrollo desigual del capitalismo se ha convertido en un tópico popular, incluso de una moda. La razón, sin duda, ha tenido que ver con el resurgimiento general del interés por el marxismo tras las revueltas sociales de la década de 1960, y con el hecho de que hoy, más que en periodos pasados, el desarrollo desigual se presenta de forma más vívida en todas las escalas sociales. Hay por lo tanto un consenso virtual con respecto a la necesidad de entender este fenómeno en apariencia reciente y por eso, ha comenzado a circular una literatura creciente en la materia. No obstante, a la fecha, la nueva investigación no se caracteriza por elaborar enfoques teóricos que traten de entender el desarrollo desigual, sea en el marco de un análisis marxista o no, del desarrollo capitalista.[1] Es justo esto lo que nos proponemos realizar aquí tomando como punto de partida lo establecido en el capítulo anterior. En este observamos que las tendencias contradictorias a la diferenciación y a la igualación determinaron la producción capitalista del espacio. Puesta en acción, esta contradicción, que surge en el corazón del modo capitalista de producción, se inscribe en el paisaje como el patrón existente del desarrollo desigual.

Antes de iniciar el análisis es necesario dejar muy claro de qué y de qué no estamos hablando. «Desarrollo desigual» significa muchas cosas para mucha gente dependiendo del contexto histórico en el que se utiliza. En la tradición marxista, remontándonos a Lenin, el concepto es usado de diferentes formas en un sentido económico, político y filosófico, mientras que en la introducción a los *Grundisse*, Marx lanza un comentario sobre el desarrollo desigual de la producción material *vis a vis* con la producción artística, y sobre el desarrollo desigual de las relaciones de producción *vis a vis* con las relaciones legales. En forma de recordatorio para sí mismo, Marx anota que estos problemas deberían ser tratados de forma concreta y no en el marco de la «abstracción usual».[2] Este exhorto sobre lo concreto es, sin

[1] Excepciones significativas a esta regla general incluyen a Enzo Mingione, *Social Conflict and the City,* Oxford, 1981; Harvey, *Limits...*; Michael Dunford y Diane Perrons, *The Arena of Capital,* Londres, 1983.

[2] *Grundisse...*, p. 109.

duda, correcto, pero la generalidad de sus ejemplos podría ser engañosa si se toman como una agenda de investigación. Para tratar estos problemas de forma concreta, es necesario, primero, determinar cuál es la base económica —o, mejor dicho, político-económica— del desarrollo desigual del capitalismo que marca las tendencias opuestas hacia la diferenciación y la igualación. Aquí nos limitaremos a delinear esta base político-económica.[3]

En función de los capítulos anteriores también debe quedar claro que nuestro interés se centra en el proceso y el patrón específicamente capitalista de desarrollo desigual. Esto puede parecer evidente, y su repetición de poco valor, si no fuera porque incluso los más agudos teóricos han insistido sobre la universalidad histórica y filosófica del fenómeno. El desarrollo desigual, han afirmado, es una «ley universal de la historia humana» o, incluso de forma más abstracta, es «la esencia de la contradicción».[4] Este consenso sobre el desarrollo desigual tiene, por tanto, un precio: las penetrantes contribuciones de la teoría son disueltas cuando el desarrollo desigual es considerado como una metafísica universal y su significado es reducido al más bajo común denominador. Este enfoque filosófico no

---

[3] Por supuesto que hay una tradición política asociada al «desarrollo desigual». Esta tradición se le debe de manera más directa a Trotsky, quien propuso, como parte de su teoría de la revolución permanente, la «ley del desarrollo desigual y combinado». Como tal, el desarrollo desigual figuró de manera prominente en la polémica entre Trotsky y Stalin a propósito de la posibilidad del «socialismo en un solo país». Véase Leon Trotsky, *Permanent Revolution and Results and Prospects,* Nueva York, 1969, *The History of the Russian Revolution,* Londres, 1977, y *The Third International After Lenin,* Nueva York, 1970; Joseph Stalin, *Dialectical and Historical Materialism,* Nueva York, 1940; *Economic Problems of Socialism in the USSR,* Pekín, 1971; y *Works,* Moscú, 1954, vol. 8, pp. 256-261 y 326, y 9, pp. 110-111. Véase también Tony Cliff, «Permanent Revolution», *International Socialism,* núm. 61, 1973, pp. 18-29, y Löwy, *Combined and Uneven Development.* Esta mirada política del desarrollo desigual no está del todo alejada de la aproximación al problema elaborada por la economía política contemporánea. De hecho, por lo general, los argumentos políticos dan por sentada la lógica económica del origen del desarrollo desigual. Trotsky, por ejemplo, solo empezó a ponerle mayor atención al desarrollo desigual en el contexto revolucionario ruso de 1905, cuando, como en toda situación revolucionaria, las leyes económicas de la sociedad empezaron a ser suspendidas para dar paso a una determinación política directa de la historia. Al tratar aquí el desarrollo desigual como un problema en esencia económico, no estoy negando su significación política, estoy, en cambio, intentando ofrecer una explicación estructural de la lógica económica del desarrollo desigual, la cual es dada por sentada en la tradición política.

[4] «La ley del desarrollo desigual, que algunos han deseado restringir solo a la historia del capitalismo, e incluso solo a la fase imperialista del capitalismo, es así una ley universal de la historia humana», Mandel, *Marxist Economic Theory,* p. 91. En trabajos posteriores, Mandel mantuvo este punto de vista de la universalidad del desarrollo desigual, incluso junto a apreciaciones concretas relativas al desarrollo desigual en el capitalismo. En su monumental trabajo *Late Capitalism* (Londres, 1975) no cumplió la promesa de integrar la teoría del desarrollo capitalista con su historia reciente, en parte porque su concepción del desarrollo desigual fue vaciada de su poder integrador por la insistencia de que la desigualdad es una ley universal de la historia humana. Cf. también Althusser: «La ley del desarrollo desigual […] no solo se relaciona con el imperialismo, sino con absolutamente "todo en este mundo". […] el desarrollo desigual […] no está libre de contradicción, pues esta constituye su esencia más fundamental». El desarrollo desigual «existe sobre la base de la contradicción misma». «On the Materialist Dialectic, On the Unevenness of Origins» en Louis Althusser, *For Marx,* Londres, 1977, pp. 200-213. Esta formulación se deriva de la obra de Mao «On Contradiction», *Selected Readings,* Pekín, 1971, pp. 85-133.

solo desecha valiosas oportunidades teóricas, sino que también es erróneo en términos históricos, lo que resulta todavía más problemático. Marx reconoce la universalidad del trabajo como un atributo natural de la existencia humana, pero en su análisis separa la propensión natural al trabajo de las formas del proceso de trabajo social históricamente determinadas bajo el modo de producción capitalista. Por el contrario, universalizar las formas y relaciones sociales específicas de este modo de producción y definirlas como relaciones permanentes y «naturales» es el sello distintivo de la ideología burguesa. Esto también se aplica al «desarrollo desigual». Al convertirlo en un universal de orden filosófico, su arista crítica epistemológica es degradada y, en potencia, puesta en contra de su creador como un arma ideológica reaccionaria que merodea dentro del *corpus* marxista. El «sistema capitalista mundial» no es, como sugiere Ernest Mandel, una «*función* de la validez universal de la ley del desarrollo desigual y combinado»;[5] más bien, el desarrollo desigual es una función de la universalidad contemporánea del capitalismo.

No se quiere insinuar, de ninguna manera, que el desarrollo precapitalista fuera algo equilibrado y no desigual. Lo que se quiere señalar es que cualesquiera que sean las razones de la desigualdad del desarrollo precapitalista, estas son bastante diferentes a las del capitalismo, que posee su propia geografía. La geografía del capitalismo es una parte integral del modo de producción, al que se articula de forma más completa y sistemática que en cualquier modo de producción anterior.

Si no queremos que el entusiasmo en torno al desarrollo desigual nos lleve hacia un callejón sin salida donde solo se dice lo obvio y si, en cambio, queremos que sea un factor para revelar las cuestiones fundamentales sobre la geografía y la estructura y el desarrollo del capitalismo en general, entonces debemos mantener el proceso claramente enfocado. Es por eso que, al prepararnos para analizar el desarrollo desigual, nos hemos interesado en establecer una particular concepción del espacio. El «desarrollo desigual», tal y como se usa por lo general, no solo se refiere a la geografía del capitalismo, sino también a las tasas de crecimiento desigual entre diferentes sectores de la economía capitalista. Al equiparar aquí al desarrollo desigual con su expresión geográfica particular, no intentamos negar los otros aspectos del proceso. Lo hacemos para corregir el profundo descuido en que se ha mantenido la dimensión espacial del desarrollo capitalista, y para enfatizar, en la práctica, la conclusión de los capítulos previos: que la desigualdad espacial solo tiene sentido si se la entiende como parte del desarrollo contradictorio del capitalismo. Puede que esto signifique forzar demasiado las cosas, lo que sin duda es un riesgo; sin embargo, si no lo hacemos, será imposible saber si fue demasiado.

[5] *Late Capitalism...*, p. 23.

I. La tendencia hacia la diferenciación

La base natural de la diferenciación

La división del trabajo en la sociedad es la base histórica de la diferenciación espacial de niveles y condiciones de desarrollo. La división espacial o territorial del trabajo no es un proceso separado, sino que está implicado desde el principio en el concepto de división del trabajo. Marx fue consciente de esto, como demuestra su, a veces repetitivo aunque poco comprendido, comentario sobre la ciudad y el campo, en tanto fundamento de toda división del trabajo bien desarrollada, basada en el intercambio de mercancías. Y si se examina la división del trabajo más temprana —la división sexual del trabajo entre hombres y mujeres— se encuentra que esta también ha tenido una expresión espacial, en la que los hombres por lo general desarrollan un dominio espacial más amplio.[6]

En la mayor parte de la historia humana, la división del trabajo ha estado basada en la diferenciación de las condiciones naturales. «La posibilidad del trabajo y el valor excedentes», escribe Marx, «proviene de una productividad del trabajo dada» que aparece primero «como un regalo, como un poder productivo de la naturaleza».[7] Frente a las condiciones naturales diferenciadas, la propia inversión de trabajo producirá diferentes cantidades de una mercancía dada, lo que implica la posibilidad (pero solo la posibilidad) de que exista un producto excedente en un lugar y no en otro. Además, la diferenciación cualitativa de la naturaleza establece ciertos límites a la ocurrencia de determinados procesos de producción en cierta área. Por ejemplo, el algodón no puede ser cultivado naturalmente en el Ártico y el carbón no puede ser extraído de estratos geológicos donde no existe. Esta es la base natural de la producción excedente, así como la base natural de la división del trabajo que, por su desarrollo, depende por completo de la producción de productos excedentes. En una economía más desarrollada, la apropiación de las ventajas y diferencias naturales deja de ser accidental. De hecho, son internalizadas y transformadas sobre la base de una diferenciación social sistemática del proceso de trabajo. Las diferencias cualitativas en la naturaleza son traducidas en diferencias cualitativas y cuantitativas en la organización social: la división social del trabajo se expresa de manera espacial.

La división del trabajo más avanzada entre la agricultura y la industria es también un fenómeno espacial. En sí misma, la división del trabajo es el resultado de una dinámica social —el consumo productivo del producto

[6] Rayna Reiter, «Men and Women in the South of France», en R. Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women* (Nueva York, 1975), pp. 273-275.
[7] *Surplus Value...*, vol. 1, p. 49.

excedente y el desarrollo progresivo de las fuerzas productivas—, aun cuando continúe expresándose en función de determinadas condiciones naturales. Esto quiere decir que no hay nada en la naturaleza que induzca una división entre agricultura e industria, pero una vez surge esta división social, la diferenciación inherente a la naturaleza influye en qué actividades tendrán lugar. El mismo principio es aplicable tanto a la división general entre agricultura e industria como a sus subdivisiones internas. La localización de diferentes sectores agrícolas se da en relación con diferentes condiciones naturales, lo que también ocurre con diferentes sectores de la industria que se ven influidos por la diferenciación en la localización y la disponibilidad de materias primas y auxiliares.

Este tipo de explicación —que la ubicación geográfica de las actividades sociales se da en función de las diferenciaciones en la naturaleza— es propia de la geografía tradicional. Todavía en este siglo, y en gran medida hasta nuestros días, la prioridad dada a la naturaleza y a sus diferenciaciones inherentes ha sido canónica en la geografía. El determinismo ambiental que prosperó en la escuela estadounidense fue la versión extrema del saber convencional en el que las condiciones geográficas naturales determinan en mayor o menor medida el tipo y la ubicación de las actividades humanas. Como agenda de investigación, el determinismo ambiental nunca fue por completo hegemónico y terminó superado por el interés menos dogmático en el estudio de la «diferenciación de áreas». Este concepto, tomado de la escuela alemana de geografía a la que pertenecía Hettner, quien estuvo interesado en explicar las variaciones geográficas sobre la faz de la tierra como resultado de variaciones naturales, estuvo en el centro de la tradición geográfica estadounidense al menos hasta 1960. Su larga influencia no solo se debió a cierto estancamiento en el pensamiento geográfico, sino también al prestigio de dos de sus mayores proponentes dentro de la disciplina. En 1925, Carl Sauer parece haber discutido primero la «diferenciación de áreas» *per se*, al tiempo que Hartshorne se convirtió en uno de sus más entusiastas promotores. Hacia 1960, las explicaciones por entero naturales de la diferenciación de áreas dejaron de ser predominantes, pero la tradición geográfica retuvo algunos signos de este origen en el trabajo de Hettner. En todas estas tradiciones, la concentración espacial de la riqueza fue considerada ante todo como el resultado de la diferenciación natural en función de la fisiografía, los recursos, el clima, etc.[8]

---

[8] Uno de los ejemplos más interesantes del determinismo ambiental es el de Ellen Semple, *Influences of Geographic Environment,* Nueva York, 1911. Véase también Carl Sauer, «The Morphology of Landscape», *University of California Publications in Geography,* núm. 2, 1925, pp. 19-23; y Richard Hartshorne, *Perspective on the Nature of Geography,* Londres, 1959; y *The Nature of Geography,* Lancaster, Pa., 1939.

Sin embargo, el intento más explícito y al mismo tiempo más sofisticado de relacionar las diferenciaciones del legado natural con la concentración espacial del capital vino de la geografía comercial. De origen fundamentalmente británico, la «geografía comercial» describió la variedad de productos provenientes de múltiples naciones y regiones del mundo, e intentó explicar los diferentes patrones de la producción agrícola e industrial sobre la base de los diferentes legados naturales. Esto no solo llevó a explicaciones preliminares sobre la exportación e importación en función de una nación o región, sino también a la definición de regiones específicas en función de su producción. Tal orientación desemboca en la geografía regional, que ha sido la base de los programas escolares hasta nuestros días. Las concentraciones urbanas y regionales del capital industrial fueron explicadas como resultado de la proximidad a determinadas materias primas, rutas naturales y similares, mientras que las concentraciones agrícolas del capital resultaban de las características particulares de la tierra, el clima o la fisiografía. Así, regiones como Pittsburgh-Youngstown-Cleveland, Lancashire o Nueva York, han sido vistas, respectivamente, como el producto de la cercanía a las fuentes de carbón y hierro; el producto de un clima adecuado, la cercanía a los puertos y la tradición de manufactura textil vinculada a la crianza de ovejas; o como resultado de la abundancia de espacio costero, el avance sobre el sistema fluvial Hudson-Mohawk y el sustrato de granito que permite la construcción de grandes embarcaderos. En esta misma línea analítica, la geografía agrícola de los Estados Unidos ha sido explicada en función de la «franja algodonera», la «franja porcina», la «franja del trigo», la «franja ganadera», las áreas de cultivo frutal de California, Florida y el noroeste de la costa del Pacífico, etc. Consecuentemente, el comercio entre estas áreas fue explicado a partir de los excedentes de mercancías específicas que eran producidas en cada región.

Este tipo de explicación fue extendida y aplicada no solo a la diferenciación económica entre regiones, sino también a la diferenciación política entre naciones. Por eso, los geógrafos y no pocos historiadores tuvieron la costumbre de considerar la hegemonía imperial británica en el siglo XIX como resultado de su enorme poderío marítimo, que, a su vez, estaba anclado en su condición de nación insular sin ninguna otra alternativa que mirar hacia el mar. Es por eso también que Sir Halford J. Mackinder, padre de la nueva escuela de geografía británica en el siglo XIX y miembro del Parlamento, escribió en 1919:

> Las grandes guerras de la historia […] son el resultado, directo o indirecto, del crecimiento desigual de las naciones, y ese desarrollo desigual no se debe por completo al gran ingenio y energía de algunas naciones. Es, en gran medida, el resultado de la distribución desigual de la fertilidad y las oportunidades estratégicas sobre la faz de la tierra. En otras

> palabras, no hay en la naturaleza algo como la igualdad de oportunidades para las naciones. A menos que malinterprete por completo los hechos de la geografía, yo iría más lejos y diría que la disposición de tierras y mares, la fertilidad y los senderos naturales es tal que se presta al desarrollo de imperios, y al final, de un solo imperio mundial.[9]

¡Y todo esto es por la naturaleza!

La geografía comercial en la que se basó esta geografía política estuvo, a su vez, atada a los principios por los cuales las ventajas naturales dictan la división territorial del trabajo. Estos principios fueron expresados con claridad en una obra decisiva, el *Handbook of Commercial Geography* [Manual de geografía comercial] de George Chisholm, publicado por primera vez en 1889:

> El gran factor geográfico del que depende el comercio es que diferentes partes del mundo producen diferentes productos, o proveen los mismos bajo condiciones favorables desiguales. […] Si existe algún beneficio permanente para la humanidad (ya sea el rápido desarrollo económico y sus desórdenes sociales concomitantes), el aprovechamiento pleno de esta naturaleza no se logra hasta que cada tipo de producción se realiza en el lugar que posee la más amplia ventaja natural para suministrar a un determinado mercado. Aquí se entiende por ventajas naturales lo siguiente: un suelo y un clima favorables, la existencia de instalaciones para la comunicación externa e interna —en la medida en estas dependen de los rasgos superficiales y físicos—, la existencia de minerales valiosos de fácil extracción y, en especial, los materiales para producir y accionar maquinaria, que son los productos que menos soportarían el costo de transporte. Todas estas ventajas son más o menos permanentes. […] Las ventajas naturales pueden contrastarse con las ventajas históricas, que son por su naturaleza más temporales, a pesar de que llegan a ser de larga duración. Quizá la más importante de todas estas ventajas históricas es la de un gobierno fuerte y estable basado en principios justos y fijos no hostiles para la industria. […] El comercio y la industria mundiales han estado durante más de cien años en un periodo de transición antes nunca conocido. Las comunicaciones han mejorado, los medios de producción han sido perfeccionados y abaratados, las tierras no cultivables han sido domesticadas y los inventos de las razas blancas han sido implantados en los pueblos primitivos a una velocidad sin precedente —con resultados incidentales y no siempre

---

[9] Halford J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality,* Nueva York, 1942, pp. 1-2. Esto recuerda el famoso adagio de Mackinder, tan útil para Hitler, a propósito de la llamada «Región Cardial» (Europa del Este) y el «Mundo-Isla» (la masa continental de Europa y Asia): «Quien domina Europa del Este controla la Región Cardial: quien domina la Región Cardial controla el Mundo-Isla: quien domina el Mundo-Isla controla el Mundo». Para una interesante mirada a cómo esta «nueva geografía» del siglo XIX sirvió a los intereses del imperialismo británico, véase Brian Hudson, «The New Geography and the New Imperialism: 1870-1918», *Antipode,* núm. 9(2), 1977, pp. 12-19.

> los más deseables, como hemos visto—. Así, el comercio y la industria tienden a ser gobernados cada vez más por las condiciones geográficas. […] La apertura del mundo entero gracias a la mejora de los medios de comunicación está llevando a los capitalistas a buscar los lugares donde el desarrollo sea posible y a desplazar los obstáculos donde quiera que se encuentren. Sin embargo, el hecho mismo de que el hombre esté adquiriendo un gran poder para lidiar con la naturaleza muestra el límite de esta capacidad para modificar tales condiciones originales. […] La tendencia de la que ahora hablamos, que lleva hacia el predominio y determinación últimos de las condiciones geográficas sobre la distribución del comercio y la industria es, ciertamente, una tendencia que nos plantea un resultado remoto.[10]

Los geógrafos de hoy en día ya no poseen esta confianza en la importancia histórica mundial o en el destino de su disciplina. En la medida en que la geografía comercial y el tipo de geografía política de Mackinder fueron utilizadas para entender y promover el ascenso del imperio, compartieron su destino final, en pocas palabras, el colapso del imperio británico trajo consigo el colapso de la geografía. La geografía comercial y regional a las que nos referimos, no ocupan ya el lugar central de la disciplina. Fueron superadas por un interés más abstracto por el espacio, impulsado por la llamada revolución cuantitativa y por las cuestiones de relevancia social de las décadas de 1960 y 1970. Así pues, ¿qué queda de la afirmación de que existe una tendencia hacia el predominio último de las condiciones geográficas naturales en la determinación de la distribución del comercio y la industria?

El principio de ventaja natural, propio de los geógrafos comerciales y regionales tradicionales, afirma más de lo que en realidad explica. Y al final, tales explicaciones sobre la concentración y la centralización de la actividad económica son solo medias verdades. Estas pueden, y usualmente lo hacen, revelar de forma adecuada el desarrollo inicial de un cierto lugar, pero de ninguna manera logran explicar la cantidad o la calidad de su desarrollo subsecuente. La realidad actual de Nueva York, ese impresionante símbolo de la fecundidad de la actividad humana, ha sobrepasado desde hace mucho tiempo cualquier explicación naturalista basada en su condición física original. De hecho, con el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo, la lógica detrás de la localización geográfica se aleja cada vez más de tales consideraciones materiales. La razón de ello es doble. Lo que ligó el desarrollo económico a las condiciones naturales fue, primero, la dificultad de superar la distancia y, segundo, la necesidad de aproximarse a las materias primas. Con el desarrollo de los medios de transporte, el

---

[10] George G. Chisholm, *Chisholm's Handbook of Commercial Geography,* Londres, 1937, (completamente reescrito por L. Dudley Stamp), pp. 1, 7-9. Véase también Cyrus C. Adams, *A Textbook of Commercial Geography,* Nueva York, 1901. Los capítulos 2-4 de este libro intentan hacer muy explícitos los principios naturales que se encuentran en la base de la geografía comercial.

primer obstáculo natural (la distancia) disminuyó en importancia. Con el incremento general de las fuerzas productivas, el segundo obstáculo perdió importancia, pues las materias primas son hoy el producto de un número mayor de procesos de trabajo previos. Uno solo tiene que pensar en el plástico, materia prima de un amplio espectro de procesos de producción, que tiene su origen en el petróleo pero pasa por sinnúmero de procesos de trabajo diferentes antes de convertirse en tuberías, muebles, ropa o césped artificial. Para todos estos procesos de trabajo, menos el primero, la materia prima es un producto industrial cuya localización está determinada por el emplazamiento de las fuerzas productivas y no de la naturaleza. Así, aunque la industria mundial de extracción de petróleo depende por completo de la ubicación de sus fuentes naturales, la industria petroquímica mundial no tiene la misma restricción y no se aglutina alrededor de los campos petrolíferos. Esta situación es por completo diferente en comparación con la del capitalismo temprano, cuando la mayoría de las materias primas eran productos directos de la agricultura o la minería.

La concentración y la centralización del capital en el entorno construido se desarrolla en función de la lógica *social* inherente al proceso de acumulación de capital, y esto, lo vimos arriba, lleva a la igualación de las diferencias naturales, al menos en la medida en que ambos procesos determinan la ubicación de la actividad económica. O como escribió Bujarin con un tono que recuerda a Hegel: «Por importantes que sean las diferencias naturales para las condiciones de producción, estas se mueven cada vez más en un segundo plano frente a las diferencias que resultan del desarrollo desigual de las fuerzas productivas».[11]

La geografía comercial fue la geografía de la era del capital comercial, y como tal, no es un accidente que fuera desarrollada con mayor ímpetu en Gran Bretaña, que fue el centro del capital comercial del siglo XIX. Las explicaciones ofrecidas por esta geografía son adecuadas, incluso esclarecedoras, para esa época; una época de transición cuando las economías capitalistas heredaron la geografía de las economías naturales del feudalismo y de otros modos de producción precapitalistas. La división territorial del trabajo estaba influida por la diferenciación natural del planeta, de hecho estaba enraizada en ella. Sin embargo, la emergencia del capitalismo revolucionó tanto a la sociedad como a su relación con la naturaleza. La división territorial del trabajo está cada vez más emancipada de la naturaleza y, en la medida en que sobrevive, se ve provista de una nueva base material. Es cierto que el capitalismo hereda una división territorial del trabajo anclada en las diferenciaciones naturales, y que esta división permanece en mayor o menor medida; sin embargo, solo sobrevive como

---

[11] Bujarin, *Imperialism...*, p. 20.

un vestigio sujeto a los dictados de una nueva sociedad que opera bajo un nuevo conjunto de fuerzas que tienden hacia la diferenciación de las condiciones y niveles de desarrollo. Si esta vieja división territorial del trabajo permanece, lo hace por la gracia del capital.

El estudio de la naturaleza en la geografía comercial y regional tradicional ofrece un ejemplo de la ideología de la naturaleza discutida en el primer capítulo. En las manos de aquellos geógrafos, la naturaleza es vista como una entidad externa; en el mejor de los casos, interactúa con la sociedad. Frederick Jackson Turner nos regala una mirada poética acerca de esta concepción, una que acaso también ilustra su ambigua combinación entre mito y realidad:

> Así, la civilización en Estados Unidos ha recorrido las arterias forjadas por la geología, inyectando en ellas sus más ricos componentes, hasta el punto de que, por fin, las delgadas sendas del vínculo aborigen han sido ampliadas y enlazadas con los complejos laberintos de las modernas rutas comerciales; la naturaleza ha sido atravesada por los trazos cada vez más numerosos de la civilización.[12]

Cualquiera que sea el fondo ideológico de esta mirada, Turner reconoce, al igual que nosotros, la creciente importancia del comercio frente a la geología. Hay aquí una contradicción directa entre la emancipación de la naturaleza —o la más sólida tesis de la producción de la naturaleza— y las expectativas de Chisholm, Stamp y otros, en el sentido de que las condiciones naturales serían más importantes en la explicación de la distribución de la industria y el comercio. No obstante, esta última visión no era del todo inexacta. De hecho, encarna una verdad: que los geógrafos aún no terminan de desapegarse del repertorio ya descartado de una geografía obsoleta. Y que, en realidad, lo que creció en importancia no fue la geografía física como tal, sino, como sugerimos en el capítulo anterior, la dimensión espacial de la geografía que, en estricto sentido, se volvió más relevante para el progreso inexorable del capitalismo. En definitiva, esta geografía espacial es producida socialmente y ha dejado de ser un patrón natural dado. Por eso no es accidental que, desde la «revolución» cuantitativa y de las cuestiones de relevancia social, parezca que la geografía ha incubado una doble personalidad, marcada por el análisis espacial de un entorno que se separa de manera creciente de las consideraciones sobre las relaciones humano-entorno —el espacio por un lado, y el entorno (físico o humano) por el otro—. Es el modo de producción societario el que une al espacio y a la naturaleza en un único paisaje.

---

[12] Frederick Jackson Turner, «The Significance of the Frontier in American History», en *Frontier...*, pp. 14-15.

La diferenciación y la división del trabajo

La diferenciación del espacio geográfico, o lo que hemos llamado reiteradamente la división territorial del trabajo, emana de la más general división social del trabajo. Sin embargo, la pregunta sobre la división del trabajo es tan compleja que ha sido descuidada, y por eso, cuando intentamos colocar la división territorial del trabajo dentro de este marco general, en realidad agregamos una nueva trama de complejidades. Aquí intentaremos desenredar sus diferentes hilos en distintas etapas, pues aunque Marx apenas hizo una referencia pasajera a la división territorial del trabajo, es necesaria una discusión más sistemática de la división social del trabajo.

Marx, sobre todo en sus primeros trabajos, rastreó el desarrollo de esta división desde su origen en la naturaleza hasta su forma más compleja en el capitalismo. En *El capital* distinguió tres escalas diferentes en las que se producía la división del trabajo: la división *general* del trabajo (entre actividades mayores como la industria y la agricultura), la división del trabajo en *particular* (las subdivisiones en diferentes sectores de estas divisiones generales) y la división *detallada* del trabajo que acontece en el taller como procesos específicos diferentes de trabajo. Esta distinción de las diferentes escalas en las que se produce la división del trabajo no es una simple distinción filosófica, sino que surge del desarrollo de la forma específica de la producción capitalista. En particular, la sistemática división detallada del trabajo, y su distinción frente a las escalas mayores, es el producto exclusivo del capitalismo.[13]

No obstante, la división del trabajo no es la única fuente de diferenciación social que Marx identifica. Entre las otras fuentes que discute, las más importantes son aquellas que pertenecen a la división del capital. Por eso separa la economía en dos sectores —uno dedicado a crear los medios de producción y otro los medios de subsistencia— a fin de examinar la reproducción del capital. Además realiza una distinción rudimentaria entre los capitales individuales, pues sin tal distinción, la competencia capitalista es incomprensible. ¿Cuán importantes son estas fuentes de diferenciación, y cómo están relacionadas con la división del trabajo?

Aunque en años recientes se ha puesto un interés considerable en la progresiva división detallada del trabajo y en la división entre producción de plusvalía y reproducción de la fuerza de trabajo, no existen estudios sobre la división del capital y su relación con la división del trabajo. Sin la intención de ofrecer aquí una reivindicación definitiva sobre el asunto, quisiera sugerir una división tripartita del capital que coincide en parte

[13] *Capital...*, vol. 1, p. 351. Véase también Harry Braverman, *Labour and Monopoly Capital,* Nueva York, 1975, pp. 70-84.

con la ya presentada por Marx. Es así que podemos dividir una economía en tres escalas: la división del capital en *sectores*; la división del capital en *subsectores*; y la división del capital en unidades *individuales* de propiedad empleadas como capital.

1. Los Sectores de la economía están diferenciados entre sí en la escala de la división general del trabajo identificada por Marx. Aunque él no explicitó esta relación, resulta adecuada para su intento de describir la división general del trabajo. Los sectores se diferencian entre sí de acuerdo con el valor de uso de sus productos, en especial por su valor de uso en el proceso de reproducción del capital. Así, Marx distingue entre el Sector I, en el que los medios de producción (capital fijo y capital circulante) son producidos, y el Sector II, en el que son producidos artículos para el consumo individual (necesidades y lujos). Marx empleó esta distinción para demostrar la posibilidad de la reproducción sostenida del capital, y no como una división definitiva de la economía. Esto ha llevado a otros a distinguir más sectores, en especial el Sector III, que produce artículos para el consumo colectivo no productivo, como la infraestructura militar.[14] Es posible identificar otras divisiones si el objetivo es una clasificación exhaustiva de la economía en sectores. Puesto que esta no fue la intención de Marx ni la nuestra, por ahora es suficiente con identificar este nivel en el que la economía está dividida en sectores.

2. Diferentes subsectores de la economía han sido definidos por tradición en función del valor de uso inmediato de sus productos, por ejemplo, los automóviles, la construcción, el acero, los electrónicos, la educación, etc.; una distinción entre subsectores que coincide por completo con la división del trabajo de Marx. Aunque el valor de uso del producto parece ser el criterio que diferencia entre subsectores, esto es una verdad parcial. La coherencia interna de un subsector específico y, por ende, del propio subsector, se define cada vez más por la igualación interna de la tasa de ganancia en comparación con las actividades productivas de otros subsectores. Esto se logra por medio de la competencia de mercado directa, que, por supuesto, solo ocurre en la medida en que valores de uso en competencia son comparables, lo que da credibilidad a la observación superficial de que los subsectores son definidos en función de la similitud de los valores de uso que producen. La diferenciación de los subsectores entre sí nunca es completa y pueden observarse superposiciones. Esto es claro en la producción de grandes productos compuestos como las fábricas de acero o

---

[14] Véase el análisis de Mike Kindrn de la «economía de guerra permanente» en *Western Capitalism Since the War,* Harmondsworth, 1970, cap. 3; y Chris Harman, «Marx's Theory of Crisis and its Critics», *International Socialism,* núm. 2(11), 1981, pp. 48-55.

los aviones. ¿En qué medida trabaja en el sector electrónico, de la informática, de la construcción o de la industria aeroespacial el constructor de un alto horno automatizado o de un moderno Boeing 747? Y en vista de que hay superposiciones externas, los subsectores no tienden a ajustarse fácil y de forma exclusiva a un solo sector. La industria automotriz, por ejemplo, participa en los tres sectores, pues produce furgonetas para el consumo productivo, automóviles para el consumo particular y tanques para la guerra.

3. La diferenciación del capital social en unidades individuales no es una función de la división del trabajo, a pesar de que la división detallada del trabajo tiende a operar cada día al nivel del capital individual. Más bien, la diferenciación de capitales individuales viene impuesta históricamente a la acumulación del capital social por el sistema de relaciones de propiedad expresado y constituido por medio del sistema jurídico predominante. En los orígenes del capitalismo, los capitales individuales tendieron a ser sinónimo de divisiones particulares del proceso de trabajo. Los capitalistas individuales podían ser un granjero, un carpintero o un fabricante de textiles. Sin embargo, con la concentración y centralización que caracteriza a la acumulación del capital, la escala de los capitales individuales creció de manera exponencial. En la actualidad muchos pequeños capitales pueden mantenerse confinados en una división particular del proceso de trabajo, pero en la era de las carteras de inversión, esto es cierto solo para una cada vez más diminuta porción del total del capital social. DuPont no solo hace productos químicos, también extrae carbón y petróleo, opera hoteles, posee una cadena minorista y compra y vende propiedades. Al igual que en la escala de los diferentes subsectores, en la escala de capitales individuales existe una superposición considerable, pero en esta la superposición no se manifiesta como una combinación de diferentes actividades, sino como una superposición ejercida por medio del control legal, en función del entrelazamiento acordado de las participaciones accionariales.[15]

Si la división del trabajo y la división del capital están unidas, entonces nos quedamos con cuatro escalas identificables en las que acontece el proceso de diferenciación social:

- La división social *general* del trabajo (y el capital) en diferentes sectores.

[15] Para una aproximación similar a la división del capital en departamentos y sectores, véase Christian Palloix, *L'Internationalisation du capital,* París, 1975. Partes de este trabajo están disponibles en inglés como «The Self-Expansion of Capital on a World-Scale», *Review of Radical Political Economy,* núm. 9(2), 1977, pp. 1-28, y en especial pp. 25-27.

- La división del trabajo (y el capital) en diferentes subsectores *particulares.*
- La división del capital social en diferentes *capitales individuales.*
- La división *detallada* del trabajo dentro del taller o la fábrica.

Estas diferentes divisiones del trabajo no poseen la misma importancia en la determinación de la diferenciación geográfica del paisaje, y nuestra tarea ahora es evaluar su relevancia. Empezaremos con la división *detallada* del trabajo.

La división *detallada* del trabajo surge con la organización de las actividades artesanales en la industria manufacturera, donde al principio existe como una fuerza social independiente: «En esas ramas de la industria donde la maquinaria es introducida primero», escribió Marx:

> La manufactura provee, de forma general, la base natural para la división y consecuente organización del proceso de producción. […] En la manufactura, el aislamiento de cada parte del proceso es una condición impuesta por la naturaleza de la división del trabajo; sin embargo, en una fábrica totalmente desarrollada, la continuidad de estos procesos es, por el contrario, un imperativo. […] La industria moderna posee un organismo productivo que es por completo objetivo en el que el trabajador se convierte en un mero apéndice de una condición material de producción ya existente.

Por tanto, la división detallada del trabajo se convierte en una «necesidad técnica dictada por el instrumento de trabajo mismo».[16] Esto quiere decir que el desarrollo de la división detallada del trabajo como tal es sustituido como determinante central de la diferenciación del proceso de trabajo. La diferenciación en esta escala es cada vez más el producto del desarrollo técnico de los instrumentos de producción.

Aunque es central de distintas maneras, la división detallada del trabajo contribuye muy poco a la diferenciación social que, a su vez, conduce al desarrollo desigual. Esta es sobre todo una cuestión de escala espacial. La división detallada del trabajo se produce en la escala de la fábrica individual y, como mucho, afecta a las diferenciaciones geográficas a escala intraurbana. No obstante, de forma indirecta, el avance de la división detallada del trabajo puede tener un efecto más amplio. La introducción de nuevas tecnologías puede bien ser la responsable, al menos en parte, de la diferenciación del espacio a escala interurbana, regional e, incluso, internacional. Uno solo necesita pensar en el desarrollo de Silicon Valley en California, o en el suburbio de Hsinchu en Taipéi, o en la importancia de la industria

---

[16] *Capital...*, vol. 1, pp. 379, 381, 386.

aeroespacial o de las más modernas tecnologías militares en el desarrollo del llamado Cinturón del Sol en EEUU. Sin embargo, aunque las nuevas tecnologías tienen un papel importante, no se trata del desarrollo *per se* de la maquinaria sino de su efecto a gran escala (aquel de la división particular o general del trabajo) lo que juega como responsable de la diferenciación espacial. La división detallada del trabajo produce esta diferenciación solo en la medida en que implica un desarrollo de las divisiones particular o *general* del trabajo.

En la escala de la división general del trabajo, el capitalismo ha estado fundado a lo largo de la historia en la distinción entre industria y agricultura. Y aunque esta división viene superada con el desarrollo de este modo de producción, es importante en términos históricos y tiene su expresión espacial directa en la separación de la ciudad y el campo. «La separación entre ciudad y campo es el fundamento de toda división del trabajo bien desarrollada que haya sido propiciada por el intercambio de mercancías. Podría decirse que toda la historia económica de la sociedad se sintetiza en el movimiento de esta antítesis».[17] Esto escribió Marx con considerable interés para el ineludible contenido espacial de la división del trabajo. Este pasaje es en ocasiones citado de forma amplia y hasta indiscriminada por geógrafos que buscan una manera de adecuar el espacio al análisis teórico de Marx. No obstante, si no se considera de forma crítica, este pasaje puede resultar engañoso. La separación entre ciudad y campo es el *fundamento* lógico e histórico de la división social del trabajo contemporáneo en el siguiente sentido: esta división solo pudo desarrollarse de la forma en la que lo hizo cuando el proletariado fue librado de la necesidad y la responsabilidad de producir sus propios medios de subsistencia. La separación de la ciudad y el campo no se origina en el capitalismo, sino que, por el contrario, es heredada por el capitalismo temprano. No obstante, solo cuando los campesinos quedaron liberados de la tierra y migraron a la ciudad se produjo la separación final entre el campo y la ciudad. La separación entre ambas es en sí misma el producto de la división social del trabajo, pero se convierte, como indicó Marx, en el punto de partida de una división progresiva.

Por tanto, no debería apenas sorprendernos que esta mayor división del trabajo haya erosionado sus propios cimientos —la separación de la ciudad y el campo—. En la actualidad, la urbanización del área rural por medio de la industrialización de la agricultura es una realidad avasalladora que Marx previó. «La historia de la Antigüedad clásica», dijo, «es la historia de las ciudades, pero de las ciudades fundadas sobre la propiedad de la tierra y la agricultura […] la Edad Media (el periodo germánico) empieza con la tierra como

[17] Ibídem, p. 352.

el asiento de la historia, cuyo desarrollo posterior se mueve hacia delante de forma contradictoria entre la ciudad y el campo; el [periodo] moderno supone la urbanización del campo, no la ruralización de la ciudad, como en la Antigüedad».[18] La separación entra la ciudad y el campo en nuestros días aún ocurre, pero debería ser vista como un vestigio de los orígenes del capitalismo. Hablar de ella actualmente como algo central en la determinación de la división general del trabajo, tal y como se hace con regularidad, significa leer a Marx de forma acrítica, así como fosilizar la dicotomía rural-urbano. En sentido estricto, esta dicotomía deriva del más amplio dualismo ideológico de la naturaleza contra la sociedad; la máquina contra el jardín.[19]

La urbanización del campo no invalida la afirmación de Marx acerca de que la historia de la sociedad alcanza su «síntesis» en el movimiento de la antítesis entre campo y ciudad; por el contrario, la confirma. Sin embargo, uno debe estar preparado para seguir el movimiento histórico de esta antítesis hasta el punto de reconocer su *Aufhebung* o superación. Este es el caso cuando la tendencia hacia la igualación inherente al capital gana terreno frente a la diferenciación del espacio, y no obstante en este proceso, como veremos más adelante, el capitalismo cava su propia tumba. En la medida en que el desarrollo capitalista nivela la dicotomía rural-urbano y, en consecuencia, destruye el fundamento de su propia historia económica, prepara el camino no solo para su propia derrota, sino también para el desarrollo de una historia económica construida sobre nuevos cimientos. El movimiento de esta antítesis resume la historia económica de la sociedad de forma muy precisa.

Al igual que la división detallada del trabajo, la división general no es un determinante general del patrón de diferenciación espacial. Ya lo hemos visto con la separación entre campo y ciudad, pero es necesario demostrar lo mismo con respecto de la división de la economía en sectores, que supera la división entre industria y agricultura. La distinción de los tres sectores se produce, en términos económicos, en esta gran escala, por lo que podríamos esperar que cualquier correlación espacial acontezca en esta misma escala. Pero la diferenciación entre sectores solo podría ser responsable de la diferenciación espacial en la escala intraurbana de manera accidental y no sistemática.[20] A escala de la economía mundial, la concentración selec-

---

[18] *Grundisse...*, p. 479.

[19] La muerte de la dicotomía urbano-rural fue finalmente canonizada en las ciencias sociales con un debate dentro de la sociología a comienzos de la década de 1960. Véase F. Benet, «Sociology Uncertain: The Ideology of the Rural-Urban Continuum», *Comparative Studies in Society and History,* núm. 6, 1963, pp. 1-23. P. M. Hauser, «Observations on the Urban-Folk and Urban-Rural Dichotomies as Forms of Western Ethnocentrism» en P. M. Hauser y L. Schnore, *The Study of Urbanization,* Londres, 1965, pp. 503-518; Ray Pahl, «The Rural-Urban Continuum» en *Readings in Urban Sociology,* Oxford, 1968, pp. 263-297.

[20] No obstante, Manuel Castells ha intentado relacionar la distinción urbano-regional con la de reproducción y producción. Esta no es tan poco convincente como parece en primera instancia, pero como veremos adelante, la formulación de Castells está sobresimplificada y es demasiado formalista. Véase *Urban Question*, pp. 437-471.

tiva de sectores ha tenido una importancia notable. El más claro ejemplo de ello puede encontrarse en la especialización de las primeras economías coloniales, cuya principal función fue la producción de materias primas para el colonizador europeo. El subdesarrollo de África, Asia y América del sur se construyó sobre la exportación desde estos continentes de las materias primas empleadas en Europa occidental y, después, en Norteamérica. Marx ofrece una descripción vívida de este proceso en acción cuando anota su íntima relación con el desarrollo de las máquinas en las economías europeas industrializadas:

> Por un lado, el efecto inmediato de la maquinaria es incrementar la provisión de materias primas de la misma manera en que, por ejemplo, la moledora de algodón o almarrá aumentó la producción de algodón. Por el otro, el bajo costo de los artículos, causado por esta maquinaria y los medios de transporte y comunicación mejorados, proporcionó los instrumentos para conquistar los mercados extranjeros. Al arruinar la producción artesanal de otros países, la maquinaria los convierte de manera inevitable en campos para el suministro de materias primas. Así, la India Oriental fue forzada a producir algodón, lana, cáñamo, yute y añil para Gran Bretaña. Al obligar constantemente a que una parte de las manos se volviera «supernumeraria», la industria moderna dio un impulso a la migración y a la colonización de las tierras extranjeras en todos los países donde se asentó, lo que las convirtió en asentamientos para la producción de materias primas del país colonizador; por ejemplo, Australia, fue transformada en una colonia productora de lana. Florece entonces una nueva división del trabajo internacional, adecuada a los requerimientos de los centros dominantes de la industria moderna, que hace que una parte del planeta se convierta en un campo de producción agrícola, que abastecerá a la otra parte, que permanece como campo de producción industrial.[21]

El impulso de esta especialización global a las actividades del Sector I es social. No hay nada «natural» en la destrucción de esta maquinaria competitiva; aunque en la práctica la especialización social se basó en la diferenciación natural de la superficie de la Tierra. Aquí cabe decir que en la actualidad ya no es correcto sostener la división rudimentaria entre un mundo subdesarrollado y uno desarrollado bajo el argumento de que el primero provee las materias primas del segundo. Esto es así porque la continua emancipación de la producción social de los dictados de la naturaleza, vuelve cada vez menos relevantes los patrones naturales de diferenciación para el gobierno de la diferenciación espacial de los múltiples sectores económicos de producción. En tanto las materias primas son cada vez más el producto de numerosos procesos de trabajo, como

[21] *Capital...*, vol. 1, p. 451.

vimos en el caso de los plásticos, las naciones subdesarrolladas están cada vez menos atadas a la producción exclusiva de materias primas y han experimentado un considerable desarrollo industrial en algunas áreas.[22] De este modo, la diferenciación entre sectores de la economía mundial es una explicación insuficiente de la división entre el mundo desarrollado y el mundo subdesarrollado.

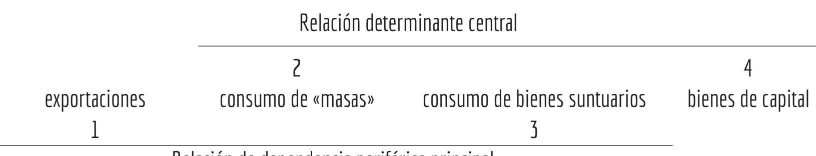
Entre los teóricos del subdesarrollo, Samir Amin es quien probablemente distingue mejor el mundo subdesarrollado del desarrollado en función de la diferenciación de sectores. Para él, el capitalismo periférico tiene una estructura bastante diferente de la del capitalismo central. Mientras el capitalismo central experimenta una acumulación centrada en sí misma, las «formaciones sociales» periféricas poseen una estructura inherente de desarrollo desequilibrada. En el centro, el desarrollo gira en torno a la producción de «bienes de capital» y al impulso del consumo de masas; en la periferia, en cambio, la base de la economía viene formada por la producción para la exportación y el consumo de bienes suntuarios, lo que resulta en una estructura desigual (Figura 1).[23] Aunque Amin está en parte interesado en la identificación de los diferentes sectores, sus distinciones no se encuentran de manera consistente en la base de su explicación sobre el subdesarrollo. Y aunque él es consciente de que el mundo subdesarrollado no puede ser definido solo por la exportación de materias primas y que ha experimentado una considerable industrialización, esta tiene como objetivo la exportación y con ello no se altera la estructura económica desequilibrada del capitalismo periférico.

Así, la producción para la exportación, *independientemente* del sector en el que ocurra, es de crucial importancia en el análisis de Amin. En consecuencia, incluso para él, la diferenciación entre sectores no está en la raíz de la diferenciación entre naciones desarrolladas y subdesarrolladas. En la medida en que la diferenciación entre sectores posee una dimensión espacial —y en vista de que es innegable que la actividad productiva en los cuatro sectores que Amin identifica está concentrada en el mundo desarrollado—, este patrón es en realidad el producto de una diferenciación espacial anterior, cuya explicación se encuentra en otra parte.

---

[22] Mandel, *Late Capitalism*, pp. 63, 370; sobre la industrialización de las economías subdesarrolladas, véase Nigel Harris, «The Asian Boom Economies and the "Impossibility" of National Economic Development», *International Socialism,* núm. 2(3), 1979, pp. 1-16; Bill Warren, «Imperialism and Capitalist Industrialization», *New Left Review,* núm. 81, 1973, pp. 105-115.
[23] Samir Amin, «Accumulation and Development: A Theoretical Model», *Review of African Political Economy,* núm. 1(1), 1974, pp. 9-26; *Unequal Development.*

Figura 1. Modelo de desarrollo central y periférico de Amin



Esto nos deja con las dos escalas restantes en las que se produce la diferenciación social, que son las responsables, en primera instancia, de la diferenciación geográfica del mundo capitalista. En la escala de los *capitales individuales*, el proceso de diferenciación es bastante directo: el capital se concentra y centraliza en algunos lugares a expensas de otros. En la escala de la división *particular* del trabajo —la división de la economía en subsectores específicos— la diferenciación del espacio geográfico es menos directa; ocurre de manera cíclica de acuerdo con la igualación de la tasa de ganancia dentro de un subsector dado, y en función del movimiento resultante del capital entre sectores, desde aquellos con tasas bajas hasta aquellos con tasas altas de ganancia. Este movimiento del capital entre subsectores adquiere una dimensión espacial debido a su sincronización: siempre que los subsectores que atraen capital sean relativamente jóvenes en la economía, su crecimiento rápido coincidirá, por lo general, con algún tipo de expansión o relocalización geográfica que busca proporcionar el espacio requerido por sus florecientes instalaciones productivas. Este corolario también se enuncia de la siguiente manera: siempre que los subsectores que están perdiendo grandes cantidades de capital sean viejos, estén establecidos o incluso sean obsoletos, y siempre que hayan estado agrupados relativamente cerca los unos de los otros, entonces las áreas enteras en las que se localizan tenderán a experimentar una desvalorización sistemática y sin compensación del capital fijo allí estableciado. La desvalorización del capital, y en última instancia su devaluación general, se expresa en lugares específicos.[24]

En las secciones III y IV examinaremos con mayor detalle la traducción espacial de la división particular del trabajo y la división entre capitales individuales. Por ahora, revisaremos la tendencia opuesta: la igualación.

[24] Harvey, *Limits*, pp. 425-446.

II. La tendencia hacia la igualación

En el capítulo anterior abordamos la «tendencia universalizante del capital» y señalamos sus resultados geográficos contradictorios. Por un lado, el espacio geográfico es producido a escala mundial como espacio relativo y, por el otro, hay una diferenciación interna del espacio geográfico en la forma de espacios absolutos distintos a diversas escalas. Aquí hemos examinado los orígenes de esta tendencia a la diferenciación, pero ahora debemos considerar de manera más concreta lo que significa que el espacio global sea producido como espacio relativo. Donde Marx plantea este problema es en el contexto del proceso de circulación, más que en el de producción. Marx enfatiza que «la circulación se desenvuelve en el espacio y el tiempo», y de hecho, dedica una breve sección a este tema en los *Grundisse*, mientras en *El manifiesto* observa junto con Engels que la «necesidad de un mercado en constante expansión para sus productos persigue a la burguesía por toda la faz de la tierra. Debe anidar, asentarse y hacer conexiones en todas partes».[25] Sin embargo, en *El capital*, Marx también señala de manera más general, aunque de forma un tanto críptica, que «por naturaleza, el capital es un nivelador». Esta generalización resulta de la observación de que el capital «exige igualdad en las condiciones de explotación del trabajo en cada esfera de la producción».[26] Por eso, la tendencia hacia la igualación de las condiciones de producción y del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas es inherente a la producción global del espacio relativo. Esta aniquilación del espacio por el tiempo es el último producto de esta tendencia a la diferenciación, pero nunca se logra por completo, pues la tendencia hacia la igualación se mantiene en constante oposición junto con su contradicción resultante, que son los determinantes más concretos del desarrollo desigual. Esta contradicción se materializa en términos históricos en el patrón concreto del desarrollo desigual, pero antes de abordar esta cuestión, debemos examinar la fuente en la esfera de la producción social de la tendencia hacia la igualación.

Ya hemos visto algunas de las expresiones geográficas de la igualación en la nivelación de la dicotomía urbano-rural y en las transformaciones de la naturaleza en un medio universal de producción. En su nivel más general, la igualación de las condiciones de producción —que se refiere a las cualidades de valor de uso y valor de cambio— es resultado de la universalización del trabajo abstracto en la forma del valor, cuyos orígenes coinciden con los de la tendencia hacia la diferenciación. La acumulación de capital no solo avanza por medio del desarrollo de la división del trabajo, sino también por medio de la adecuación de los modos precapitalistas

---

[25] *Grundisse...*, p. 533; *The Communist Manifesto...*, p. 13.
[26] *Capital...*, vol. 1, p. 397.

de producción a nivel del capital. La división del trabajo avanzada solo es posible en la medida en que el capital conquista el modo de producción.[27] La universalización de la relación trabajo-salario presagia para el trabajador una libertad que se le entrega con una mano y se le quita con la otra —la libertad de comprar y vender su fuerza de trabajo—. Como observó Marx y como fue enfatizado en la discusión anterior sobre la producción de la naturaleza, el trabajador es transformado en un «engendro mutilado». Para usar la frase de Marx, el «Juggernaut del capital» arrastra a los trabajadores a un suelo común y los hace parte de «la ausencia de todo desarrollo [que es su] especialidad». La naturaleza humana es nivelada por abajo.

Un deterioro similar resulta de la búsqueda capitalista de materias primas. En términos cuantitativos, el proceso de igualación se manifiesta en la escasez colectiva de objetos de trabajo. Desde la madera hasta las ballenas y el petróleo, la presunta escasez de estas materias es una creación social, no un acto de la naturaleza. De acuerdo con Harvey, «esta escasez es socialmente organizada para posibilitar el funcionamiento del mercado».[28] En términos cualitativos, el capital se involucra en una búsqueda frenética de los materiales —viejos y nuevos— que alimentan el proceso de acumulación. Por eso, Marx concluye:

> Todo progreso en la agricultura capitalista es un progreso en el arte, no solo de robar al trabajador, sino de robarle a la tierra; todo avance en el aumento de la fertilidad del suelo durante determinado periodo es un progreso orientado hacia la ruina de las fuentes duraderas de esa fertilidad. […] La producción capitalista, por lo tanto, solo se desarrolla […] socavando las fuentes originales de toda riqueza —la tierra y el trabajador—.[29]

Esto se aplica no solo a la tierra, sino también a los recursos minerales, animales y vegetales del planeta, lo que ya hemos discutido con mayor detalle en el capítulo 2. La producción de la naturaleza produce así una igualación en dos sentidos generales: primero, la naturaleza se convierte en el apéndice universal del capital; y segundo, la calidad de la naturaleza también es nivelada en un sentido degradante a manos del capital. No vamos a analizar aquí este punto general, antes bien vamos a poner la atención sobre el capital fijo, lo que resulta extremadamente importante para entender la tendencia hacia la igualación.

---

[27] Lo que no quiere decir que no permanezca ninguna de las sociedades precapitalistas. Sin duda lo hacen, pero como tales son transformadas y fosilizadas en el proceso de integración en el mercado mundial capitalista. En la medida en que sus relaciones directas de producción son una cosa distinta al trabajo asalariado, entonces la división del trabajo no es avanzada. Véase Ernesto Laclau, «Feudalism and Capitalism in Latin America», *New Left Review,* núm. 67, 1971, pp. 19-38 (reimpreso en su *Politics and Ideology in Marxist Theory,* Londres, 1977, pp. 15-40).

[28] *Social Justice*, p. 114.

[29] *Capital*, vol. 1, pp. 506-507.

En la medida en que la acumulación de capital depende de la producción y la reinversión de la plusvalía relativa, el desarrollo y la mejora de la «tecnología» se vuelven vitales. En tanto capital fijo en el proceso de producción, la tecnología es el vehículo para la expansión del capital y el motor de tal desarrollo. La competencia, por su parte, es la fuerza social que generaliza la necesidad de innovación a lo largo y ancho de la economía. Al asumir condiciones de trabajo similares, las nuevas tecnologías adoptadas por un capital deben ser igualadas o mejoradas por otros capitales dentro del mismo sector si pretenden sobrevivir en el mercado. Además, este incremento de la productividad del trabajo en un sector crea tanto la posibilidad como la necesidad de su incremento en otros sectores. Tal posibilidad surge del hecho de que una innovación en una esfera encontrará, con bastante probabilidad, su utilidad en otra. La necesidad surge porque el avance en un sector requeriría de avances en aquellos otros sectores con los que mantiene una relación estrecha. Marx ofrece el ejemplo de la mecanización del hilado, que «convirtió en una necesidad la mecanización del tejido que, juntos, hicieron un imperativo la revolución mecánica y química en los procesos de decoloración, impresión y teñido».[30] Ejemplos más recientes podrían incluir la industrialización de la agricultura con el fin de mantener la provisión de materias primas para un sector industrial en rápida expansión, o el desarrollo de la industria de la informática, que detonó una amplia variedad de revoluciones en la microelectrónica. Con el desarrollo de los medios de comunicación y transporte disminuyeron las barreras a la generalización geográfica de las nuevas tecnologías. En la medida en que esta generalización queda garantizada, la tendencia hacia la igualación de las condiciones y niveles de producción aumenta.

El capital asigna enormes recursos, especialmente a la ciencia, para facilitar el desarrollo y la aplicación de nuevas tecnologías. «El desarrollo completo del capital [...] ocurre», de acuerdo con Marx, cuando «todo el proceso de producción deja de estar sujeto a las habilidades directas del trabajador y queda, en cambio, sujeto a la aplicación tecnológica de la ciencia». Dada esta función mejorada del capital fijo, son requeridos nuevos sectores industriales para la investigación, el diseño y el desarrollo de instrumentos adecuados para la producción. La ciencia misma se convierte en un negocio, en el negocio de desarrollar las formas necesarias del capital fijo.

> La acumulación de conocimiento y habilidades, es decir, de las fuerzas productivas generales del cerebro social, es absorbida así por el capital y no por el trabajo, por lo que se presenta como un atributo del capital y, de manera más específica del *capital fijo*. [...] La *máquina* parece

---

[30] Ibídem, p. 383.

> entonces como la forma más adecuada del *capital fijo*, y este, en lo que respecta a las relaciones del capital consigo mismo, aparece como *la forma más adecuada de capital* en sí.[31]

Conforme el capital fijo adquiere mayor importancia, la relatividad del espacio se ve determinada cada vez más por los patrones geográficos de la inversión en esta forma de capital. La relación entre la generalización de las nuevas tecnologías y la tendencia hacia la igualación se intensifica, y las formas económicas se expresan de forma más directa en su forma geográfica. Y aunque el impulso detrás del proceso de igualación surge directamente de la esfera de la producción, los nuevos sectores de investigación, diseño y desarrollo empiezan a funcionar de forma independiente orientados hacia la igualación de las condiciones y niveles del desarrollo. Esto es evidente en el caso de la ciencia: el «desarrollo del capital fijo indica en qué grado el conocimiento social general se ha convertido en *una fuerza directa de producción*, y, por ende, en qué grado las condiciones del proceso de la vida social han quedado bajo el control del intelecto general y han sido transformadas según su criterio».[32]

Marx lleva el argumento relativo a la ciencia y al capital fijo a su conclusión lógica, que es la emergencia de una igualación de una índole por completo diferente dado el carácter contradictorio que posee la creciente centralidad del capital fijo. El capital coloca al trabajo como su única fuente de valor y, sin embargo, por su acentuada dependencia del capital fijo, vacía la base de su propia supervivencia. «El incremento de la fuerza productiva de trabajo», dice Marx, «y la mayor negación posible del trabajo necesario es la tendencia inequívoca del capital».

> Tan pronto como el trabajo en su forma directa deja de ser la gran fuente de riqueza, el tiempo de trabajo deja y debe dejar de ser su unidad de medida y, en consecuencia, el valor de cambio [debe dejar de ser la medida] del valor de uso. El *trabajo excedente de la masa* ha dejado de ser la condición de la riqueza general. […] Así, la producción basada en el valor de cambio se derrumba, y al proceso de producción material directo le es extirpada la miseria y el antagonismo.[33]

La lógica de expansión del capital lleva a la subyugación universal de todas las sociedades humanas y de toda la Tierra, lo que solo logra al imponer la regla absoluta del capital fijo dentro del capital.

---

[31] *Grundisse...*, p. 694.
[32] Ibídem, p. 706.
[33] Ibídem, p. 705-706.

Materializado en su totalidad, el equivalente —o más bien el prerrequisito— geográfico de esta eliminación de la miseria y el antagonismo es la nivelación completa de las diferencias espaciales y la promoción del desarrollo uniforme. A partir de estos pasajes de los *Grundisse*, los teóricos de la Escuela de Fráncfort desarrollaron la noción de Marx a propósito de que «las condiciones del proceso de la vida social han quedado bajo el control del intelecto general y han sido transformadas según su criterio». El autor más articulado, y quizá el mejor conocido, de esta línea ha sido Herbert Marcuse, quien intentó demostrar que no solo en la producción, sino en toda la sociedad —en las esferas cultural, psicológica, filosófica y política—, la hegemonía de la ciencia, ligada de forma inexorable a la tecnología, ha conformado estructuras de control social nuevas y casi universales. El resultado es capturado de manera adecuada en el título del libro donde más desarrolla esta tesis: *El hombre unidimensional*. Allí documenta la igualación y la degradación simultáneas de todos los reinos de la experiencia humana en función de un mínimo común denominador establecido por la estructura y los procesos del discurso científico. Aunque Marcuse solo lo alude, el correlato espacial de esta experiencia, la geografía unidimensional, es discutida y revisada de manera más explícita en la literatura sobre ciencia social y en las columnas periodísticas sobre viajes. Se trata de que la igualación de las diferencias geográficas y el empequeñecimiento del espacio mundial suceden al mismo tiempo. A más accesibles sean las tierras extranjeras, se vuelven más parecidas a las de casa, y no se trata de un ejemplo del viejo cliché sobre cómo la familiaridad genera rechazo. Sin importar su expresión social, la unidimensionalidad geográfica tiene su base histórica real en la igualación de las condiciones y en los niveles de producción. El mínimo común denominador, en un sentido geográfico, es tanto la desespacialización que conlleva la igualación de salarios o precios, como la degradación ubicua del paisaje.[34] Aquí la desespacialización es el anverso de la utopía.

Marcuse captura de forma admirable la centralidad creciente del capital fijo planteada por Marx, y por lo tanto, la centralidad de la ciencia y su tendencia a extender su dominio hacia fuera del proceso de producción. Como tal, Marcuse entiende al menos una de las facetas de la expansión del capital, la tendencia hacia la igualación de las condiciones sociales. No obstante, su pesimista conclusión acerca de la unidimensionalidad resulta prematura. Donde Marx discute la victoria de la automatización y del dominio tecnológico, no lo hace describiendo una realidad consumada o, incluso, una realidad que pudiera materializarse dentro del capitalismo,

[34] Véase, por ejemplo, Pierce Lewis, David Lowenthal y Yi-Fu Tuan, *Visual Light in America,* Washington, 1973; Edward Relph, *Place and Placeless,* Londres, 1976. Para Marcuse véase *One Dimensional Man,* Londres, 1964, en especial el capítulo 2. Véase también Habermas, *Rational Society*, cap. 6.

que, sin embargo, es lo que Marcuse parece entender de Marx. Y si bien la automatización de la mente y de la economía aún no estaba consumada en tiempos de Marx, la creciente irrelevancia de la lucha de clases y la debacle de la teoría del valor-trabajo son ahora, para Marcuse, una realidad alcanzada. Piensa, no obstante, que en el mismo pasaje Marx dejó claro que en las condiciones concretas del capitalismo es «absurdo» «convertir el capital fijo en una fuente independiente de valor, independiente del tiempo de trabajo».[35] De hecho, Marx no estaba describiendo la realidad en ese famoso pasaje de los *Grundisse*, sino destejiendo el destino lógico del desarrollo del capital fijo. No sorprende que el destino del planteamiento de Marx no fuera «el hombre unidimensional» de un capitalismo inexpugnable y bárbaro, sino, por el contrario, el socialismo. Es decir, el estadio en el que el tiempo de trabajo no es ya la medida del valor, donde el trabajo excedente de las masas no es ya la condición para el desarrollo de la riqueza social, donde la vida social está bajo el control directo del intelecto y donde el proceso de producción es liberado de la miseria y el antagonismo —todo esto no es sino la visión del socialismo de Marx, y además una de las más explícitas—. De hecho, lo que él demuestra aquí es cómo el desarrollo de una forma del capital implanta la semilla del socialismo en las entrañas del capitalismo. El proceso de igualación adquiere así una nueva dimensión.

Al igual que la tendencia a la diferenciación, la tendencia a la igualación es inherente al capital. Esto se expresa de manera más clara en el mercado mundial y en el proceso de circulación, en tanto el acto individual de intercambio crea una equivalencia social. Es en la esfera de la circulación donde la aniquilación del espacio por el tiempo intenta materializarse. No obstante, lo que se materializa en la circulación emana, por lo general, de la producción, este es el caso de la tendencia hacia la igualación. La igualación de las condiciones y niveles de producción es el producto de la universalización del trabajo abstracto y de la tendencia a la diferenciación. Deslumbrado por lo primero, Marcuse yerra en apreciar lo último. Aun así, estas tendencias opuestas, de forma conjunta, producen una geografía específica en términos históricos.

III. Acumulación, concentración y centralización del capital

Hemos visto ya que la necesidad de acumulación de capital lleva a una frenética expansión geográfica de la sociedad capitalista liderada por el capital productivo. Esto requiere de una inversión continua de capital

---

[35] *Grundisse*, pp. 701-702. No obstante, el rechazo a la teoría del valor-trabajo, para favorecer una cierta teoría del valor-tecnología, está sin duda implícito en Marcuse, mientras que en Habermas se hace más explícito.

capaz de crear el entorno construido de la producción. La lista es interminable: caminos, ferrocarriles, fábricas, campos, talleres, bodegas, muelles, alcantarillas, estaciones eléctricas, basureros industriales, etc. Estas y otras instalaciones son las formas geográficas inmovilizadas del capital fijo, y por lo tanto son centrales para el avance de la acumulación. La localización de este capital posee una complejidad particular, pues la importancia de sus diferentes aspectos y relaciones económicas cambia si examinamos el capital individual o el proceso de acumulación en su conjunto. Basada en la teoría microeconómica de la empresa, la teoría burguesa de la localización da comienzo a su análisis a partir de la decisión y las opciones individuales, para desde ahí realizar generalizaciones sobre el espacio económico en su conjunto. La teoría marxista, por su parte, comienza con la integración de las escalas micro y macro: los capitales individuales enfrentan un conjunto de restricciones, limitaciones y condiciones establecidas por la estructura y el desarrollo de la economía en general, cuyas reglas son la consecuencia de las relaciones de clase y competencia relativas al nivel de cada capital individual. Por lo tanto, no debería sorprendernos que las contundentes conclusiones geográficas que surgen de la «ley general de la acumulación capitalista» de Marx estén vinculadas de manera directa con la diferenciación del espacio en la escala de los capitales individuales. El elemento común aquí es la concentración y centralización del capital, un tema que abordaremos a continuación.

En primer lugar, debemos distinguir entre la concentración y centralización social y espacial del capital. Cuando Marx habla de esto, se refiere, por lo general, al proceso *social* por el que las unidades individuales del capital controlan cantidades cada vez más grandes de capital. El proceso de concentración y centralización espacial se refiere a la ubicación física del capital y es, por ende, diferente a la concentración y centralización social. Aquí vamos a avanzar de lo social a lo espacial, y en el proceso se explicará la diferencia entre concentración y centralización.

Marx insistió en que la acumulación primitiva es ya una concentración (social) de capital en manos de capitalistas individuales. De hecho, es la *concentración* más temprana de capital *en tanto* capital productivo (diferente del capital mercantil). Así, remarca: «Un mayor número de trabajadores trabajando juntos, al mismo tiempo, en un solo lugar [...] para producir el mismo tipo de mercancía bajo el dominio de un capitalista, constituye, tanto histórica como lógicamente, el punto de partida de la producción capitalista».[36] La concentración inicial de capital en unas cuantas manos ofrece los medios para una división del trabajo más avanzada, la producción de una mayor cantidad de productos excedentes por parte de cada capital y, en

[36] *Capital...*, vol. 1, p. 322.

consecuencia, su mayor concentración por medio de la acumulación. Esta es, propiamente dicha, la concentración, en la que cada capital crece conforme reinvierte una mayor cantidad de plusvalía como capital.

De hecho, la concentración social del capital es una necesidad, cuando no una premisa de la acumulación. En la búsqueda de plusvalía relativa, los capitales individuales son obligados a reinvertir cantidades crecientes de plusvalía para la compra de maquinaria y otros medios de producción de mayor escala, lo que requiere una concentración continua de capital con el fin de facilitar la producción a mayor escala. Ahora bien, dada la proporción en que la concentración de capital facilita el avance de la división del trabajo, el capital también debe encontrar los medios para recombinar lo que siempre está siendo dividido. Y como con todo, el capital convierte la necesidad en una ventaja. Así, este aprovecha la fuerza social de la *cooperación* inherente al trabajador y la emplea no solo para ejecutar una recombinación técnica del trabajo en el taller, sino también para reducir los costes de producción y hacer posible una variedad de procesos de producción que, sin la cooperación, serían imposibles. En los sitios donde un gran número de trabajadores trabajan unos junto a otros, dada la concentración del capital y la apropiación del poder de cooperación, el capitalista ya no se limita a poner a trabajar a un cierto número de trabajadores individuales, sino también al *trabajador colectivo*, cuya capacidad productiva excede aquella que resulta de la suma simple de trabajadores individuales. La construcción de vías férreas, dice Marx, depende fundamentalmente de la cooperación de grandes cantidades de trabajadores situados en diferentes lugares.[37] En la actualidad, con las comunicaciones electrónicas, satelitales y la tecnología informática, la cooperación transespacial y la creación de un trabajador colectivo geográficamente disperso son de vital importancia.

Aunque la cooperación «tiene su origen en la naturaleza social del trabajo», en el capitalismo parece ocurrir lo opuesto: el poder del trabajo social es considerado (literal y simbólicamente) como el poder del capital. Cuanto mayor es la concentración de capital, y con ello el desarrollo de las fuerzas productivas, más real resulta tal apariencia. La división detallada del trabajo determina cada vez menos la forma de los instrumentos de producción, como ocurrió en el periodo de predominio de la manufactura. El diseño técnico del sistema productivo es ahora lo que determina la división detallada del trabajo en el taller, lo que lleva a un cambio en la manera de realizar la combinación del trabajo. Con la producción de

[37] Ibídem, pp. 322-327. El punto general de Marx sobre la cooperación es importante, pero algunas de sus ideas secundarias son bastante sospechosas, por ejemplo cuando anota que «el espíritu animal [de una persona] [...] aumenta la eficiencia de cada trabajador individual», o que el trabajador colectivo «es, en cierta medida, omnipresente». Es muy probable que ellas deban quedarse en el siglo XIX.

máquinas por medio de máquinas y con la transformación consumada del trabajador en un mero apéndice de las fuerzas productivas —es decir, con la subsunción real antes que formal del trabajo al capital— la cooperación simple es superada por una forma más desarrollada de cooperación. «En la cooperación simple [...] la supresión del trabajador aislado por el colectivo parece ser todavía más o menos una cuestión accidental. [Pero por el otro lado] la maquinaria funciona solo por medio de la asociación del trabajo, y por lo tanto, el carácter cooperativo del proceso de trabajo se vuelve una necesidad técnica dictada por el instrumento de trabajo». En la cooperación técnicamente determinada por la máquina, el capital encuentra una fuente libre de plusvalía relativa. Las «fuerzas productivas que resultan de la cooperación» son de esta manera «fuerzas naturales del trabajo social» que el capital se apropia de manera gratuita para sí mismo.[38]

Si la acumulación de capital conduce de forma directa a la concentración del capital en las unidades existentes, también lleva de forma indirecta, aunque no menos inexorable, en dirección de un proceso mucho más poderoso: la centralización del capital. Esta ocurre en cualquier momento en que dos o más capitales independientes son combinados en un solo capital, lo que por lo general sucede de manera directa, por medio de la fusión o la absorción, o indirecta, por medio del sistema crediticio. La centralización del capital posibilita una expansión más rápida en la escala de la producción (y, potencialmente, un rápido incremento en la productividad del trabajo) que la que podría lograrse con la concentración simple del capital en las unidades existentes.

> El mundo aún no tendría ferrocarriles si tuviera que esperar a que la acumulación reuniera unos pocos capitales individuales lo suficientemente grandes como para ser adecuados para su construcción. La centralización, por el contrario, logra esto en lo que dura un parpadeo, gracias a las sociedades por acciones. [...] El capital puede convertirse en una masa poderosa en una sola mano solo porque ha sido arrancado a muchas manos individuales.

Como tal, la centralización del capital «no depende de manera alguna del crecimiento positivo del tamaño del capital social».[39] De hecho, la centralización avanza a menudo con mayor rapidez gracias a las crisis económicas, es decir, cuando el capital social se contrae. Así, la centralización es, de forma simultánea, la destrucción de un capital y el surgimiento de otro en proceso de valorización.

---

[38] Ibídem, pp. 384-386; *Capital...*, vol. 3, p. 79.
[39] *Capital...*, vol. 1, pp. 626-628.

«La centralización completa el trabajo de la acumulación»: exagera los efectos y el propósito de la concentración de capital. «El capital, en concreto, no hace otra cosa que juntar el conjunto de manos e instrumentos que encuentra a su alcance. Los coloca bajo su control. Ese es el verdadero acaparamiento; el acaparamiento de trabajadores e instrumentos en lugares específicos». El proceso de centralización es el medio más efectivo para realizar este acaparamiento, y con el continuo desarrollo de las fuerzas productivas, la centralización del capital obtiene una importancia que crece de manera continua. «En la actualidad», escribió Marx, «la fuerza de atracción que une a individuos y la tendencia hacia la centralización son mucho más fuertes». Hay que recordar que Marx escribió esto en un periodo en el que las únicas «corporaciones multinacionales» eran mercantiles o bancarias.[40] En nuestros días, el proceso de centralización en un solo sector industrial alcanzaría su límite cuando todos los capitales separados fueran combinados en uno solo. En una economía dada, el límite sería alcanzado cuando todo el capital social fuera combinado bajo los auspicios de una única organización capitalista. No obstante, como señala Marx, esta etapa nunca será alcanzada. En primer lugar porque «porciones de los capitales originales se separan y operan como nuevos capitales independientes»; y en segundo porque, gracias a un proceso que se ha vuelto mucho más importante desde tiempos de Marx, los grandes capitales centralizados crean divisiones internas que participan de manera semiautónoma en diferentes sectores de la economía sin dejar de estar bajo el mismo mando económico y la misma estructura corporativa. Así, aunque el nivel de centralización aumenta con el avance de la acumulación, solo lo hace en el contexto de una contradicción continua entre centralización social y descentralización del capital. No obstante, Marx resulta más ambicioso cuando concluye que

[40] Ibídem, p. 687; *Grundisse...*, p. 508. La siguiente tabla ofrece datos del siglo actual.
El porcentaje de activos controlados por (a) las 100 y (b) las 200 corporaciones más grandes en la economía de Estados Unidos:

	Las 100 más grandes	*Las 200 más grandes*
1925	34,5	-
1929	38,2	45,8
1933	42,5	49,5
1939	41,9	48,7
1947	37,5	45
1954	41,9	50,4
1958	46	55,2
1962	45,5	55,1
1965	45,9	55,9
1968	48,4	60,4

Fuente: Informe al Congreso sobre las Audiencias del Subcomité Antimonopolios (Congreso 91, 1969-1970)

el capitalismo ha sido incapaz de lograr la centralización total del capital. Cuando las relaciones sociales de producción impiden una descentralización adecuada surgen otras soluciones: «La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto, al fin, en el que se vuelven incompatibles con su envoltura capitalista. Entonces esta envoltura se desgarra y se escucha el final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados».[41]

Si la centralización social es la centralización del valor de cambio en cada vez menos manos, la centralización espacial es la centralización física de los valores de uso. La centralización social del capital produce y requiere una cierta centralización espacial del capital, que en la escala del capital individual provee el impulso primario para la diferenciación geográfica de las condiciones y los niveles de producción. No es que exista un mapa o una traducción automática de la centralización social a la espacial. Pues aunque la primera requiere de la segunda, la urgencia que apremia a la centralización social del capital se expresa en una diferenciación geográfica asociada a la concentración del capital en determinados centros de producción. ¿Cómo se produce entonces esta traducción de la centralización social a la espacial?

La centralización espacial del capital es ante todo una cuestión del capital productivo centralizado. Sin duda, la centralización espacial del capital dinero puede mejorarse de manera considerable gracias a la centralización del capital social como un todo, pero en sí misma, la centralización espacial del capital dinero es de poca importancia. Solo se necesitan unos cuantos bancos y otros tantos edificios para guardar los billetes, los cheques, los certificados de depósito, los pagarés, los mensajes electrónicos, etc., que circulan a través de los centros del sistema financiero mundial. Y estos edificios e instituciones, en general, no crean nuevos centros, sino que se adhieren a los ya existentes. A propósito de la centralización del capital, el capital dinero es mucho más importante en la esfera social que en la esfera espacial, pero esto no significa que sea insignificante en esta última. Al tratarse de la forma del capital más móvil, y en tanto encarnación social del valor, el movimiento geográfico del capital dinero puede engrasar las ruedas de cualquier tendencia que surja en el proceso de acumulación (ya sea hacia la igualación o hacia la diferenciación). El capital mercantil también es importante, pero en sí mismo no tiende a dictar nuevos patrones de centralización. En primer lugar, el capital mercantil invertido en el paisaje es por lo general invertido como capital productivo, incluso si su consumo no es un elemento de la producción social. Esto vale para una casa o un edificio de oficinas. Y en segundo lugar, mucho del capital mercantil materializado en el paisaje tiende a agruparse en grandes complejos de capital

[41] *Capital*, vol. 1, pp. 625, 763.

productivo. Este es el caso del desarrollo urbano en el capitalismo, donde un conjunto de servicios y actividades auxiliares son atraídos por la inversión centralizada del capital fijo. Las pocas excepciones a esta regla son tan excepcionales como para ser denominadas únicamente como ciudades administrativas. Por estas y por las razones antes anotadas con respecto del capital fijo, es razonable acercarse a la cuestión de la centralización espacial como algo que concierne en particular al capital productivo. La principal excepción a esta regla será tratada de forma específica a continuación.

Sabemos, en primer lugar, que el desarrollo de las fuerzas productivas trae consigo un incremento en la escala del propio proceso de producción. A «mayor número de trabajadores trabajando juntos al mismo tiempo y en un solo lugar», mayor será la cantidad de instrumentos y materiales empleados en la producción de plusvalía, y mayor la escala espacial del proceso de producción. Con la continua división del trabajo, tiene que agruparse a un número cada vez mayor de procesos de trabajo; incluso cuando secciones enteras del proceso de producción son separadas espacialmente —como, por ejemplo, en la separación de las unidades de autoensamblado de la producción básica— la tendencia es hacia la construcción de fábricas de mayores dimensiones. Este agrupamiento ocurre no solo de manera interna dentro de un solo capital, sino también externa. A más avanzada sea la división del trabajo, mayor tiende a ser el número de servicios y actividades auxiliares requeridos para un proceso de producción dado y el rango de capital productivo que puede emplearse en conjunto, ordenando de este modo los poderes de la cooperación geográfica. Hay por lo tanto una tendencia hacia el agrupamiento espacial de capitales en lugares de producción establecidos. No hay mayor misterio aquí: son los resultados del agrupamiento interno y externo que identificamos en la literatura burguesa como «economías de escala» y «economías de aglomeración».[42] Ambas son resultado de las economías de tiempo, los costes de circulación y el aprovechamiento de la capacidad social de cooperación, que opera por medio del trabajo activo y del don del trabajo muerto fosilizado en la estructura geográfica.

Además de los objetos e instrumentos de trabajo, el proceso de acumulación crea una centralización espacial sin precedentes de los sujetos de trabajo. «Las fuerzas que llevan a la concentración de las masas de trabajadores bajo el control de capitalistas individuales», dice Marx, «son las mismas que aumentan la masa del capital invertido, de las materias primas y de los materiales de apoyo». Allí donde los trabajadores son agrupados en un mismo lugar, el coste de la reproducción de la fuerza de trabajo se reduce, también en la medida en que el universo de necesidades puede ser

[42] Véase Walter Isard, *Location and Space Economy,* Cambridge (Mass.), 1956.

consumido de manera colectiva. De manera particular, esto significa que el tiempo de desplazamiento al trabajo se reduce a su mínimo, y con ello los salarios y el trabajo social necesario, lo que a su vez permite maximizar el tiempo de trabajo excedente. La acumulación de capital no solo es la acumulación del proletariado, como dijo Marx, sino también la acumulación del proletariado en ciertos lugares de producción. Y para sintetizar este proceso general, Marx escribió: «Si consideramos el componente material de la *acumulación*, este consiste en que la división del trabajo requiere de la concentración de los medios de subsistencia y de trabajo, que antes estaban dispersos, en determinados puntos».[43] Así, el capital ha tenido el efecto de diferenciar espacios geográficos que antes permanecían indiferenciados.

Al nivel de los capitales individuales, la concentración y la centralización del capital proveen el impulso primordial para la diferenciación geográfica. Este proceso se produce de diferentes maneras en diferentes escalas espaciales, lo que habremos de revisar en el siguiente capítulo. Por el momento examinaremos la segunda fuente potencial de diferenciación (identificada en la sección II) ubicada en el nivel de la división particular del trabajo, o en la división de la economía en subsectores. Esta es una cuestión que debe ser entendida en el contexto del ritmo histórico de la acumulación.

IV. El ritmo de la acumulación

La inversión de capital en el entorno construido se sincroniza con el ritmo cíclico más general de la acumulación de capital. Podemos esperar que esto sea más o menos cierto con respecto a cualquier subdivisión del capital. Sin embargo, esta sincronización tiene una importancia particular en relación con el capital invertido en el entorno construido debido a los prolongados periodos en los que el capital fijo es fosilizado en el paisaje. En todo momento hay capitales individuales que son materializados en el paisaje, capitales en cualquier etapa de desvalorización (el proceso rutinario por el cual el capital fijo entrega su valor, pieza por pieza, en la producción), elementos devaluados del capital fijo y remanentes abandonados del capital que han sido considerados sin valor.[44] La existencia histórica del capital en estos diferentes estados y en su forma geográfica resultante no es accidental. El ritmo histórico de inversión en el espacio construido crea patrones geográficos específicos que, a su vez, influyen de manera determinante en la agenda de acumulación del

---

[43] *Capital...*, vol. 2, p. 219; *Surplus Value...*, vol. 3, p. 271.

[44] Sobre la importancia de la distinción entre desvalorización y devaluación, véase Neil Smith, «The Concepts of Devaluation, Valorization, and Depreciation in Marx: Toward a Clarification», inédito, Department of Geography and Environmental Engineering, The Johns Hopkins University, 1981.

capital. Esta conexión ha sido destacada por un conjunto de autores, desde Kuznets y Abramowitz hasta Parry Lewis y Brinley Thomas;[45] sin embargo, ha sido Harvey quien ha ofrecido la relación más sistemática entre la teoría de la acumulación y la geografía específica del capitalismo.

Harvey desarrolla «un "modelo" cíclico de inversión en el entorno construido» basado tanto en evidencias históricas como en la teoría de las crisis del capitalismo de Marx. Al esbozar aquí esta teoría omito las reservas y complejidades que Harvey presenta y me limito a ofrecer los elementos más generales del modelo.[46] En el nivel más abstracto, la creación del entorno construido para la producción está asociado a la periodicidad de los «ciclos económicos largos» o ciclos de Kuznets de la expansión general del capital. Para explicar este resultado, Harvey sugiere que distingamos entre circuitos de la economía primarios, secundarios y terciarios. El circuito primario es el lugar tanto de la producción y el consumo de la plusvalía como el de la reproducción de la fuerza de trabajo; el circuito secundario incluye la inversión en capital específicamente en capital fijo y en el consumo necesario para producirlo, parte del cual es utilizado en la creación del entorno construido; el circuito terciario es el de la inversión en ciencia, educación, tecnología, gasto social, etc. Estos circuitos están profundamente integrados y es difícil distinguirlos por completo, aunque de hecho, Harvey planteó esta distinción en *Limits* para enfatizar la unidad del proceso. Lo importante aquí es que la lógica central permanece intocada. Marx localiza el origen de la necesidad de la crisis en el núcleo central de la acumulación de capital, refiriéndose con ello, entre otras cosas, al inicio de la sobreacumulación como condición y resultado de la crisis. Sin embargo, la crisis en el circuito primario puede ser evitada de forma temporal, al menos si se mueven las inversiones de capital a los sectores secundario y terciario. El sector secundario y, en particular el entorno construido, tiende a estar descapitalizado, dice Harvey, debido al gran tamaño de estas inversiones, su largo periodo de retorno y su tendencia a ser consumido de forma colectiva. Esto lleva a que los capitalistas individuales se resistan a invertir. La fijación del capital en el entorno construido es facilitada por diversas instituciones, en particular por el sistema crediticio y el Estado. Harvey ilustra este flujo de capital hacia el entorno construido con ejemplos históricos de los periodos inmediatos previos a las crisis, como el auge inmobiliario ocurrido entre 1969 y 1973.

---

[45] Simon Kuznets, *Capital in the American Economy,* Princeton, 1960; Moses Abramowitz, «On the Nature and Significance of Building Cycles», *Economic Development and Cultural Change,* núm. 9, 1961, pp. 225-248; Brinley Thomas, *Migration and Economic Growth,* Londres, 1973; Parry Lewis, *Building Cycles and Britain's Growth,* Londres, 1965; Ernest Mandel, *Long Waves of Capitalist Development,* Cambridge, 1980.

[46] Harvey, «Geography»; «Urban Process»; *Limits*, caps. 12 y 13.

Sin embargo, esta es solo una solución temporal que lleva muy rápido la sobreacumulación en el entorno construido, pero no sin antes haber generado nuevos patrones geográficos. Además, la sobreacumulación produce una enorme devaluación de capital y, debido a su largo periodo de retorno, vuelve particularmente vulnerable al capital fijo. Esta devaluación representa la destrucción absoluta del valor, lo que es muy diferente a la desvalorización rutinaria del capital fijo en el proceso de producción. Como señala Harvey, la devaluación sucede en lugares específicos y crea la posibilidad de que áreas enteras del entorno construido sean sometidas a ella con gran rapidez y amplitud. De entre estas crisis, Harvey distingue tres tipos: crisis *parciales*, cuyos efectos son localizados (por sector o área); crisis *cambiantes*, en las que el capital deja vacíos sectores o áreas enteras a favor de otras; y crisis *globales*, en las que todo el sistema capitalista se ve afectado en cierto grado. La crisis que se ha gestado desde 1973 es, sin duda, una crisis global.

Este modelo es solo un primer paso en el intento de relacionar el desarrollo del entorno construido con el ritmo de la acumulación. No obstante, uno ya puede observar su aplicabilidad a propósito del desarrollo urbano en particular. Además del trabajo de los autores arriba referidos a los ciclos de construcción, Isard documenta la naturaleza cíclica de la inversión en los medios de transporte; Whitehand muestra que la inversión privada y estatal en el entorno construido ocurre en diferentes partes del ciclo económico y cómo esto produce anillos alternos de desarrollo privado y público en el contexto de Glasgow; y Walker demuestra el mismo patrón cíclico de crecimiento en el proceso de suburbanización.[47] Al final, lo que comparten estos estudios es que demuestran el papel fundamental del entorno construido en el ritmo de la acumulación y las crisis en la economía capitalista.

El análisis más completo de Marx sobre la crisis se encuentra en la parte III, volumen 3, de *El capital*.[48] Allí explica que el desarrollo histórico de las

---

[47] Walter Isard, «A Neglected Cycle: The Transport Building Cycle», *Review of Economics and Statistics,* núm. 24, 1942, pp. 149-158; J. W. R. Whitehand, «Building Cycles and the Spatial Form of Urban Growth», *Transactions of the Institute of British Geographers,* núm. 56, 1972, pp. 39-55: Whitehand, «Fluctuations in the Land-Use Composition of Urban Development During the Industrial Era», *Erdkunde,* núm. 35, 1981, pp. 129-140; R. Walker, «The Transformation of Urban Structure in the Nineteenth Century and the Beginning of Suburbanization» en K. Cox (ed.), *Urbanization and Conflict in Market Societies,* Chicago, 1978, pp. 165-211; Walker, «Suburbanization»...

[48] Aquí no podemos examinar en detalle la teoría marxista de la crisis. La literatura sobre este tema es enorme, no obstante, véanse la serie de artículos de Chris Harman: «Theories of the Crisis», *International Socialism,* núm. 2(9), 1980, pp. 45-80; «Marx's Theory of Crisis»; «The Crisis Last Time», *International Socialism,* núm. 2(13), 1981; «State Capitalism, Armaments, and the General Form of the Current Crisis», *International Socialism,* núm. 2(16), 1982, pp. 37-88. Véase también el útil análisis de Anwar Shaikh, «An Introduction to the History of Crisis Theories», en la Union of Radical Political Economics, *U.S. Capitalism in Crisis,* Nueva York, 1978. Además, se puede leer J. Weeks, «The Process of Accumulation and the "Profit-Squeeze" Hypothesis», *Science and Society,* núm. 43, 1979, pp. 259-280. En *Limits*, Harvey presenta una

fuerzas productivas, que es la palanca de la acumulación, también trae consigo el «crecimiento gradual del capital constante en relación con el capital variable» —es decir, el crecimiento del capital invertido en materias primas, maquinaria, etc., en relación con la fuerza de trabajo—. En vista de que así se reduce la base relativa de donde se obtiene la ganancia, esto «lleva de forma inevitable a *una caída gradual de la tasa general de ganancia*». No obstante, la existencia de dinámicas que resisten esta caída necesaria, por ejemplo una tasa creciente de plusvalía, empujó a Marx a enfatizar que la tasa decreciente de ganancia es solo una tendencia. Más allá del impulso directo de la acumulación, una caída en la tasa de ganancia «acelera la concentración de capital y su centralización por medio de la expropiación de los pequeños capitalistas», lo que da mayor impulso al proceso de acumulación y lleva, en última instancia, hacia la sobreacumulación de capital. Así, «el decrecimiento de la tasa de ganancia y la sobreacumulación de capital tienen su origen en las mismas condiciones», y juntas detonan «crisis violentas y agudas, devaluaciones [*Entwertung*] súbitas e inevitables, estancamientos y disrupciones en los procesos de reproducción y, todo junto, un deterioro verdadero en la reproducción».[49]

De este modo, sintetizamos de forma lineal este argumento sobre la crisis. La crisis no solo es el producto de una contradicción inherente a la necesidad de desarrollo de las fuerzas productivas y las condiciones en las cuales este desarrollo debe suceder; en su génesis y desarrollo concreto, la crisis económica es contradictoria. Por eso ahora necesitamos examinar sus resultados contradictorios, dado que, sin importar cuán disruptivas sean, las crisis también pueden ser funcionales al capital. Las fusiones, las absorciones, las bancarrotas, la devaluación general (de las mercancías, de la fuerza de trabajo, de la maquinaria o el dinero) y la destrucción del capital (variable y constante) que acompañan a las crisis, preparan el terreno para una nueva fase de desarrollo capitalista. Dice Marx al respecto que, en última instancia, «la devaluación [*Entwertung*] de los elementos que componen el capital constante tendería a incrementar la tasa de ganancia; la masa de capital constante empleado habría aumentado en relación con el capital variable, pero su valor habría caído. Y el consiguiente estancamiento de la producción habría sentado las bases —dentro de los límites del capitalismo— para una nueva expansión de la producción». O, como lo presenta en otra parte, hay «periodos sucesivos de depresión, de actividad media, de precipitación, de crisis. […] No obstante, una crisis siempre se convierte en el punto de partida de nuevas y grandes inversiones».[50]

útil discusión sobre la crisis en relación con el entorno construido. Harvey parte de un primer corte de la teoría de la crisis y se mueve hacia un segundo y un tercero, siendo cada corte más complejo y el tercero explícitamente geográfico.

[49] *Capital...*, vol. 3, pp. 212, 241, 254.

[50] Ibídem, p. 255; *Capital...*, vol. 2, p. 186.

Es en este contexto, de reestructuración de las economías por medio de la crisis y de preparación para una nueva fase de expansión, que la división particular del trabajo adquiere su expresión geográfica más pronunciada. En el volumen 1 de *El capital*, Marx describe la emergencia de nuevos sectores de la industria capitalista a partir de trabajos manuales precapitalistas o las formas tempranas de la manufactura:

> Este primer periodo, durante el cual la máquina conquista su campo de acción, es de una importancia decisiva por las ganancias extraordinarias que ayudó a producir. Estas ganancias no solo representan una fuente de acumulación acelerada, sino que también atraen hacia esa esfera de producción específica una gran parte del capital social adicional que está siendo creado y que está siempre en busca de nuevas inversiones.[51]

Esta descripción también podría aplicarse al desarrollo de nuevos sectores de la industria. Ernest Mandel sugiere, por ejemplo, que las nuevas fases de acumulación de capital, que vienen pisándole los talones a las crisis, son impulsadas, en primer lugar, por las innovaciones tecnológicas que antecedieron a la crisis. El resultado de esto en la fase temprana de la expansión es un gran número de nuevos sectores industriales que crecen con gran rapidez y ofrecen tasas de ganancia muy altas. Y aunque Mandel parece llegar al punto de defender un determinismo tecnológico en los ciclos económicos, visión que no compartimos, el punto clave está bien argumentado y encuentra sustento en distintos ámbitos.[52] Marx también planteó una explicación sobre la relación entre los nuevos sectores de producción y las crisis en su discusión sobre el capital fijo. Aunque diferentes capitales tienen diferentes periodos de retorno y reciben inversión en diferentes momentos, «el ciclo de retornos interconectados que abarca un cierto número de años, en los que el capital es asegurado por sus partes fijas constitutivas, suministra una base material para las crisis periódicas». Es por esta razón, dice, que las crisis son siempre el punto de partida de nuevas y mayores inversiones.[53] Marx no profundiza en este punto y aún no ha sido objeto de una verificación empírica rigurosa; sin embargo, parece bastante razonable. Si el tiempo de retorno del capital fijo en la forma de maquinaria explica la base material de los ciclos más cortos de cinco a diez años en la economía, entonces el retorno de inversiones mayores en edificios, medios de transporte y otras «mejoras» de esta magnitud puede ser visto como la base material de los «ciclos de Kuznets» de dieciocho a veinticinco años.

---

[51] *Capital...*, vol. 1, p. 450.
[52] Mandel, *Late Capitalism*, cap. 8; Doreen Massey, «The U.K. Electrical Engineering and Electronics Industry», *Review of Radical Political Economics,* núm. 10(3), 1978, pp. 39-54; Richard Walker y Michael Storper, «Capital and Industrial Location», *Progress in Human Geography,* núm. 5, 1981, pp. 473-509.
[53] *Capital...*, vol. 2, p. 186.

La devaluación del capital productivo en el curso de una crisis y la rápida expansión que le sigue acontecen en lugares específicos, para usar la frase de Harvey, y no solo al nivel del capital individual, donde la devaluación o valorización de elementos específicos del capital fijo acontecen en ubicaciones diferenciadas. Aún más importante es que estas ocurren en lugares específicos al nivel de un sector entero de la economía. Esta relación es sugerida por Marx al vincular el retorno del capital fijo y la periodicidad de las crisis, una relación que viene materializada en la práctica en el curso de la crisis por el propio capital. Incluso cuando las crisis surgen de manera esporádica —aquí en un banco, allá en una compañía acerera, en otro lado con el productor de bienes de consumo duraderos, es decir, a lo largo y ancho del núcleo de pequeños capitalistas—, estas se desarrollan de la misma manera en que el capital controló a las economías precapitalistas en un principio, es decir, sector por sector. El capital realiza este proceso como una función de la competencia. Allí donde la devaluación se arraiga primero, sus víctimas intentan expulsarla en la dirección más sencilla, es decir, hacia sus más directos competidores. He aquí la importancia de la distinción entre crisis parcial y sectorial planteada por Harvey. Así pues, el hecho de que los sectores de la economía estén espacialmente centralizados hará que la devaluación ocurra en lugares específicos y que las crisis sectoriales se traduzcan en crisis geográficas que afectan de forma directa a regiones enteras. La obsolescencia de viejas tecnologías y la creación de otras nuevas, algo vital para el capitalismo, se traduce en la sustitución de viejas estructuras espaciales por otras nuevas.

Incluso cuando la economía se desplaza hacia una crisis global profunda —la casi uniforme igualación decreciente de la tasa de ganancia—, su impacto (la distribución de la devaluación social) se mantiene desigual. «Mientras las cosas van bien», dice Marx, «la competencia influye en la hermandad operante de la clase capitalista». De forma amigable, se dividen el mundo en imperios grandes y pequeños e inician sus negocios con entusiasmo. En cuanto aparecen los problemas, «cada uno participa en el saqueo en función del tamaño de su respectiva inversión». Sin embargo, con la crisis, la participación en las ganancias da lugar a la participación en las pérdidas, y entonces cada uno trata de minimizar las suyas individualmente. «Cuánto debe asumir el capitalista individual de la pérdida, es decir, en qué medida debe compartirla, es algo que se decide por la fuerza y la astucia, y de esta manera la competencia se convierte en una lucha entre hermanos hostiles».[54] Algunos de estos hermanos se preparan para luchar por sus imperios, otros se levantan y se van, pero al final el resultado es el mismo. La clase capitalista como un todo intenta salir de la crisis eliminando a sus hermanos pequeños y a sus pequeños imperios, y

[54] Ernest Mandel, *The Second Slump,* Londres, 1978; *Capital*, vol. 3, p. 253.

dando lugar a que estos lugares experimenten una acentuada devaluación. Si, como dice Marx, «la proporcionalidad de las ramas individuales de la producción surge como un continuo proceso de desproporcionalidad»,[55] entonces la expresión geográfica de esta desproporción se convierte en la crisis más aguda.

De acuerdo con Marx, la determinación del nivel en que el modo capitalista de producción «ha conquistado las condiciones de producción» «es indicado por la transformación del capital en propiedades inmóviles». Esto significa que el tamaño de la producción concreta del espacio se convierte en la medida de universalidad del capital. Por eso Marx declara que el capital fijo «aparece como la forma más exacta del capital».[56] No obstante, resulta evidente que en un contexto de crisis, el capital fijo se convierte en una forma por completo inadecuada de capital debido a su inmovilidad. Antes bien, es el capital circulante lo que facilita en este contexto la supervivencia de la clase capitalista, aun cuando esta haya tenido que «canibalizarse».[57] La movilidad del capital circulante en estos episodios de devaluación rápida se convierte en un factor de diferenciación más que de igualación geográfica. De esto depende la supervivencia del capital, y por eso Marx considera que el capital circulante se transforma en la forma más adecuada de capital en este contexto. El desenlace de esta contradicción es asunto de la historia.

El periodo poscrisis de la acumulación de capital hereda un espacio geográfico que ha sido profundamente diferenciado por la propia crisis. La validez de la teoría burguesa de la localización está, en el mejor de los casos, limitada a este periodo de expansión idílica, cuando los hermanos enemistados que sobrevivieron retornan a casa y se encuentran de nuevo en una relación cálida y fraterna. La teoría de la localización empieza con el supuesto de un paisaje dado diferenciado, luego examina las decisiones de ubicación de las empresas. En la medida en que la estructura de la localización —la geografía del capitalismo— es vista como algo que cambia en el tiempo, el cambio es tratado como la suma aritmética de estas decisiones. En este periodo de expansión, el capital circulante solo facilita la inversión en capital fijo, que ahora asume su misión histórica como motor de la acumulación. Así se crea un nuevo paisaje armonioso para la producción. No obstante, estas condiciones idílicas para el capital (y para la teoría de la localización) son siempre algo temporal. Ambos, el capital y la teoría, están atrapados en un flujo histórico y geográfico que no pueden explicar. Hay, además, otro supuesto en la teoría de la localización que requiere mayor atención: la presunción de que la suma de las decisiones de

---

[55] *Capital...*, vol. 3, p. 257.
[56] *Grundisse...*, pp. 740, 694.
[57] Harvey, *Limits...*, p. 438.

ubicación individuales tiende hacia una geografía del equilibrio, hacia un conjunto de localizaciones equilibradas. En su fundamento, este equilibrio supone una *igualación de las diferencias económicas* en términos espaciales. De manera irónica, los investigadores de esta tradición renuncian con rapidez a la verdad de sus resultados, afirmando que el equilibrio es solo un constructo ideal, cuando existe de hecho en el capitalismo una tendencia hacia el equilibrio.

Tanto en términos políticos como geográficos, la cuestión del equilibrio es crucial. Aquí está implícita la pregunta de si, en última instancia, el modo capitalista de producción puede resolver o acaso desplazar sus contradicciones por medio de alguna suerte de solución espacial, de un «arreglo espacial». Esto implica a su vez la cuestión de la escala; y por medio del examen de estos dos problemas, realizaremos una aproximación final con el fin de plantear una teoría general del desarrollo desigual.

Si esta discusión de la diferenciación y la igualación empezó de forma abstracta con una interpretación y una extrapolación de los distintos comentarios e ideas de Marx, el foco sobre la crisis y el ritmo de la acumulación deberían haber hecho de estas ideas algo más concreto. La devaluación sectorial del capital en medio de la crisis tiene, sin duda, un parecido directo con ello. El proceso de desindustrialización, por ejemplo, tiene sentido no solo como un proceso de devaluación, sino también como algo que es específico a determinados sectores y a determinadas regiones. Hemos llegado, por tanto, a la mitad del camino en el proyecto de integrar las tendencias fundamentales de la diferenciación y la igualación geográfica y de la división del trabajo con el ritmo temporal de la acumulación de capital. En el siguiente capítulo trataremos de completar este recorrido.

IV
HACIA UNA TEORÍA DEL DESARROLLO DESIGUAL II
LA ESCALA ESPACIAL Y LA FLUCTUACIÓN DEL CAPITAL

Si la dialéctica de diferenciación e igualación geográfica es, en última instancia, la responsable del patrón de desarrollo desigual, esto no quiere decir que concrete el proceso por sí misma. Aquí tenemos dos preguntas: primero, ¿por qué esta dialéctica no es solo una disparidad estática en los niveles de desarrollo y sí es, en cambio, un patrón de desarrollo desigual dinámico?; segundo, ¿cómo son producidas y en qué escalas opera esta dialéctica? Debemos pues resolver estas preguntas. Para empezar con la cuestión del equilibrio espacial, retornaremos al análisis de Harvey.

I. La posibilidad del equilibrio espacial

De acuerdo con Harvey, la ventaja en la localización debería ser considerada, al igual que la innovación tecnológica, como una fuente de valor excedente relativo. Los capitalistas individuales son perpetuamente empujados a buscar las ubicaciones más ventajosas. En la medida en que los productores se reubican a voluntad, su «ganancia extraordinaria» es sencillamente efímera, pues en los lugares donde se asientan durante largos periodos de tiempo se ven gravados por la renta del suelo. Si se presupone un acceso equitativo a la tecnología y una «competencia espacial», entonces la «tasa de ganancia para los productores capitalistas tenderá a ser igualada en todas las ubicaciones, ya sea por medio de la apropiación de la renta o por medio de la movilidad geográfica del capital productivo». De ello Harvey concluye:

> El efecto global a largo plazo en un plano cerrado es que la búsqueda de ganancias extraordinarias individuales en función de la ubicación hace que la tasa de ganancia promedio se acerque cada vez más a cero. Este es un resultado extraordinario. Supone que la competencia por la ventaja relativa de la localización en un plano cerrado, bajo condiciones de acumulación, tiende a crear un paisaje de producción que es antitético a la continuidad de la acumulación. Los capitalistas individuales, actuando en aras de su propio interés y luchando para maximizar sus ganancias

> bajo la presión coercitiva de la competencia, tienden a expandir la producción y a cambiar de ubicación hasta el punto en el que desaparece la capacidad de producir una mayor plusvalía. Hay, parece ser, una versión espacial de la tesis de Marx sobre la caída de la tasa de ganancia.[1]

Aunque este modelo representa una simplificación deliberada, es razonable concluir que aunque algunas formas de equilibrio son posibles, no existe tal equilibrio en el sentido de un paisaje uniforme. Por mucho que presione la tendencia a la igualación de las tasas de ganancia, a través de la movilidad del capital circulante, esta acaba fallando. Por eso Harvey anota que el equilibrio espacial de las redes hexagonales de mercado de Losch «es un paisaje de acumulación cero, por completo incompatible con el modo de producción capitalista». Así es como el «"equilibrio espacial" en el sentido burgués [igualación] es una imposibilidad en las relaciones sociales del capitalismo debido a profundas razones estructurales». Cuanto más «la producción iguale alguna condición de equilibrio espacial (la igualación de las tasas de ganancia en todas las localizaciones, por ejemplo), mayor será el incentivo competitivo para que los capitalistas individuales trastoquen las bases de ese equilibrio por medio del cambio tecnológico». Esto perturba y altera «las condiciones bajo las que fue alcanzado el equilibrio espacial precedente […]».[2]

El punto general de Harvey es que aunque sin duda hay una tendencia hacia el equilibrio espacial (en el sentido de la igualación), este se ve frenado por las también poderosas y constitutivas fuerzas del capital (por ejemplo, el dinamismo tecnológico), que tienden hacia el desequilibrio geográfico continuo. Como observamos en el capítulo anterior, a propósito de Lenin y Luxemburgo, el equilibrio espacial es de una importancia mayor. No se trata solo de que el capital tiende a crear un equilibrio espacial que funciona como un espejo geográfico que refleja su propia imagen. Se trata, en realidad, de que la producción del espacio geográfico se convierte en la principal forma de proteger el equilibrio social y económico y de evitar las crisis. Marx entendió el comercio exterior, las exportaciones y la acumulación primitiva en este sentido y, aunque en una versión simple articulada al espacio absoluto, fue también la concepción de Luxemburgo. La versión de Lenin fue más compleja en la medida en que reconoció implícitamente la relatividad del espacio. Harvey recupera la idea en relación con la sobreacumulación y se pregunta si hay una «solución espacial» a las contradicciones internas del capitalismo. Esto es lo que tiene en mente cuando enfatiza que «el espacio es un momento activo» en la totalidad de

---

[1] Harvey, *Limits...*, pp. 388-390.
[2] Ibídem, pp. 390, 393, 396. Sobre la igualación de la tasa de ganancia, véase *Capital...*, vol. 3, cap. 10.

la circulación y la acumulación del capital. «El equilibrio espacial» se convierte no solo en un llamativo efecto secundario del desarrollo capitalista, sino en una de sus necesidades integrales y en una medida de los límites del capital.

En primer lugar, no hay una solución «externa». A pesar de cuán catártica pueda resultar en el corto plazo, la exportación de mercancías, de capital productivo, de trabajadores, de divisas e, incluso, del desempleo y la devaluación, esta es solo una solución temporal que a largo plazo exacerba el problema: a más general se vuelva la crisis, más difícil resulta exportarla. En la medida en que esta solución comienza a ser exitosa, ella misma empieza a cavar su tumba. El capital invade los sectores y áreas precapitalistas con solo capitalizarlos y, así, crea un nuevo competidor. Si la capitalización es impedida, por ejemplo, por medio de los mecanismos políticos coloniales, el capital fracasa a la hora de convertir la colonia en una reserva importante de capital excedente. (Esto, más que ser benevolencia incidental, explica de manera probable el declive del imperio colonial británico). En los territorios ya capitalistas, la exportación de capital se convierte en un medio para forzar un declive más rápido de la tasa de ganancia y, en consecuencia, generalizar la crisis. Frente a esto, ¿hay una solución espacial «interna»?

La situación aquí es mucho más compleja, y Harvey dedica gran parte del último capítulo de *Limits* a reflexionar sobre algunas de estas complejidades. Concluye que los instrumentos que posibilitaron la expansión y la acumulación de capital y que, por lo tanto, echaron a andar la crisis, son los mismos que ahora obstaculizan cualquier solución espacial interna a la crisis. Lo que se requiere es una completa reestructuración del proceso de producción, que implica una devaluación racional del capital y una reinversión controlada. Sin embargo, esto es imposible debido a que el espacio económico se encuentra parcialmente desvalorizado y no puede ser devaluado de forma racional mientras este capital sea propiedad privada. La anarquía de la competencia confirma su papel como talón de Aquiles del capital. Lo que antes era un entorno construido dinámico para la producción, a la vanguardia de la expansión, demuestra ser ahora la causa de su estancamiento. Las devaluaciones esporádicas, a veces brutales, ocurren, de manera literal, donde no pueden ser administradas de forma racional. Por eso no existe la «magia instantánea» de una solución espacial, «no hay una "solución espacial" que pueda contener las contradicciones del capitalismo a largo plazo». La racionalidad de la acumulación conduce a la total irracionalidad, a la guerra, en la que el trabajador y el capital son devaluados por igual de forma abrupta. La «profundidad y amplitud de las crisis en la configuración global transforman las tendencias caníbales del capitalismo

en otras muchas formas de destrucción mutuamente aseguradas».[3] Este es el arreglo espacial más extremo, en el que se refugia el capital, cuando así tiene que ser.

En los capítulos finales de *Limits*, Harvey demuestra con contundencia el grado en el que el espacio geográfico ha sido inexorablemente arrastrado al centro del capital. Esto no significa tanto que el espacio haya sido arrojado bajo las ruedas del *Juggernaut*, como que se le haya puesto a trabajar en una sobrecalentada sala de máquinas. Y cuando falla, la venganza del capital es inmisericorde. En este sentido, el análisis de Harvey es similar al de Lefebvre, aunque con la ventaja de ofrecernos una comprensión más concreta de las fuerzas materiales que operan detrás de la producción del espacio. Además, Harvey plantea, también de forma implícita, la dialéctica de la igualación y la diferenciación geográficas que marcan el ritmo de la producción del espacio. Esta relación es tan evidente en la discusión de Harvey sobre la función de la guerra como en la descripción de Engels de la clase obrera en Manchester.

A este propósito, Harvey nos recuerda lo que observó Engels sobre la vivienda de la clase trabajadora en Manchester:

> Dondequiera que un rincón o una esquina estuviese libre, una casa fue levantada; donde hubiese un pasillo sobrante, algo fue construido. El valor de la tierra aumentó con el florecimiento de la manufactura, y cuanto más aumentó, más desmedido fue el trabajo de construcción, aunque sin referencia alguna a la salud o a la comodidad de los habitantes. La única referencia aplicable era la de obtener la mayor ganancia posible sobre el principio de que *ningún agujero es tan malo como para que lo ocupe una pobre criatura que no puede pagar por algo mejor.*[4]

Al respecto de nuestro interés por el espacio, Marx fue todavía más explícito: cualquier «observador desprejuiciado ve», nos dice, «que a mayor centralización de los medios de producción, mayor hacinamiento de los trabajadores en un espacio determinado; y que, por lo tanto, mientras más rápida es la acumulación capitalista, más miserables son las habitaciones de la clase trabajadora».[5] En términos del argumento del capítulo 3, parece que el capital no solo diferencia un espacio específicamente urbano que provee un espacio absoluto de producción centralizada, sino también otro absoluto, aunque seguramente más abominable, en el que, por medio de la restricción de la movilidad del proletariado, asegura y propicia la igualación

[3] *Limits...*, pp. 390, 426-445. Véase también Harvey, «The Spatial Fix—Hegel, Von Thunen, and Marx», *Antipode*, núm. 13(3), 1981, pp. 1-12.
[4] Engels, *The Condition of the Working Class in England,* Moscú, 1973, p. 93.
[5] *Capital...*, vol. 1, p. 657.

degradante de la naturaleza, en este caso, de la naturaleza humana. Sucede lo mismo con la devaluación del capital en la guerra. Ambas son funcionales al capitalismo, aun cuando la degradación de la naturaleza humana es sistemática y cotidiana y la guerra errática y esporádica. Con la destrucción del capital por medio de la guerra son creados espacios absolutos enormes en los que toda la naturaleza —humana y de otro tipo— es uniformada.

Esta dialéctica nos recuerda el problema de la escala geográfica. En el capítulo anterior mencionamos que para comprender por completo el desarrollo desigual del capitalismo sería necesario entender el origen de las escalas geográficas. Ahora tendemos a dar por sentada la división del mundo como algún tipo de combinación de escalas, urbana, regional, nacional e internacional, pero rara vez explicamos cómo surgieron. Entender las escalas geográficas nos ofrece una visión definitiva y crucial del desarrollo desigual del capital, pues sin un claro entendimiento de ellas es difícil comprender el verdadero significado de la «dispersión», la «descentralización», la «reestructuración espacial», etc. Ellas también nos dotarán de una mirada más afinada para entender la tendencia hacia el equilibrio geográfico y su eventual fracaso, pues el equilibrio espacial (o su ausencia) implica la producción del espacio absoluto en determinada escala. El problema de la escala ocupa una parte menor en la exposición de Harvey, lo que resulta en la impresión equivocada de que mientras una lógica sistemática, contradictoria en esencia, guía la producción capitalista del espacio, su resultado no refleja la organización del proceso, y el patrón resultante del desarrollo desigual es, para usar el término de Richard Walker, un «mosaico».[6]

El espacio geográfico precapitalista podría ser descrito como un mosaico; un mosaico de espacios de intercambio (centros y periferias), por ejemplo, constituido por un sistema de mercado bien desarrollado. Sin embargo, con el desarrollo del capitalismo, y con la creciente importancia de la producción de espacio para la supervivencia del capitalismo, tanto el producto como el proceso devinieron algo más sistemático. Considero que es posible utilizar la dialéctica de diferenciación e igualación para entender las escalas espaciales producidas por el capital, y mostrar que el resultado del desarrollo desigual es, simultáneamente, más complejo y más simple que un mosaico. Quedan pocas dudas sobre la imposibilidad de una solución espacial a las contradicciones internas del capital, pero en el malogrado intento por materializar esta solución, el capital adquiere un grado de fijación espacial que está organizado en escalas diferenciadas de actividad social.

[6] Walker, «Suburbanization»...; «Transformation of Urban Structure»...

II. Las escalas espaciales del capital

El capital hereda un mundo geográfico ya diferenciado por patrones espaciales complejos, y en la medida en que el paisaje cae preso del capital (y se le vuelve funcional de forma creciente, en el sentido referido en la sección anterior), estos patrones son agrupados en una jerarquía de escalas espaciales cada vez más sistemática. Tres escalas primarias surgen con la producción del espacio en el capitalismo: el espacio urbano, la escala del Estado nación y el espacio global.[7] Cada una de ellas surgió históricamente antes de la transición al capitalismo en diferentes grados, pero han sido transformadas por completo en dimensión y sustancia por efecto del capital. Así como la integración espacial es una necesidad de la universalización del trabajo abstracto, en la forma del valor, la diferenciación de espacios absolutos en escalas específicas de actividad social es una necesidad interna del capital. En tanto medio de organización e integración de los diferentes procesos involucrados en la circulación y acumulación de capital, estos espacios absolutos son fijados en el flujo más amplio del espacio relativo, y se convierten en el fundamento geográfico para la circulación y expansión general del valor. Por lo tanto, la creación de una economía del espacio organizada en función de estas escalas es fundamental para la determinación del valor. Se trata de un proceso dinámico, y sin importar cuán fijas estén las escalas, estas se ven sujetas al cambio. Además, en función de su determinación continua y diferenciación interna, las escalas espaciales organizan el desarrollo desigual del capitalismo. El punto clave aquí implica no solo dar por supuestas las escalas espaciales, a pesar cuán obvias puedan parecernos, sino entender su origen, condicionamiento, coherencia y diferenciación interna como algo ya contenido en la estructura del capital.

---

[7] Como observa Peter Taylor, existe un acuerdo tácito entre un amplio número de investigadores a propósito de esta división tripartita, pero no se percibe ningún intento por entender los orígenes y las funciones de estas escalas. Taylor propone la necesidad de una «economía política de la escala», y asocia estas escalas espaciales con la escala de *realidad* (espacio global), la escala de la *ideología* (el Estado) y la escala de la *experiencia* (urbana). Al definir la escala espacial de esta manera, Taylor se apoya en el trabajo de Wallerstein, cuyo análisis del sistema-mundo ofrece un mayor fundamento para entender la división del espacio mundo, en comparación con el tradicional presupuesto burgués sobre la primacía del espacio nacional y del Estado nación. Taylor se pregunta sobre cuestiones acerca de la escala que debieron haberse planteado hace tiempo; sin embargo, considero que uno no tiene que recurrir a la perspectiva del «espacio de intercambio» de Wallerstein (en lugar de aquel de la producción) para entender la escala global, ni que uno deba depender de la bastante abstracta distinción entre realidad, ideología y experiencia para encontrar las raíces de la escala espacial en el proceso social. En el mismo espíritu del trabajo de Taylor, existe ya un «enfoque materialista» más directo para entender la producción de estas escalas espaciales distintas en el capitalismo. Véase Taylor, «Materialist Framework»; «Geographical Scales Within the World Economy Approach», *Review,* núm. 5, 1981, pp. 3-11. Para una crítica a Wallerstein, véase, entre otros, Robert Brenner, «The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism», *New Left Review,* núm. 104, 1977, pp. 25-92.

La escala urbana

La centralización del capital encuentra su más completa expresión geográfica en el desarrollo urbano. Por medio de la centralización del capital, el espacio urbano es capitalizado y transformado en un espacio absoluto de producción. Si bien la diferenciación geográfica fundada en la centralización del capital también acontece en otras escalas espaciales, en estas los resultados no son ni directa ni exclusivamente el producto de la centralización. En la escala urbana, sin embargo, es donde está implicada una combinación de fuerzas más compleja, y donde el patrón final surge con mayor «claridad» que en cualquier otro lugar. En lo que se refiere al espacio urbano, resulta evidente que el capitalismo hereda la división entre campo y ciudad; no obstante, la riqueza y la actividad económica centralizada representada por la ciudad precapitalista son el resultado, en primer lugar, de la necesidad de un sistema de intercambio de mercado organizado, de funciones religiosas o de defensa. Solo con el desarrollo y expansión del capital industrial, la centralización de la actividad productiva superó la función del mercado como determinante del desarrollo urbano. Así, si la escala urbana como tal es la expresión necesaria de la centralización del capital productivo, los límites geográficos de la escala urbana (que no deben ser confundidos con las fronteras administrativas de la ciudad) son determinados por el mercado de trabajo local y por los límites del desplazamiento cotidiano al trabajo. Con el desarrollo de la ciudad capitalista se produce una diferenciación sistemática entre el lugar de trabajo y el lugar de residencia, entre el espacio de la producción y el espacio de la reproducción. Como factor empírico de los límites del urbanismo, la importancia del mercado de trabajo es bien entendida en la ciencia social burguesa, en particular en la geografía y en la economía.[8] No obstante, las implicaciones de esta relación espacial no han sido desarrolladas por esta ciencia social burguesa, dejando un vacío que Castells intenta llenar. La «unidad urbana», explica de manera correcta, es en esencia «el espacio cotidiano de una fracción delimitada de la fuerza de trabajo». A partir de aquí, sin embargo, Castells define la «especificidad de lo urbano» como un campo de «consumo colectivo»: «lo urbano es la esfera de la reproducción», mientras que la escala regional, plantea, es el espacio de la producción.[9] Esta ecuación de lo urbano versus lo regional y de la producción versus

---

[8] Existe una amplia y diversa literatura sobre esto. Véase Edward J. Taaffe, Howard L. Gauthier y Thomas A. Maraffa, «Extended Commuting and the Intermetropolitan Periphery», *Annals of the Association of American Geographers,* núm. 70, 1980, pp. 313-339; B. J. L. Berry, «Commuting Patterns, Labour Market Participation, and Regional Potential», *Growth and Change,* núm. 1, 1970, pp. 1-10; B. J. L. Berry y Q. Gillard, *The Changing Shape of Metropolitan America,* Cambridge (Mass.), 1977.

[9] La más clara exposición de esta distinción está en el Epílogo a *Urban Question*, pp. 439-452.

la reproducción descansa en una confusión algo simplista entre, por un lado, los límites geográficos de la escala urbana y, por el otro, las fuerzas y procesos que llevan en primera instancia a la centralización urbana del capital productivo.

La importancia del desplazamiento y de los límites del desplazamiento masivo de la fuerza de trabajo no es solo una cuestión física. El coste del desplazamiento al trabajo es un componente del valor de la fuerza de trabajo, y adquiere una importancia crítica en su expresión geográfica. De este modo, los límites geográficos de los mercados de trabajo cotidianos expresan los límites de la integración espacial a escala urbana: donde los límites urbanos se han extendido demasiado, la fragmentación y el desequilibrio amenazan la universalización del trabajo abstracto; donde están muy restringidos en términos geográficos, la fuerza de trabajo urbana se encuentra limitada y surge la posibilidad de un estancamiento prematuro en el desarrollo de las fuerzas productivas. De esta manera, la expansión del espacio urbano no solo implica el aumento de la centralización de las fuerzas productivas o la expansión de la escala en la que se desarrolla el sistema cotidiano de trabajo concreto. En realidad debería ser interpretada como la expansión de la esfera geográfica cotidiana del trabajo abstracto.

La igualación a lo largo del espacio urbano se logra en la unidad geográfica del mercado de trabajo. En la medida en que esta unidad es destruida y la tendencia a la igualación se ve frenada, la crisis se convierte en una amenaza para la economía del espacio urbano. Esto indica la siguiente condición: la expansión geográfica absoluta del espacio urbano debe sincronizarse con la expansión del valor que está en manos de la acumulación. Después de todo, el capital se enfrenta a una elección, seguramente sumamente restringida, con respecto de la ubicación geográfica de las nuevas actividades productivas y sus funciones auxiliares. El desarrollo bien puede generar una expansión urbana absoluta, pero esto también puede alcanzarse por medio de una expansión *in situ*: el consumo del espacio existente se intensifica, o partes de ese espacio son reproducidas o restructuradas para satisfacer nuevas necesidades. Por su parte, la diferenciación interna del espacio urbano determina las condiciones concretas sobre las que se construye la expansión urbana. En su nivel más básico, el espacio urbano está dividido entre espacios de producción y espacios de reproducción, llevando a la concentración local de actividades específicas, así como usos de suelo-industrial, transporte, residencial, recreación, distribución, comercial y financiero, entre otros.

Antes hablamos del supuesto de que el capital productivo dirigió el proceso de estructuración y reestructuración del espacio geográfico, pero solo ahora podemos ver sus límites. El capital productivo es importante todavía, no solo por la ubicación de la industria, sino también porque el capital empleado en el proceso constructivo directo es siempre capital

productivo. El consumo de las mercancías construidas, por supuesto, puede incluir una multitud de usos de suelo distintos al industrial, y por lo general no es este patrón de inversión industrial lo que dicta los otros usos a escala urbana. En la medida en que los usos de suelo residencial, industrial, de recreo y otros son diferenciados y coordinados a nivel intraurbano, la coherencia del espacio urbano resulta de la operación de una función diferente del capital. Sin importar en qué medida el desarrollo urbano es el resultado de la centralización del capital productivo, su diferenciación *interna* es producto de la división entre este y otros usos del suelo, que son administrados por medio del sistema de rentas del suelo. Cualesquiera que sean los debates y desacuerdos con respecto de la caracterización de la forma y el proceso urbanos, existe consenso entre las literaturas burguesa y marxista a propósito de que la renta del suelo juega el papel fundamental de mediación en la diferenciación geográfica del espacio urbano.[10] Como resultado directo de la renta del suelo, se configura, por medio de patrones de diferenciación urbana más complejos, un eje binario que va de las bajas rentas del suelo de la periferia a las rentas altas del centro.

El componente básico fundamental del espacio urbano es el espacio absoluto individual de la propiedad privada, y cada uno de estos espacios tiene un precio en la forma de renta de suelo. La renta de suelo de un espacio particular es determinada por un número de factores que incluyen sus propiedades (el tamaño, la forma de su superficie, su uso contemporáneo, etc.) y su relación con otras instalaciones y lugares (el centro de la ciudad, el transporte, el drenaje, etc.). El sistema de rentas de suelo uniforma el espacio en la dimensión del valor de cambio, pero lo hace como un medio por el cual después coordina e integra el uso de espacios individuales dentro del espacio urbano como un todo. De esta manera, la igualación del espacio urbano en la estructura de la renta del suelo se convierte en el medio para su diferenciación, y los usos que compiten entre sí son organizados, en primera instancia, bajo los criterios geográficos de este sistema de rentas. Sin embargo, no existe una integración garantizada o efectiva. En la medida en que algunas instalaciones son consumidas de manera colectiva y pueden servir al mismo tiempo como medios de producción y de reproducción, vemos que no existe un capital individual que sea capaz o que tenga la intención de proveerlas. Frente a eso, el Estado (a nivel local o nacional), en la medida en que es capaz de eludir el mercado del suelo, interviene para mantener las

[10] William Alonso, *Location and Land Use* (Cambridge, Mass., 1964); «A Theory of the Urban Land Market», *Proceedings of the Regional Science Association,* núm. 6, 1960, pp. 149-158; David Harvey y Lata Chaterjee, «Absolute Rent and Structuring of Space by Financial Institutions», *Antipode,* núm. 6(1), 1974, pp. 22-36; Neil Smith, «Toward a Theory of Gentrification: A Back of the City Movement by Capital not People», *Journal of the American Planning Association,* núm. 45, 1979, pp. 538-548.

condiciones de un desarrollo del espacio urbano ordenado. La racionalidad del mercado del suelo es sustituida por la lógica política directa del planeamiento urbano. Dado el consumo colectivo de la infraestructura de transporte y la importancia del desplazamiento al trabajo, el papel del Estado es crucial en la construcción de estos medios, lo que también vale para el drenaje, la electricidad, la red hidráulica, etc. El orden del mercado del suelo es evitado en nombre de un orden colectivo para el capital, aun cuando el resultado real pudiera ser el desorden.[11]

De todos modos, el competitivo mercado del suelo o, mejor dicho, su integración en la economía en general, conduce hacia el desorden por voluntad propia. En la medida en que la renta del suelo se convierte, con el desarrollo histórico del capital, en una expresión de la tasa de interés,[12] su estructura queda atada a la determinación del valor en el sistema como parte de un todo. A pesar de ello, y debido a que la tierra se transforma en un objeto de intercambio y del desarrollo especulativo, la función integradora de la renta de suelo se ve afectada. Al responder a los impulsos de la especulación, la renta del suelo es sistemáticamente bloqueada para integrar y coordinar el desarrollo urbano en un sentido consistente con los requisitos de la universalización del trabajo abstracto. Las contradicciones son desplazadas hacia arriba y hacia afuera.

La escala global

La frontera geográfica más baja del espacio global está representada por el espacio absoluto de la propiedad privada, y si dejamos a un lado la cuestión del espacio no terrestre, entonces los límites geográficos del espacio global nos están definidos. En tanto espacio absoluto, el espacio global es un contenedor eficiente de la actividad humana. Sin miedo a contradecirnos, podemos atribuir esto a la naturaleza; sin embargo, lo que le hacemos a este espacio es una cuestión por completo diferente. El capitalismo hereda la escala global en la forma de mercado mundial. De hecho, la producción de esta escala, sin importar cuán incompleta estuviera al principio, es una de las condiciones que hace posible el desarrollo del capitalismo. Y como siempre, lo que el capital hereda en una forma se transforma en otra. La acumulación primitiva del espacio (es decir, la propiedad privada o la parcelación de la tierra), que empieza en el campo,[13] provee la condición esencial para transformar la geografía del feudalismo en la geografía del

---

[11] Sobre esta yuxtaposición entre orden y desorden en la ciudad estadounidense, véase Sam Bass Warner, *The Urban Wilderness,* Nueva York, 1972, cap. 2.
[12] Harvey, *Limits...*, caps. 9 y 11.
[13] John Merrington, «Town and Country in the Transition to Capitalism», *New Left Review,* núm. 93, 1975 (reimpreso en R. Hilton [ed.], *The Transition From Feudalism to Capitalism,* Londres, 1976, pp. 170-195).

capitalismo. El mercado mundial basado en el intercambio es transformado en una economía mundial basada en la producción y en la universalidad del trabajo asalariado. La integración espacial —en el mejor de los casos, escasa y superficial—, que acontece por medio de los mecanismos de precio del mercado, se ve crecientemente infiltrada y reemplazada en su nivel más básico por la integración espacial que ocurre por medio de la ley del valor.

Mientras la escala urbana es el producto de un proceso de diferenciación ejecutado por medio de la centralización del capital, la escala internacional es solo el producto de la tendencia hacia la igualación. En esto no hay nada particularmente original: la punta de lanza de este impulso del capital hacia la universalidad es su intento por reducir la fuerza de trabajo del mundo a la condición de mercancía. El capital insinúa, conspira y fuerza la relación trabajo-salario en cada hendidura que encuentra en el sistema precapitalista. Cuando las excepciones son toleradas, incluso alentadas, se debe a lo que de otra manera sería la colonización universal de la economía mundial por la relación trabajo-salario. Así como la necesidad de acumulación implica la centralización del capital que es responsable de la formación de una escala urbana distintiva, esta misma necesidad implica la igualación de una escala global de producción. Por medio de la universalización de la relación trabajo-salario se define esta escala en el nivel de las relaciones de producción. Así es como deberíamos haberlo previsto, pues el capitalismo crea la escala geográfica global a su imagen y semejanza. A pesar de las fuerzas y procesos económicos que ayudan a constituirla, la definición de la escala global es en esencia política, ella es el producto de las relaciones de clase capitalistas.

Como medio para la universalización de la ley del valor, la expansión del capital dota de contenido político y económico al espacio absoluto que heredó. Conforme esta expansión absoluta se acerca a los límites de la escala global, los aspectos *formales* de la integración espacial por medio del mercado son subsumidos de manera incrementada por la tendencia hacia la integración espacial *real*. En términos teóricos, esta similitud con la idea de Marx de que hay una transición de una subordinación formal del trabajo al capital a una real, es exacta.[14] En términos históricos, la hegemonía cambiante de la integración espacial real a escala global está asociada al ascenso del imperialismo (que es distinto al colonialismo y fue discutido por Lenin) y a los orígenes de la Primera Guerra Mundial. Es justo este paso histórico de la integración espacial formal a la real lo que subyace a la

[14] Sobre la subordinación formal y real del trabajo, véase *Capital*, 1, p. 510; «Results of the Immediate Production Process», en la edición Vintage de *Capital,* Nueva York, 1977, pp. 1019-1038. Para una discusión de este problema con relación al desarrollo desigual de la economía estadounidense, véase Aglietta, *Capital Regulation,* Londres, 1979.

transición de la expansión geográfica absoluta del capital a la producción del espacio por medio de la diferenciación espacial interna. El colonialismo funcionó como un tipo de solución espacial «externa» transitoria, pero al hacerse real, y no solo formal, la integración espacial a escala global, se logró negar su externalidad al espacio geográfico externo. Así como la primera naturaleza llegó a ser producida dentro y como parte de la segunda naturaleza, el espacio «externo» fue también internalizado y producido *dentro y como parte de la geografía global del capitalismo*. Esto es lo que llamamos «desarrollo del subdesarrollo», un proceso que se encuentra en la base del desarrollo desigual.

Si la igualación del espacio global surge de la tendencia universal de la relación trabajo-salario, entonces el eje principal de la diferenciación geográfica a escala global es la determinación diferencial del valor de la fuerza de trabajo y, con ello, del patrón geográfico de los salarios. Las raíces históricas de este proceso se encuentran en la acumulación primitiva, pero no existe una traducción automática de las disparidades heredadas al patrón actual de diferenciación en los niveles y condiciones de desarrollo. Más bien hay una contradicción de fondo en el proceso de acumulación, en el desarrollo histórico de lo que ha determinado la diferenciación del espacio global. Aludimos a ello en la discusión sobre la solución espacial. El capital no tiene posibilidad de elegir sobre su expansión en sociedades precapitalistas, pero sí puede «elegir» cómo hacerlo. Por un lado, los capitales desarrollados y centralizados deben buscar de manera constante los elementos físicos de producción —los valores de uso necesarios— y sus fuentes más baratas, en especial nuevos materiales y fuerza de trabajo. Es decir, en la búsqueda expansiva de plusvalía relativa, el capital es llevado a convertir estos espacios externos relativamente subdesarrollados en lugares de producción y acumulación. Por otro lado, empujado por la constante amenaza de la sobreacumulación, el capital intenta convertir estos lugares en mercados para sus bienes, es decir, en lugares de consumo. Sin embargo, no puede hacer las dos cosas, ya que solo necesita convertir estas sociedades subdesarrolladas en lugares de consumo por medio de un incremento de salarios que lo facilite. Existe, pues, una contradicción entre los medios de acumulación y las condiciones necesarias para que acontezca la acumulación,[15] y ello tiene una forma geográfica mordaz.

Marx percibió esta contradicción, pero tendió a enfatizar la función del mercado en las naciones «atrasadas» como parte de su cauto optimismo a propósito del desarrollo económico indio y su énfasis en la tendencia hacia la igualación de los niveles de desarrollo. No obstante, considerado en términos históricos, el capital mismo parece haber enfatizado en estas

[15] Harvey, *Limits...*, p. 429.

áreas las posibilidades de la acumulación antes que las del consumo, manteniendo el salario diferencial y dependiendo de los mercados internos del mundo desarrollado para acelerar la tasa de consumo. Como resultado, la diferenciación geográfica del globo en función del valor de la fuerza de trabajo es replicada con una serie de características espaciales más fijas, tales como la pronunciada división internacional del trabajo y la diferenciación sistemática de la composición orgánica del capital entre áreas desarrolladas y subdesarrolladas.[16] El énfasis sobre la acumulación y el sobreconsumo es, empero, solo eso, un énfasis, pues incluso las nuevas economías en proceso de industrialización se ven definidas por su función en la división internacional del trabajo y por el control internacional del capital.[17] Al final, la contradicción entre los medios de acumulación y las condiciones necesarias para la acumulación persiste. Y permanece en esta forma dicotómica desde su origen, en la acumulación primitiva y en la oposición del capital a las sociedades primitivas. En nuestros días, no obstante, esto es menos un problema de «articulación de diferentes modos de producción» cuanto un problema de «desarrollo de un polo y de desarrollo del subdesarrollo del otro» (por emplear la perspicaz expresión de Frank).[18] Los modos precapitalistas de producción han sido integrados en el sistema mundo capitalista como «externalidades internalizadas». En tanto tales, no han logrado una transición completa de la integración formal a la real, mientras que su integración real en la economía del espacio queda inevitablemente incompleta. A mayor mercantilización de la fuerza de trabajo en la economía mundial, mayor importancia cobra el valor de la fuerza de trabajo como palanca para alterar la tendencia hacia la integración espacial. Se hace así más evidente que la base política del capital mundial es la barrera principal del desarrollo social.

La escala del Estado nación

Las escalas urbana y global son, respectivamente, la expresión geográfica consumada de las tendencias contradictorias de la diferenciación y la igualación, pero la escala del Estado nación es menos un producto directo de esta contradicción. El impulso para la producción de esta escala proviene de la circulación del capital, y con mayor precisión, de los dictados de la competencia entre diferentes capitales del mercado mundial. Bujarin planteó las cuestiones generales de que el Estado capitalista creció desde la base

---

[16] Existe una discusión y un debate considerable sobre estos problemas, pero poco desacuerdo con respecto a la importancia de las tasas salariales. Véase Amin, *Unequal Development*; Mandel, *Late Capitalism...*, cap. 11.

[17] Harris, «Asian Boom Economies»... Por lo tanto, yo discrepo con fuerza del análisis de Warren, *Imperialism...*

[18] Andre Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America,* Nueva York, 1967.

económica de la sociedad, que la internacionalización del capital significó al mismo tiempo su nacionalización (en el sentido de que se desarrollan una economía y un capital nacionales) y que esto creó la base económica para el surgimiento de este Estado nación particular. Esto conduce a la jerarquía de las leyes del valor de orden nacional, que están más o menos integradas a la ley del valor internacional. En la medida en que esto lleva al «intercambio desigual», la ley del valor internacional surge del desarrollo desigual del capitalismo y no viceversa.[19] Entonces la pregunta parecería ser, ¿por qué la organización del capital en esta escala adquiere una forma espacial fija tan rígida?

Nos hemos referido ya a la inmovilización del capital productivo en el paisaje, que es una necesidad con «un papel peculiar en la economía de las naciones», según observa Marx. Este capital «no puede ser enviado al extranjero, no puede circular como mercancías en el mercado mundial». La peculiaridad de este capital inmovilizado, que trataremos como «capital nacional», es que debe ser defendido de otros capitales si se espera que contribuya a la producción de plusvalía relativa. Esta defensa implica la provisión de apoyos en infraestructuras y en leyes comerciales, la regulación de la reproducción de la fuerza de trabajo y la protección del dinero local, que son todos necesarios al nivel del capitalista colectivo y no del individual. El Estado se desarrolla para cumplir estas tareas y para defender el capital con medios militares cuando sea necesario. Además, el capital debe defenderse de la clase trabajadora, que representa permanentemente una amenaza de revuelta. «Cada etapa del desarrollo de la burguesía como clase estuvo acompañada de su correspondiente avance político», y la «burguesía, al fin, ha conquistado para sí una influencia política exclusiva en el Estado moderno representativo gracias al establecimiento de la industria moderna y del mercado mundial».[20]

El capitalismo hereda una estructura geográfica de ciudades-estado, ducados, reinos y otros espacios absolutos localizados y parecidos que están bajo el control de Estados precapitalistas y que el propio capital se encarga de transformar. Con el incremento en la escala de las fuerzas productivas y la internacionalización del capital, el Estado capitalista combina e incorpora algunos de estos Estados de menor tamaño dentro del Estado nación, cuya extensión geográfica tiene su límite inferior en la necesidad de controlar un mercado lo suficientemente grande (de trabajo y mercancías) como para alimentar la acumulación. En su límite superior, un Estado nación muy grande tiene dificultades para mantener el control político sobre su

---

[19] Bujarin, *Imperialism*... Véase también Colin Barker, «The State as Capital»...; Arghiri Emmanuel, *Unequal Exchange,* Nueva York, 1972; y Anwar Shaikh, «Foreign Trade and the Law of Value: Part II», *Science and Society,* núm. 44, 1980, pp. 27-57.

[20] *Capital*..., 2, p. 162; Marx, *The Revolutions of 1848,* Harmondworth, 1973, p. 69.

territorio.[21] Sin importar cuánto influya en ella, la determinación real de los límites de la escala del Estado nación no se encuentra en la dialéctica de igualación y diferenciación, sino en la esfera de la política, es decir, en una serie de negociaciones históricas, de compromisos y guerras. Lo que queda determinado de forma precisa es un conjunto de jurisdicciones territoriales establecidas en el paisaje por medio de alambradas, puestos aduaneros, cercas y guardias fronterizos, que da por resultado una subdivisión del planeta en 160 o más espacios absolutos diferenciados.

En el mundo volátil y dinámico de la acumulación de capital, esta subdivisión política del planeta ha sido un arreglo destacable por su estabilidad para organizar la expansión y acumulación de capital. A pesar de cuán sustancial haya sido la reestructuración de los espacios nacionales tras ambas guerras mundiales y la descolonización del mundo subdesarrollado, la similitud del mapa mundial de 1980 con el de 1900 es mayor de lo que uno podría imaginar para un periodo de ocho décadas en la historia del capitalismo. Con toda claridad, la división de la clase trabajadora en unidades nacionales y el fomento de las ideologías nacionalistas fueron factores importantes para producir esta estabilidad. Siempre y cuando la economía mundial continuara creciendo y la acumulación a escala global se lograra por medio de mecanismos económicos de exportación de capital (en todas sus formas) y no por medio de la invasión colonial directa, no hubo necesidad de que el Estado como tal siguiera expandiéndose. De hecho, cuando llega la devaluación y la crisis, la división del mundo en Estados nación demuestra ser un mecanismo útil para desplazar los efectos más destructivos de la competencia del nivel económico de la empresa individual a la esfera política del Estado. Los componentes individuales del capital nacional sin duda experimentan episodios de devaluación, pero en la medida en que todo capital nacional es amenazado en la economía mundial, el Estado lo defiende de cualquier manera, ya sea imponiendo aranceles, embargos comerciales, exenciones fiscales o utilizando las armas (tanto en casa como fuera). De aquí deriva la afirmación de Lenin a propósito de que la guerra imperialista es solo la extensión lógica de la competencia económica.

Así planteado, surge otra cuestión importante. En la medida en que la competencia económica fuerza la devaluación, esta resulta, por lo general, en una rápida centralización del capital, pero entonces, ¿por qué, después de la imposición de la devaluación por medio de mecanismos militares y políticos, no se produce una centralización política similar que funcione como medio para una mayor centralización económica? ¿Por qué, en otras palabras, la rigidez geográfica de la escala nacional contrasta de

[21] Este problema estaba precisamente entre las cuestiones de los debates federalistas entre Jefferson, por un lado, y Hamilton y Madison, por el otro.

forma tan marcada con la fluidez de la expansión urbana? Por un lado, la descolonización del mundo subdesarrollado ha dejado claro que el control político permanente y directo ya no es un correlato necesario de la expansión geográfica de los capitales nacionales en la economía mundial. La internacionalización del capital ha producido un conjunto de instituciones internacionales, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o la Organización de las Naciones Unidas, dirigidas a cumplir algunas de las funciones de un Estado internacional, pero esto no trajo consigo la internacionalización del Estado nación en sí. Por lo tanto, la permanencia del Estado nación en su escala actual podría ser vista como una fuerza contraria a la centralización, que tiene el efecto crucial de oponerse a la caída de la tasa de ganancia. Sin embargo, aunque esto suponga tal resultado, no explica aún la estabilidad histórica de esta escala. En cambio, la explicación parece encontrarse, de manera central, en el problema del control político de la clase obrera. A pesar de su obsolescencia en términos económicos, el Estado nación se mantiene en gran medida funcional desde la perspectiva política. Es difícil imaginar que, después de la Primera Guerra Mundial, el capital británico pudiera haber controlado a los trabajadores alemanes desde Londres o que, después de la Segunda Guerra Mundial, los trabajadores europeos pudieran haber sido controlados desde Washington, DC.

En todo esto existe una terrible ironía, en particular para la clase trabajadora y para la humanidad como un todo. Dado su sufrimiento a causa de la represión política a manos del Estado, la clase trabajadora es compensada con el privilegio de tomar las armas para defender al Estado, al capital nacional y el «interés nacional».[22] La división de la economía mundial en la escala del capital nacional es el fundamento necesario para que el capital pueda impulsar sus aspiraciones de universalidad. No obstante, en tanto esto lleva inexorablemente a guerras interimperialistas, la diferenciación de la economía mundial en Estados nación no solo amenaza los cimientos del capitalismo, sino los de la humanidad misma.

En esta escala de Estados nación separados, el desarrollo y la diferenciación regionales resultan cruciales. La diferenciación interna de los territorios nacionales en regiones identificables es la expresión geográfica de la división del trabajo, tanto al nivel de los capitales individuales como al de la división particular del trabajo (entre sectores). La concentración regional del capital es el resultado directo de la tendencia a la centralización

[22] En la medida en que este control implica una ideología nacionalista, la base material de la ecuación del Estado nación y la escala de la ideología de Taylor se vuelve evidente («Geographical Scales», notal al pie 64). Cf. «Entonces hay una base material para la perpetuación y reconstitución de los prejuicios tradicionales y de las rivalidades regionales y nacionales dentro de un marco de desarrollo geográfico desigual en evolución»; Harvey, *Limits*..., p. 442.

del capital, pero no es un proceso definido con tanta especificidad como el de la escala urbana. En la diferenciación a escala regional hay mucho más involucrado, pues es en ella donde la división particular del trabajo adquiere una clara expresión espacial: diferentes sectores de la economía nacional e internacional están concentrados y centralizados en ciertas regiones. Esto es lo que de manera habitual entendemos como la división territorial del trabajo, que opera a una escala mayor que la urbana, como un solo mercado de trabajo geográfico, pero por debajo de la división internacional del trabajo, donde la movilidad de este último, entre diferentes Estados nación, está estrictamente constreñida. Sin embargo, la cristalización de distintas regiones geográficas en la escala nacional tiene la misma función que la división global entre los mundos desarrollado y subdesarrollado. Ambas proveen fuentes de trabajo asalariado (relativamente) fijas en términos geográficos, una a escala internacional y la otra bajo el control más directo del capital nacional.

El patrón temprano de la división territorial del trabajo estuvo influido en gran medida por la variación geográfica de la disponibilidad de determinadas materias primas. De hecho, algunos sectores de la economía y grupos de trabajadores con habilidades específicas se organizaron en regiones alrededor de estos recursos naturales. Sin embargo, de acuerdo con Marx, con el desarrollo del capitalismo, la «división territorial del trabajo, que confina secciones específicas de la producción en distritos especiales del país, recibe un fresco estímulo por parte de un sistema manufacturero que busca explotar estas ventajas». Si bien la intensificación de la división territorial del trabajo resulta previsible, esto solo es así en los inicios de la manufactura capitalista. Con la creciente emancipación de las fuerzas productivas de los dictados de la naturaleza, el sistema de producción, o más bien (en el lenguaje de Marx) la industria moderna, deja de ofrecer este «fresco estímulo» a los patrones heredados de especialización regional precapitalista. Antes bien, el sistema desarrolla una división territorial del trabajo unívoca, siendo destruido el mosaico regional heredado. Así, las economías locales son integradas en las economías nacional e internacional dentro del marco de una nueva configuración espacial. Esto es lo que Marx observa en relación con el desarrollo de nuevos medios de transporte que, explica, son responsables del «deterioro de los viejos centros de producción y del crecimiento de otros nuevos». El resultado es un «desplazamiento y una relocalización de los lugares de producción y de los mercados como resultado de los cambios en sus posiciones relativas que, a su vez, es impulsado por las transformaciones en la infraestructura de transportes». Marx continúa:

> Un lugar de producción que antes tuvo una ventaja especial por estar localizado sobre una carretera o un canal puede verse ahora relegado a un simple camino secundario por el que pasan trenes a intervalos relativamente largos. Por su parte, otro lugar que antes estuvo alejado de las principales rutas de comunicación puede estar ahora situado en el cruce de múltiples vías férreas. Mientras la segunda localidad se ve mejorada, la primera se ve degradada. Así, los cambios en los medios de transporte distribuyen de manera distinta una diferenciación local ya existente o engendran diferencias locales en el tiempo de circulación de mercancías, en la oportunidad para comprar, vender, etc.[23]

La cuestión a enfatizar aquí es que estos cambios y desarrollos en el espacio relativo no son accidentales ni arbitrarios, sino constitutivos de la producción a escala nacional y su diferenciación en regiones ascendentes y en declive.

En el contexto del desarrollo de las fuerzas productivas, de la creciente movilidad del capital dentro y fuera de la producción, y de la constante emancipación de la industria frente a las limitaciones naturales, los diferenciales en las tasas salariales y, en menor medida, el patrón de habilidades laborales son los que determinan el lugar exacto hacia donde fluirá y donde se concentrará el capital. A mayor centralización del capital, este nivel de diferenciación geográfica se torna más importante, pues un mayor número de capitales opera a escala nacional e internacional que a escala local, lo que les permite aprovechar (y ayudar a producir) tal diferenciación. Asimismo, la división organizacional de un solo capital en diferentes divisiones corporativas puede acentuar estas divisiones territoriales, ya que esta distinción geográfica se ve facilitada por la separación a nivel organizativo de diferentes procesos laborales que están caracterizados por diferentes condiciones de trabajo. La investigación y el desarrollo, por ejemplo, pueden concentrarse en una región donde el trabajo técnico universitario se ofrece en grandes cantidades, mientras que la producción en masa puede concentrarse en regiones que posean una reserva de trabajadores no calificados.[24]

La diferenciación del espacio nacional en función de la división territorial del trabajo es en extremo sensible al ritmo de expansión y a las crisis. Aunque a escala urbana se produzca alguna especialización de las actividades de producción, esta es más limitada que al nivel de la diferenciación regional, que está en parte definida por la división particular del trabajo. Es en este nivel donde se localizan geográficamente la expansión y la devaluación aceleradas que acompañan el ascenso y caída de sectores particulares. En este nivel, el aumento de la movilidad del capital no está

---

[23] *Capital...*, vol. 1, p. 353; vol. 2, pp. 249-251.
[24] Doreen Massey, «In What Sense a Regional Problem?» *Regional Studies,* núm. 13 (1979), pp. 233-243; «The U.K. Electrical Engineering and Electronics Industry»..., pp. 39-54.

limitado por las fronteras nacionales y, por tanto, el movimiento del capital dentro y fuera de determinadas regiones puede acelerarse y completarse de mejor manera que a escala internacional. Los efectos de la acumulación y la devaluación sobre el capital fijo se traducen de manera más aguda en el desarrollo y el declive espacial al nivel de las subdivisiones regionales del Estado nación. En el contexto de la crisis global actual, esta perspectiva tal vez ayude a explicar la creciente atención sobre los llamados problemas regionales, así como la apariencia de que la subdivisión regional del espacio nacional es una escala distinta de actividad productiva.

Aunque hemos observado las regiones como el producto de un espacio nacional diferenciado, ello no obstaculiza el desarrollo de regiones supranacionales. De hecho, dado el mecanismo político, antes que económico, por el que fueron establecidas las fronteras nacionales y las dimensiones de algunos Estados nación, podíamos esperar que se produjera el desarrollo de regiones supranacionales. En vista de la expansión de la escala de las fuerzas productivas, la continua internacionalización del capital y la fosilización de las fronteras de los Estados nación como medios de control político, el desarrollo de regiones supranacionales puede verse como una necesidad económica para todos excepto para los Estados nación más grandes. Esto es lo que está sudediendo en Europa en estos días, donde la internacionalización del proceso de producción y su consecuente patrón de desindustrialización en el norte y expansión en el sur está conduciéndola hacia una completa división supranacional entre regiones. La profecía de Gottmann, planteada en 1960, a propósito de que «estas regiones europeas podrían estar seriamente en peligro de quedarse sin espacio», no se ha realizado. De hecho, la idea de que las regiones pueden «quedarse sin espacio» tiene poco sentido una vez que comprendemos la contradicción entre la determinación económica de la escala regional y la determinación política de las fronteras nacionales. La pregunta real, a la luz de la experiencia europea, es si la diferenciación del espacio geográfico al nivel de regiones separadas permanecerá como un subconjunto de la escala nacional, o si, como pareciera más probable, la división del espacio global en regiones estará determinada de manera más directa a escala internacional en el contexto de la nueva división internacional del trabajo.[25]

El capital, no obstante, intenta reforzar de manera continua la integración espacial a pesar de las barreras geográficas que se autoimpuso (en este caso las fronteras nacionales que bloquean la expansión regional). En este punto la contradicción se desborda, pues aunque el capital escapa a un conjunto de barreras espaciales, las reinstala en una escala diferente.

---

[25] Gottmann, *Megalopolis...*, p. 218; Carney, Hudson y Lewis, *Regions in Crisis...*; Frank Moulaert y Patricia Wilson Salinas (eds.), *Regional Analysis and the New International Division of Labour,* Boston, 1983.

Las nuevas regiones supranacionales requieren de instituciones políticas que les ayuden a cimentar su unidad y el desarrollo de la Comunidad Económica Europea (CEE) en particular le debe mucho a este proceso. El nuevo carácter fijo del espacio trae de vuelta las viejas contradicciones de la integración y por eso no es una solución espacial. Sin embargo, y esto es más importante, la tendencia hacia la internacionalización del capital está fuertemente restringida por la necesidad del Estado nación como medio de control político. Esto también resulta evidente en la experiencia de la CEE. Por eso en esta escala tenemos una versión geográfica del diagnóstico de Marx de que los medios de acumulación de capital avanzan de forma inevitable hacia la contradicción frente a las condiciones de la acumulación, es decir, los medios necesarios para regular y controlar la base política del capital —la relación trabajo-salario— se oponen a la capacidad expansiva del capital.

En resumen, el impulso de la universalidad en el capitalismo solo produce una igualación limitada de los niveles y condiciones de desarrollo. El capital produce escalas espaciales distintas —espacios absolutos— en los cuales se concentra el impulso hacia la igualación. No obstante, esto solo es posible por medio de una profunda diferenciación y una continua rediferenciación del espacio relativo entre y dentro de las escalas. Estas no están fijas por sí mismas, sino que se despliegan (con todo y sus crecientes malestares) en el marco del desarrollo del capital. Las escalas no son impenetrables y, por ejemplo, las escalas urbana y nacional son también productos de un capital mundial que continúa moldeándolas. Empero, la necesidad de escalas diferenciadas y de sus diferenciaciones internas se mantiene fija, lo que nos ofrece el último elemento para la fundación de la teoría del desarrollo desigual.

III. Una teoría de la fluctuación del desarrollo desigual

En un destacable pasaje del volumen 3 de *El capital*, Marx integra un conjunto de temas que se encuentran en el centro de su análisis del capitalismo. El incremento de la masa de ganancia, explica, supone una tasa de ganancia más lenta, pero también la centralización en masa del capital, «es decir, la absorción de los capitalistas pequeños y su privación del capital por parte de los grandes»:

> Es de nuevo un ejemplo —aunque elevado a la segunda potencia— de la separación de los productores de las condiciones de producción, productores a los que aún pertenecen los pequeños capitalistas, en tanto su propio trabajo continúa jugando un papel. El trabajo de un capitalista se mantiene en proporción inversa al tamaño de su capital, es decir, al

> tamaño de su condición de capitalista. Es esta separación del productor de las condiciones de producción la que posibilita el surgimiento del capital. Comienza con la acumulación primitiva [...] que aparece como un proceso permanente en la acumulación y concentración de capital, y se expresa, en última instancia, como centralización de los capitales existentes en unas pocas manos y en su privación para muchos otros (a quienes se les ha aplicado la expropiación). Este proceso centrípeto pronto produciría el colapso de la producción capitalista, si no fuera por las tendencias contrarias que tienen un continuo efecto descentralizador.[26]

En términos más geográficos, Marx señaló que «el capital crece en grandes cantidades en un lugar y bajo una sola mano porque muchas otras lo han perdido en otro sitio».[27] Si traducimos lo aquí expuesto desde una perspectiva geográfica y en función de la discusión anterior sobre el equilibrio y la escala espacial, entonces tendremos los fundamentos de la teoría del desarrollo desigual.

Detrás del actual patrón de desarrollo desigual están la lógica y el impulso del capital hacia lo que aquí denominaremos su movimiento «fluctuante». Si la acumulación de capital supone el desarrollo geográfico, y si la dirección de este desarrollo es guiada por la tasa de ganancia, entonces podemos imaginar el mundo como una «superficie de ganancia» producida por el propio capital en tres escalas distintas. El capital se traslada hacia donde la tasa de ganancia encuentra su punto máximo (o al menos hacia donde ella es mayor), y estos movimientos están sincronizados con el ritmo de acumulación y las crisis. La movilidad del capital produce, por un lado, el desarrollo de áreas con tasas de ganancia mayor y, por el otro, el subdesarrollo de otras donde la tasa es menor. No obstante, la lógica del proceso de desarrollo en sí mismo conduce a la disminución de la tasa de ganancia mayor, lo que podemos observar no solo en la conclusión de Marx acerca de que existe una tendencia hacia la igualación de la tasa de ganancia —que tiene una clara expresión geográfica—, sino también en cada escala espacial de manera concreta. En las escalas internacional y nacional, el desarrollo de las fuerzas productivas en un determinado lugar produce una menor tasa de desempleo, un incremento de la tasa salarial, la emergencia de sindicatos obreros y otros procesos que contribuyen eventualmente a disminuir la tasa de ganancia y a destruir la razón misma del desarrollo. Algo similar ocurre en la escala urbana, donde el desarrollo de áreas subdesarrolladas lleva al rápido incremento de las renta de suelo y a la imposibilidad de un mayor desarrollo tras un determinado tiempo.

---

[26] *Capital...*, vol. 3, p. 246.
[27] Ibídem, vol. 1, p. 626.

En el polo opuesto, el del subdesarrollo, la falta de capital o su desbordamiento persistente, producen altas tasas de desempleo, salarios bajos y menores niveles de organización obrera. De esta manera, en determinados momentos, el subdesarrollo se convierte en la condición que hace altamente rentables ciertas áreas específicas y, por ende, susceptibles a un rápido desarrollo. El subdesarrollo, al igual que el desarrollo, actúa en cada escala espacial, y el capital intenta moverse geográficamente de tal forma que explota de forma continua las oportunidades de desarrollo sin asumir los costes económicos del subdesarrollo. Esto significa que el capital intenta moverse de un área desarrollada a una subdesarrollada, para en un punto posterior volver a la primera, que para entonces se habrá subdesarrollado, y así sucesivamente. En la medida en que el capital no encuentra una solución espacial en la creación de un entorno fijo para la producción, recurre entonces a la movilidad completa como si esta fuera esa solución. De este modo, el carácter fijo del espacio y la desespacialización no son sino frutos del mismo proceso. El capital no busca construir un equilibrio en el paisaje, sino uno que sea adecuado a su capacidad para saltar de un paisaje a otro de manera sistemática. Este es el movimiento fluctuante del capital que subyace al amplio proceso del desarrollo desigual.

En *El manifiesto comunista,* escrito en el contexto de la expansión geográfica del capital, Marx y Engels afirman que este «crea un mundo a su imagen y semejanza».[28] Esto es claro en la contradicción geográfica entre desarrollo y subdesarrollo, donde la sobreacumulación de capital en un polo coincide con la sobreacumulación de trabajo en el otro. Mandel plantea esta cuestión de forma sucinta cuando dice que «desde el punto de vista marxista […] el subdesarrollo es siempre en última instancia subempleo, tanto cuantitativa (desempleo generalizado) como cualitativamente (baja productividad)».[29] Si regresamos a la discusión sobre la ideología de la naturaleza del capítulo 1, entonces podemos preguntarnos retóricamente con Sohn-Rethel lo siguiente: «¿Cómo puede la verdad del mundo burgués presentarse de otra manera que no sea por medio del dualismo?»[30] En el contexto del desarrollo desigual, donde los espacios desarrollados y subdesarrollados son producidos como opuestos geográficos, la pregunta toma una significación más concreta y más profunda.

La cuestión aquí no es solo que el capital crea un mundo geográfico fijo a su imagen y semejanza, en el que desarrollo y subdesarrollo son reflejos geográficos de la relación capital-trabajo, sino que el dinamismo del espacio geográfico es también una expresión forjada a imagen

---

[28] *The Communist Manifesto...*, p. 14.
[29] Mandel, *Late Capitalism...*, pp. 60-61.
[30] Sohn-Rethel, *Intellectual and Manual Labour...*, p. 15.

y semejanza del capital. La fluctuación entre espacios desarrollados y subdesarrollados, y viceversa, no es otra que la expresión geográfica del inevitable movimiento constante entre el capital fijo y el capital circulante y viceversa. En un nivel aún más básico, se trata de la manifestación geográfica del movimiento, también constante y necesario, entre el valor de uso y el valor de cambio y viceversa.

Con todo lo que esto puede implicar, se trata de lo que el capital se esfuerza por hacer: lucha por moverse del espacio desarrollado al subdesarrollado de manera continua, privando al primero de capital durante una temporada, condenándolo al subdesarrollo y así poder volver a él después. Si logra moverse con suficiente presteza, el capital es capaz de permanecer un paso por delante de la caída de la tasa de ganancia. En la medida en que el capital efectúa esta fluctuación geográfica, puede, de hecho, alcanzar una suerte de solución espacial, pero al no ser omnipotente, lo que acaso puede llegar a hacer —en una realidad construida por él mismo— es mucho más limitado.

En la medida en que el desarrollo desigual que resulta de la fluctuación del capital depende de la facilidad que este tenga para desplazarse, podemos esperar que el desarrollo más avanzado de este patrón se encuentre donde el capital es más móvil, es decir, en la escala urbana. Y de hecho, el patrón más desarrollado del desarrollo desigual se observa en esta escala. La descentralización geográfica del capital por medio de la construcción de suburbios llevó al subdesarrollo de la ciudad central. El capital ha sido atraído por el rápido incremento de la renta del suelo que acompañó al desarrollo suburbano, y por eso, la ciudad central, con sus ya altos niveles de renta del suelo y, por lo tanto, bajas tasas de ganancia, ha sido privada de capital de manera sistemática. Esto condujo hacia una devaluación estable de todas las áreas de la ciudad central, ya se tratara de usos de suelo portuarios, comerciales, de almacenamiento o residenciales. En algún punto, la devaluación del capital reduce la renta del suelo de tal manera que el «diferencial» entre la renta capitalizada del suelo y la renta potencial del suelo (dado su «alto» uso) se vuelve lo suficientemente grande como para hacer posible la renovación y la gentrificación. La ciudad central, que fue subdesarrollada por la suburbanización del capital, se transforma ahora en foco del desarrollo (o de un nuevo desarrollo).[31] La reestructuración contemporánea de Estados Unidos y, en menor medida, de las ciudades europeas, implica la concentración de usos de suelo recreativos y residenciales, así como de trabajos con perfil profesional y administrativo para

[31] Smith, «Theory of Gentrification»..., nota al pie 10; «Gentrification and Uneven Development», *Economic Geography* 58 (1982), pp. 139-155. La peculiaridad de la escala urbana frente a las otras es, en parte, que la descentralización es a la vez expansión de la escala urbana en sí misma, y de ninguna manera una *re*-centralización de las actividades en otro sitio.

las clases medias en la ciudad central. Asimismo, esta supone una mayor suburbanización de las actividades rutinarias industriales y de oficina.

Si bien la fluctuación del capital resulta evidente en la escala urbana, no lo es tanto en la escala del Estado nación. No cabe duda de que la crisis actual trae consigo una reestructuración de las regiones geográficas;[32] sin embargo, lo que no está del todo claro es si esto se explica por el movimiento de fluctuación del capital. Regiones subdesarrolladas como Escocia central y Nueva Inglaterra, por ejemplo, han empezado a atraer desarrollo de nuevo, pero hasta ahora de manera limitada en cobertura y tamaño. La respuesta a la pregunta de cuán lejos irá esta fluctuación es, en esencia, empírica. No obstante, hay otra pregunta por hacer a propósito de si las diferencias son convergentes o divergentes, lo que a su vez plantea la pregunta más básica de si las diferencias regionales no han pasado a ser irrelevantes. En la medida en que el crecimiento metropolitano presiona a escala regional, las diferencias regionales son representadas, de hecho, como diferencias entre centros urbanos. Así, en cuanto se logra la igualación de las condiciones y niveles de producción, el nivel de diferenciación regional se diluye. No obstante, el desarrollo de regiones supranacionales apunta en dirección contraria: hacia una división entre regiones más acentuada. Esto bien puede significar que la respuesta a esta pregunta descansa en la relación entre el tamaño de los Estados nación involucrados y el nivel de internacionalización del capital. En cualquier caso, resulta claro que a la luz de la teoría del desarrollo desigual, la aparente convergencia entre diferentes regiones —sugerida por diversos autores[33]— puede explicarse de distintas maneras. El desarrollo del cinturón del sol y el subdesarrollo del noreste de EEUU, por ejemplo, no son precisamente un ejemplo de convergencia; por el contrario, son la primera fase de la fluctuación geográfica. En lugar de encontrarse en un terreno común, como enuncia la tesis de la convergencia, estas regiones bien pueden pasar desapercibidas entre sí.

A escala internacional, hay pocas pistas sobre esta fluctuación geográfica en marcha. Por un lado, la riqueza y el desarrollo capitalista están concentrados en unas cuantas naciones ricas, mientras que la pobreza se encuentra segregada de igual manera, aunque a escala mundial. La movilidad del capital, pero en especial la del trabajo, se ve restringida por la rigidez de las fronteras del Estado nación y por las también rígidas condiciones contradictorias del desarrollo y el subdesarrollo. Sin duda, hay un conjunto de países cuya industrialización es reciente, como México, Venezuela, Kuwait, Arabia Saudita o las pujantes economías del este de Asia. Por otro lado, tenemos también los llamados Estados centrales que

[32] Carney, Hudson y Lewis, *Regions in Crisis*.
[33] Véase, por ejemplo, Brian Berry, «Inner City Futures: An American Dilemma Revisited», *Transactions of the Institute of British Geographers,* núm. 5(1), 1980, pp. 1-28.

están experimentando una devaluación dramática y sin atenuantes; entre estos destaca Gran Bretaña. Y sin embargo, estas son excepciones, pues las naciones de reciente industrialización solo son integradas de manera parcial a la economía mundial sobre la base de una muy bien definida división del trabajo.[34] A pesar de todos sus problemas, el Estado británico se mantiene financiera y militarmente, junto a Estados Unidos, en el centro del orden capitalista mundial.

Que el movimiento de fluctuación resulte evidente a escala urbana pero difícil de percibir a escala internacional, muestra los límites de esta teoría del desarrollo desigual. De hecho, cuanto más luche el capital para lograr tal fluctuación como una manera de contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, más absolutos se volverán los espacios geográficos que el capital deberá crear y más grandes las barreras que deberá enfrentar a fin de impulsar la acumulación, localizar la devaluación e incrementar la movilidad que haga posible su fluctuación. Al avanzar hacia el futuro y escapar del pasado, el capital se ve continuamente tentado a abrazar la movilidad o a anclarse, pensando que son versiones alternativas de la solución espacial. En la medida en que ninguna de estas funciona, a pesar de que cada una de ellas trae consigo una tendencia hacia la igualación o la diferenciación del paisaje geográfico, el resultado es el desarrollo desigual del capitalismo, que fluctúa en sí mismo entre la más estable desigualdad de la escala global y la más fluida desigualdad de la escala urbana. Sin importar qué límites se le impongan, el desarrollo desigual del capitalismo continuará marcado por las tendencias opuestas de la igualación y la diferenciación, así como por la consecuente fluctuación del capital.

IV. Conclusión

Si tomamos prestada la imagen de Nigel Harris, el capital es como una plaga de langostas: se asienta en un lugar y lo devora todo para luego moverse y azotar otro.[35] Más aún, en el proceso de recuperación del azote, la región madura y facilita el siguiente ataque de la plaga. Así, el desarrollo desigual es, en última instancia, la expresión geográfica de las contradicciones del capital, donde el anclaje geográfico del valor de uso y la fluidez del valor de cambio se traducen en las tendencias contradictorias de la diferenciación y la igualación. Las distinciones, desproporciones y desequilibrios que emplea Marx para analizar la estructura y desarrollo del capital se convierten en las múltiples fuentes de diferenciación geográfica en el marco de

---

[34] Harris, «Asian Boom Economies», nota al pie 17. Véase también Alain Lipietz, «Towards a Global Fordism?» *New Left Review,* núm. 132 (1982), pp. 33-47.
[35] Nigel Harris, *Of Bread and Guns*.

su tendencia universalizante. La misión histórica del capital es el desarrollo de las fuerzas de producción, por medio de las cuales se vuelve posible la igualación geográfica de las condiciones y niveles de producción. Aquí la producción de la naturaleza es la condición básica de esta igualación, a pesar de que como tendencia se vea continuamente frenada por una diferenciación del espacio geográfico que se transforma tanto en instrumento de la solución espacial como en el problema a ser resuelto.

La diferenciación del espacio geográfico adquiere muchas formas, pero en el fondo expresa la diferenciación social que funda la definición del capital: la relación capital-trabajo. En la medida en que el desarrollo desigual se convierte en una necesidad creciente para evitar las crisis, la diferenciación geográfica deviene menos uno de los subproductos del capital y se convierte en una de sus necesidades centrales. La historia del capitalismo no es solo una cuestión cíclica, sino también una profundamente progresiva, y esto ha quedado bien grabado en el paisaje. Dado que las crisis cíclicas no erradican las contradicciones del sistema y no hay mecanismo que atenúe la caída de la tasa de ganancia, el desarrollo desigual del capitalismo y el proceso de acumulación se vuelven más intensos, y con ellos las tendencias a la diferenciación y la igualación. Esta fragilidad en la lógica económica del desarrollo desigual se observa con claridad en las crisis, cuando la urgente necesidad de reestructurar el espacio geográfico se ve bloqueada por los patrones existentes del mismo desarrollo desigual. A pesar del reforzamiento del chovinismo nacional y político que acompaña el inicio de la crisis, la contención de las luchas políticas se torna más difícil conforme la crisis parcial se transforma en una crisis global. La lucha de clases solo puede ser contenida expandiendo la escala a la que se confronta a la clase obrera.

Dada su tendencia a la igualación, como hemos visto, el capital trata de diferenciar el espacio que se encuentra por debajo de la escala global, como un mecanismo de control político y supervivencia económica. Por eso la clase obrera debe intentar lo opuesto, pues al ser una clase dividida, debe luchar por la igualación a escala global. El futuro político de la clase trabajadora depende de la igualación de las condiciones y niveles de producción, que es un proceso obstaculizado de manera constante por el propio capitalismo. Esta es la solución histórica real de la contradicción entre igualación y diferenciación, y puede alcanzarse si la cooperación espacial entre los trabajadores se desarrolla como una fuerza política. De este modo, la clase obrera recuperaría la naturaleza humana que el capital arroja a las manos del subdesarrollo.

Al analizar la relación del capital fijo y la ciencia, vimos que la materialización de la tendencia a la igualación llevaba al derribo de los verdaderos fundamentos del capitalismo. Aunque este resultado es intensamente espacial para el caso del capital fijo, se trata de un resultado general para el capital. En un sentido más amplio, la igualación de las condiciones y niveles de

desarrollo establece la base para el desarrollo del socialismo. Marx entendió muy bien el carácter progresivo del capitalismo, pues en él y solo en él, las fuerzas productivas podían desarrollarse hasta el punto en que la sociedad se vuelve genuinamente rica y se vuelve capaz de producir la cantidad necesaria de valores de uso sociales para atender a toda la población. Aunque el capitalismo produce este potencial, no lo puede materializar debido al fundamento clasista sobre el que está construido en tanto modo de producción. Esto posibilita, no obstante, el desarrollo de las fuerzas productivas que se necesitan para la producción y la distribución igualitarias de la riqueza social, haciendo del socialismo la etapa de la historia donde se distribuye riqueza en lugar de pobreza. En ese sentido, la misión histórica del capital es desarrollar las condiciones en las que es posible la igualación. En la medida en que sean superadas las diferencias espaciales, la tendencia interna del valor se materializará geográficamente. Sin embargo, para materializar por completo esta tendencia, el capital, así como la diferenciación política sobre la que está construido, debe ser eliminado. La lucha por la igualación de las relaciones de clase está en el centro de la historia socialista: este es también, previsiblemente, un proyecto geográfico. Si parafraseamos la observación de Marx a propósito de la ciudad y el campo, podemos decir que la abolición del desarrollo desigual es una de las primeras condiciones para la vida comunitaria. La lucha de clases es el medio por el cual se logra lo anterior; el medio por el que son suprimidas las reglas económicas del capital en favor de la determinación política directa de la historia.

Es importante, por último, señalar la forma en que la ideología burguesa distorsiona esta tendencia hacia la igualdad. El típico contrargumento burgués es que el socialismo solo existe cuando todos y todo es reducido a la uniformidad, al más bajo común denominador, lo que supone decir que en el socialismo la diversidad es eliminada y todo es lo mismo y aburrido. Como hemos visto, sin embargo, es el capitalismo lo que reduce todo a la uniformidad y tiende a igualarlo a su manera, a la manera del hombre unidimensional de Marcuse, aun cuando esta sea más una tendencia que una realidad. La idea de que el socialismo será más de lo mismo es menos un acto de entendimiento del movimiento socialista que una proyección de las realidades del capitalismo. Esta proyección proviene, en esencia, de una ceguera vulgar y predecible —en tanto tiene sus raíces en la ideología burguesa— frente a la distinción entre valores de uso y valores de cambio. La tendencia a la igualación en el capitalismo representa la victoria del valor sobre el valor de uso, se trata de la igualación en términos del valor de uso en tanto dictado del valor. El advenimiento del socialismo pone las bases para que los valores de uso se liberen del valor, en la realidad, y no solo en la mente burguesa.

VI
CONCLUSIÓN
¿LA REESTRUCTURACIÓN DEL CAPITAL?

El desarrollo desigual es tanto el producto como la premisa geográfica del desarrollo capitalista. En tanto producto, se trata de un patrón observable en los paisajes del capitalismo en la diferencia entre espacios desarrollados y subdesarrollados: mundo desarrollado y mundo subdesarrollado, regiones en ascenso y regiones en declive, suburbios y ciudad central. Al igual que con la premisa de la expansión capitalista, el desarrollo desigual solo puede ser entendido por medio del análisis teórico de la producción capitalista de la naturaleza y el espacio, pues tiene impresa la desigualdad social en el paisaje geográfico, una desigualdad geográfica que, a su vez, es explotada con fines socialmente determinados. Lo que he intentado hacer en este trabajo es identificar las confusas condiciones históricas y empíricas sobre las que se impone el capitalismo, que en parte lo producen, y examinar las tendencias que conducen hacia la creciente desigualdad sistemática que dominan su desarrollo. En esto residen las fortalezas y debilidades de este análisis.

Si el trabajo tiene éxito a la hora de vincular las tradiciones geográfica y política con una suerte de puente, aunque sea un tanto endeble, entonces habrá cumplido su propósito. Y si en el proceso han surgido más preguntas de las que estaban planteadas, mejor aún. Con respecto de las limitaciones, estas deben también quedar claras. En primer lugar, el análisis ha estado delimitado por el tratamiento de lo que Marx denominó los «momentos ideales» del proceso. Así, aunque se esbozan la lógica del desarrollo desigual y las características generales de su evolución histórica actual, no se puede sostener que este análisis es una explicación histórica precisa de la complejidad del desarrollo desigual. Este intento, sin embargo, no trató de reducir la realidad a un mero concepto, sino que, por el contrario, trató de iluminar la realidad del desarrollo desigual elaborando su concepción teórica. Por su nivel de abstracción, este análisis podría ser rápidamente considerado obsoleto a medida que las investigaciones empíricas aborden el desarrollo desigual no como un simple «salto» entre regiones más y menos desarrolladas, o como un fenómeno universal, sino como un producto sistemático de un desarrollo capitalista anterior y como la premisa fundamental de su futuro.

Como se ha visto, no he lidiado aquí con la multiplicidad de problemas relacionados con la llamada «articulación de los modos de producción». No cabe duda de que esta pregunta sobre la articulación es anterior, en términos históricos, a la pregunta sobre el desarrollo desigual en el capitalismo, y que esta surge como una cuestión relevante para la investigación histórica del desarrollo desigual. Asimismo, caben pocas dudas acerca de que la lógica del desarrollo desigual es anterior teóricamente a la problemática de la articulación de los modos de producción. Después de todo, el capital mercantil fue anterior en términos históricos al capital industrial, pero fue este último el que Marx analizó para entender el modo capitalista de producción. La cuestión es que en la actualidad, la «articulación de los modos de producción» es un producto del desarrollo y de los límites del capital, y no viceversa. De manera más concreta, es la lógica del desarrollo desigual la que estructura el contexto de esta articulación.

De este modo, una aproximación teórica al desarrollo desigual puede contribuir de forma significativa a la comprensión de algunas articulaciones específicas de los modos de producción capitalista y precapitalista; si bien estos casos particulares de articulación puedan contribuir poco a la identificación de la estructura general de la teoría del desarrollo desigual. En los casos donde no se observa la fluctuación del capital, la pregunta clave es «¿por qué?». Si en otras escalas y en otros contextos el capital intenta replicar esta «máquina de movimiento perpetuo» y se mueve de manera constante alrededor del mundo como una plaga de langostas, ¿por qué en algunos lugares, que también son parte de un universo imperialista más amplio, el capital y sus relaciones sociales concomitantes permanecen fijas con tal rigidez? La respuesta requiere, sin duda, de análisis históricos concretos; sin embargo, la teoría del desarrollo desigual ofrece algunas claves importantes sobre qué analizar y cómo interpretar los hallazgos.

En cualquier caso, la pregunta sobre la crisis actual del sistema capitalista mundial me parece de gran importancia. Es una afirmación terrible en la geografía del siglo XX decir que la fortuna de la disciplina tiende a incrementarse durante la guerra, y aunque esto tiene algo de cierto, no lo es del todo, pues no solo es la guerra la que pone al espacio geográfico en la agenda. Con la embestida de la crisis y después de las olas especulativas, también se ve cómo el papel moneda —que es deuda de cualquier tipo concebible— batalla de forma desesperada para convertirse en capacidades productivas o productos reales y tangibles. En términos más generales, a medida que la crisis progresa, adquiere una creciente forma espacial; de este modo, un colapso financiero en Chrysler puede forzar a la compañía a encarar el cierre de plantas y su retirada al proceso de reestructuración

general de la industria automotriz. Así pues, el desarrollo desigual del capitalismo se vuelve menos un medio para la expansión desigual que para el declive desigual.

La cuestión es que los periodos de crisis son también periodos de dramática reestructuración. Como señalamos, el capitalismo está siempre transformando el espacio a su imagen y semejanza, pero en periodos de expansión esto equivale a rellenar los patrones más o menos establecidos de un momento histórico anterior. Durante las crisis se delimitan estos nuevos patrones como parte de una reestructuración del espacio geográfico que no tiene precedentes. En una de estas fases es en lo que hemos entrado en la actualidad. Si la devaluación sostenida del capital a escala internacional entre las décadas de 1920 y 1930, y la brutal devaluación generalizada de la Segunda Guerra Mundial prepararon el escenario y la oportunidad para casi treinta años de expansión, esa oportunidad de posguerra se ha terminado ya. Desde 1973, hemos experimentado una nueva fase de sostenida devaluación desigual, marcada por altos índices de desempleo, caída de las tasas promedio de ganancia, ofensiva patronal contra la clase trabajadora, cierre de fábricas, fuga de capitales y desindustrialización. Aquí la reestructuración del espacio geográfico es tanto una respuesta a la crisis, la búsqueda vana de una solución parcial, como una base inesperada en manos del capital para establecer soluciones de largo plazo, al igual que en todas las crisis previas.

Si la reestructuración del espacio a escala urbana por medio de la renovación, la gentrificación y el crecimiento no metropolitano es el ejemplo más logrado y evidente de este proceso, no lo es en una visión a largo plazo. La crisis actual se resolverá a escala internacional, en primer lugar, y será allí donde se produzca una reestructuración profunda. Esto incrementa la posibilidad de que surjan, como una solución parcial a la crisis del capitalismo, cierto tipo de desarrollos que hasta entonces estaban bloqueados. Así, vemos que no se ha producido una rápida inclusión del mundo colonial en el mercado internacional, a pesar de la expectativa de Marx. El capital, antes que emplear al mundo subdesarrollado como una fuente de mercados, lo ha usado como una fuente de mano de obra barata, limitando así su integración total en el mercado mundial. Quienes ven el periodo de posguerra como un momento caracterizado por un intenso régimen de acumulación llamado Fordismo, aceptan que en el mundo desarrollado «la cuestión de los mercados se solucionó de forma *interna* por medio de la expansión del consumo de masas en las metrópolis durante el periodo posterior a 1945».[1]

---

[1] Lipietz, «Towards a Global Fordism?». Véase también Michel Aglietta, *A Theory of Capitalist Regulation,* Londres, 1979.

Esta solución dejó de funcionar por diversas razones. Desde 1973, particularmente, se han incrementado las dimensiones de la espectacular industrialización del Tercer Mundo, en tanto solución a la crisis económica actual. ¿Puede actuar una migración masiva de capital al Tercer Mundo como una solución espacial parcial? Esto es lo que Lenin (equivocadamente) pensó haber visto a comienzos de siglo, y dado que pocas cosas han cambiado, podíamos esperar este movimiento del capital teniendo como marco la teoría del desarrollo desigual. En términos de Lenin, esta solución parcial solo desplazaría e intensificaría las contradicciones del capital en la medida en que se retirarían del mercado reservas completas de trabajo barato, las cuales, por medio de una igualación parcial de los niveles de desarrollo, podrían atenuar los efectos de la crisis de manera temporal. No obstante, a pesar de la impresionante industrialización que ha arraigado desde los años setenta en un cúmulo de selectas economías del Tercer Mundo, la idea de una industrialización general y sostenida en estos países parece improbable en términos empíricos.[2] Este tipo de reestructuración está, hasta el momento, bloqueada por los patrones heredados de acumulación de capital. Una evaluación más sofisticada de las posibilidades de una industrialización sostenida en el Tercer Mundo implicaría la identificación de los obstáculos a la movilidad del capital y, en particular, a la importante fluctuación del capital a escala internacional.

En términos de la búsqueda de posibles soluciones, la realidad hace un llamamiento a la mesura. Se ha puesto cada vez más de moda en los círculos de la democracia social concluir que si estamos en un momento de reestructuración, entonces esto debe significar una «reindustrialización radical» de acuerdo con las necesidades del trabajo y no con los criterios del capital; y que la consecuente «democratización» de la economía podría reforzarse con una «sostenida movilización popular».[3] Este reformismo camuflado de populismo comparte con los intentos liberales y de la oferta de reindustrialización una concepción trágica errónea de la naturaleza de las crisis. Por aclarar, hay una reestructuración en marcha, pero se encuentra en sus inicios y, desde la escala urbana hasta la internacional, la reindustrialización se ve todavía eclipsada por la devaluación general del capital existente. La crisis aún se está extendiendo, aunque de manera desigual, por medio del sistema mundial, y no será resuelta con un cambio suave ni con las tibias apuestas de una gran reinversión. Por el contrario, la resolución siempre ha implicado lo que Marx llamó «crisis violentas y agudas», «devaluaciones súbitas e inevitables» y «disrupción de los procesos de reproducción» del

---

[2] Lipietz, «Towards a Global Fordism?»; Harris, *Of Bread and Guns*. Para un punto de vista contrario, véase Warren, *Imperialism*.

[3] Barry Bluestone y Bennett Harrison, *The Reindustrialization of America,* Nueva York, 1982; Samuel Bowles, David Gordon y Thomas Weisskopf, *Beyond the Wasteland,* Nueva York, 1983.

capital. Como a mediados de 1984 aún no hemos experimentado esos episodios de devaluación catastrófica, todavía nos encontramos en la fase de devaluación lenta y sostenida.

Lenin sugirió, durante el periodo que marcó el inicio sistemático del desarrollo desigual del capitalismo, que la competencia económica lleva, por medio de la crisis, a la competencia militar y a la guerra. A la fecha, la realidad no lo ha defraudado, y podría decirse que el otro nombre del desarrollo desigual es guerra. El problema de la guerra reside en que la lógica económica —en la que hemos estado interesados a lo largo de este libro—, se ve detenida en favor de la determinación militar de la historia. Aunque, por así decir, se trata de un regalo económico enviado por Dios, la gran devaluación del capital en tiempos de guerra es el producto del conflicto militar. Por eso, si nos hemos enfocado con demasiada atención en la lógica económica del desarrollo desigual, no es por el efecto de alguna creencia filosófica en la primacía universal de la economía. Se debe, en cambio, a una evaluación más honesta de la historia del capitalismo a partir de 1945, en tanto desde entonces podemos observar cómo el capital, desde el corazón del sistema, ha conducido la historia bajo el yugo de su rienda económica. La inversión de capital en función de la lógica de la ganancia es la herramienta básica con que cuenta el capital para entrar en la lucha de clases, en la que se disputa, y en última instancia será detenida, la lógica puramente económica del desarrollo desigual.

Incluso en medio de las derrotas generalizadas, debemos volvernos hacia el movimiento de la clase trabajadora en busca del fin del patrón y el proceso de desarrollo desigual, que conllevan mucho más de lo que se supone y nos conectan de nuevo con la aproximación política planteada anteriormente. Nuestro objetivo aquí no es desarrollar una concepción rígida de «desarrollo uniforme»; esto tendría poco sentido. Se trata, en cambio, de crear patrones socialmente determinados de diferenciación e igualación que sean dirigidos no por la lógica del capital sino por una genuina elección social. La esperanza es que en nuestros esfuerzos por ir más allá de la historia natural de la sociedad y por producir una verdadera historia social, podamos evitar la completa obliteración de la naturaleza, y con ella la de la sociedad y la historia. No solo el capital debe reestructurarse para producir una geografía social genuina, sino también la base política de la sociedad.

Epílogo a la segunda edición
EL COMIENZO DE LA GEOGRAFÍA

I. Espacio profundo y geografías satánicas

En su historia del «descubrimiento» del tiempo geológico, Stephen Jay Gould refiere la famosa conclusión de James Hutton —«no hay vestigio de un comienzo, no hay perspectiva de un final»— como el único y más significativo anuncio de lo que él llama, usando la densa frase de John McPhee, «tiempo profundo». Si en el siglo XVII el tiempo descubierto se extendía unos seis mil años atrás, a comienzos del siglo XIX la conciencia científica del tiempo alcanzaba ya millones. «El tiempo profundo nos es tan ajeno», nos dice Gould, «que solo podemos comprenderlo como una metáfora». Gould, por ejemplo, utiliza la metáfora de la «milla geográfica» en la que la historia humana apenas ocupa los últimos cinco centímetros, mientras que una versión sueca representa el tiempo geológico como el rastro de un caracol depositado en el Polo Sur en el periodo cámbrico y puesto a caminar con dirección a Malmö. La propia metáfora de McPhee también da cuenta de esto: la historia de la tierra es medida como si se tratara de una vieja yarda inglesa, es decir, como la distancia entre la nariz del rey y la punta de su mano extendida, donde toda la historia de la humanidad puede ser borrada con solo pasar una lima sobre la uña del dedo real.[1] Al «visualizar el tiempo como geografía», el espacio se convierte en el contenedor metafórico del significado del tiempo; lo que también sucede con el reloj en tanto representación abstracta del tiempo. Con el reloj, el tiempo es considerado como algo medible y se le dota de significado por medio del arreglo espacial de las manecillas.

El siglo XX nos abrió la puerta al descubrimiento del *espacio profundo*, o al menos a su construcción social; sin embargo, solo con el advenimiento del fin de siglo se ha vuelto evidente su carácter fundamental. Por espacio

[1] Stephen Jay Gould, *Time's Arrow Time's Cycle: Myth and Metaphor in the Discovery of Geological Time,* Cambridge (Mass.), 1987, pp. 2-3; John Mcphee, *Basin and Range,* Nueva York, 1980; James Hutton, *Theory of the Earth: Transactions of the Royal Society of Edinburgh,* Edimburgo, 1788, p. 304.

profundo no solo me refiero a toda la inmensidad del espacio absoluto o a la extensión física del universo casi infinito que (de manera apropiada) medimos en años luz. Esa concepción del espacio se la debemos con toda certeza a Newton, y ha sido explorada, definida y refinada por la física y la astronomía, la ciencia espacial y la cosmología. Aquí, en cambio, me refiero a la relatividad del espacio terrenal, al espacio de la vida cotidiana en todas sus escalas, de la escala global a la local, donde están sedimentadas sobre y dentro de cada una diferentes capas de la vida y del paisaje social, tal y como señala Doreen Massey.[2] De este modo, el espacio profundo es el espacio social por excelencia, es la extensión física entretejida con la voluntad social, es la «producción del espacio» de Henri Lefebvre en su sentido más amplio. En el nuevo lenguaje espacial de la teoría social, la metáfora del tiempo geográfico resulta más adecuada para representar los significados fluidos del espacio que los del tiempo.

El «espacio profundo» y su producción son abrumadoramente reales; a fin de adelantar una discusión conceptual posterior, quisiera discutir dos acontecimientos de la década de 1980 que ayudan a entender su sentido e inmediatez. Primero, la cuestión de la crisis. Un año antes de la caída del mercado de valores de octubre de 1987, cuando la administración Reagan aún ensalzaba el auge económico de mediados de los años ochenta, un banquero describió las posibles consecuencias profundas de la inminente crisis financiera como si se tratara de una suerte de holocausto geográfico. Con los bancos «sobreexpuestos», la retención de grandes volúmenes de deuda incobrable y el crecimiento agigantado de la distancia entre el valor real y el de las acciones, Thomas S. Johnson, presidente del Chemical Bank de Nueva York, anticipó un torbellino inminente. «Existe la posibilidad de un efecto dominó de pesadilla», predijo con gravedad, «cada acreedor saquea el mundo intentando asegurarse una garantía».[3] Que tal vandalismo global no detonara un año después y que el sistema financiero se mantuviera de manera efectiva como un instrumento de contención de la «crisis financiera» —como señaló John Phelan, presidente de la Bolsa de Valores de Nueva York—, no significa que tal escenario sea imposible o incluso improbable. La acechante pesadilla de nuestros banqueros reconoce, antes que la crisis en el corazón económico del capitalismo global, la construcción fundamentalmente espacial del capital global y la destrucción geográfica forjada en los esfuerzos por «solucionar» la crisis —al menos en el marco de las actuales reglas económicas de la propiedad privada—. Bajo esta perspectiva, el mundo existe para ser saqueado por fuerzas económicas

[2] Doreen Massey, *Spatial Divisions of Labour,* Londres, 1984. La metáfora geológica de Massey ha sido criticada al considerarse demasiado mecánica. Aunque coincido con este punto, pienso que su visión captura en términos generales la superposición del espacio y los espacios por y dentro de los procesos sociales.

[3] Nathanial C. Nash, «Mending Financial Safety Net», *New York Times,* 7 de octubre de 1986.

inexorables y el expolio de las aldeas más distantes se justifica en razón de que las cuentas de Wall Street tienden a la baja y de que el sistema económico está dejando de funcionar bien.

A lo largo y ancho de Europa del Este en 1989, la revolución, en gran medida pacífica, ofrece una mirada más rica a la noción del espacio profundo. La festiva destrucción del Muro de Berlín por parte de los alemanes orientales el 9 de noviembre de 1989 ha venido a simbolizar la caída del telón de acero y la apertura a una nueva política en el Este. En Occidente, estos eventos fueron interpretados con alegría, como una exuberante y largamente esperada bienvenida de la democracia capitalista; son por tanto múltiples las capas de significado espacial que revisten estos acontecimientos. En realidad, estas revoluciones silenciosas abrieron espacios políticos genuinos, aunque limitados, en Europa del Este —con la excepción de la Unión Soviética, donde esto ocurrió en menor medida—. En la medida en que esta lucha que derrumbara los muros desde el Este fue —con la excepción de Polonia— una lucha de masas sostenida por una organización embrionaria, los límites a estos nuevos espacios políticos solo quedaron circunscritos por la imaginación y la efectividad organizativa de las nuevas formas democráticas de gobernanza, así como por su presumible lucha permanente. No obstante, el hecho de que estas revoluciones resultaran posibles, gracias a la no intervención del Pacto de Varsovia y de otros ejércitos nacionales o, mejor dicho, gracias al hecho de que intervinieron en forma activa en favor de la oposición, llevó a que los límites de los nuevos espacios políticos fueran parcialmente establecidos por el modo en que las jerarquías militares se reconstruyeron (o no), fueran autorizadas (o no) a participar en la reconstrucción social o se impusieran con un papel central en el proceso.

El prematuro final de las revoluciones en la mayor parte de los países de Europa oriental a principios de la década de 1990 sugiere que ni los límites políticos a la imaginación popular, ni los límites militares a la intervención resultan restricciones decisivas para estos espacios políticos, al menos en el corto plazo. Mientras Checoslovaquia se mueve hacia la socialdemocracia, otros países, como Hungría y Alemania del Este, han optado por regímenes más conservadores, en medio de los signos generalizados de que el desempleo y la mendicidad van de la mano del mercado capitalista. El régimen de Polonia está aún más marcado por un conservadurismo agresivo, en tanto es Solidaridad, un antiguo sindicato, quien busca ese vergonzante abrazo con el capital. Enfrentados a esta situación, la pregunta «¿es esto todo lo que hay?» se ha convertido en una queja común entre la población de la mayor parte de Europa del Este.

Los resultados políticos de las revueltas de 1989 no son únicamente regionales, además de afectar a todas y cada una de las facetas de la vida cotidiana en las casas, las fábricas y las calles de Europa del Este, tuvieron

consecuencias globales. A pocas horas de la increíble retransmisión de los acontecimientos en Berlín, la administración Bush y el Departamento de Defensa enfrentaron un sinnúmero de demandas legislativas para disminuir de forma sustancial los 300 mil millones de dólares de su presupuesto militar extraordinario. La amenaza, en todo el país, al empleo de los trabajadores estadounidenses vinculados a la defensa suponía una primera forma, cínica y difícilmente defendible, de defensa ideológica. Como en otros momentos, la idea de la defensa de los «empleos de los trabajadores estadounidenses» debía ser decodificada sobre la base de las «ganancias de las compañías estadounidenses». Este sentido, el fin de la Guerra Fría fue celebrado alrededor del mundo en clave geopolítica, a la par que el atónito gobierno de Estados Unidos buscaba un nuevo enemigo global y, por fin, abandonaba Panamá. Por su parte, Margaret Thatcher, poco amiga de los regímenes derrotados del comunismo oficial, revelaba de forma admirable su distinción de clase al hacer una extraordinaria apología del Secretario General del Partido Comunista Soviético, Mijaíl Gorbachov —nombrado por los líderes occidentales como el autor de la hasta entonces prohibida «democratización» de su propio país— y reprender a las masas de Europa del Este al pedirles que «se lo tomaran con tranquilidad, por favor», a fin de que no se alterara la «estabilidad» nacional y global. La expectativa de una Alemania unificada hizo resurgir en este país un esencialismo nacional y geopolítico obsoleto, pero también alcanzó a las clases dominantes de Francia, Gran Bretaña y especialmente Estados Unidos. La realidad es que la unificación tuvo poco que ver con la geopolítica, la simple proximidad espacial tiene consecuencias limitadas en la era de los mísiles balísticos intercontinentales. Se trató, más bien, de una cuestión económica, en la que el desvanecimiento del «siglo estadounidense», para usar una frase de Henry Luce de 1941 que ahora nos parecería un tanto optimista, avanzaría mucho más rápido con una Alemania unificada —en una Europa confederada— y por la ya dominante competencia de Japón.

No obstante, la fluctuación del capital ha dado un salto definitivo hacia el Este. En el contexto de la globalización de la producción, del capital financiero y de los mercados de capital, trabajo y mercancías, la apertura de Europa del Este se ha convertido en la aspiradora que atrapa los capitales golpeados por la crisis, pero dispuestos a ser succionados. A los ojos de muchos empresarios optimistas, esta apertura podría ser una inyección de adrenalina para el capital global, un nuevo mundo por conquistar, una solución espacial, un espacio económico nuevo y vacío que surge al romperse las que hasta entonces eran unas resistentes fronteras geoeconómicas. En particular, Hungría ha sido equiparada con una «mina de oro» por su mano de obra barata y sus mercados en expansión. Ha llegado justo a tiempo; la esperanza de Europa oriental está puesta en que una

considerable inversión ofrezca oportunidades suficientes para resolver, o al menos atenuar, las crisis de sobreproducción y las deudas financieras que el señor Johnson del Chemical Bank temió con toda precisión.

Existen, sin embargo, otros escenarios para los que las técnicas de integración de divisas débiles, los diferenciales de las tasas salariales, los precios de mercado y las condiciones de trabajo en las economías políticas europeas y globales resultan formidables. Sin importar cómo sean elaborados estos acuerdos, parece innegable la idea de que Europa del Este quedará mucho más integrada en el mercado global, aun cuando algunos de estos Estados se reconstruyan cerrando sus fronteras económicas y políticas. Al respecto, el análisis marxista, que por tradición ha estudiado la historia de las sociedades de Europa oriental y soviéticas, en su transición hacia el capitalismo de Estado, bien podría ser considerado profético. Y sin embargo, después de 1989, esta podría ser una afirmación pesimista: la verdadera autoría de la revuelta en Europa del Este recae en la resistencia de base de la clase trabajadora y popular, que sin duda anticipa las alternativas políticas y económicas a los opresivos Estados y economías contemporáneos. Como ha dicho E. P. Thompson de manera enérgica, los berlineses orientales no tiraron el Muro de Berlín solo para promover la privatización de la vivienda o los sistemas de salud al estilo británico o estadounidense.[4] Por eso, en la coyuntura actual todavía no existe una lógica económica que orqueste la producción del espacio de Europa del Este, sino luchas políticas cotidianas que están al mismo tiempo separadas y, a la vez, más íntimamente conectadas: luchas en torno a los derechos políticos definidos en términos de clase, etnia, género y nación; luchas por los derechos económicos al empleo, la vivienda y el consumo; luchas por mejores condiciones ambientales y servicios sociales; y luchas en torno al desarrollo rural. Al economicismo —que apenas resulta en análisis económico— se le atribuye tal mentira, no tanto por la crítica filosófica como por los dramas prácticos del desarrollo desigual. La importancia histórica mundial de las revueltas de 1989 en Europa del Este será apreciada en su momento en función de las maneras en que estas luchas políticas, culturales y económicas, entremezcladas, reconstruyan los espacios local, nacional y global de los cuales forman parte —tanto en el bloque oriental como en el ya de por sí inestable capitalismo global—.

Stephen Kern ha argumentado con contundencia que los fundamentos esenciales de nuestra experiencia del espacio y del tiempo fueron reestructurados de manera profunda hacia finales del siglo XIX.[5] Hoy, casi cien años después, no sería inapropiado sugerir que estamos experimentando

---

[4] Edward P. Thompson, «Beyond the Cold War», Raoul Wallenberg Lecture, New Brunswick, Rutgers University, 15 de noviembre de 1989.

[5] Stephen Kern, *The Culture of Time and Space 1880-1918,* Londres, 1983.

otro cambio similar: el significado del espacio quedará aún más imbricado en su construcción social. Este cambio no puede ser visto solo como un acontecimiento global, pues la gentrificación y la mendicidad, al reestructurar los centros urbanos de todo Occidente, definen de forma creciente los contornos global y local del espacio profundo. Las escalas regionales de producción también están siendo reestructuradas por medio de la desindustrialización y la reinversión en nuevos espacios que van de Silicon Valley a Taipéi. La región agrícola de las Grandes Llanuras de los Estados Unidos está siendo fragmentada en el contexto de una difícil crisis económica, financiera, medioambiental y climática de la producción de naturaleza, lo que ha llevado a algunos a luchar por que las Llanuras vuelvan a tener el papel de bienes comunes. Por su parte, la llegada de 1992 a Europa amenaza con disolver la escala nacional de la organización social.[6]

Y sin embargo, puede que esta reconfiguración del espacio solo triunfe a escala global, dejando al llamado Tercer Mundo como esta parte del planeta donde la producción intensificada del espacio es más profundamente destructiva. Aunque los años setenta, y de hecho también los años ochenta, atestiguaron la integración parcial al capitalismo global de muchas economías del Tercer Mundo y de los Estados más fuertes (los países de reciente industrialización), también presenciaron la destrucción sin precedentes de la vida cotidiana en todas partes. Las hambrunas en la región de Sahel entre 1968 y 1974 y, de forma crónica, en Sudán y Etiopía a lo largo de la década de 1980; las guerras locales, nacionales e internacionales, que desgarraron el paisaje poscolonial de África del Sur y Central, o Eritrea y Angola; y la opresión militar practicada por el gobierno sudafricano del Apartheid en el subcontinente, son los signos más evidentes del brutal auge de los guetos en el África subsahariana en el marco de la reestructuración del espacio global. Aún más profundo, aunque menos reconocido, es el abandono total de esta región por parte del capital global, que de manera sistemática les niega recursos. A comienzos y mediados de los años ochenta, cuando las deudas del Tercer Mundo lideraron la lista de crisis económicas, el África subsahariana fue presentada, en medio de un silencio absoluto, como una región tan pobre que ni siquiera podía darse el lujo de estar endeudada. En vista de que la inversión privada en África cayó un 25 % en la década de 1980, y de que caerá aún más al reorientarse el capital hacia Europa

---

[6] Sobre los nuevos patrones geográficos de inversion en industrias de alta tecnología, véase Allen J. Scott, *New Industrial Spaces,* Londres, 1988; sobre los efectos desintegradores de la desindustrialización de configuraciones regionales anteriores véase Neil Smith y Ward Dennis, «The Restructuring of Geographical Scale: Coalescence and Fragmentation of the Northern Core Region», *Economic Geography,* núm. 63, 1987, pp. 160-182; sobre gentrificación y mendicidad véase Peter Marcuse, «Neutralizing Homelessness», *Socialist Review*, núm. 18(1), 1988; Rosalyn Deutsche, «Uneven Development: Public Art in New York City», *October,* núm. 47, 1988, pp. 3-52; sobre las Llanuras véase Frank Popper y Deborah Popper, «The Great Plains: From Dust to Dust», *Planning,* núm. 53(12), 1987, pp. 12-18.

del Este, las 14 naciones del África subsahariana han adquirido una deuda de 4.800 millones de dólares con Estados Unidos. En estos países, las instituciones internacionales —la Organización de las Naciones Unidas, la Organización Mundial de la Salud, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial—, en alianza con órganos nacionales como los Cuerpos de Paz y la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, han prometido progreso, modernización, inyecciones de capital, estabilidad política y mejores condiciones de vida, pero solo si se siguen los modelos capitalistas occidentales. Traducidos desde las alturas de la teoría a la práctica diaria de los campesinos de África, los textos sagrados del progreso no han forjado otra cosa que las geografías satánicas del África subsahariana. Entre la teoría y la práctica, el mensaje sufrió inevitablemente una mala traducción, muy propia de la teoría de la modernización, con el coste de millones de vidas. Este es el tamaño del poder de la ideología del desarrollo desigual.

II. Espacio material y metafórico

«La reafirmación del espacio en la teoría social crítica»[7] ha acontecido a la par que la reconfiguración del espacio geográfico. El historiador del arte John Berger lo ha expresado mejor que nadie al argumentar que la «simultaneidad y extensión» espacial de los acontecimientos debe estar en el centro de nuestra atención:

> El abanico de medios de comunicación modernos; la escala del poder moderno; el grado de responsabilidad política personal que debe aceptarse por todo lo que acontece alrededor del mundo; el hecho de que el mundo se ha vuelto indivisible: la desigualdad del desarrollo económico en el mundo; la escala de la explotación. Todo juega un papel. La profecía implica ahora una proyección geográfica antes que histórica; es el espacio y no el tiempo el que nos esconde las consecuencias. Para profetizar en nuestros días solo es necesario entender a los hombres [y mujeres], tal y como existen en su desigualdad alrededor del mundo.

En su obra *Postmodern Geographies*, Ed Soja realiza la crónica y analiza de forma incisiva el redescubrimiento del espacio en el trabajo de Foucault, Poulantzas, Sartre, Althusser, Giddens y Habermas, por nombrar solo algunos. Soja se pregunta junto a Foucault: «¿Empezó con Bergson o antes? El espacio era tratado como lo muerto, lo fijo, lo no dialéctico, lo inmóvil. El tiempo, por el contrario, era riqueza, fecundidad, vida, dialéctica». Y de allí

---

[7] La frase es de Ed Soja en *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Society Theory,* Londres, 1989.

continúa con el reconocimiento del espacio en Foucault: «La era actual tal vez será, ante todo, la era del espacio. Estamos en la era de la simultaneidad: estamos en la era de la yuxtaposición, la era de lo cercano y lo lejano, de lo uno junto a lo otro, de lo disperso». Soja exhibe así el arraigado historicismo de la teoría social y el aislamiento introspectivo que domina la mayor parte de la geografía del siglo XX, aun cuando en la última década y media observa el inminente acercamiento de las dos. Así, mientras los teóricos sociales luchan por entender la importancia de lo que aquí llamamos espacio profundo, un número creciente de geógrafos se ha ido acercando a la teoría social como parte de un esfuerzo por reconectar los discursos espacial y social. Para Soja, esta reconexión supone, en lo fundamental, una «ontología espacializada» que reestablezca el equilibrio entre ambas, alejándose del historicismo y acercándose a un nuevo discurso espacializado del cambio social que esté filosóficamente fundamentado.[8]

El planteamiento de Frederic Jameson es tal vez el más notable, entre los realizados de forma externa al discurso geográfico, que ha tratado de devolver centralidad al espacio. En 1984, Jameson argumentó que «un modelo de cultura política apropiado para nuestra situación tendría que preguntarse por necesidad acerca de las cuestiones espaciales, en tanto son estas su preocupación constitutiva central». Si damos crédito a la improbable fuente de Kevin Lynch, Jameson defiende la sugerencia de que «una estética de la cartografía cognitiva» es el enfoque apropiado para esta política cultural. Desde el discurso geográfico, el trabajo de David Harvey ha sido, sin duda, el de mayor influencia desde los años ochenta por sus esfuerzos para establecer un «materialismo histórico geográfico». Si hay una «nueva espacialidad implícita en lo posmoderno», como sugiere Jameson, esta podría explicar el amplio entusiasmo generado por *La condición de la postmodernidad* de Harvey. En esta obra trata de conectar el léxico cultural que caracteriza al posmodernismo con el sentido de los cambios políticos, económicos y sociales que acompañan la reconfiguración del capitalismo tardío.[9] Aquí los paralelismos entre Jameson y Harvey, a propósito de la reafirmación del espacio, son innegables, aunque se aproximan a ella desde diferentes puntos.

Antes de continuar, detengámonos un momento para observar la importancia de estas afirmaciones:

---

[8] John Berger, *The Look of Things,* Nueva York, 1974, p. 40; Soja, *Postmodern Geographies*; véase también Sharon Zukin, *Landscapes of Economic Power* (Berkeley, 1991), quien concibe el «paisaje» como «el mayor producto cultural de nuestro tiempo»; y Kristen Ross, *The Emergence of Social Space: Rimbaud and the Paris Commune,* Minneapolis, 1988.

[9] Frederic Jameson, «Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism», *New Left Review,* núm. 146, 1984, pp. 53-92; David Harvey, «On the History and Present Condition of Geography: An Historical Materialist Manifesto», *Professional Geographer,* núm. 36, 1984, pp. 11-18; Harvey, *The Condition of Postmodernity,* Oxford, 1989.

> La era actual tal vez será, ante todo, la era del espacio.
>
> Foucault

> En nuestros días, la profecía implica más una proyección geográfica que una proyección histórica.
>
> Berger

> Un modelo de cultura política apropiado para nuestra situación tendría que preguntarse por necesidad acerca de las cuestiones espaciales, en tanto son estas su preocupación constitutiva central.
>
> Jameson

Si Soja está en lo cierto acerca del predominio del historicismo, cuestión que otros autores han planteado como incontrovertible en otros contextos, entonces el giro anunciado hacia el espacio y la geografía no es una cosa menor. ¿Qué podría significar esta reafirmación del espacio? ¿Qué se supone debemos hacer con el relativo silencio que parece marcar la recepción de este descubrimiento de largo alcance histórico e intelectual? ¿Quién ha tomado las palabras de Foucault y definido el presente como la era del espacio? ¿Dónde están las profecías geográficas señaladas por Berger? ¿Quién ha desarrollado una estrategia espacial para las luchas políticas basadas en la clase, la raza o el género? ¿Dónde están las impresionantes disertaciones que proclaman el fundamento espacial y político de la «cartografía cognitiva» o, para el caso, del materialismo histórico geográfico?

En la discusión introductoria sobre el espacio profundo encontramos a Gould y a otros autores que «visualizan el tiempo como geografía». Y es esta conversión del espacio en espejo metafórico que dota de significado al tiempo la que nos da la pista sobre el silencio que ha dado la bienvenida a la reafirmación del espacio. Cualquiera que sea la realidad de estas reafirmaciones políticas e intelectuales en el discurso teórico social, lo que está claro es que en este circulan diferentes concepciones del espacio. Para quienes estamos familiarizados con la geografía, la materialidad del espacio (constituido tanto social como físicamente) es un presupuesto de tal centralidad —un presupuesto que atraviesa este libro de principio a fin— que casi pasa desapercibido. Esto no conlleva la exclusión de otras concepciones del espacio, sino la priorización del espacio material. Por otro lado, para quienes están familiarizados con la teoría social y, en especial, la teoría literaria, el espacio funciona prioritariamente como una metáfora. No es que el espacio material deje de existir en estos discursos, es que en ellos su materialidad no es problemática (el espacio absoluto) y apenas plantea unas cuantas o ninguna pregunta valiosa. Por el contrario, las preguntas interesantes surgen del conjunto de «espacios» personales, psicológicos, sociales y conceptuales —escenas, ámbitos, contextos, campos, conjeturas— en los que se desenvuelve el drama del pensamiento humano y las relaciones interpersonales.

No hay duda de que el lenguaje posestructuralista y posmoderno en torno a las «posiciones del sujeto», al «espacio conceptual», al «espacio teorético», a los «espacios disputados», a los «espacios de negociación», a los «espacios de significación», al o los «espacio(s) ideológico(s)», entre otros, se refieren al espacio, de forma fructífera, en términos puramente metafóricos. El acto de «cartografiar» parece incluir de manera virtual todo tipo de traducción plausible de un texto a otro. ¿En qué medida es esto un problema? A este respecto, Jameson ofrece una respuesta inadvertida al reconocer sus propias metáforas espaciales: la «cartografía espacial», nos dice, «no era otra cosa que un término más para referirse a la "conciencia de clase"». De ser así, ¿es el compromiso con la política espacial algo solo metafórico? El problema radica en que si esto es posible para un pensador explícitamente político como Jameson, entonces cuán grandes serían los peligros de que el espacio sea reducido a una metáfora y su materialidad no se concrete a la luz de que, por un lado, los discursos literarios y culturales parecieran estar tomando el liderazgo en la reafirmación, y de que, por el otro, algunos teóricos sociales y espaciales están dispuestos a adoptar tales discursos como parte de una especie de retirada de una política explícitamente contestataria.[10]

Prefiero pensar que el proyecto es, en realidad, coherente y no solo metafórico, y que, tal vez, a pesar de las eruditas metáforas que posicionan al espacio geográfico en la agenda intelectual y política, solo estamos confundidos por sus alcances. De hecho, existe un compromiso naciente con la política espacializada, pero la pérdida de un discurso sobre el espacio hace difícil mirar con claridad a través de la poderosa máscara de las metáforas espaciales —metáforas que dificultan la comprensión de la reciprocidad entre el espacio material y el metafórico—. De esto me ha convencido en parte el trabajo de Jameson. Para mí, y pienso que también para quienes comparten las concepciones geográficas del espacio, el aporte de y el entusiasmo por el análisis de Jameson radica en su decodificación de la perspectiva espacial de la ciudad como expresión de los vaivenes culturales, sociales, políticos y económicos del «capitalismo tardío». He aquí lo paradigmático del proyecto en que se embarcó un número cada vez mayor de geógrafos al final de los años sesenta y principio de los setenta, pues aunque Jameson apenas se aproximó a la reestructuración del paisaje urbano como entorno social y construido, logró mostrar con agudeza un conjunto abundante de conexiones que nutrieron la visión urbana, si bien esta permaneció irrealizada. Su éxito residió también en el papel central otorgado al uso de la metáfora. Por su parte, las distintas críticas a Jameson resultan

[10] Frederic Jameson, «Marxism and Postmodernism», *New Left Review,* núm. 176, 1989, pp. 44-45. Con respecto de la apropiación de la cultura como camuflaje en contra de la política, no debería resultar necesario decirlo, aunque es conveniente enfatizarlo para evitar cualquier malentendido, esta se trata de una apropiación muy particular de un discurso específico. Sería absurdo suponer que los análisis culturales están despolitizados o son en esencia conservadores.

reveladoras. Los críticos del lado de la política y la geografía lamentaron su confusión entre cultura y economía, su poca familiaridad con la literatura de la reestructuración urbana y su mal cálculo a propósito de la temporalidad y el advenimiento del capitalismo tardío. No obstante, entre los círculos culturales, la crítica pareciera haberse centrado en su ortodoxia resiliente, que lo lleva a realizar concesiones al explicar la «cartografía cognitiva» en términos metafóricos.[11]

¿Cuáles podrían ser los peligros de una concepción exclusivamente metafórica del espacio? En primer lugar, los usos metafóricos del espacio se refieren de manera inevitable al espacio material, del mismo modo que nuestras concepciones del espacio material se apoyan en la metáfora. Puesto que el primero es construido desde dentro del otro, no estamos lidiando con un burdo dualismo. En la teoría social tradicional, el espacio es por lo general asumido como algo evidente: como el sitio, el terreno, el cimiento estable que permite a la historia moverse. El espacio provee un conjunto fijo de coordenadas que muestra de forma coherente el cambio histórico, por lo tanto, la relación es asimétrica: la historia es una variable independiente y la geografía una variable dependiente. Esta concepción del espacio como terreno —o como una combinación de terrenos separados— es a la que se refieren las metáforas espaciales: el espacio sirve para estimular al tiempo, para dotar al tiempo de una vida que puede ser evaluada, medida y apreciada en oposición al carácter muerto del espacio. Cualquiera que sea el poder de las metáforas espaciales para revelar la unidad fragmentada del mundo contemporáneo, estas metáforas refuerzan el carácter muerto del espacio y, por lo tanto, nos niegan los conceptos espaciales apropiados para *analizar* el mundo. La metáfora se expresa de forma inherente como una yuxtaposición, revela una verdad *afirmando* otra. Por lo tanto, si queremos ir más allá de la reafirmación del espacio, será necesario llenar el vacío conceptual entre el espacio metafórico y el espacio material en la búsqueda del acercamiento entre lo espacial y lo social.

Considerado lo anterior, es pertinente concebir el espacio profundo como la combinación de los procesos sociales, las estructuras producidas del espacio y sus refracciones más superficiales en cualquiera de sus formas fijas. De este modo, lo metafórico y lo material son inseparables y distintos en el espacio profundo de manera simultánea. Por el contrario, mientras la metáfora domine nuestras concepciones del espacio, continuaremos advirtiendo la refracción de la forma fija, pues aunque las apropiaciones metafóricas del espacio sean lo suficientemente «reales», esconderán la vida del espacio profundo de forma tan eficaz como un espejo esconde

[11] Mike Davis, «Urban Renaissance and the Spirit of Postmodernism», *New Left Review,* núm. 151, 1985, pp. 106-113; Douglas Kellner (ed.), *Postmodernism/Jameson/Critique,* Washington DC., 1989.

el mundo detrás de sí. Lo que enfrentamos ahora es: ¿cuáles son las reglas de traducción entre significados materiales y significados metafóricos del espacio?, y ¿cómo podemos descifrar tales significados de tal manera que avancemos en el desarrollo de una política espacializada?

III. La producción de la escala

Henri Lefebvre aborda algunas de estas preguntas en su crucial y muy original trabajo *La producción del espacio*, donde explora de manera bastante sofisticada nuestros conocimientos y aproximaciones a los conceptos de espacio. Aunque las concepciones metafórica y material del espacio estaban, en ocasiones, mezcladas de forma inconsciente en sus trabajos tempranos, en esta obra realiza un esfuerzo más explícito para distinguir los tres tipos de espacio: el real o social, el ideal o mental y el espacio metafórico. Aquí reprende a Foucault y otros por no distinguir entre espacio teórico y espacio práctico, entre espacio mental y espacio real. Además, defiende al espacio mental al afirmar que los espacios mental y real se presuponen mutuamente, aunque advierte la tendencia a la autoadulación en que se sitúa al primero:

> La mayoría, si no todos los autores, se coloca con comodidad del lado del espacio mental (neokantiano o neocartesiano), demostrando así que la «práctica teórica» no es otra cosa que el pensamiento egocéntrico de los intelectuales especializados de Occidente, el mismo pensamiento que pronto podría devenir en una conciencia por completo dividida y esquizoide.

Por su parte, la metáfora espacial tiene un papel en las concepciones del espacio material en la medida en que son medios inevitables para la construcción de sentido; sin embargo, solo tienen éxito cuando «asimilan el espacio a las cosas y así degradan el concepto al reino de la abstracción». Las metáforas espaciales florecen con el fetichismo, entendido en el sentido de Marx, y de esta manera ratifican la presencia del «espacio abstracto».[12]

Hay en la obra de Lefebvre un planteamiento acerca de que el espacio contemporáneo del capitalismo *es* una metáfora. Y si tomamos prestada la frase con la que Habermas describió al modernismo, diríamos que para Lefebvre el espacio se volvió «dominante y a la vez quedó muerto» con

---

[12] Henri Lefebvre, *The Production of Space,* Oxford, 1991, trad. de Donald Nicholson-Smith; publicado originalmente como *La Production de l'espace,* París, 1974. Para estudios recientes de Lefebvre véase Soja, *Postmodern Geographies*; y M. Gottdiener, *The Production of Urban Space,* Austin, 1985. Sobre la «conciencia [potencialmente] dividida y esquizoide», conviene recordar la contribución de Marx acerca de que con el desarrollo del pensamiento abstracto y la conceptualización, la conciencia pudo, por primera vez, «en verdad adularse a sí misma pensándose algo distinto a la conciencia de la práctica existente» (*German Ideology*..., p. 52).

el advenimiento del capitalismo del siglo XX. En este caso, la muerte del espacio es provocada por la representación abstracta que de él produce el capitalismo. El mundo de la producción y del intercambio de mercancías, la lógica y las estrategias de comunicación, el régimen opresivo del Estado, la expansión de las redes de transporte y comunicación, todo ello ha producido un espacio abstracto que, simultáneamente, se desconecta de los paisajes de la vida cotidiana y aplasta las diferencias existentes. Es así que el espacio es «llevado a la ruina». «El Estado aplasta al tiempo al reducir las diferencias a repeticiones y circularidades […] El espacio regresa en su forma hegeliana», como un espacio que de hecho está muerto porque es una imposición conceptual del Estado, que es la razón por la que es también dominante. Esta dominación tiene un doble sentido porque el espacio es productor y reproductor primario de las relaciones sociales y, a la vez, fuente de una violencia opresora: una faceta de «la producción del espacio abstracto» es «la *metaforización* general que, al ser aplicada a las esferas histórica y acumulativa, las transfiere a ese espacio donde la violencia está investida de racionalidad y donde una racionalidad de la unificación es usada para justificar la violencia».[13] Para Lefebvre, la «trinidad» capitalista compuesta por la tierra, el trabajo y el capital se materializa en un «espacio institucional de tres componentes». Así, el espacio es:

- *Global*, el espacio de la soberanía, la homogeneidad, el fetichismo y la reducción de la diferencia.
- *Fragmentado*, que separa, desarticula y establece localidades para facilitar el control o la negociación.
- *Jerárquico*, en términos de poder y simbólicos.

En Lefebvre, la homogeneidad y la violencia compulsivas del espacio abstracto nunca son totales. Aunque el espacio ha experimentado una especie de estrepitosa caída del absolutismo a la abstracción, los espacios históricos no desaparecen, sino que son continuamente reciclados. Una lucha constante moldea así la producción del espacio; su propósito —según la «hipótesis estratégica», como la llama Lefebvre— es derrotar a las ideologías que promueven el espacio abstracto, revertir la abstracción del espacio y producir una diferencia espacial que no se transforme en fragmentación:

> Hoy más que nunca, la lucha de clases está inscrita en el espacio. Y de hecho, es esta lucha la que impide al espacio abstracto dominar todo el planeta y aplastar las diferencias. Solo la lucha de clases tiene la

[13] *The Production of Space*, vol. 1, ss. [ff.] 30, 35; vol. II, s. [f.], 129; vol. IV, s. [f.], p. 93; Jürgen Habermas, «Modernity- An Incomplete Project», en Hal Foster (ed.), *The Anti-Aesthetic, Essays on Postmodern Culture,* Port Townsend Wash, 1983, p. 6.

> capacidad de diferenciar, de generar diferencias que no estén atadas al crecimiento económico en calidad de estrategia, «lógica» o «sistema», es decir, que no le sean funcionales o aceptables. Las luchas de clases tienen ahora formas más variadas que antes y, naturalmente, incluyen la acción política de las minorías. [...] La hipótesis estratégica basada en el espacio no excluye ni el papel de los llamados «países subdesarrollados» ni el de las naciones industrializadas y sus clases trabajadoras. Por el contrario, su principio y objetivo básico es juntar los elementos disociados, unificar las tendencias y factores divergentes. [...] Esto implica la movilización de las diferencias en un solo momento (incluyendo las diferencias de origen natural que la ecología tiende a reconocer de forma aislada): las diferencias de régimen, país, ubicación, grupo étnico, recursos naturales, entre otras.

Se requiere de un nuevo código teórico para reconstruir y ensamblar como sistemas de conocimiento conectados a las prácticas políticas las diferencias que ahora se encuentran en competencia, pero sin que pierdan sus caracteres distintivos.[14] Los conceptos alternativos de espacio quedarían suspendidos hasta que el espacio pueda ser producido de forma diferente, hasta que la diferencia sea introducida en el espacio como la estrategia deliberada que guía su producción emancipadora.

Aunque se planteó por primera vez cerca de dos décadas atrás, el hecho de que Lefebvre enfatizara (si bien en la rúbrica de la lucha de clases) la importancia de la diferencia y la inclusión y defensa de lo que hoy llamamos las posiciones del sujeto (aquí la diferencia sexual necesita ser incluida al igual que la orientación sexual), como cuestiones decisivas de la estrategia política, muestra una amplia conexión con las teorías políticas contemporáneas creadas alrededor de la construcción social de la diferencia. El hecho, no obstante, es que gran parte de estos trabajos han abandonado el enfoque marxista en favor de uno posmarxista / estructuralista / moderno. Si los argumentos centrales de esta perspectiva reciente giran alrededor de la integración de la clase, la raza y el género, la negociación de diferentes posiciones del sujeto, la teorización de la multiposicionalidad a fin de evitar al relativismo paralizante —todo dentro de un marco analítico que permanece abierto, provee «espacios» de intervención, evita la totalización y promueve el empoderamiento político—, entonces resulta claro que la concepción de Lefebvre sobre la producción del espacio tiene algo que ofrecer. El espacio es un medio por el cual se une o se separa, se incluye o se excluye, y es por eso que la concepción crítica del espacio de Lefebvre nos ofrece algunas herramientas útiles para decodificar las metáforas espaciales que «guían» nuestros esfuerzos para integrar, negociar y teorizar las diferentes «posiciones». Esta es la maravilla de «la producción del espacio», que

---

[14] *The Production of Space*, vol. I, pp. 82, 95.

demanda una crítica de la metáfora al tiempo que provee un fundamento para conectar múltiples experiencias que solo son parcialmente entendibles por medio de las metáforas.

De manera más específica, es un grave error de los críticos del marxismo descartar el argumento de Marx, en el que privilegia el papel de la clase trabajadora debido a su experiencia directa de la explotación. Es cierto que podemos admitir que las posiciones de otros sujetos (sea como sea que estén definidas y acotadas) son únicas y, en ese sentido, privilegiadas; sin embargo, son privilegiadas de diferente manera. El privilegio particular de la clase obrera, planteó Marx, fue el de ser capaz de entender la explotación «desde ambos lados». En consecuencia, podemos argumentar que otras formas de opresión en función de la raza o el género, por ejemplo, poseen su propio privilegio como un elemento integral de su posición en tanto sujeto. Se trata pues de una negociación de privilegios en competencia que puede resolverse de manera parcial por medio de la crítica mutua. Lo que Lefebvre ofrece es la oportunidad de considerar esto como algo negociado en la más amplia esfera del espacio social y, por consiguiente, como algo constitutivo de ese espacio.

No resulta, sin embargo, claro de forma inmediata qué implica la producción del espacio para la estrategia política. Esta traducción aún debe realizarse, en parte porque Lefebvre nunca abandona el terreno de la crítica filosófica, y en parte porque en su propia historia del espacio hay una oscilación casi coincidente entre los diferentes espacios sociales y los espacios conceptuales que considera les acompañan. Esta traducción aún debe asumir la crítica filosófica, tal y como ha sido planteada, y conectarla con la producción del espacio *geográfico* que, como argumentamos en el capítulo 3, integra la construcción social y física del espacio. Aquí quiero sugerir una línea de argumentación que retoma una discusión anterior sobre la teoría del desarrollo desigual y que refuerza la noción de la producción del espacio.

Para presentar la teoría del desarrollo desigual en el capítulo 5 fue necesario definir el marco geográfico por el cual las tendencias opuestas a la igualación y la diferenciación pueden localizarse y realizarse. Entonces se argumentó que de la producción capitalista del espacio surgen tres escalas primarias, a saber, la escala urbana,[15] la nacional y la global, y se discutieron los distintos medios por los que estas escalas fueron subdivididas internamente. Aunque la escala geográfica fue concebida, en general, como un tipo de fijación geográfica temporal de la dialéctica entre competencia

[15] Aunque en un inicio concebí una escala urbana en la parte más baja del espectro del espacio geográfico, se trata de algo que quisiera revisar. En primer lugar, preferiría discutir «lo local» antes que «lo urbano» por la sencilla razón de que aquel incluye la producción rural del espacio. En segundo lugar, añadiría la escala del hogar, donde las relaciones de reproducción social y construcción de género determinan las fronteras y las diferencias internas.

y cooperación, y a pesar de que esta dialéctica fue teorizada como algo interno al capital y el argumento tal vez se sostiene dentro de cierto nivel de abstracción, la *producción y las políticas de la escala* son más complejas de lo que tal teorización sugeriría. La escala es a la vez el proyecto del capital y el proyecto de su oposición. Diferentes sociedades producen la escala geográfica junto a la producción del espacio.[16] Y aunque tenemos un modesto conjunto de lenguajes para discutir las diferencias históricas, tenemos limitaciones conceptuales para abordar las diferencias geográficas. La escala, de hecho, es la forma más elemental de diferenciación espacial, del hogar al planeta. Si el espacio global es el producto de las relaciones económicas del mercado y de las disputas políticas por la exclusión, la atenuación o el impulso del mercado, el espacio del hogar es donde se localiza la reproducción de las relaciones sociales marcadas por luchas basadas en la diferencia sexual y de género. Podríamos argumentar incluso que, en su sentido más estricto, la cartografía cognitiva puede ser tomada como una estrategia política seria, cuya primera tarea sería establecer las fronteras que diferencian unos lugares de otros, pues ¿de qué otra manera podríamos saber qué mapear? Si no queremos que esto sea arbitrario, una teoría de la escala —que es una teoría de la producción social de las escalas— se convierte en un prerrequisito.

La escala geográfica es política porque es la tecnología por medio de la cual los acontecimientos y las personas son, de forma bastante literal, «contenidas en el espacio». Dicho de otra manera, la escala delimita el espacio o los espacios que la gente «ocupa» o crea, y en ella se condensan las posibilidades represivas y emancipadoras del espacio, su vida y su muerte. La escala también provee una versión sintetizada de las ideologías espaciales: el nacionalismo, el localismo, el regionalismo y, en cierta forma, el racismo y la xenofobia. Debido a todo lo anterior, la producción y la representación de la escala está en el centro de la política espacializada, incluso si en buena parte del discurso político la lucha espacial aparece de forma implícita, por ejemplo en las discusiones sobre la toponimia o sobre la denominación de los lugares, o de forma explícita, como en la lucha por el establecimiento de fronteras. Aquí me permitiré ofrecer un breve ejemplo que retoma el desarrollo geográfico desigual dentro de la ciudad.

Como en otros sitios, la gentrificación de Nueva York se concentró en un principio en los barrios cercanos al centro. El Lower East Side de Manhattan estuvo particularmente bajo su asedio tras el final de la recesión de 1974-1975, el alivio de la crisis fiscal en 1977 y a medida que la presión financiera sobre la vivienda se intensificaba en la década de 1980. Con la

---

[16] Para un tratamiento más elaborado de la producción de la escala véase Neil Smith, «Geography, Difference and the Politics of Scale» en J. Doherty, E. Graham y M. Malek (eds.), *Postmodernism and the Social Sciences,* Houndmills, 1992.

suspensión de los fondos federales para la construcción de nueva vivienda con la administración Reagan, el gobierno de la ciudad de Nueva York adoptó la gentrificación *como* política de vivienda. Además de los programas para su rehabilitación, la ciudad adoptó una estrategia de dos puntos a fin de «recuperar» el Lower East Side, un barrio que había sido devastado por la indiferencia de sus propietarios, una fuerte desinversión y los recortes de los servicios sociales. Un aspecto de la estrategia fue la aplicación de medidas contra la distribución y consumo de drogas a escala barrial, cuyo objetivo a largo plazo era hacer del barrio un espacio seguro para las clases medias blancas. Un segundo aspecto era la «limpieza» de aquellos parques que poco a poco había sido usados por la creciente población sin hogar de la ciudad, como centros de distribución de drogas y como puntos de encuentro de los residentes locales. El ayuntamiento expresó de manera pública que había perdido el control sobre estos espacios, en especial sobre el parque Tompkins Square.

Varios grupos vecinales se organizaron en contra del amenazante toque de queda policial diseñado por la autoridad para reconquistar el parque —devolverlo al espacio abstracto controlado por el Estado, en términos de Lefebvre—, lo que se convirtió en una lucha que culminó en agosto de 1988, cuando cuatrocientos policías arremetieron contra unos manifestantes, que no paraban de corear «¿De quién es este parque? ¡Nuestro!». La policía cedió tras muchas horas de cargar con caballos y porras, lo que convirtió inmediatamente a este espacio en el centro de la organización, de la lucha vecinal y de la reivindicación de vivienda de las personas sin hogar de la ciudad. Al principio, el alcalde describió el parque como una «fosa séptica» y apoyó al jefe de la Patrolmen's Benevolent Association —el sindicato de policías— en su condena de la revuelta de los «anarquistas, los parásitos sociales, los drogadictos, los cabezas rapadas y los comunistas». Por su parte, el *New York Times*, que no es conocido por su lenguaje marxista, definió la revuelta como «La lucha de clases de Avenue B». En cuestión de días se estableció un sinnúmero de vínculos organizativos, tanto entre la desorganizada población sin hogar del parque, como entre los grupos y organizaciones de inquilinos y ocupas ya existentes o de reciente creación. Se produjeron, entonces, nuevas ocupaciones, que se extendieron del parque hacia todo el Lower East Side. Una de las nuevas consignas fue «Tompkins Square por doquier». Al comienzo de la lucha, el municipio se movilizó de manera cautelosa en contra de los ocupantes y de los demandantes de vivienda, pero las hoscas acusaciones del alcalde se ampliaron hasta incluir a todo el Lower East Side y no solo al parque. Fueron adoptadas nuevas reglas discriminatorias y luego fueron rápidamente retiradas; tras 16 meses de acoso policial, el parque se transformó en un asentamiento de chabolas habitado por entre 200 y 300 personas sin

hogar de origen predominantemente afroamericano y latino. En diciembre de 1989, con temperaturas de un solo dígito y con el pretexto de que la presencia de las personas sin hogar estaba obstaculizando el uso del parque, la policía, usando el equipo antimotines, dispersó a esta población, destruyó el poblado y puso en diez camiones de basura los restos de las barracas y todas las pertenencias personales que pudieron ser rescatadas. Además, se intensificó el ataque a los ocupantes de los edificios.

Lo importante de este ejemplo está en destacar el papel de la escala de la lucha por el control del espacio. Esta empezó como una lucha por el parque, pero su escala se expandió geográficamente hasta llegar a comprender a todo el barrio *como parte de la expansión política de la lucha,* incluyendo a diferentes grupos y tipos de organizaciones y lugares. Esto sugiere que la política espacial no solo pone en práctica la metáfora de que los acontecimientos «toman lugar», también revela que la verdadera contienda se refiere al lugar del poder para determinar la escala de lucha: quién define el lugar a ser tomado (el fragmento o fragmentos de Lefebvre) y sus fronteras. Esto también sugiere que las luchas exitosas en contra del espacio abstracto avanzan «saltando escalas». Al organizar los espacios fractales al nivel de una escala en un lugar consistente y conectado, las luchas pueden moverse hacia la siguiente escala en la jerarquía. De ahí la importancia de entender la producción del espacio como la producción de una jerarquía de escalas anidadas dentro de la escala global, y de entender cómo se construyen estas jerarquías. Sobre estas cuestiones también surgen preguntas. Una vez que los acontecimientos «toman lugar» en el contexto de la lucha política, ¿cómo se produce la transición hacia la tarea más constructiva de crear lugar? Esto sucedió en el parque Tompkins Square a un nivel muy rudimentario, debido a la constante amenaza externa, la fragmentación interna de la organización política y la escasez general de recursos.[17]

El ala izquierda del Partido Laborista tomó el control de Londres por la vía parlamentaria a comienzos de los años ochenta gracias a su mayoría en el *Greater London Council*, el consejo metropolitano de la ciudad. De esta manera pudo disfrutar de un amplio campo de acción para producir el espacio. Esto permitió impulsar una importante reforma de las instituciones responsables de la reproducción de Londres en tanto espacio urbano, lo que se tradujo en una mayor provisión de guarderías, en la reducción del costo de los transportes y el acceso a otros servicios, en particular para los hogares y vecindarios de poblaciones británicas afrocaribeñas y negras. Como esto resultaba demasiado amenazante para la estrategia de clase del gobierno de Margaret Thatcher, el parlamento británico decidió abolir toda una escala del espacio abstracto: la de los consejos metropolitanos.

---

[17] Para una versión más larga de esta historia, véase Neil Smith «Tompkins Square Park: Rents, Riots and Redskins», *Portable Lower East Side,* núm. 6, 1989, pp. 1-36.

IV. ¿El fin de la historia o el principio de la geografía?

Con tantos presidentes, primeros ministros y entrenadores de fútbol dedicados a usar las conferencias de prensa para anunciar que la humanidad, o al menos la nación, se encuentra en el comienzo de una nueva era, en tal o cual campo de la historia, puede resultar refrescante escuchar a un burócrata del Departamento de Estado anunciar que, de hecho, en medio del tumulto de 1989, hemos llegado al fin de la historia. De acuerdo con Francis Fukuyama, el desmantelamiento del comunismo oficial en Europa del Este y el consiguiente final de la lucha ideológica entre los bloques oriental y occidental, implicó la «universalización de la democracia liberal occidental» y la realización del concepto de historia de Hegel, en su propia negación. No hay duda de que las luchas continuarían, pero ahora tendrían un carácter focalizado y periférico. Por su parte, el futuro prometía poco más que aburrimiento, sabia historia.[18]

La extraordinaria recepción que tuvo el «fin de la historia» es tal vez más importante que el artículo en sí mismo, el cual, en su fidelidad a Hegel, expone a la vista de todos el oportunismo político del filósofo alemán. Desde el punto de vista de la reafirmación del espacio, no es difícil identificar el motivo de la desesperación a fin de colocar a Fukuyama en el centro de los esfuerzos por explicar lo que sucede en Europa del Este.

La afirmación del fin de la historia es a todas luces absurda. Una broma antiestalinista de Alemania Oriental apuntaba que la historia nunca estaba quieta. La historia futura, todos lo sabemos, está determinada; es la historia pasada la que sigue cambiando. Dicho de otra manera, las revueltas de 1989 nos ofrecen, al menos por primera vez en cuatro décadas, la posibilidad de que la historia sea hecha por la gente. Estas revueltas representaron el inicio de la historia para millones de europeos orientales. Así pues, este argumento plantea un arrogante etnocentrismo, que a nadie puede pasar desapercibido. Que los líderes estadounidenses y soviéticos hayan rebajado la intensidad de sus mutuas amenazas nucleares, no justifica que se prive de su historia a los campesinos de Zimbabue, a la Intifada palestina o a las personas sin hogar de Nueva York, que están luchando de diferentes maneras por la oportunidad de tener algo que decir sobre su propio destino histórico. Por eso, antes que disolverse, el fin de la historia intensificará la producción de geografías satánicas, al mismo tiempo que observamos el repliegue de las economías de guerra de ambos bloques.

A pesar de su idealismo reaccionario, uno puede entrever la lógica detrás del «fin de la historia», allí donde Hegel percibió una cierta primacía del espacio sobre el tiempo vinculada al ascenso del Estado (nación),

---

[18] Francis Fukuyama, «The End of History?», *The National Interest,* núm. 16, 1989, pp. 3-18.

Marx reivindicó al «tiempo histórico como tiempo revolucionario».[19] Si la derrota del comunismo oficial en Europa del Este marca el fin del tiempo revolucionario (pese al hecho histórico de que ninguna de estas sociedades *tuvo* una revolución comunista —aquí la historia es solo una idea—), entonces, el tiempo histórico también parece haber terminado. Marx siguió parcialmente está lógica, pero la invirtió, al igual que mucho de lo que tomó de Hegel. Para Marx, el fin del *capitalismo* marcaría el fin de una *prehistoria* en la que el cambio social no estaba dirigido por los ciudadanos, sino por leyes sociales abstractas parecidas a las leyes naturales, como es el caso de las leyes económicas capitalistas. La determinación *social* y *política* de la historia solo comenzaría con el derrocamiento del capitalismo. De hecho Lefebvre, quien escribiera un libro llamado *La Fin de l'Historie* apenas cuatro años antes de publicar *La producción del espacio*, concluía: «Para Hegel, el espacio llevó el tiempo histórico a su fin, y el amo de este espacio era el Estado».[20]

La reafirmación del espacio en nuestros días no depende de justificación hegeliana alguna, ya sea en la versión del idealismo doctrinario de Fukuyama o en la aproximación crítica de Lefebvre. La muerte de la geografía a mediados del siglo XX fue posterior al conjunto de heridas que se autoinfligió, como sugiere Soja, pero fue también un hecho que respondió a eventos reales, como el acelerado aniquilamiento del espacio por el tiempo o la tendencia a la igualación de las condiciones espaciales en los ámbitos global, regional y urbano/suburbano —tal y como fueron vistos desde el capitalismo de posguerra (en especial el estadounidense), que entonces ya era considerado un conocimiento geográfico subdesarrollado y cada vez más marginal para entender las problemáticas contemporáneas—. El capitalismo moderno, como nos plantea Marshall Berman (en otro trabajo cargado de metáforas y magníficamente revelador de la geografía del capitalismo), está acompañado de un cierto «nihilismo de retaguardia» que incorpora un nihilismo geográfico, tanto en la construcción como en la destrucción del espacio.[21]

Así pues, no es accidental ni tampoco un mero descubrimiento esotérico que la reafirmación contemporánea del espacio en la teoría social tenga consonancia histórica con la reconfiguración y la reproblematización del espacio geográfico en el mundo de posguerra. En 1987, el Congreso de Estados Unidos resolvió celebrar la «Geographical Awareness Week», que ahora se realiza cada año como un medio para promover la educación

---

[19] *The Production of Space...*, vol. I, pp. 28-29.
[20] Ibídem, vol. IV, p. 87.
[21] Marshall Berman, *All That is Solid Melts into Air: The Experience of Modernity,* Nueva York, 1982, p. 123; Soja, *Postmodern Geographies...*, pp. 35-37; Neil Smith, «Geography as Museum: Conservative Idealism and Private History in the "Nature of Geography"», *Annals of the Association of American Geographers,* Occasional Papers, núm. 1, 1989, pp. 91-120.

geográfica considerada vital para los intereses económicos y militares de la nación. Menos simbólico, aunque con un potencial de influencia mayor, fue lo que escribió Casper Weinberger, exsecretario de defensa, en una nota editorial de fin de época en la revista *Forbes* («Capitalist Tool»), donde urgía a Harvard y a otras universidades estadounidenses a «traer de vuelta a la geografía» sobre el principio de que «[los estadounidenses] podemos beneficiarnos del mundo en todos los sentidos a partir de los impresionantes cambios» que estaban teniendo lugar a nivel internacional. «Todo esto comienza con la geografía», remata.[22]

El resurgimiento del espacio en la teoría social resulta bastante problemático. Implica resistencias políticas básicas en torno a quién produce, controla y usa el conocimiento geográfico. Quienes podrían haber sostenido este movimiento simplemente no comprenden el carácter subversivo de la política espacializada. También cabe esperar resistencia entre los círculos más progresistas, es decir, entre aquellos que están determinados a abrir un universo diverso de «posiciones del sujeto» en las que los varones blancos, la clase trabajadora blanca y la economía blanca sean derrotados para siempre en favor de la construcción de un mundo heracliteano donde todo esté en flujo. Lo único que impide que esta postura pase del dilema de Heráclito al Infierno de Dante —en el que los sujetos están condenados a perseguir eternamente posiciones cambiantes y, en última instancia, inalcanzables, sin vestigios de un origen ni perspectiva de un destino— es el campo fecundado por las metáforas espaciales.[23] Después de todo, fue Heráclito quien planteó la necesidad de que en medio del flujo hubiera «un lugar para detenerse». El problema aquí es que si, como hemos señalado, las metáforas espaciales no pueden seguir empleándose de manera inocente y el espacio es problemático, entonces no existe una base espacial dada sobre la cual situarse, ni un recurso geográfico automático que permita anclar u ocultar las posiciones de sujeto. Bajo esta perspectiva la geografía también fluye. El carácter subversivo del espacio es en extremo precioso como para sacrificarlo de esta manera tan ciega. La solución a la multiposicionalidad debe buscarse, por tanto, en una forma política más directa y no meterla de contrabando entre los muertos, como si se tratara de una metáfora sin examinar.

La lucha por el espacio se torna así profundamente política, desde el discurso más popular hasta el más filosófico. Y los desafíos son de cualquier tipo menos académicos. En la película épica *Fitzcarraldo*, situada en el Perú y el Brasil del cambio de siglo, el director Werner Herzog se basa en acontecimientos reales con el fin de representar los primeros esfuerzos

---

[22] Casper, W. Weinberger, «Bring Back Geography», *Forbes,* 25 de diciembre de 1989, p. 31.
[23] Véase, por ejemplo, James Clifford, *The Predicament of Culture,* Cambridge (Mass.), 1988.

europeos por introducirse en el Amazonas, extraer sus recursos (en especial el caucho) y asentar en su interior la imagen de la sociedad europea de clase alta. Allí la producción cultural de la naturaleza fue impresionante. La película empieza con la apertura en 1896, en Manaos, del Teatro Amazonas —una sala de ópera—, 1.500 kilómetros adentro de la selva amazónica. Hasta allí fueron llevados Enrico Caruso y Sarah Bernhardt para participar en la inauguración, y dado que el agua del río era «impura», los caballeros de Manaos mandaban a Lisboa a almidonar sus cuellos y camisas. En la ópera, sus caballos fueron abrevados «con el mejor champán». Fitzcarraldo, el protagonista interpretado por Klaus Kinski, es un tosco aventurero irlandés cuyo nombre proviene de la pronunciación local de Fitzgerald. Como la ópera es su mayor amor, rema 1.800 kilómetros por el Amazonas, desde Iquitos, solo para ver a Caruso: «Será la mejor ópera en la selva», dice. En el fondo, Fitzcarraldo es empujado por la producción física y cultural de la naturaleza. En un singular mapa que cae en sus manos nota que dos afluentes del Amazonas, el Ucayali y el Pachitea, se encuentran tan cerca el uno del otro que casi convergen, pues solo los separa una delgada franja de tierra. El Ucayali llega bien al sur, hasta la inexplorada selva amazónica del Perú; sin embargo, resulta impenetrable debido a los rápidos de Pongo des Montes, lo que deja miles y miles kilómetros sin explotar. No obstante, el Pachitea es navegable.

Fitzcarraldo, entre cuyos anteriores fracasos destaca un «tren transandino», está obsesionado con la idea de atravesar esta franja de tierra y abrir una ruta fluvial que permita la explotación del caucho en el Amazonas peruano. «Debo mover una montaña», promete. Con la ayuda de una gran tripulación y una embarcación de hierro, parte río arriba por el Pachitea y pronto se encuentra con el pueblo jíbaro, cuya presencia invisible en los márgenes selváticos del río se torna cada vez más estruendosa y amenazante debido a su conocido canibalismo. Fitzcarraldo los llama «los traseros desnudos». Cuando el ataque de los jíbaros parece inminente, se decide a utilizar un fonógrafo y tocar una ópera de Caruso desde la proa del barco en un intento por apaciguarlos. Pero de hecho logra aún más, pues estos deciden zarpar con él, unirse cautelosamente a su proyecto y alistarse para ayudar al gran Dios blanco a mover la montaña. Se trata de una hazaña técnica increíble porque se debe arrastrar el barco sobre la colina y conectar la cuenca hidrográfica; no obstante, Fitzcarraldo esperaba obtener una enorme fortuna. En el punto más lejano de la exploración europea del Amazonas, se encuentra con dos misioneros que le relatan el destino del puñado de europeos que se han aventurado en la selva. Cuando los misioneros le preguntan por el propósito del viaje, Fitzcarraldo se muestra evasivo, pero al observar la insistencia por los detalles, mira la selva oscura y dice en voz baja: «Estoy planeando algo geográfico».

El capitalismo siempre ha sido un proyecto fundamentalmente geográfico, y no es demasiado pronto para proponer, ni muy tarde para desear, que la movilización en su contra «planee algo geográfico».

New Brunswick, Nueva Jersey, 1990.

EPÍLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

En los últimos 25 años, desde que se escribió *Desarrollo desigual*, el capitalismo y su geografía han cambiado de manera notable. La globalización, la informatización de la vida cotidiana, la implosión del Estado socialista en la Unión Soviética y Europa del Este, la reafirmación de la religión en la política mundial, la revolución industrial sin precedentes en el este de Asia y la concomitante capitalización de China, los movimientos antiglobalización y por la justicia social mundial, el calentamiento global, la generalización de la gentrificación como política urbana mundial, el ascenso de la biotecnología, el Estado neoliberal, la guerra por la hegemonía global dirigida por Estados Unidos bajo el disfraz de la guerra contra el terrorismo: estos y muchos otros procesos han alterado de forma profunda la faz del capitalismo del siglo XXI. La que fuera la estable división de posguerra entre el Primer, el Segundo y el Tercer Mundo, que ya era sospechosa en la década de 1980, carece en nuestros días de cualquier coherencia y nos resulta curiosa y tan propia de los años setenta. Asimismo, resulta sospechosa cualquier distinción precisa entre lo rural y lo urbano en un mundo que está urbanizado en un 50 %, de la misma manera que cualquier división entre la ciudad central y el suburbio en la era de los centros gentrificados y las periferias corporativas de vanguardia. Frente a esto, la desigualdad del desarrollo capitalista nos parece más fragmentada que nunca en sus múltiples frentes.

Muchos incluirían en esta lista de cambios decisivos los ataques de 2001 al Pentágono y al World Trade Center en Estados Unidos, y no existen dudas de que estos acontecimientos pasarán el filtro de la historia. De hecho ya lo han hecho, sin importar cuánto insista en lo contrario cualquier presidente estadounidense, son parte ya de un momento decisivo en la política global. Pero si bien estos acontecimientos fueron fríamente calculados y profundamente devastadores en términos simbólicos, es necesario decir que resultan menores en los anales de la violencia de la humanidad contra sí misma. Lo que hizo tan trascendentales estos acontecimientos fue, más bien, la *reacción* que generaron, brutal y calculada a una escala todavía mayor. Sabemos que estos hechos fueron utilizados

para consolidar la hegemonía global —tan deseada, esporádica y, en última instancia, quimérica— de la clase dominante asentada en Estados Unidos. Sin querer negar o menospreciar la importancia de los cambios ocurridos en otras escalas u otros ámbitos, resulta claramente necesario analizar este proyecto del poder imperial, emprendido en nombre de una clase dominante internacional establecida en Estados Unidos, así como sus reacciones (incluyendo el 9/11), como parte de la realidad política, cultural y económica dominante de los últimos 25 años. El desarrollo desigual de nuestros días, en todas sus escalas, del hogar a la escala transplanetaria, es ascendente y descendente, pero todavía es fundamental tener una mirada analítica alrededor de esta ambición global, caso de que queramos entender dónde y cómo se unen estos procesos de escalas diferentes.

En la primera década del siglo XXI, muchos de quienes estamos en el corazón de la bestia —geográficamente definida como Europa, América del Norte, Japón y Oceanía, aunque excluyendo a Harlem y los suburbios parisinos e incluyendo los centros «subalternos» del poder de clase de la Ciudad de México, Mumbai, Shanghái o El Cairo— estamos atrapados en una seria falta de imaginación política, memoria e incluso afectividad. De hecho, nos hemos convertido en exponentes voluntarios o involuntarios del famoso dictado de Margaret Thatcher de que «no hay alternativa» al capitalismo («TINA» [por sus siglas en inglés, «there is no alternative»]). Muchos de los que pertenecen al *establishment* de la izquierda y que aborrecían a Thatcher en los años ochenta, se han convertido en el siglo XXI en los más ágiles proponentes del «TINA», negándose incluso, de forma idealista, a reconocer al capitalismo como una categoría consistente. Y mientras las clases dominantes valoran al capitalismo en formas amplias y diversas, aunque también puras, el Estado se transforma hoy en un emprendedor de retaguardia, al tiempo que los economistas se asumen también como ingenieros ambientales, sociales y culturales. En definitiva, estos conversos niegan la existencia del capitalismo cualquiera que sea. Para ellos no existe un objetivo coherente para la oposición política, solo el bálsamo de una moralidad liberal devota y ecléctica. La invisibilidad de la alternativa es calibrada en función de la invisibilidad del objetivo.

Desde esta perspectiva, las luchas de liberación de los años setenta— Nicaragua, Angola, El Salvador, entre otras— o bien se han desvanecido o bien han sido derrotadas. Muchos de los regímenes poscoloniales de África central y occidental, divididos y conquistados antes de que les fuera legada la soberanía por la que tan duramente lucharon, han convertido el cortés barbarismo de sus amos coloniales en una nueva avaricia capitalista que desciende sobre esos mismos rincones desamparados. El medioambientalismo y el multiculturalismo son, por su parte, la nueva política, tanto de la derecha como de la izquierda, y los socialistas europeos se han convertido en los

pioneros de un neoliberalismo de medias tintas que picotea al capitalismo mientras busca su abrazo, aun cuando distintos movimientos socialistas de base hayan llegado al poder en América Latina. Entretanto, los derechos humanos y los derechos de las mujeres, sin importar cuánto sean ignorados en casa, se han transformado en llamamientos de guerra por parte de algunos inconfesables intereses políticos y económicos de Occidente. A pesar de todo ello, las luchas por los derechos humanos básicos, unos salarios decentes, el agua potable, la dignidad, la libertad sindical, unas condiciones de trabajo aceptables o el fin del racismo, continúan surgiendo en todo el mundo.

La arrogancia neoliberal que ayudaron a globalizar Thatcher, Reagan, Kohl y Den Xiaoping en la década de 1980 ha sido heredada por sus distintos sucesores —Bill Clinton, Tony Blair, el primer ministro indio Atal Behari Vajpayee, y muchos otros de tendencias ideológicas diversas alrededor del mundo—. A las economías nacionales se les chantajea con la desregulación del trabajo, las finanzas, el medio ambiente y el comercio, bajo el principio de que las mercancías son «bienes» universales —tal y como se declaró en los orígenes ilustrados del liberalismo decimonónico— y de que la lógica del mercado, que en apariencia gobierna su propio movimiento y se encuentra en la psique popular, es la lógica apropiada para todo, desde las preferencias personales hasta las elecciones sociales. A los Estados nación se les chantajea así también con el fin de someterlos a los principios de «la libertad y la democracia» que dicen estar entrelazados con las prácticas del libre mercado capitalista. Para muchos alrededor del mundo —sin duda para aquellos que George W. Bush puso risible, incongruente e incompetentemente dentro del eje del mal (Irak, Corea del Norte e Irán), y para aquellos que se considera habitan de forma ominosa bajo su sombra (Palestina, Siria, Cuba, Venezuela, entre otros)— la libertad ha pasado de ser una promesa del siglo XVIII a una amenaza del siglo XXI, de un faro que alumbra las oportunidades a un amenazante campo de exterminio. La economía globalizada fructifica de la mano de una política forzada de gobernanza globalizada y de sus correlatos, la cultura globalizada de consumo y su reproducción social. George Bush afirmó en marzo de 2005 que «La libertad prevalecerá», que «La libertad es hacia donde avanza la historia», y para ello el ejército estadounidense está siempre dispuesto, a fin de asegurar que la historia no pierda el camino.

Aun con todo, muchas cosas no han cambiado, y la desigualdad de clase, la destrucción ambiental, la pobreza, la injusticia racial, el imperialismo y los genocidios son peores que hace 25 años. Lejos de haber sido resueltas con la promesa de un capitalismo globalizado, estas divisiones se han acentuado más de lo que hubieran podido anticipar sus críticos. Ciertamente, había muchas debilidades en el análisis original, y aunque estas resultan más

evidentes en nuestros días, he resistido a la tentación de corregirlas o de actualizar el texto; una de sus fortalezas es que entiende el desarrollo geográfico desigual como la disputa siempre irresuelta entre las tendencias opuestas hacia la igualación y la diferenciación socioespacial. Al no estar anclada en una dicotomía filosófica ni en algún tipo de necesidad ontológica alejada del proceso social, podemos rastrear desde la contradicción que surge de estas tendencias opuestas hasta las relaciones sociales que producen las mercancías y su generalización en el marco del modo de producción capitalista, tal y como hizo Marx hace ya tiempo. Las contradicciones se vuelven así palpables, reales. Considerar al desarrollo desigual a través de ellas no solo ayuda a situar y explicar los paisajes que han sido dramáticamente alterados a diferentes escalas, sino que contribuye a entenderlo como un conjunto bastante específico de geografías que, a pesar del extraordinario poder de la naturaleza, no son un resultado necesario, sino creaciones humanas que pueden tomar una forma diferente. Por eso, con toda certeza, existe una alternativa.

El objetivo más general de *Desarrollo desigual* fue entrelazar la naturaleza, el espacio y el proceso social en torno a su capacidad para producir paisajes observables a múltiples escalas, así como intentar explicar las formas en las que estos paisajes resultantes demandan una resolución de la desigualdad social. Por eso, conectar la naturaleza con el enfoque marxista del cambio social histórico bajo la rúbrica de la «producción de la naturaleza», le pareció a muchos, incluido yo mismo, un tanto forzado. Desde la perspectiva actual, la producción de la naturaleza parece algo obvio, un problema político central, y puesto que fue el texto original el que impulsó esta discusión, resulta lógico empezar por allí.

El blanqueo de la naturaleza y la producción de la naturaleza

Aunque el movimiento medioambiental ya estaba en marcha, hubiera sido difícil anticipar la amplia aceptación de la tesis de la «producción de la naturaleza» —o cualquier término que queramos usar— a comienzos de los años ochenta, cuando esta se volvió parte no solo de la ortodoxia radical, sino materia de titulares de prensa. El calentamiento global y el cambio climático humanamente inducido dejaron de ser las consignas alarmistas de una izquierda ambientalista, para convertirse en el pan, la mantequilla y los almuerzos con martini de las salas de juntas de Wall Street. El muesli ecológico fue así sustituido por el dólar ecológico; de hecho, en cierto modo, la producción de la naturaleza se ha convertido en parte de la ortodoxia capitalista. El cambio climático ha pasado de ser una amenaza a los beneficios a un nuevo sector de rentabilidad capitalista. Por eso, en 2003, el Pentágono, en colaboración con la Global Business Network,

también localizada en Estados Unidos, advirtió sobre los efectos del cambio climático en «la seguridad estadounidense» y anticipó un programa multibillonario para la seguridad climática.

No obstante, el problema es más complejo. Es verdad que parece no haber una base científica razonable para negar la existencia del calentamiento global y el papel de la intensificación de las economías sociales de producción, reproducción y consumo. Sin embargo, las dimensiones de esta contribución social global al cambio climático no son del todo claras y parecen incalculables. El problema reside en que para calcular tal contribución es necesario presuponer o una naturaleza estática que sirva de parámetro para poder comparar y medir el calentamiento global —lo que es en sí un presupuesto científico evidentemente poco realista—, o definir alguna trayectoria de cambio «natural» frente a la que pueda medirse el papel del componente humano (y aun así quedaría pendiente saber cómo se entendería ese futuro «natural» proyectado). Existen, por supuesto, modelos sofisticados de cambio climático global cíclico basados en informaciones que datan del siglo XIX (a pesar de su selectividad geográfica); sin embargo, la descripción de su pasado, por muy precisa que sea, no garantiza las predicciones sobre el futuro. Al final, el intento de distinguir las contribuciones sociales de las naturales al cambio climático no solo resulta un debate tonto, sino que es la filosofía de un tonto: deja intacto el abismo entre naturaleza y sociedad, que pone en extremos opuestos, lo que es justo el principio del pensamiento moderno occidental que ha intentado confrontar la tesis de la «producción de la naturaleza».

No se tiene que ser «promotor de la negación del calentamiento global» —que es ya un descriptor interesante en sí mismo— para mantenerse escéptico frente a las formas en que la población global está siendo empujada a aceptar, uno tras otro, los cambios técnicos, económicos y sociales que se presentan como necesarios y urgentes para la supervivencia planetaria. En este contexto de renacimiento del determinismo geográfico en ruinas, el calentamiento global se ha convertido en una conveniente excusa para cometer un sinnúmero de pecados sociales. Más allá de las consecuencias obvias asociadas al derretimiento de los casquetes polares, el aumento del nivel del mar, los cambios en el clima y la vegetación, la inundación de las ciudades, entre otras, el calentamiento global ha sido invocado para exonerar distintos pecados sociales: el aumento del crimen en las ciudades durante el verano debido a las altas temperaturas, las malas cosechas, los nuevos patrones de migración, los máximos de temperatura en el sureste de Europa, los mínimos de lluvia y frío en el noroeste de Europa, la posibilidad de reducción en un 35 % de la biodiversidad para 2050, el aumento sin precedente de la fertilidad felina en Toronto, etc. El tono apocalíptico de un inminente desastre ambiental satura cada rincón de la vida cotidiana presente y futura.

De la misma manera que el «ecoblanqueo» corporativo se apropió de las políticas ecológicas en la década de 1990 y recodificó el ambientalismo en línea con la lógica de la ganancia capitalista, hoy, los fantasmas del calentamiento global y del cambio climático son desplegados en favor de un cierto «blanqueo de la naturaleza» [*nature-washing*]. Esto puede parecer paradójico; sin embargo, el blanqueo de la naturaleza es el proceso por el que las transformaciones sociales de la naturaleza son reconocidas en toda su amplitud o, en otras palabras, la naturaleza socialmente transformada se convierte en el nuevo súperdeterminante de nuestro destino social. Es posible que sea culpa de la sociedad por transformar la naturaleza, pero es el poder resultante de esa naturaleza lo que trae consigo el apocalipsis. Aquí el poder causal de la naturaleza no se ve afectado, antes bien, parece aumentar gracias a los estímulos sociales que se le aplican. La dicotomía naturaleza-sociedad es mantenida más que debilitada: el «blanqueo de la naturaleza» va arrojando una montaña de consecuencias sociales al basurero causal de la naturaleza. Ella es, todavía, el terreno tranquilo y recóndito de las causas y consecuencias sociales visualizado por Van Diemen.

Si las actuales noticias medioambientales están dominadas por el cambio climático, el blanqueo de la naturaleza tiene una extensión mayor. Con escasa idea de lo que estaba por venir, la primera edición de *Desarrollo desigual* apenas incluyó una pequeña mención al «efecto invernadero», tal y como era llamado entonces; sin embargo, el argumento de la producción de la naturaleza tenía una raíz más profunda, que corre riesgo de perderse por la manera en la que el blanqueo de la naturaleza aviva el resurgimiento del determinismo geográfico. Hoy somos constantemente interpelados por una u otra emergencia ambiental que amenaza al planeta y a la vida en el mismo; emergencias con una huella biofísica y bioquímica como el virus del Ébola, el SIDA, la enfermedad de las vacas locas, el Síndrome Respiratorio Agudo Grave (SARS [por sus siglas en inglés]), las múltiples formas del cáncer o de gripe aviar. El blanqueo de la naturaleza también cumple aquí una función, la coproducción social de enfermedades (ya sea reconocida o no) es marginada en favor de un apocalipsis natural aparentemente inevitable. De nuevo, el problema no reside en que el blanqueo de la naturaleza niegue la participación de lo social en la naturaleza, sino en lo contrario, que al reconocerlo reconstruye el poder de la agencia natural sobre lo social como algo irrefutable.

Aunque la tesis de la «producción de la naturaleza» enfatiza el papel de la agencia social sobre la naturaleza, ello no supone asimilarlo o confundirlo con el paradigma construccionista que se ha puesto de moda desde los años ochenta. Algunos teóricos han adoptado este construccionismo social dando muestras de su predilección por el discurso, debido a la inquietud que causan las implicaciones políticas del énfasis sobre la producción

social y, presumiblemente, como respuesta a los muchos cambios sociales de idéntico tipo. Esto genera otro tipo de blanqueo de la naturaleza, donde el poder de la naturaleza es arrasado en términos discursivos o, al menos, arrojado a los márgenes. Esto resultó claro en el caso de *Social Text*, el fiasco de 1995 con el que un científico engañó a una revista de política cultural presentando una lectura «construccionista» de la física contemporánea por completo inventada. Sin importar cuán necesarias sean las críticas a las concepciones científicas del mundo —algo que los científicos jóvenes hacen mejor que aquellos que permanecen parados a distancia—, este construccionismo discursivo no nos llevará muy lejos. Por supuesto que existe un amplio debate sobre estos temas, y la pregunta sobre cómo conceptualizar las relaciones naturaleza-sociedad no tiene y no tendrá una fácil resolución teórica. Yo sigo convencido de que la pregunta central gira menos alrededor del problema de cómo recombinar nuestras concepciones de naturaleza y sociedad —un proyecto que en el mejor de los casos está orientado a intentar reparar un capitalismo rapaz—, y más en torno a la pregunta de: ¿cómo se ha concebido, en primera instancia, con tan marcada dualidad este campo de relaciones, procesos y acontecimientos entre naturaleza y sociedad, que está a la vez unificado e internamente diferenciado? La respuesta requiere que revisemos la historia de las innumerables producciones prácticas de la naturaleza en los últimos siglos por medio de la evolución de sus concepciones occidentales. Por el momento, una noción de la producción de la naturaleza que plantee el trabajo de transformación humana, en su sentido más amplio, en el centro de la ecuación, podría funcionar razonablemente bien en consonancia con la noción de Donna Haraway de coproducción de procesos y relaciones sociales y naturales. En contraste, el blanqueo de la naturaleza vuelve a atribuir toda la responsabilidad a la naturaleza.

El problema está, con toda certeza, en no minimizar la magnitud de la crisis ambiental generada por el voraz consumo capitalista de los recursos de la Tierra; con ello no pretendo sugerir que los problemas ambientales son de alguna manera secundarios o que requieren menos atención. El punto es, más bien, insistir en que las respuestas a las crisis ambientales serían más exitosas si las crisis fueran evaluadas con mayor cuidado. Es aquí donde los movimientos apocalípticos de izquierda pierden el objetivo. En la medida en que el calentamiento global, como proceso, es considerado de forma aislada como el principal dilema ambiental —y por lo tanto es separado de los procesos de acumulación de capital y de las relaciones sociales de producción que provocan tal cambio climático—, las dinámicas que lo conducen terminan por completo fuera de foco. «Poner todas las manos a la obra para reducir la huella de carbono» puede tranquilizar la conciencia liberal, pero no supone una respuesta política progresista al calentamiento global, en la medida en que define de forma simplista la naturaleza como

un valor de uso. Así pues, buscar la solución en un voluntarismo difuso —¿plantaste un árbol hoy para compensar el uso del automóvil para ir al trabajo?— supone, también implícitamente, una responsabilidad y una causalidad difusas respecto del problema. Y esto nos aleja de la posibilidad de entender las causas del calentamiento global. La mayoría de nosotros no tenemos otra opción que consumir un mínimo de combustibles fósiles a fin de transportarnos, calentarnos, cocinar, tener energía, etc. —y no porque lo elijamos, sino porque las alternativas son sumamente caras o imposibles—. La escasez de alternativas no es para nada voluntarista, viene provocada por cálculos de rentabilidad competitiva. En este sentido, el punto de encuentro de los movimientos apocalípticos con el liberalismo está allí donde dejan por completo de lado la discusión sobre el valor y el valor de cambio. Sus soluciones a los verdaderos problemas fallan del todo al intentar atacar la tendencia a la acumulación de capital que, más que cualquier otra cosa, es la responsable de producir el paisaje del valor de uso del calentamiento global y, de forma más amplia, la crisis ambiental.

En respuesta al cambio climático se ha acentuado la producción de naturaleza de maneras que hubieran sido impredecibles a comienzos de los años ochenta. Ya entonces era indudable que las emergentes industrias de la «comida orgánica» y del reciclaje estaban corporativizando las respuestas populares a los problemas ambientales percibidos en las décadas de 1960 y 1970, ejemplo que ha seguido otro pujante sector de las industrias ambientales. Un caso clave es el de la industria del reciclaje que, al reclutar el trabajo gratis de los consumidores y obtener subsidios gubernamentales, ha logrado proveer materias primas reciclables más baratas a las industrias responsables de la contaminación, dándoles incluso un incentivo para que produzcan mayores cantidades de basura. A pesar de los pros y contras de estas industrias, es evidente que algunas décadas después la respuesta al cambio climático continúa la misma trayectoria: la de corporativizar de diferentes maneras la preocupación que el cambio climático genera. Las compañías petroleras, que perforan con furia los bosques, los desiertos y los océanos alrededor del mundo, se hacen llamar «verdes»; las aerolíneas que utilizan tecnologías rentables de ahorro de combustible se llaman a sí mismas poco contaminantes; y la energía nuclear, que está de vuelta en la agenda, se presenta como la «alternativa limpia». El mercado global de captura de carbono, en el que las compensaciones por la emisión de carbono se convierten en mercancías, se inició en la década de 1990 y hacia 2007 ya era un negocio multibillonario, así como la base de otros mercados especializados en futuros, garantías y derivados ambientales. En este contexto, la naturaleza es mercantilizada y financiarizada —por supuesto, para salvarla—. De hecho, nada en la naturaleza ha quedado exento de tal aprovechamiento: hay un caso en el que una compañía papelera «paga»

por la extracción de madera creando «futuros para pájaros carpinteros» vinculados a superficies sin explotar. Cuando el precio de tales futuros se eleva, la empresa obtiene una considerable ganancia. Otro ejemplo es el de las compañías de servicios, que han construido un mercado de compra de futuros del clima que les permite (solo a ellas) evitar los riesgos asociados a los eventuales inviernos fríos (o cálidos) y a los veranos tórridos (o frescos) —en esencia, se trata de apostar con el clima— y, hablando del idealismo en el construccionismo social, resulta todavía más extraordinario saber que hay intentos para usar el patrón de compra y venta del mercado de futuros del clima ¡con el propósito de predecir el futuro del clima mismo!

En realidad no debería sorprender que estos mercados de captura de carbono no reduzcan la propia producción de carbono, o que las tecnologías ahorradoras lleven, en realidad, al incremento de las emisiones globales de carbono, aun cuando la lógica retrógrada que funda el intento de predecir el clima con la información del mercado pretenda hacernos creer lo contrario. (Debe señalarse que en 2004, antes de que se burlaran de su existencia, el Pentágono sugirió la creación de un mercado similar de «futuros de seguridad», en el que la gente podría apostar sobre el lugar y el momento del siguiente «ataque terrorista». La manera en la que los oficiales del Pentágono plantearon esta iniciativa, se afirmó entonces, permitiría «recolectar» información bajo el principio de que los súbitos aumentos en el mercado de futuros revelarían algo sobre el planeamiento de ataques reales.) Una política ambiental que fracase a la hora de entender la profundidad y las implicaciones de tal mercantilización de la naturaleza se quedará estancada en la era anterior, no será capaz de distinguir la extraordinaria y creativa forma en la que el capitalismo corporativo logra reformular una preocupación genuina por el valor de uso —como la reducción de las emisiones de carbono— y transformarla en una cuestión de valor económico por completo contraria a la preocupación original. Para decirlo con claridad, la naturaleza contemporánea está siendo afanosamente convertida en una estrategia de acumulación inconcebible dos o tres décadas atrás.

Es evidente que el argumento de la producción de la naturaleza tuvo como inspiración teórica la propuesta de Henri Lefebvre, quien ofreció un punto de partida para la reflexión en términos de «producción del espacio». Como ahora es bien sabido, este argumento de Lefebvre derrumbó brillantemente dos o tres siglos de pensamiento occidental, al presentarnos el espacio no como una abstracción —un absoluto newtoniano o un campo cartesiano— sino como un artefacto maleable. Esto nos lleva de vuelta a los debates entre Newton y Leibniz, tal y como señala David Harvey, pero también vuelve más aguda nuestra perspectiva sobre la posibilidad, sugerida más arriba, de explorar la conexión entre las historias de la naturaleza (y del espacio) y la historia de los conceptos de naturaleza (y espacio) desde

el siglo XVII. La puesta entre paréntesis del «espacio» es deliberada y problemática, pero también sintomática de la perspectiva de Lefebvre, pues por más que rompiera con el pasado en su concepción del espacio, curiosamente continuó siendo tradicional con respecto de la naturaleza. Si bien ofrecía una excelente plataforma para analizar la historia del espacio en relación con su conceptualización moderna, el tratamiento de Lefebvre de la naturaleza fracasa de forma bastante evidente. El espacio para Lefebvre sigue vivo, a pesar de la abstracción, tendencial y nunca completada, a la que lo somete la producción capitalista. De hecho, la cuestión clave en su trabajo es que una política verdaderamente revolucionaria es, forzosamente, una política del espacio. En contraste, la política de la naturaleza es para Lefebvre la política de una miserable derrota. La naturaleza, nos dice, está «muriendo», está «desapareciendo», suprimida en las manos del capital: «La naturaleza está siendo asesinada por la antinaturaleza —por la abstracción, por signos e imágenes, por el discurso, al igual que por el trabajo y sus productos—. La naturaleza está muriendo junto a Dios. La humanidad está matándolos y, tal vez, por si fuera poco, se está suicidando».

Hay en este cuadro diversas cuestiones de importancia, pero parece razonable concluir que en al menos un aspecto Lefebvre fue un hombre de su tiempo. Vinculó el sentido evolutivo decimonónico de la colonización de la naturaleza con la indignación del movimiento ambientalista de los años sesenta que señalaba sus mortales consecuencias. Sobrevive en Lefebvre lo suficiente de Kant, y a pesar de que vence el absolutismo newtoniano del espacio (o casi, en la medida en que toda la política se convierte en política del espacio), la prioridad ontológica del espacio sobre la naturaleza permanece intacta. La naturaleza sigue «teniendo lugar» dentro del espacio, e incluso teniéndolo, este implica pelear en una batalla perdida, donde su único derecho es avanzar hacia la muerte. Pero, ¿qué tal si derrocamos a Kant por completo, revertimos el privilegio del espacio (y el tiempo) y consideramos a la naturaleza como prioridad? ¿Qué tal si consideramos al espacio como el producto de una naturaleza que está todavía muy viva y es, en sí misma, producida de forma cada vez más intensa? ¿Qué tal si consideramos a la naturaleza como un continuum de acontecimientos humanos y no humanos? Aunque no fue expresado de esta manera, este es el planteamiento detrás de la tesis de la «producción de la naturaleza».

Es posible que Lefebvre no hubiera objetado nada a este cambio pues, en sí, no implica la muerte del espacio —lo que debería darse por supuesto—. De hecho, este movimiento solo elevaría a la naturaleza al nivel que Lefebvre otorgó al espacio, lo que nos forzaría a examinar de manera más rigurosa la dialéctica geohistórica de la coproducción entre naturaleza y espacio. Esto tendría el efecto de colocar la política de la

naturaleza, enlazada con la política del espacio, en el centro de cualquier agenda política transformadora evitando, a su vez, cualquier constructivismo simplista. No vendría mal repensar la producción de la naturaleza por medio de la triada que Lefebvre aplicó originalmente a la producción del espacio, en la medida en que ese proyecto estuvo guiado de forma profunda por el deseo de unificar, bajo el eje de la producción social, lo que se identificó como los espacios físico, mental y social. Así pues, ¿cómo se materializaría tal proyecto a propósito de la naturaleza?, ¿cómo redefiniríamos la conexión entre las naturalezas física, mental y social?, y ¿cómo es que esto produciría una unificación conceptual más completa entre el espacio y la naturaleza? Estas preguntas no son solo conceptuales. La acumulación de evidencias sobre el cambio climático hace cada vez más evidente que sus efectos serán desiguales en términos espaciales: las altas temperaturas en un lugar bien pueden coincidir con las bajas temperaturas en otro, la sequía en un punto con el diluvio en otro, o la reducción de especies en un entorno con su aumento en otros. Por eso es necesario preguntarse, ¿cómo vamos a conceptualizar la desigualdad del cambio natural en tanto proceso integral del desarrollo espacial desigual?

Desarrollo desigual: tierra plana, mundo imposible

En su exitoso libro de 2005, *The World is Flat* [El mundo es plano], el ganador del premio Pulitzer, Thomas L. Friedman, cuenta el revelador momento que tuvo al dar el primer golpe en los campos de la Asociación de Golf Karnataka en el centro de Bangalore, el «Silicon Valley de la India». Tras haber desembarcado de un vuelo en primera clase de Lufthansa que venía de Nueva York, rodeado de rascacielos, signos y logotipos que proyectaban el globalismo corporativo —Goldman Sachs, Pizza Hut, Hewlett Packard, Texas Instruments, Microsoft e IBM—, así como de sus compañeros indios de golf, que él sentía bien podrían ser estadounidenses, el columnista del *New York Times* tuvo una repentina visión: «Mi amor», dijo a su esposa, «pienso que la tierra es plana». La brillantez del libro de Friedman, que estuvo más de dos años en la lista de éxitos del *New York Times* y vendió más de tres millones de copias, reside en que retrata las promesas de la globalización del libre mercado. Tal y como han expresado capitalistas y economistas, esta promesa consistió en que la globalización crearía «un campo de juego parejo», y son los análisis y observaciones desenfadadas de un trotamundos como Friedman las que lo ratifican, demostrando que la promesa se ha vuelto un «hecho sobre el terreno». Al mostrarnos la intensa actividad personal que suponen estos viajes en primera clase, con y sin familia, el libro nos lleva de excursión alrededor del mundo para presentarnos y explicarnos una gran cantidad de claves humanas y no humanas

de este nuevo globalismo, como el software, la subcontratación, las cadenas de suministro o Wal-Mart. Todo ello anuncia la capacidad productiva neoliberal de la economía estadounidense sobre esta feliz tierra plana y, al mismo tiempo, advierte la necesidad de una vigilancia competitiva constante. Para Friedman, la «Globalización 3.0» no solo presagia, sino que ha ocasionado en gran medida nada menos que el fin de la geografía.

Friedman describe con viveza la tendencia a la igualación de las condiciones y niveles de producción y reproducción social dentro del capitalismo. «El capital es un nivelador», dijo Marx en un famoso pasaje, y ya antes, Engels y él plantearon en *El manifiesto comunista* que:

> Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes. Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran pesar de los reaccionarios, ha retirado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas domésticas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y eso se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.
>
> El bajo precio de las mercancías es la artillería pesada que derrumba todas las murallas chinas y hace capitular a los bárbaros […] En síntesis, crea un mundo a su imagen y semejanza.

No cabe duda de que el libro de Friedman favorece este proyecto de clase, y que el hecho de que haya sido traducido a varios idiomas, incluido el chino (mandarín), el japonés y el indonesio, lo convierte en un ejemplo de esa «literatura mundial» y en parte de la «artillería» intelectual que está derribando las fronteras geográficas. Si «todo lo sólido se desvanece en el aire», como argumentaron Marx y Engels, entonces la fuente de oxígeno que sostiene la vida de esta corriente globalizada es la búsqueda universal de la ganancia capitalista. Esto significa en términos de la producción de la naturaleza, a diferencia de en tiempos de Marx y Engels, que la

explotación de la naturalza no es solo una cuestión de expansión horizontal en la búsqueda de materias primas sino también de expansión vertical. Este problema no es precisamente geofísico —buscar nuevos recursos bajo la superficie de la tierra o en el espacio exterior—, es más bien de escala. La biopiratería corporativa de saqueo de los bosques, los océanos y los cuerpos humanos en busca de material genético, combinada con la financiarización de los créditos al carbono y un sinnúmero de otros créditos ambientales, sugiere la existencia de un mundo en el que la naturaleza es representada como una poderosa estrategia de acumulación, como un banco de biodiversidad en su totalidad. La naturaleza ya no es natural, tal y como fue, en la misma medida en que todos esos procesos naturales avanzan sin cesar.

Así, la tendencia hacia la igualación de las condiciones y niveles de producción constituye el proceso clave del desarrollo desigual capitalista. En otra parte, Marx capturó este proceso con la imagen de la tendencia endémica del capitalismo a la «aniquilación del espacio por el tiempo», que después se convirtió en un tema central de la teoría del desarrollo desigual. Más recientemente, Deleuze y Guattari escribieron sobre el espacio liso y el problema de la desterritorialización, aunque en términos filosóficos mucho más abstractos que aquellos que dominan las discusiones contemporáneas de los geógrafos económicos y los economistas políticos. En todo caso, es improbable que Friedman esté en desacuerdo con la idea de que sus «ontologías planas» son la expresión directa de la acumulación del capital, de esta ambición espacializada del capital. Es más, Friedman cita *El manifiesto comunista* y considera «difícil de creer» que Marx hubiera alcanzado tal clarividencia a mediados del siglo XIX. Esta valoración de Marx no es única y exclusiva de Friedman. A finales de la década de 1990, en el 150 aniversario de la publicación de *El manifiesto comunista*, en medio de una atmósfera de Posguerra Fría que hacía pensar que Marx, sus malcriados herederos y las crisis económicas por fin habrían sido sosegados, los capitalistas de Wall Street empezaron a redescubrir y a apreciar la brillantez del autor alemán y su sagaz diagnóstico sobre el funcionamiento del capitalismo. Estos efusivos redescubrimientos aparecieron por doquier, desde el *London Times* hasta el *Wall Street Journal*, pero fueron de corta duración. La terrible crisis económica asiática de 1997-1998 los cortó de raíz, truncando de forma violenta la reivindicación de Marx y provocando un retorno al silencio oficial sobre sus aportaciones al entendimiento de las crisis capitalistas. El hecho de que esta crisis fuera llamada crisis económica «asiática» —o aún peor, la «gripe económica asiática» que amenaza con «contagiar» a Europa y Norteamérica— revela el carácter no plano de la tierra, el resquebrajamiento repentino de cualquier igualdad global, y los vigorosos intentos de los globalizadores de Nueva York, Tokio y Londres por desglobalizar y desacoplar esa crisis de los centros del poder financiero. Diez años después,

al recordar los aprietos financieros de Tailandia e Indonesia, reconocemos también que las economías rusa y brasileña estuvieron entre las principales víctimas de aquella crisis «asiática». Y más aún, que la crisis económica global de 1997-1998 eclipsó rápidamente esta revaloración de Marx, ya que ella misma evidenció al «otro» dialéctico del desarrollo capitalista, que la acumulación capitalista crea una fuerza igualmente poderosa que avanza a contracorriente de la igualación: la diferenciación social y espacial —que constituyen las crisis, las disrupciones, el desempleo, el empobrecimiento espacial y las guerras—.

Este otro lado de la moneda capitalista es muy poco reconocido por Friedman: su invocación de Marx es, en el mejor de los casos, parcial. El hecho de que solo pueda admirar a Marx cuando cree que la pesadilla materializada del capitalismo ha sido derrotada, resulta evidente en el atrevido subtítulo de su libro: «Una breve historia del siglo XXI». El Marx del que Friedman se olvida es el Marx de la teoría de la crisis, la división del trabajo, la clase social, la muerte por pobreza, así como el Marx de la crítica contundente a las fantasías de autorrealización capitalistas, que suponen que competencia, propiedad privada y avaricia de clase políticamente sancionadas y orquestadas nos llevarán a todos, de alguna manera, hacia un mundo mejor. Friedman ignora por completo al Marx que señaló que las fuerzas de diferenciación están profundamente arraigadas y son fundamentales para el funcionamiento y la supervivencia del capitalismo. Esta postura puede deberse a que Friedman es un determinista tecnológico confeso, cuya creencia le hace pensar que la tecnología puede abatir todas las enfermedades sociales y que la clase es un «actitud mental» —una actitud que puede seducir y hacer parecer que el mundo es plano cuando uno tiene la posibilidad de pagarse un billete y volar a voluntad a ocho mil metros de altura de manera confortable en los asientos de primera clase—. No obstante, para quienes están abajo, ya sea en el altiplano de Zimbabue o en el delta de Bangladesh, el precio de ese pasaje supera con mucho su ingreso anual, y el estilo de vida neoyorquino de rentas mensuales de 7.000 dólares por apartamentos multimillonarios —incluso de una sola habitación—, tiene la apariencia de una montaña imposible de escalar. Para ellos, Nueva York solo puede ser visto en la distancia.

En un breve intermedio, Friedman reconoce que el mundo no es del todo plano, pero insiste en que las fuerzas aplanadoras van a predominar. Y puesto que él lucha por mitigar la pobreza, apoya a la Fundación Bill y Melinda Gates, cuyo caritativo lema es: «Colaboraremos horizontalmente». Esta eliminación de la verticalidad del poder es conveniente e interesada, dada la capacidad del capital financiero de Microsoft, de tal modo que el respaldo otorgado por Friedman a la ontología plana que define la visión de Gates, solo termina por suavizar con efectividad la desigualdad global.

En la práctica, el desarrollo geográfico desigual es el producto de la dialéctica entre las tendencias contradictorias de la igualación y la diferenciación.

China es el nuevo milagro capitalista de la era neoliberal. El hecho de que la nación que muchos conservadores insisten en llamar «comunista» le esté ganando a Estados Unidos en su propio juego, ha hecho correr mucha tinta, en tanto en ningún otro lado son más visibles las dinámicas del desarrollo desigual. El que fuera indiscutiblemente un país del Tercer Mundo, según el lenguaje de los años setenta, se ha convertido en la cuarta economía del mundo en 2005 y está dispuesta a desbancar a Alemania del tercer lugar. Entre 1980 y 2005, su Producto Interno Bruto (PIB) se multiplicó por diez, pasando de 187.000 millones a 1,983 billones de dólares. A escala global, China es el mejor ejemplo de cómo las economías subdesarrolladas pueden catapultarse hasta la primera fila del desarrollo capitalista. La causa directa de esta impresionante expansión económica china descansa en las reformas neoliberales de 1978 aplicadas por Deng Xiaoping. Estas reformas, que alcanzaron a la agricultura, la industria, la ciencia, la educación y la defensa, insertaron a multitud empresas estatales en las lógicas de la competencia, los precios del mercado y, eventualmente, la propiedad privada. En ese contexto se crearon mercados de suelo y vivienda, y se expandieron de manera considerable las importaciones industriales mientras se consolidaba un vasto y creciente mercado interno. El Estado, por su parte, continuó dirigiendo el desarrollo de las infraestructuras. El surgimiento de China como un poder económico global fue impulsado, además de por estas reformas, por la neoliberalización simultánea de las economías de los Estados Unidos y el Reino Unido, y por la expansión industrial que venía transformando al Este y al Sureste asiáticos desde finales de los años sesenta. Al igual que Japón y China, Corea del Sur figura hoy entre las doce economías más importantes del mundo. China es cada vez más un destino de la inversión del capital financiero global, e inversores chinos (incluyendo el gobierno) poseen más de un billón de dólares en deuda del gobierno estadounidense. Considerada en su conjunto, se está volviendo cada vez más claro que la revolución industrial iniciada en los años sesenta en el este de Asia está superando todas las revoluciones precedentes. Al menos en este punto, el ascenso de estas economías representa una considerable igualación de las condiciones y niveles de desarrollo, especialmente entre el Este asiático y las viejas potencias económicas de Europa y Norteamérica.

No obstante, esta expansión ha resultado bastante costosa: la desigualdad interna se ha incrementado. Mientras que en la China de 1980 la desigualdad era comparable a la de la Alemania socialdemócrata (coeficiente Gini de 0,25), en 2005, China era menos equitativa que Rusia (coeficiente Gini de 0,45). El 10 % más rico de la población china ganaba siete veces más que el 10 % más pobre en la década de 1980, pero hacia 2005 esa

desigualdad se había multiplicado por 18. Ahora, el 10 % más rico de la población acumula el 45 % de la riqueza del país y el 10 % más pobre solo el 1,4 %. El crecimiento de esta diferenciación socioeconómica, asociada a la intensa capitalización de la economía, se expresa en una desigualdad geográfica multiescalar —intraurbana, rural-urbana y regional—. Debido a su compromiso socialista con la igualdad, la revolución maoísta de 1949 otorgó gran importancia a la promoción del desarrollo «uniforme», lo que en algún momento se tradujo en el desmantelamiento de la maquinaria en Shanghái y otras ciudades y su instalación en el campo. Eso pertenece no obstante al pasado; la industrialización capitalista se ha concentrado primero y de manera muy intensa en el sureste, alrededor de Guangzhou, del delta del Río de las Perlas y de Hong Kong, inclinando así la balanza del poder económico en detrimento del noreste (si bien después la inversión y el desarrollo del norte fortalecieron el poder de todo el litoral oriental en detrimento de las regiones central y occidental). Otras regiones, empero, también han recibido inversiones en materia de infraestructura, recursos y explotación de mercancías primarias, pero a otra escala. En términos internacionales, la inversión de capital chino se ha desbordado hacia América del Sur, en menor medida hacia África, y hacia sus economías vecinas en Asia. A escala urbana, Shanghái y Beijing están ahora entre las mayores áreas metropolitanas del mundo y bien pueden considerarse como los paradigmas punta del urbanismo neoliberal. La nueva riqueza urbana se concentra de forma creciente en enclaves ricos, suburbios y centros comerciales, mientras que un conjunto de proyectos colosales de renovación urbana —sobre todo planeados alrededor de los Juegos Olímpicos de 2008 en Beijing y de la Expo Mundial 2010 en Shanghái— expulsan de manera insólita a los pobres de sus barrios. Cientos de miles de residentes pertenecientes a la clase trabajadora han sido desplazados —algunos reubicados, muchos no— como parte de proyectos a gran escala de gentrificación, infraestructura y similares.

Nada de esto ha sucedido de forma pacífica. La misma crueldad que acompañó a la revolución industrial inglesa —las mismas condiciones dickensianas— caracterizan a la revolución industrial asiática. Hemos visto múltiples protestas contra estos proyectos urbanos, acciones violentas que siguieron a una epidemia de desastres en las minas de carbón —4.746 mineros muertos solo en 2006— y la amplia indignación que ha provocado la disolución o privatización de las unidades de trabajo en el campo. Las represivas condiciones de trabajo en la floreciente industria china y la supresión de los aumentos salariales han fomentado un descontento generalizado. Los informes sobre estas revueltas llegan con dificultad a la prensa occidental, al igual que a la prensa china, pero en 2005, el gobierno estimó que el año anterior acontecieron unos 74.000 «actos masivos, protestas y

disturbios», haciendo presumiblemente de China la capital de la lucha de clases del mundo. La nueva clase dominante china, que incluye tanto a nuevos emprendedores como a viejos líderes del partido, mantiene firmes las manos sobre las riendas del Estado y la economía, llevándonos a toda velocidad hacia la inevitable revisión de la propuesta de Lenin, a saber, que el capitalismo es la fase superior del comunismo.

La situación con respecto a la India es la misma y, sin embargo, resulta algo diferente. La neoliberalización de la economía india no aconteció sino hasta mediados de los años noventa y aunque no alcanzó el mismo nivel de crecimiento promedio del PIB que China, este fue mayor al 6 % anual en las últimas dos décadas, llegando casi a 10 % entre los años 2000 y 2005. India ha superado así a Corea del Sur en términos de su PIB global. Mucho de este crecimiento esta concentrado en el centro de negocios de Mumbai, que ahora alberga las principales oficinas corporativas de los mayores bancos del mundo, las principales firmas de inversión y las corporaciones financieras. Este crecimiento también depende del centro de alta tecnología de Bangalore y del centro administrativo de Delhi, así como de la producción industrial en estas y otras regiones metropolitanas, también dispersa en las zonas rurales circundantes. Hay muchas razones para explicar la rápida expansión de la India y de la economía china. De manera particular, las explicaciones tradicionales ponen el énfasis en las telecomunicaciones, el abaratamiento del transporte y la tecnología informática. No cabe duda que todas ellas han facilitado el traspaso de bienes, capital, ideas, imágenes e incluso trabajo a través de distancias antes difícilmente franqueables, pero el desarrollo asiático a partir de los años sesenta se funda ante todo en la disparidad de las tasas salariares con respecto de Japón, Norteamérica y Europa.

Con un sistema educativo que muchos consideran superior al sistema público de Nueva York o Los Ángeles, una ciudad como Bangalore, ahora con 6 millones de personas, ha provisto un abundante número de trabajadores angloparlantes, instruidos en ciencias y con conocimientos de negocios a menores costos salariales. Una vez capturada por los británicos —no es casual que ello sucediera en el punto más alto de la revolución industrial doméstica—, el crecimiento de Bangalore fue en parte estimulado por las decisiones gubernamentales posteriores a la independencia, entre 1950 y 1960, de centralizar allí las industrias aeronáutica y electrónica. Con mayor inversión, se preparó especialmente a la ciudad para aprovechar al máximo las reformas neoliberales de los años noventa. En 2007, un graduado en ciencias que buscara su primer trabajo como ingeniero en informática en el enorme campus corporativo de Infosys, la compañía de informática india más grande, podía esperar un salario anual cercano a las trecientas mil rupias (7.400 dólares), que era una suma cuantiosa en la

India pero apenas una pequeña fracción de la tasa salarial de Silicon Valley. Según todos los indicios, Nandan Nilekani, copresidente de Infosys, fue uno de los compañeros de Friedman en el campo de golf y, así, uno de los inspiradores de la revelación sobre el carácter plano de la Tierra.

La India se vanagloria de tener más billonarios que cualquier otro país asiático: su 10 % más rico controla casi el 30 % del ingreso nacional y el 0,1 % más rico es el principal beneficiario de la neoliberalización de los años noventa. No obstante, su desigualdad es mucho más profunda y amplia que en China. Más de una tercera parte de la población vive con menos de un dólar al día y el 80 % lo hace con menos de dos dólares. Muchos de los trabajadores que producen los caros artículos de moda o los alimentos destinados a los mercados europeos y norteamericanos que distribuyen Gap, Marks & Spencer, Wal-Mart o Tesco, apenas ganan 25 centavos por hora —y sus empleadores trabajan para abrogar las leyes internacionales del trabajo—. Esto ha provocado una amplia revuelta entre los trabajadores que, aunque incomparable con la que se ve en China, da cuenta de un descontento que alcanza también al pujante mercado de consumo interno. La campaña anti Wal-Mart, que ha llegado a ser tan global como su némesis, está intentando evitar la apertura en la India de quince nuevas tiendas de la firma asentada en Arkansas y asociada con el Grupo Bharti. Aunque Bangalore, que está a la vanguardia de la economía global en alta tecnología, no ha sido considerado como un semillero de revueltas laborales, las protestas han estallado en diversos puntos del país, no solo por las condiciones de trabajo, sino también por los problemas ambientales, la represión estatal y el desplazamiento urbano que resulta de la gentrificación y la remoción de los asentamientos marginales e informales. En el campo, la concatenación de las condiciones de mercado, políticas y medioambientales han llevado a la ruina a muchos trabajadores agrícolas, decenas de miles de pequeños productores se han suicidado. En las áreas indígenas («tribales») más apartadas a lo largo y ancho del país, una amplia campaña de orientación maoísta ha reemplazado la autoridad del Estado indio.

La crisis económica es parte integral del desarrollo desigual capitalista y las respuestas a ella por parte de la organización de los trabajadores y del Estado han permitido incrementar los salarios en las economías de los «tigres» asiáticos —Singapur, Taiwán, Hong Kong y Corea del Sur—, los cuales han superado desde hace mucho a los de otras economías asiáticas, forzando así a una reestructuración marcada por la creación de trabajos más intensivos y productivos que generen mayores cantidades de plusvalía. Este mismo dilema se empieza a presentar en China e India. En la crisis económica de 1997-1998, los capitalistas globales actuaron tratando de aislar la catastrófica devaluación en algunos países —Brasil, Rusia y Asia, incluyendo los tigres asiáticos— y proteger el valor en otros. A largo plazo

—una década tal vez— tuvieron éxito y, a pesar de los daños, las economías designadas como víctimas también salieron de la crisis. Sin embargo, las crisis económicas van y vienen, y en el próximo episodio —tan bien explicado en el trabajo de Marx, como desaprobado por los economistas utópicos con convicciones capitalistas—, la geografía de la crisis, el declive, el desempleo y la muerte serán de nuevo desiguales. No es fácil predecir si los perdedores de este drama en desarrollo serán China, la India, las economías de los tigres asiáticos o el capitalismo estadounidense fundado en la propiedad. No es fácil saber quién se convertirá en la víctima de su propio éxito en la crisis financiera generalizada desde 2007. Tampoco será fácil saber si Europa retrocederá bajo el peso de su propia expansión, o si los nuevos suburbios del capital global en Dubái y los Estados Árabes del Golfo enfrentarán una crisis que requiera la repatriación de cientos de miles de trabajadores del sur y el sureste asiático. No obstante, es posible saber que las verdaderas víctimas de estos episodios serán las clases más pobres de todos estos lugares —los trabajadores, las mujeres y las minorías nacionales, étnicas y raciales—.

El ascenso de la geoeconomía

Se nos ha dicho de manera insistente que el globalismo neoliberal ha cambiado el mundo, pero si algo ha reafirmado una y otra vez son los fundamentos del capitalismo liberal; y esto lo ha logrado sin necesidad de eliminar al Estado y su regulación. Aunque muchos Estados se han desentendido de la responsabilidad asociada a la reproducción social de sus poblaciones, es cierto también que los aparatos del Estado se han convertido de manera selectiva en entidades empresariales, lo que quiere decir que se han convertido en catalizadores de una expansión capitalista sin precedente. Esto resulta bastante claro en el caso del ejército estadounidense, que negocia la venta de armas en pro de las ganancias corporativas y del Pentágono, y que fue a la guerra de Irak con casi el mismo número de soldados que de mercenarios privados («contratistas independientes»). En oposición a las visiones de los teóricos de la globalización y, de hecho, de muchos activistas antiglobalización, el Estado no ha dejado de formar parte de las nuevas realidades. De Gran Bretaña a México y de China a Estados Unidos, los Estados nación han sido las parteras de este nuevo globalismo; ya sea por medio de políticas económicas o de aventuras militares, lo han aprovechado como un medio para aumentar el poder estatal. Como deja claro la respuesta militar y política a los ataques del 11 de septiembre de 2001, la mengua del poder del Estado a manos del capital ha sido limitada. La erosión innegable de las fronteras económicas no coincide necesariamente con la erosión de las fronteras políticas, culturales y, sin

duda, militares entre los distintos Estados nación. En muchos lugares, por el contrario, estas se han endurecido. Sin embargo, esto no significa que la globalización sea noticia vieja y que nada haya cambiado.

El mapa del mundo en el siglo XX era, ante todo, un cuadro geopolítico de territorios nacionales; sin este hoy sería imposible definir momentos tan decisivos como la Guerra Fría o la Primera y la Segunda Guerra Mundiales. Es evidente que muchos otros paisajes económicos, sociales y culturales alimentaron el mapa mundial, pero a pesar del poder del Estado nación, este mapa no registra actualmente esa nítida articulación entre poder, Estado y territorio. El juego de mesa geopolítico *Risk*, que pareciera captar el aura de las décadas de 1970 y 1980, nos resulta ahora extrañamente anacrónico. El rompecabezas global de los Estados nación se ha arrojado por los aires. A los aficionados de la globalización y a los críticos anticapitalistas, por igual, les toca volver a poner las piezas en su lugar. El problema es que las grandes piezas nacionales que fueron arrojadas no son las mismas que han caído. De Europa a África, los Estados se han fragmentado, al tiempo que unidades comerciales de escala continental han empezado a tomar la delantera —el Mercosur, la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, la Unión Europea, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, por no mencionar el aparato militar que es la Organización del Tratado del Atlántico Norte—. El mapa mundial actual representa menos un mosaico estable de Estados nación que un conjunto de diferencias ambientales y religiosas, de patrones migratorios, de flujos económicos, de irrupciones locales y de guerras poscoloniales.

Estos cambios son complejos, pero con el enfoque de la teoría del desarrollo desigual y con un ojo atento a los problemas de la escala, vamos a destacar una dinámica central. En la década de 1970, la escala de acumulación de capital en las economías más ricas del mundo había superado la habilidad de los Estados nación para regular la actividad económica interna. La actividad económica se desbordó cada vez más sobre y a través de las fronteras nacionales, exigiendo una desregulación nacional, al tiempo que una regulación internacional. En la década de 1980, la mayor parte de las transacciones económicas a través de las fronteras fueron intraempresariales, es decir, se realizaron *dentro* de las propias corporaciones. En este contexto, la idea misma de la existencia de distintas economías nacionales se volvió cada vez más inapropiada. La posibilidad de un capitalismo globalmente integrado había sido planteada con anterioridad. De hecho, la propuesta de una «Doctrina Monroe global», elaborada por Woodrow Wilson después de la Primera Guerra Mundial, esbozó una versión viable de la ambición estadounidense global (que no continental). Esta primera idea fue derrotada por la resistencia interna, la oposición externa y por un nacionalismo reaccionario endógeno. Un

segundo intento se produjo, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, con la fundación de la Organización de las Naciones Unidas y, en especial, del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (más tarde llamado Organización Mundial de Comercio). Este intento se frustró por la Guerra Fría, a la vez que se recurría a un nacionalismo regresivo y autodestructivo. Durante mucho tiempo inactivas, estas instituciones surgidas de la Segunda Guerra Mundial volvieron a la vida después de los años setenta, justo al avecinarse el tercer intento de la ambición global estadounidense. Esta nueva jugada en pro del poder global —reinventada como neoliberalismo y como solución a las crisis de los años setenta, que fueron descritas en la primera edición de este libro— recibió un impulso significativo desde el final de la Guerra Fría, pero de ninguna manera coincidió con un proyecto de americanización. En realidad, se trataba de un proyecto de clase que unía por interés común —incluso cuando peleaban acerca de cómo competir entre sí— a diversos grupos dominantes localizados alrededor del mundo, desde Washington hasta Pretoria y desde Shanghái hasta Ciudad de México. Del mismo modo, el neoliberalismo vinculó de forma creciente a los trabajadores textiles de Dacca, Bangladesh, con los de Nueva York, y a los recolectores de plátano en el Caribe con los sindicatos europeos. Desde la década de 1980, las victorias del movimiento de los trabajadores han sido sobrepasadas con mucho por las derrotas. La norma es ahora la organización internacional y no la nacional. Junto con el intermitente movimiento antiguerra y los distintos frentes del movimiento global por la justicia social, los trabajadores han logrado al menos hacer del neoliberalismo y la globalización los objetivos de una aguda atención crítica, de una nueva ola de protesta y de oposición política.

El desarrollo desigual en la escala global ha estado asociado a una descomunal desigualdad social y geográfica dentro de las economías nacionales, lo que resulta visible no solo en economías ascendentes como la china o la india, también en el corazón del capitalismo del siglo XXI, en Estados Unidos, la desigualdad económica se ha profundizado. Esta nación siempre se ha caracterizado por una enorme desigualdad social, y aunque en el cuarto de siglo posterior a la Segunda Guerra Mundial esta permaneció estable e incluso disminuyó en ocasiones, hacia principios de los años setenta, la desigualdad socioeconómica se intensificó rápidamente. En concreto, mientras en las últimas cuatro décadas los salarios de los trabajadores han permanecido fijos o han disminuido, los ingresos del 1 % más rico se han triplicado. El coeficiente Gini de desigualdad en el ingreso era de 0,35 en 1970, desde entonces ha crecido de forma constante hasta llegar al 0,47 en 2001, por encima de Rusia, China y la India. En 1982, el ingreso de los directores ejecutivos (CEOs, por sus siglas en inglés) en

Estados Unidos era 42 veces más alto que el salario de los trabajadores, pero un cuarto de siglo después este había aumentado hasta la impactante proporción de 364 a 1. En 2006, cuatro directores ejecutivos de compañías de fondos de inversión y de alto riesgo se llevaron a casa un *ingreso* de cerca de mil millones de dólares, mientras que los 20 directores ejecutivos más importantes promediaron un ingreso de 658 millones de dólares cada uno —es decir, obtuvieron la fabulosa cantidad de 2,75 millones de dólares por cada día de trabajo—. La distribución desigual de la riqueza (que no de la renta) es aún más profunda, y ha regresado a los niveles anteriores a la Segunda Guerra Mundial. La geografía de la desigualdad es en parte predecible y en parte no. Por ejemplo, mientras la franja sureña de Texas a Florida posee los niveles más altos de desigualdad, junto con California y la región noreste, es en estas últimas y en algunas zonas del Medio Oeste donde la desigualdad está creciendo de manera más intensa.

En la escala urbana, la gentrificación, que a principios de los años ochenta era todavía un fenómeno emergente, se ha convertido en una estrategia urbana global. La espectacular inversión en los centros urbanos ya no es una experiencia exclusiva de Londres, Sidney, Nueva York o Amsterdam, sino de muchas otras ciudades alrededor del mundo. La gentrificación ha florecido de manera horizontal y vertical, afectando a ciudades en todos los continentes (excepto, presumiblemente, la Antártida), alcanzando también a las ciudades que se encuentran en lo más bajo de la jerarquía urbana. La gentrificación ha pasado de ser un acontecimiento aislado de mercados de vivienda selectos a un elemento dominante de las políticas de planeación urbana. Cuando se combina con la suburbanización global de las ciudades, hace parecer profético el pronóstico de Henri Lefebvre, quien en 1970 planteó que la urbanización reemplazaría a la industrialización como motor del cambio social. Así, la construcción de la ciudad se ha convertido en una fuerza geográfica motora de la acumulación de capital, es decir, en una fuente de producción de abundantes plusvalías. El gobierno financiero y las funciones de control de la economía global podrán estar todavía concentradas en Nueva York, Tokio y Londres, pero las nuevas ciudades globales de Asia, de América Latina y, cada vez más, de África, son los nuevos talleres del capital global. El urbanismo global es un proceso bastante contradictorio —que viene alimentado de manera centralizada por la migración campo-ciudad que contribuye a sostener la industrialización—; de acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas, en 2006 la población urbana mundial excedió por primera vez el 50 % del total de la población mundial. Por su parte, la gentrificación centraliza la ciudad, la suburbanización la descentraliza y la migración campo-ciudad conduce a la recentralización de la metrópolis. Y cada uno de estos procesos demanda un análisis escalar del desarrollo urbano desigual en un mundo globalizado.

Al situarnos en una modalidad de escala curvada, resulta valioso contrastar mundos que usualmente no son comparados. Por ejemplo, es sorprendente descubrir que en 2007 el fondo económico de una sola universidad estadounidense (Harvard) —no en los términos de presupuesto de operaciones, sino el dinero depositado en el banco— alcanzó la suma de más de 35 mil millones de dólares. De hecho, su empleado mejor pagado no fue el presidente, ni el entrenador de fútbol americano, sino el administrador del fondo, cuyo salario superó los 18 millones de dólares. (El ejecutivo renunció para buscar un salario mayor.) El fondo ni siquiera da cuenta del verdadero valor de la universidad porque excluye sus activos, como el suelo, los edificios, su capital y los presupuestos de operaciones. No obstante, según las últimas cuentas, el fondo es superior al PIB de unos 39 países, lo que sería suficiente para pagar toda la deuda nacional de Sudáfrica o Perú. Como señalaron los activistas antigentrificación, a propósito de las acciones de la Universidad de Columbia en los años ochenta, las principales universidades estadounidenses, además de otorgar diplomas cada mayo, son corporaciones multinacionales multimillonarias con importantes intereses en los mercados de inversión e inmobiliarios, al menos a escala local. Otro ejemplo son las fuerzas armadas estadounidenses, que con un presupuesto de cerca de 750 mil millones de dólares compite con Australia por la posición número quince entre las economías más grandes del mundo.

Adoptado por comentaristas de derecha como Edward Luttwak alrededor de 1990, el lenguaje de la geoeconomía fue moneda de uso corriente entre los geógrafos marxistas que observaban la reestructuración de la economía política global en la década de 1970, aunque el término parece haber sido acuñado por un geógrafo regional francés en la década de 1950. Se trató de una intuición profética. La cuestión aquí no es que la geopolítica esté obsoleta —basta con echar una mirada a los titulares de los periódicos y al comportamiento de los Estados Unidos en Oriente Medio para mitigar cualquier preocupación al respecto—. La cuestión es más bien que, sin que importe cuánto de la geopolítica se mantenga como un arsenal táctico para el conflicto global—donde el nexo Israel-Palestina-Siria-Irak-Irán funciona como un buen ejemplo—, la racionalidad subyacente de los conflictos actuales se ajusta más a una lógica geoeconómica que a una geopolítica. Esto no quiere decir que la guerra en Irak, o, de manera más amplia, en Oriente Medio, haya sido solo por el petróleo. Tal suposición representa un error básico de la izquierda política, se adopte una racionalidad geopolítica o geoeconómica. Con la guerra en Oriente Medio se trata más bien de completar la estrategia de globalización por medio de la incorporación de esta última y recalcitrante región al ambicioso proyecto global estadounidense. Que la mayor parte de las reservas mundiales de petróleo estén allí no es para nada una coincidencia, pero no se trata de la única cuestión, y tal vez ni siquiera de la más importante. En la medida

en que la izquierda política considera el conflicto en Oriente Medio como una guerra por el petróleo, se queda estancada en una mentalidad geopolítica obsoleta. Dicho esto, resulta claro que conforme avanzamos hacia la segunda década del siglo XXI, el cálculo geopolítico probablemente estará más presente en las portadas de los periódicos, tal vez como un testimonio del fracaso del tercer intento —después de Wilson y de Roosevelt— por materializar la ambición estadounidense de ir más allá de la geografía y crear un mundo global plano.

La geopolítica, y la estrategia de recurrir a un nacionalismo automodulable, fue la perdición de los primeros intentos por concretar aquella ambición global, y parece que Estados Unidos está en camino a repetir el fiasco. No está claro cómo se producirá la caída, pero la crisis de 2007 en los mercados financieros globales de Estados Unidos y Europa, que deriva de una larga historia de inversiones hipotecarias especulativas, sugiere que la crisis de 1997-1998 ha migrado económica y geográficamente. Esa crisis se manifestó primero en la sobreproducción de semiconductores en Tailandia, afectando el valor de su moneda, el baht, para luego esparcirse desde allí. Diez años después, la crisis parece emanar del estómago de la bestia, de su bien más preciado: las hipotecas. Que la crisis no se haya mantenido en el sector hipotecario, que se haya generalizado, es consecuencia de la naturaleza del capitalismo globalizado. Y que haya sido necesaria una poderosa intervención estatal para lidiar con ella —incluyendo la nacionalización de bancos— contradice todos los dogmas del neoliberalismo.

En una ocasión Jürgen Habermas señaló que la modernidad se volvió «dominante y a la vez estaba muerta». Lo mismo puede ser verdad en términos económicos si planteamos la guerra de Irak como una marca de la «etapa final [fallida] de la globalización». Después de la batalla de Seattle en 1999 y las protestas subsecuentes contra la globalización y el capitalismo —que ayudaron a normalizar la extraordinaria reacción represiva del Estado—, y después del estancamiento y la recesión económica de algunos años más tarde, el neoliberalismo dejó de ser la fuente de cambio social significativo. En el mejor de los casos, el final de la primera década del siglo XXI ha sido testigo de la observancia de los dictados políticos y geográficos neoliberales. Considerado de forma menos complaciente, este periodo marcó la crisis de esos dictados. Al neoliberalismo se le ha terminado lo que en los años ochenta George Bush padre llamó «la cuestión de la visión». Parafraseando a Habermas, el neoliberalismo puede ser ahora dominante y a la vez estar muerto.

Un neoliberalismo en crisis no traerá consigo el final del desarrollo desigual, por el contrario, significará su intensificación. Como observó Marx tiempo atrás, el capitalismo es extraordinariamente ingenioso para transformarse frente a la crisis; debe decirse que desde la década de 1970,

es el capitalismo y no sus oponentes quien ha tenido una iniciativa aplastante. Pero esto podría dejar de ser verdad. Los patrones y experiencias futuras del desarrollo desigual dependen mucho del tamaño y la fuerza con los que la oposición al capitalismo pueda preparar su propia versión de la «cuestión de la visión». Sin embargo, en muchas partes del mundo parece que somos incapaces de considerar la revuelta social y las posibilidades inscritas en ella como una alternativa. Como a mediados de los años noventa admitió Donna Haraway, una de nuestras más creativas pensadoras, ante un público atónito: «Si tuviera que ser honesta conmigo misma, he perdido la habilidad de pensar cómo sería un mundo más allá del capitalismo». Ella solo estaba expresando lo que para muchos de nosotros se ha convertido en una amplia, aunque implícita, pérdida de imaginación política. Para bien o para mal, las revoluciones son los momentos de contrapunto constante de la historia. Las celebramos cuando producen un mundo mejor para nosotros, pero las detestamos cuando contravienen lo que consideramos nuestros intereses o creencias. Una de las cosas más sorprendentes de nuestro presente es el ímpetu con que se ha eliminado del imaginario de posibilidades tanto la perspectiva como los efectos del cambio social revolucionario. Esto no es positivo a la hora de empezar a alentar de nuevo esta imaginación revolucionaria.

Nueva York, 27 de septiembre de 2007.

BIBLIOGRAFÍA

Abaromovitz, Moses, «On Nature and Significance of Building Cycles», *Economic Development and Cultural Change,* núm. 9, 1961, pp. 225-238.

Adams Cyrus C., *A Textbook of Commercial Geography,* Nueva York, 1901.

Alonso, William, *Location and Land Use,* Cambridge (Mass), 1964.

_____ «A Theory of the Urban Land Market», *Proceedings of the Regional Science Association,* núm 6, 1960 pp. 149-158.

Althusser, Louis, *For Marx,* Londres, 1977 [ed. cast.: *La revolución teórica de Marx*, trad. por Martha Harnecker, México, Siglo XXI Editores, 1967].

_____ *Essays in Self Criticism,* Londres, 1976 [ed. cast.: *Elementos de autocrítica*, trad. por Miguel Barroso, Barcelona, Laia, 1975].

Amin, Samir, «Accumulation and Development: A Theoretical Model», *Review of African Political Economy,* núm. 1(1), 1974, pp. 9-26.

_____ *Unequal Development,* Nueva York, 1976 [ed. cast.: *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*, trad. por Nuria Vidal, Barcelona, Libros de Confrontación, 1975].

Aglietta, Michel, *A Theory of Capitalist Regulation,* Londres, 1979 [ed. cast.: *Regulación y crisis del capitalismo*, trad. por Juan Bueno, Madrid, Siglo XXI Editores, 1979].

Barker, Colin, «The State as Capital», *International Socialism*, núm. 2(1), 1978, pp. 16-42.

Benet, F., «Sociology Uncertain: The Ideology of the Rural-Urban Continuum», *Comparative Studies in Society and History,* núm. 6, 1963, pp. 1-23.

Berger, John, *The Look of Things,* Nueva York, 1974 [ed. cast.: *La apariencia de las cosas. Ensayos y artículos escogidos*, trad. por Pilar Vázquez, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 2014].

Berman, Marshall, *All That is Solid Melts into Air: The Experience of Modernity,* Nueva York, 1982 [ed. cast.: *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, trad. por Andrea Morales Vidal, México, Siglo XXI Editores, 2013].

Bernstein, Richard, *The Restructuring of Social and Political Theory,* Oxford, 1976 [ed. cast.: *La reestructuración de la teoría social y política*, trad. por Ma. Carmen Ruidíaz García, México, Fondo de Cultura Económica, 1986].

Berry, B. J. L. «Commuting Patterns, Labour Market Participation, and Regional Potential», *Growth and Change,* núm. 1, 1970, pp. 1-10.

_____ «Inner City Futures: An American Dilemma Revisited», *Transactions of the Institute of British Geographers,* núm. 5(1), 1975, pp. 1-28.

Berry, B. J. L. y Gillard Q., *The Changing Shape of Metropolitan America,* Cambridge (Mass.), 1977.

Bluestone, Barry y Harrison, Bennett, *The Deindustrialization of America,* Nueva York, 1982.

Bowles, Samuel, Gordon, David y Weisskopf, Thomas, *Beyond the Wasteland,* Nueva York, 1983.

Bowman, Isaiah, *Geography in Relation to the Social Sciences,* Nueva York, 1934.

Braverman, Harry, *Labour and Monopoly Capital,* Nueva York, 1974 [ed. cast.: *Trabajo y capital monopolista*, trad. por Gerardo Dávila, México, Nuestro Tiempo, 1981].

Brenner, Robert, «The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism», *New Left Review,* núm. 104, 1984, pp. 25-92.

Bruegel, Irene, «What Keeps the Family Going?», *International Socialism,* núm. 2 (1), 1978, pp. 2-15.

De Brunhoff, Suzanne, *The State, Capital and Economic Policy,* Londres, 1978 [ed. cast.: *Estado y capital*, trad. por M. Luisa Martín Rodríguez, Madrid, Villalar, 1978].

Bujarin, Nikolai, *Imperialism and the World Economy,* Londres, 1972 [ed. cast.: *La economía mundial y el imperialismo*, trad. por Luis F. Bustamante y José Arico, Buenos Aires, Pasado y Presente, 1971].

Bunge, William, *Theoretical Geography,* 2ª edición, Lund, 1966.

Burton, Ian, «The Quantitative Revolution and Theoretical Geography», *Canadian Geographer,* núm. 7, 1963, pp. 151-162.

Buttimer, Anne, «Social Geography», *International Encyclopedia of the Social Sciences,* núm. 6, Nueva York, 1968, pp. 139-142.

_____ «Social Space in Interdisciplinary Perspective», *Geographical Review,* núm. 59, 1969, pp. 417-426.

Caplan, Arthur, *The Sociobiology Debate,* Nueva York, 1978.

Carney, J., Hudson, R. y Lewis, J. (eds.), *Regions in Crisis: New Perspectives in European Regional Theory,* Londres, 1980.

Cassirer, Ernst, *An Essay on Man,* Londres, 1944 [ed. cast.: *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*, trad. por Eugenio Ímaz, México, Fondo de Cultura Económica, 2016].

Castells, Manuel, *The Urban Question,* Londres, 1977 [ed. cast.: *La cuestión urbana*, trad. por Irene C. Olivan, México, Siglo XXI Editores, 1976].

Childe, Gordon, *Man Makes Himself,* Nueva York, 1939 [ed. cast.: *Los orígenes de la civilización*, trad. por Eli de Gortari, México, Fondo de Cultura Económica, 1954].

Chisholm, George G., *Chisholm's Handbook of Commercial Geography* (reescrito por L. Dudley Stamp), Londres, 1937.

Christaller, Walter, *Central Places in Southern Germany,* Englewood Cliffs (N. J.), 1966.

Ciceron, *De Natura Deorum*, traducido por Horace C. R. McGregor, 1972, *The Nature of the Gods,* Harmondsworth [ed. cast.: *Sobre la naturaleza de los dioses*, trad. por Ángel Escobar, Madrid, Gredos, 2000].

Cleaver, Harry, *Reading Capital Politically,* Austin, 1979 [ed. cast.: *Una lectura política de El Capital*, trad. por Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1985].

Cliff, Tony, «Permanent Revolution», *International Socialism,* núm. 61, 1973, pp. 18-29.

Clifford, James, *The Predicament of Culture,* Cambridge (Mass.), 1988 [ed. cast.: *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, trad. por Carlos Reynoso, Barcelona, Gedisa, 1995].

Cohen, G. A., *Karl Marx´s Theory of History,* Princeton, 1978 [ed. cast.: *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, trad. por Pilar López Manez, Madrid, P. Iglesias, 1986].

Collingwood, R. G., *The Idea of Nature,* Londres, 1946 [ed. cast.: *Idea de la naturaleza*, trad. por Eugenio Ímaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1950].

Crowe, S. E., *The Berlin West African Conference 1884-1885,* Londres, 1942.

Davis, Mike, «Urban Renaissance and the Spirit of Postmodernism», *New Left Review,* núm. 151, 1985, pp. 106-113.

Deutsche, Rosalyn, «Uneven Development: Public Art in New York City», *October,* núm. 47, 1988, pp. 3-52.

Doherty, J., Graham, E. y Malek, M. (eds.), *Postmodernism and the Social Sciences,* Houndmills, 1992.

Downing, Andrew Jackson, «Hints to Rural Improvers», *Horticulture,* julio de 1848 (reimpreso en *Rural Essays,* Nueva York, 1857).

Dunford, Michael y Perrons, Diane, *The Arena of Capital,* Londres, 1983.

Durkheim, Emile, *The Division of Labour in Society,* Glencoe (Ill.), 1947 [ed. cast.: *De la división del trabajo social*, trad. por David Maldavsky, Buenos Aires, Schapire, 1973].

Emerson, Ralph Waldo, *Selected Writings,* Nueva York, 1965.

Engels, Friedrich, *Anti-Duhring,* Londres, 1975 [ed. cast.: *Anti-Dühring. La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*, trad. por José Verdes Montenegro y Montoro, México, Grijalbo, 1964].

_____ *The Condition of the Working Class in England,* Moscú, 1973 [ed. cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, trad. por N. Díaz Godoy, La Habana, Ciencias Sociales, 1974].

_____ *Dialectics of Nature,* Moscú, 1954 [ed. cast.: *Dialéctica de la naturaleza*, trad. por Wenceslao Roces, México, Grijalbo, 1959].

_____ *The Origin of the Family, Private Property, and the State,* Nueva York, 1972 [ed. cast.: *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Madrid, Akal, 2017].

Farrington, Benjamin, *Francis Bacon: Philosopher of Industrial Science,* Nueva York, 1961 [ed. cast.: *Francis Bacon. Filósofo de la Revolución Industrial*, trad. por Rafael Ruíz de la Cuesta, Madrid, Endymion, 1991].

Fisk, Milton, «The Human-Nature Argument», *Social Praxis,* núm. 5, 1980, pp. 343-361.

Fox, Kenneth, «Uneven Regional Development in the United States», *Review of Radical Political Economics,* núm. 10(3), 1978, pp. 68-86.

Frank, Andre Gunder, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America,* Nueva York, 1967 [ed. cast.: *Capitalismo y subdesarrollo*, trad. por Elpidio Palacios, México, Siglo XXI, 1976].

Fukuyma, Francis, «The End of History?», *The National Interest,* núm. 16, 1989, pp. 3-18.

Gerratana, V., «Marx and Darwin», *New Left Review,* núm. 82, 1973, pp. 60-82.

Glacken, Clarence, *Traces of the Rhodian Shore*, Berkeley, 1967.

Gottdiener, M., *The Production of Urban Space,* Austin, 1985.

Gottmann, Jean, *Megalopolis,* Nueva York, 1961.

Gould, Stephen Jay, *Time's Arrow Time's Cycle: Myth and Metaphor in the Discovery of Geological Time,* Cambridge (Mass.), 1987 [ed. cast.: *La flecha del tiempo: mito y metáforas en el descubrimiento del tiempo geológico*, trad. por Carlos Acero Sanz, Alianza, Madrid, 1992].

Groh, Dieter y Sieferle, Rolf-Peter, «Experience of Nature in Bourgeois Society and Economic Theory: Outlines of an Interdisciplinary Research Project», *Social Research,* núm. 47, 1980, pp. 557-581.

Grünbaum, Adolf, *Philosophical Problems of Space and Time,* Nueva York, 1963.

Gunnell, John G., *Political Philosophy and Time*, Middleton (co), 1968.

Habermas, Jürgen, *Toward a Rational Society*, Boston, 1970.

_____ «Toward a Reconstruction of Historical Materialism», *Theory and Society,* núm. 2, 1975, pp. 287-300.

_____ «Modernity. An Incomplete Project» en Foster, Hal (ed.), *The Anti-Aesthetic, Essays on Postmodern Culture,* Port Townsend Wash, 1983.

Haggett, Peter, *Locational Analysis,* Londres, 1965.

Hall, Edward, *The Hidden Dimension,* Nueva York, 1966 [ed. cast.: *La dimensión oculta*, trad. por Félix Blanco, Siglo XXI, México, 1994].

Haraway, Donna, «Animal Sociology and a Natural Economy of the Body Politic, Part II: The Past is the Contested Zone: Human Nature and Theories of Production and Reproduction in Private Behavior Studies», *Signs,* núm. 4(1), 1978, pp. 37-60.

Harman, Chris, «Theories of the Crisis», *International Socialism,* vol. 2, núm. 9, 1980, pp. 45-80.

_____ «Marx's Theory of Crisis and its Critics», *International Socialism*, vol. 2, núm. 11, 1981, pp. 48-55.

_____ «State Capitalism, Armaments, and the General Form of the Current Crisis», *International Socialism,* vol. 2, núm. 16, 1982, pp. 37-88.

Harris, Nigel, *Of Bread and Guns: The World Economy in Crisis,* Harmondsworth, 1983.

_____ «The Asian Boom Economies and the "Impossibility" of National Economic Development», *International Socialism,* vol. 2, núm. 3, 1979, pp. 1-16.

Hartshorne, Richard, *The Nature of Geography,* Lancaster (Pa.), 1939.

_____ *Perspective on the Nature of Geography,* Londres, 1959.

Harvey, David, *Explanation in Geography,* Londres, 1969.

_____ *Social Justice and the City,* Londres, 1973 [ed. cast.: *Urbanismo y desigualdad social*, trad. por Marina González Arenas, Siglo XXI, México, 1977].

_____ *The Limits to Capital,* Oxford, 1982 [ed. cast.: *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, trad. por Mariluz Caso, Fondo de Cultura Económica, México, 1990].

_____ *The Condition of Postmodernity,* Oxford, 1989 [ed. cast.: *La condición de la posmodernidad*, trad. por Martha Eguía, Buenos Aires, Amorrortu, 2008].

_____ «Class Structure in a Capitalist Society and the Theory of Residential Differentiation» en Peel, R., Chisholm, M. y Hagett, P. (eds.), *Processes in Physical and Human Geography,* Edimburgo, 1975.

_____ «The Geography of Capitalist Accumulation: A Reconstruction of the Marxian Theory», *Antipode,* núm. 7(2), 1975, pp. 9-21 (reimpreso en Peet, Richard (ed.), *Radical Geography,* Chicago, 1977, pp. 263-292).

_____ «The Urban Process Under Capitalism: A Framework for Analysis», *International Journal of Urban and Regional Research,* núm. 2, 1978, pp. 101-131.

_____ «The Spatial Fix. Hegel, Von Thunen, and Marx», *Antipode,* núm. 13(3), 1981, pp. 1-12.

_____ «On the History and Present Condition of Geography: An Historical Materialist Manifesto», *Professional Geographer,* núm. 36, 1984, pp. 11-18.

Harvey, David y Chaterjee, Lata, «Absolute Rent and Structuring of Space by Financial Institutions», *Antipode,* núm. 6(1), 1974, pp. 22-36.

Hauser, P. M. y Schnore, L., *The Study of Urbanization,* Londres, 1965.

_____ *Philosophy of Right,* traducido por T. M. Knox, Londres, 1967

Hinckfuss, Ian, *The Existence of Space and Time,* Oxford, 1975.

Holland, Stuart, *Capital Versus the Regions,* Londres, 1976.

Holloway, J. y Picciotto, S., *State and Capital,* Londres, 1978.

Horkheimer, Max, *Eclipse of Reason,* Nueva York, 1974 [ed. cast.: *Ocaso*, trad. por José M. Ortega, Barcelona, Anthropos, 1986].

Horkheimer, M. y Adorno, T., *Dialectic of Enlightenment,* Nueva York, 1972 [ed. cast.: *Dialéctica de la Ilustración*, trad. por Juan José Sánchez, Madrid, Trotta, 2009].

Hudson, Brian, «The New Geography and the New Imperialism: 1870-1918. *Antipode,* núm. 9 (2), 1977, pp. 12-19.

Hutton, James, *Theory of the Earth: Transactions of the Royal Society of Edinburgh,* Edimburgo, 1788.

Isard, Walter, *Location and Space Economy*, Cambridge (Mass), 1956.

_____ «A Neglected Cycle: The Transport Building Cycle», *Review of Economics and Statistics,* núm. 24, 1942, pp. 149-158.

Jameson, Frederic, «Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism», *New Left Review,* núm. 146, 1984, pp. 53-92.

_____ «Marxism and Postmodernism», *New Left Review,* núm. 176, 1989, pp. 44-45.

Jammer, Max, *Concepts of Space,* Cambridge (Mass.), 1969 [ed. cast.: *Conceptos de espacio*, trad. por Daniel Cazes, México, Grijalbo, 1970].

Jay, Martin, *The Dialectical Imagination,* Londres, 1973 [ed. cast.: *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación Social, 1923-1950*, trad. por Juan Carlos Curutchet, Madrid, Taurus, 1991].

Jordan, Z. A., *The Evolution of Dialectical Materialism*, Londres, 1967.

Jung, Carl, *Man and His Symbols,* Londres, 1964 [ed. cast.: *El hombre y sus símbolos*, trad. por Luis Escolar Bareño, Barcelona, Paidós, 1997].

Kellner, Douglas (ed.), *Postmodernism/Jameson/Critique,* Washington, D.C., 1989.

Kern, Stephen, *The Culture of Time and Space 1880-1918,* Londres, 1983.

Kindron, Mike, *Western Capitalism Since the War,* Harmondsworth, 1970 [ed. cast.: *El capitalismo occidental de la postguerra*, trad. por José Antonio Carranza y Fernando Calleja, Madrid, Guadarrama, 1971].

Kolodny, Annette, *The Lay of the Land,* Chapel Hill, 1975.

Komarov, Boris, *The Destruction of Nature in the Soviet Union,* Londres, 1980.

Krader, Lawrence, *Formation of the State,* Englewood Cliffs (N. J.), 1968 [ed. cast.: *La formación del Estado*, trad. por Jesús Fomperosa Aparicio, Barcelona, Labor, 1972].

Kroner, Richard, *Kant's Weltanschauung,* Chicago, 1956.

Kuznets, Simon, *Capital in the American Economy,* Princeton, 1960.

Laclau, Ernesto, «Feudalism and Capitalism in Latin America», *New Left Review,* núm. 67, 1971, pp. 19-38 (reimpreso en E. Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory,* Londres, 1977, pp. 15-40) [ed. cast.: *Feudalismo y Capitalismo en América Latina*, trad. por Francisco Melo, A. Redondo, Barcelona, 1972].

_____ «The Specificity of the Political: The Poulantzas-Miliband Debate», *Economy and Society,* núm. 4, 1977, pp. 87-100.

Larrain, Jorge, *The Concept of Ideology,* Athens (Ga.), 1979 [ed. cast.: *El concepto de ideología*, Santiago de Chile, LOM, 2007].

Lefebvre, Henri, *The Sociology of Marx,* Nueva York, 1968 [ed. cast.: *La sociología de Marx*, trad. por Juan Ramón Capella, Barcelona, Península, 1969].

_____ *La Revolution Urbaine,* París, 1970 [ed. cast.: *La revolución urbana*, trad. por Mario Nolla, Madrid, Alianza, 1972].

_____ *The Survival of Capitalism,* Londres, 1976.

_____ *The Production of Space,* Oxford, 1991 [ed. cast.: *La producción del espacio*, trad. por Emilio Martínez Gutiérrez, Madrid, Capitán Swing, 2013].

Leiss, William, *The Domination of Nature,* Boston, 1974.

Lenin, V. I., *Materialism and Empirio-Criticism,* Nueva York, 1972 [ed. cast.: *Materialismo y empiriocriticismo*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1948].

_____ *Imperialism, The Highest Stage of Capitalism,* Pekín, 1975 [ed. cast.: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, trad. por Instituto de Marxismo-Leninismo, México DF, Grijalbo, 1965].

_____ *The Development of Capitalism in Russia,* Moscú, 1977 [ed. cast.: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1950].

Leogrander, William, «An Investigation into the "Young Marx" Controversy», *Science and Society,* núm. 41, 1977, pp. 129-151.

Lévi-Strauss, Claude, *Structural Anthropology,* Nueva York, 1963 [ed. cast.: *Antropología estructural*, trad. por Eliseo Verón, Buenos Aires, Eudeba, 1977].

Lewis, Parry, *Building Cycles and Britain's Growth,* Londres, 1965.

Lewis, Pierce, Lowenthal, David y Tuan, Yi-Fu, *Visual Blight in America,* Washington, 1973.

Ley, David y Samuels, Marwyn, *Humanistic Geography,* Chicago, 1978.

Lipietz, Alain, «Towards a Global Fordism?», *New Left Review*, núm. 132, 1982, pp. 33-47.

Lösch, August, *The Economics of Location,* New Haven, 1954.

Löwy, Michael, *The Politics of Combined and Uneven Development,* Londres, 1981.

Luxemburg, Rosa, *The Accumulation of Capital,* Nueva York, 1968 [ed. cast.: *La acumulación de capital*, México, Grijalbo, 1967].

Mackinder, Halford J., *Democratic Ideals and Reality,* Nueva York, 1942.

_____ «The Geographical Pivot of History», *Geographical Journal,* núm. 23, 1904, pp. 421-437.

Mandel, Ernest, *Marxist Economic Theory,* Londres, 1975 [ed. cast.: *Tratado de economía marxista*, trad. por Francisco Díez del Corral, México, Era, 1977].

_____ *Late Capitalism,* Londres, 1975 [ed. cast.: *El capitalismo tardío*, trad. por M. Aguilar, México, Era, 1980].

_____ *The Second Slump,* Londres, 1978 [ed. cast.: *La crisis*, Barcelona, Fontamara, 1977].

_____ *Trotsky: A Study in the Dynamic of His Thought,* Londres, 1979.

_____ *Long Waves of Capitalist Development,* Cambridge, 1980 [ed. cast.: *Las ondas largas del desarrollo capitalista*, trad. por Javier Maestro, Madrid, Siglo XXI, 1986].

Mao, Tse-Tung, «On Contradiction», *Selected Readings,* Pekín, 1971, pp. 85-133.

Marcuse, Herbert, *One Dimensional Man,* Londres, 1964 [ed. cast.: *El hombre unidimensional*, trad. por Antonio Elorza, Barcelona, Ariel, 2010].

Marx, Karl, *Value, Price, and Profit,* Londres, 1899 [ed. cast.: *Salario, precio y ganancia*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1976].

_____ *The Eighteen Brumaire of Louis Bonaparte,* Nueva York, 1963 [ed. cast.: *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, trad. por Elisa Chuliá, Madrid, Alianza, 2015].

_____ *Capital*, 3 vols., Nueva York, 1967 [ed. cast.: *El capital*, trad. por Ignacio Perrotini, México, Fondo de Cultura Económica, 2013].

_____ *Theories of Surplus Value*, 3 vols., Londres, 1969 [ed. cast.: *Teorías sobre la plusvalía*, trad. por Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1980].

_____ *A Contribution to the Critique of Political Economy,* Londres, 1971 [ed. cast.: *Contribución a la crítica de la economía política*, trad. por J. Merino, Madrid, Alberto Corazón, 1978].

_____ *Grundisse,* Londres, 1973 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, trad. por Pedro Scarón, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973].

_____ *The Revolutions of 1848,* Harmondworth, 1973 [ed. cast.: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Buenos Aires, Luxemburg, 2005].

_____ *Surveys from Exile,* Nueva York, 1974.

_____ *Early Writings,* Harmondsworth, 1975.

Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Selected Correspondence,* Londres, 1934.

_____ *The Communist Manifesto,* Nueva York, 1955 [ed. cast.: *Manifiesto del partido comunista*, trad. por Néstor Kohan, Buenos Aires, Longseller, 2003].

_____ *German Ideology,* Nueva York, 1970 [ed. cast.: *La ideología alemana*, trad. por Wenceslao Roces, Madrid, Akal, 2014].

_____ *Feuerbach,* Londres, 1973.

Marx, Leo, *The Machine in the Garden,* Nueva York, 1964 [ed. cast.: *La máquina en el jardín*, trad. por Nuria Parés, México, Editores Asociados, 1974].

Massey, Doreen, *Spatial Divisions of Labour,* Londres, 1974.

_____ «The U.K. Electrical Engineering and Electronics Industry», *Review of Radical Political Economics,* núm. 10(3), 1978, pp. 39-54.

_____ «In What Sense a Regional Problem?», *Regional Studies,* núm. 13, 1979, pp. 233-243.

Merchant, Carolyn, *The Death of Nature,* San Francisco, 1980.

Merrington, John, «Town and Country in the Transition to Capitalism», *New Left Review,* núm. 93, 1975 (reimpreso en R. Hilton (ed.), *The Transition From Feudalism to Capitalism,* Londres, 1976, pp. 170-195.

Miliband, Ralph, *The State in Capitalist Society,* Londres, 1969 [ed. cast.: *El estado en la sociedad capitalista*, trad. por F. González Aramburu, México, Siglo XXI, 1983].

_____ «The Capitalist State: A Reply to Nicos Poulantzas», *New Left Review,* núm. 59, 1969, pp. 53-60.

_____ «Poulantzas and the Capitalist State», *New Left Review,* núm.82, 1973, pp. 83-93.

Miller, Perry, *Nature's Nation,* Cambridge (Mass.), 1967.

Mingione, Enzo, *Social Conflict and the City,* Oxford, 1981.

Mouleart, Frank y Salinas, Patricia (eds.), *Regional Analysis and the New International Division of Labour,* Boston, 1983.

Mowry, George, *The Urban Nation 1920-1960,* Nueva York, 1965.

Murphy, Earl Finbar, *Governing Nature,* Chicago, 1967.

Nash, Roderick, *Wilderness and the American Mind,* New Haven, 1967.

Nerlich, Graham, *The Shape of Space,* Cambridge, 1976.

Neugebauer, Otto, *Vorgriechische Mathematik. Vorlesungen über die Geschichte der antiken Mathematischen Wissenschaften,* Berlín, 1934.

Novak, Barbara, *Nature and Culture: American Landscape and Paiting 1825-1875,* Nueva York, 1980.

O'Connor, James, *The Fiscal Crisis of the State,* Nueva York, 1973 [ed. cast.: *La crisis fiscal del estado*, trad. por Josep M. Custodio, Barcelona, Edicions 62, 2002].

Ollman, Bertell, *Alienation: Marx's Concept of Man in Capitalist Society,* Cambridge, 1971.

Ortner, Sherry B., «Is Female to Male as Nature is to Culture?» en Michelle Rosaldo y Louise Lamphere (eds.), *Woman, Culture and Society,* Stanford, 1974, pp. 67-87.

Pahl, Ray, «The Rural-Urban Continuum», *Readings in Urban Sociology,* Oxford, 1968, pp. 263-297.

Palloix, Christian, *L'Internationalisation du capital,* París, 1975 [ed. cast.: *La internacionalización del capital*, trad. por Eduardo López, Madrid, Hermann Blume, 1978].

_____ «The Self-Expansion of Capital on a World-Scale», *Review of Radical Political Economy,* núm. 9(2), 1977, pp. 1-28.

Parekh, Bhikhu, *Marx's Theory of Ideology,* Baltimore, 1982.

Peet, Richard, «Spatial Dialetics and Marxist Geography», *Progress in Human Geography,* núm. 5, 1981, pp. 105-110.

Piaget, J., *The Principles of Genetic Epistemology,* Londres, 1972 [ed. cast.: *Introducción a la epistemología genética*, trad. por María T. Cevasco, Buenos Aires, Paidós, 1975].

Popper, Frank y Popper, Deborah, «The Great Plains: From Dust to Dust», *Planning*, núm. 53(12), 1987, pp. 12-18.

Poulantzas, Nicos, «The Problem of the Capitalist State», *New Left Review,* núm. 58, 1969, pp. 67-78.

_____ «The Capitalist State: A Reply to Miliband and Laclau», *New Left Review,* núm. 95, 1976, pp. 63-83.

Reichenbach, Hans, *The Philosophy of Space and Time,* Nueva York, 1958.

Reiter, Rayna, «Men and Women in the South of France» en Reiter, R. (ed.), *Toward an Anthropology of Women,* Nueva York, 1975, pp. 273-275.

Relph, Edward, *Place and Placeless,* Londres, 1976.

Rosenthal, Bernard, *The City of Nature,* Newark (De.), 1980.

Ross, Kristen, *The Emergence of Social Space: Rimbaud and the Paris Commune*. Minneapolis, 1988 [ed. cast.: *El surgimiento del espacio social. Rimbaud y la Comuna de París*, Madrid, Akal, 2008].

Rossi, Paulo, *Francis Bacon: From Magic to Science,* Londres, 1968 [ed. cast.: *Francis Bacon: de la magia a la ciencia*, trad. por Susana Gómez López, Madrid, Alianza, 1990].

Russell, Bertrand, *A History of Western Philosophy,* Nueva York, 1945 [ed. cast.: *Historia de la filosofía occidental*, trad. por Julio Gómez y Dorta Mart, Barcelona, Espasa, 2010].

Sack, Robert, *Conceptions of Space in Social Thought,* Minneapolis, 1980.

Sauer, Carl, «The Morphology of Landscape», *University of California Publications in Geography,* núm. 2, 1925, pp. 19-55.

Schaefer, Fred, «Exceptionalism in Geography: A Methodological Examination» *Annals of the Association of American Geographers,* núm. 43, 1953, pp. 226-240.

Schmidt, Alfred, *The Concept of Nature in Marx,* Londres, 1971 [ed. cast.: *El concepto de naturaleza en Marx*, trad. por Julia M. T. Ferrari y Eduardo Prieto, Madrid, Siglo XXI, 2011].

Schmitt, Peter, *Back to Nature,* Nueva York, 1969.

Scott, Allen J., *New Industrial Spaces,* Londres, 1988.

Scott-Keltie, J., *The Partitioning of Africa,* Londres, 1893.

Semple, Ellen, *Influences of Geographic Environment,* Nueva York, 1911.

Service, Elman R., *Origins of the State and Civilization,* Nueva York, 1975.

Shaikh, Anwar, «An Introduction to the History of Crisis Theories» en Union of Radical Political Economics,*U.S. Capitalism in Crisis,* Nueva York, 1978 pp. 219-241.

_____ «Foreign Trade and the Law of Value: Part II», *Science and Society*, núm. 44, 1980, pp. 27-57.

Shaw, Martin, *Marxism and Social Science,* Londres, 1975 [ed. cast.: *El marxismo y las ciencias sociales*, trad. por Marco Antonio Pulido, México, Nueva Imagen, 1978].

Smith, Henry Nash, *Virgin Land,* Cambridge (Mass.), 1950.

Smith, Joan, «Women and the Family», *International Socialism,* núm. 100, 1977.

_____ «Women, Work, Familiy, and the Economic Recession» en Simposio *Feminism and the Critique of Capitalism,* The Johns Hopkins University, 24-25 de abril de 1981.

Smith, Neil, «Geography, Science, and Post-Positivist Modes of Explanation», *Progress in Human Geography,* núm. 3, 1979, pp. 356-383.

_____ «Toward a Theory of Gentrification: A Back of the City Movement by Capital not People», *Journal of the American Planning Association,* núm. 45, 1979, pp. 538-548.

_____ «Symptomatic Silence in Althusser: The Concept of Nature and the Unity of Science», *Science and Society,* núm. 44(1), 1980, pp 58-81.

_____ «Degeneracy in Theory and Practice: Spatial Interactionism and Radical Eclecticism», *Progress in Human Geography,* núm. 5, 1981, pp. 111-118.

_____ «The Concepts of Devaluation, Valorization, and Depreciation in Marx: Toward a Clarification», (Inédito) Department of Geography and Environmental Engineering, The Johns Hopkins University, 1981.

_____ «Gentrification and Uneven Development», *Economic Geography,* núm. 58, 1982, pp. 139-155.

_____ «Tompkins Square Park: Rents, Riots and Redskins», *Portable Lower East Side,* núm. 6, 1989, pp. 1-36.

______ «Geography as Museum: Conservative Idealism and Private History in the "Nature of Geography"», *Annals of the Association of American Geographers. Occasional Papers,* núm. 1, 1989, pp. 91-120.

Smith, Neil y Dennis, Ward, «The Restructuring of Geographical Scale: Coalescence and Fragmentation of the Northern Core Region», *Economic Geography,* núm. 63, 1987, pp. 160-182.

Sohn-Rethel, Alfred, *Intellectual and Manual Labour,* Londres, 1978 [ed. cast.: *Trabajo intelectual y trabajo manual*, Madrid, Dado, 2017].

Soja, Ed, *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Society Theory,* Londres, 1989.

_____ «The Socio-Spatial Dialectic», *Annals of the Association of American Geographers,* núm. 70, 1980, pp. 207-225.

Stalin, Joseph, *Dialectical and Historical Materialism,* Nueva York, 1940 [ed. cast.: *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico*, México, Cuauhtémoc, 1972].

______ *Works,* Moscú, 1954 [ed. cast.: *Obras*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1953].

_____ *Economic Problems of Socialism in the USSR,* Pekín, 1981 [ed. cast.: *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, México, Fondo de Cultura Popular, 1952].

Taaffe, Edward J., Gauthier, Howard L. y Maraffa, Thomas A., «Extended Commuting and the Intermetropolitan Periphery», *Annals of the Association of American Geographers,* núm. 70, 1980, pp. 313-339.

Tanner, Nancy, *On Becoming Human,* Nueva York, 1981.

Taylor, Joshua C., *America as Art,* Washington, D.C., 1976.

Taylor, Peter, «Geographical Scales Within the World Economy Approach», *Review,* núm. 5, 1981, pp. 3-11.

_____ «A Materialist Framework for Political Geography», *Transactions of the Institute of British Geographers,* núm. 7, 1982, pp. 15-34.

Thomas, Brinley, *Migration and Economic Growth,* Londres, 1973.

Thomson, George, *The First Philosophers,* Londres, 1972 [ed. cast.: *Los primeros filósofos*, trad. por Margo López Cámama y José Luis González, México DF, UNAM, 1988].

Timpanaro, Sebastiano, *On Materialism,* Londres, 1975.

De Tocqueville, Alexis, *Democracy in America*. 2 volúmenes, Nueva York, 1945 [ed. cast.: *La democracia en América*, trad. por Eduardo Nolla, Madrid, Trotta, 2010].

Trotsky, Leon, *Permanent Revolution and Results and Prospects,* Nueva York, 1969 [ed. cast.: *La revolución permanente*, trad. por Andreu Nin, Buenos Aires, Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones «León Trotsky», 2011].

_____ *The Third International After Lenin,* Nueva York, 1970.

_____ *The History of the Russian Revolution,* Londres, 1977 [ed. cast.: *Historia de la Revolución Rusa*, trad. por Andreu Nin, Santiago de Chile, LOM, 2017].

Turner, Frederick Jackson, *The Frontier in American History,* Nueva York, 1920 [ed. cast.: *La frontera en la historia americana*, Madrid, Castilla, 1961].

Walker, R., «The Transformation of Urban Structure in the Nineteenth Century and the Beginning of Suburbanization» en K. Cox (ed.), *Urbanization and Conflict in Market Societies,* Chicago, 1978, pp. 165-211.

_____ «A Theory of Suburbanization: Capitalism and the Construction of Urban Space in the United States» en Dear, Michael y Scott, Alien (eds.), *Urbanization and Urban Planning in Capitalist Society,* Londres, 1981, pp. 383-429.

Walker, Richard y Storper, Michael, «Capital and Industrial Location», *Progress in Human Geography,* núm. 5, 1981, pp. 473-509.

Warner, Sam Bass, *The Urban Wilderness,* Nueva York, 1972.

Warren, Bill, *Imperialism: Pioneer of Capitalism,* Londres, 1980.

_____ «Imperialism and Capitalist Industrialization», *New Left Review,* núm. 81, 1973, pp. 105-115.

Webber, Melvin, «The Urban Place and the Non-Place Urban Realm», *Explorations into Urban Structure,* Filadelfia, 1944.

Weeks, J., «The Process of Accumulation and the "Profit-Squeeze" Hypothesis», *Science and Society,* núm. 43, 1979, pp. 259-280.

Weinberger, Albert K., *Manifest Destiny,* Gloucester (Mass.), 1958 [ed. cast.: *Destino manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, trad. por Anibal C. Leal, Buenos Aires, Paidós, 1968].

Weinberger, Casper W., «Bring Back Geography», *Forbes,* 25 de diciembre de 1989, p. 31.

Von Weizsäcker, Carl Friedrich, *The Unity of Nature,* Nueva York, 1980.

White, Morton y White, Lucia, *The Intellectual Versus the City,* Oxford, 1977 [ed. cast.: *El intelectual contra la ciudad*, Buenos Aires, Infinito, 1967].

Whitehand, J. W. R., «Building Cycles and the Spatial Form of Urban Growth», *Transactions of the Institute of British Geographers,* núm. 56, 1972, pp. 39-55.

_____ «Fluctuations in the Land-Use Composition of Urban Development During the Industrial Era», *Erdkunde,* núm. 35, 1981, pp. 129-140.

Whitehead, Alfred North, *The Concept of Nature,* Cambridge, 1920 [ed. cast.: *El concepto de naturaleza*, trad. por Jesús Díaz, Madrid, Gredos, 1968].

Williams, Raymond, *The Country and the City,* St. Alban's, 1975 [ed. cast.: *El campo y la ciudad*, trad. por Alcira Bixio, Buenos Aires, Paidós, 2001].

______ «Problems of Materialism», *New Left Review,* núm. 109, pp. 3-17.

Wilson, Edward, *Sociobiology,* Cambridge (Mass.), 1975 [ed. cast.: *Sociobiología*, Barcelona, Omega, 1980].

_____ *On Human Nature.,* Cambridge (Mass), 1978 [ed. cast.: *Sobre la naturaleza humana*, trad. por Mayo Antonio Sánchez, México, Fondo de Cultura Económica, 1980].

Winslow, Barbara, «Women's Alienation and Revolutionary Polities», *International Socialism,* núm. 2 (4), 1979, pp. 1-14.

Woolfson, Charles, *The Labour Theory of Culture,* Londres, 1982.

Yovel, Yirmiahu, *Kant and the Philosophy of History,* Princeton, 1980.

Zukin, Sharon, *Landscapes of Economic Power,* Berkeley, 1991.